

Médicos de la guerrilla. Testimonios (1956-1958) es el resultado de muchas horas de conversación. Sus protagonistas acudieron al llamado de Celia Sánchez Manduley, quien quería legar a las generaciones por venir el fruto de tan humano trabajo durante la más reciente gesta de liberación. Oficinas del periódico *Granma* fueron escenarios de estos encuentros. Para dejar constancia escrita del valor histórico, el carácter didáctico de cada acción y de cuánto incita el ejemplo de estos hombres, las cintas magnetofónicas y las cámaras estuvieron prestas a grabar.

Experiencias de cuarenta y cuatro médicos, algunos estudiantes todavía, hacen revivir los años de guerrilla en las montañas cubanas. Sordos al fuego de ametralladoras y bombardeos de avionetas, que llegan desde afuera de una cueva, el lector siente que comparte la intervención quirúrgica o la cura o la sutura de quien acaba de llegar herido, a veces de muerte; pero donde se hace hasta lo imposible por salvarlo. Casi que uno se inclina —no se asombra— para alcanzarle al médico, su solución, la manguera de gasolina que va a usar como drenaje de una herida; y enardece el patriotismo, cuando lees que en medio del combate, un cubano le pide al médico la extracción de una pieza que le duele y vuelve a su puesto y a su fusil; qué decir del que recibe la noticia de que a una campesina se le ha presentado un parto complicado y él nunca ha asistido a una criatura, pero va y logra la vida de ambas.

Muchas anécdotas, vibrantes todas, pueden leerse en estas páginas, aleccionadoras no solo para quienes ejerzan la medicina como profesión, sino para los que quieran encontrar ejemplos de estoicismo, valor, sacrificio, pasión y entrega.

 OFICINA DE PUBLICACIONES
DEL CONSEJO DE ESTADO

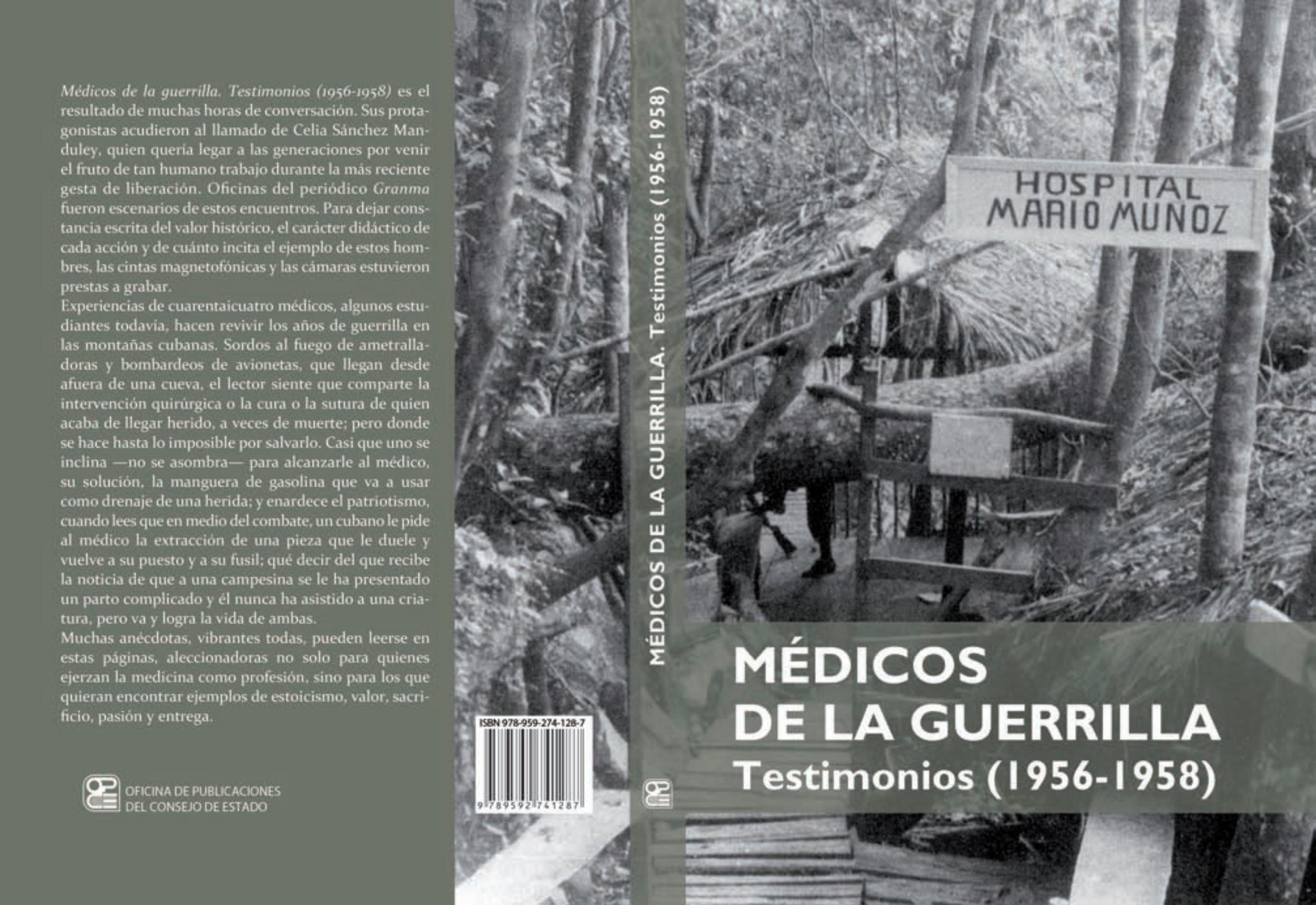
ISBN 978-959-274-128-7



9 789592 741287



MÉDICOS DE LA GUERRILLA. Testimonios (1956-1958)



MÉDICOS DE LA GUERRILLA

Testimonios (1956-1958)

**MÉDICOS
DE LA GUERRILLA
Testimonios (1956-1958)**

MÉDICOS DE LA GUERRILLA Testimonios (1956-1958)

Compilador
Eugenio Suárez Pérez



OFICINA DE PUBLICACIONES
DEL CONSEJO DE ESTADO

Cuidados de la edición: Belkys Duménigo García

Edición: Olivia Diago Izquierdo

Corrección: Yudalmis Suárez Alberdi

Diseño de cubierta e interior: Aida Soto-Navarro González

Realización: Enrique Hernández Gómez

Fotografías: **cubierta,** Roberto Salas

interior, Roberto y Osvaldo Salas, Walfrido Ojeda, Jorge Oller,
Liborio Noval, Jorge Valiente y archivos de *Granma* y *Verde Olivo*

© Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado

© Sobre la presente edición:

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2014

ISBN 978-959-274-128-7

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.

Calle 8 No. 210 entre Línea y 11, Vedado, La Habana, Cuba.

Tel.: (537) 836 8846 / 836 5234 / Correo: publice@pa.co.cu

*A la memoria de la inolvidable
Celia Sánchez Manduley.*

Prólogo

En Cuba la sanidad militar revolucionaria surgió al inicio de la guerra de independencia que protagonizaran nuestros mambises contra el colonialismo español —segunda mitad del siglo XIX—. Centenares de médicos, estomatólogos, farmacéuticos, enfermeros y estudiantes de estas especialidades marcaron la ética y heroísmo de la medicina cubana.

A finales de la quinta década del siglo XX, durante la lucha guerrillera contra la dictadura de Fulgencio Batista, las tradiciones médicas del Ejército Libertador fueron asumidas por el Ejército Rebelde. La sanidad militar mambisa, en las nuevas condiciones, se transformó en sanidad militar rebelde.

Ernesto Che Guevara, médico de los expedicionarios del *Granma* y primer médico rebelde, en su conocido trabajo “La guerra de guerrillas” reseña la significativa labor de este personal en toda la contienda:

Uno de los graves problemas que confronta el guerrillero es su indefensión frente a todos los accidentes de la vida que lleva y, sobre todo, frente a las heridas y enfermedades, muy

frecuentes en la guerra de guerrillas. El médico cumple en la guerrilla una función de extraordinaria importancia, no solo la estricta de salvar vidas, en que muchas veces su intervención científica no cuenta, dado los mínimos recursos con que está dotado, sino también en la tarea de respaldar moralmente al enfermo y de hacerle sentir que junto a él hay una persona dedicada con todos sus esfuerzos a minorar sus males y la seguridad de que esa persona va a permanecer al lado del herido o enfermo hasta que se cure o pase el peligro.*

Y las palabras del general de ejército Raúl Castro Ruz en la revista *Bohemia* del 11 de marzo de 1988, aunque referidas a la labor médico-sanitaria en el Segundo Frente Oriental Frank País, son aplicables integralmente a la labor de la sanidad militar rebelde en todos los frentes de guerra de la lucha guerrillera por la liberación nacional. Entonces expresó:

El prestigio que alcanzó la labor sanitaria y de educación que se desarrolló con la población civil fue un incentivo que acrecentó su decidida colaboración con el Ejército Rebelde y contribuyó de modo muy especial a enraizar el respeto que sentía por él. He considerado siempre que el conjunto de ese esfuerzo constituyó, de hecho, un trabajo político y social masivo de inestimable valor que hizo sentir de modo muy directo a los habitantes de aquellos territorios lo que representaría el triunfo de las Revolución.**

Gracias a Celia Sánchez Manduley, a su poder de convocatoria y vocación por la conservación y divulgación de la historia, en 1967

* Ernesto Guevara de la Serna: "La guerra de guerrillas", *Escritos y discursos*, t. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972, p. 135.

** Raúl Castro Ruz: "Se logró lo que todos esperábamos", revista *Bohemia*, 11 de marzo de 1988, p. 33.

fueron recogidos los testimonios de muchos compañeros que contribuyeron al surgimiento y desarrollo de la sanidad militar rebelde, narraciones que se conservan en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

Durante ese año —prácticamente todas las noches— médicos que participaron en la guerra de liberación nacional se reunieron en la sede del periódico *Granma* para dejar constancia de sus vivencias. En forma de entrevista o en diálogo franco con periodistas y la propia Celia, precisaron nombres, lugares, hechos, que luego pudieron ser cotejados con documentos históricos y otros combatientes de la gesta revolucionaria. Aunque no fue posible entrevistar a todos, las narraciones logradas transmiten, en esencia, el destacado papel que desempeñaron los combatientes de los servicios médicos.

A partir de noviembre de 1967, muchos de estos relatos vieron la luz en las páginas del periódico *Granma*; fue también una manera de homenajear al comandante Ernesto Guevara y a todos los médicos caídos en la lucha guerrillera, y en saludo del Día de la Medicina Latinoamericana, declarado el 3 de diciembre en honor al nacimiento de Carlos Juan Finlay. Posteriormente, en 1982, una selección de estos fue compilada por la historiadora Nydia Sarabia y publicada por el Consejo Nacional de Sociedades Científicas, en el No. 64 de sus *Cuadernos de Historia de Salud Pública*.

Para la conformación del libro *Médicos de la guerrilla. Testimonios (1956-1958)*, obra de excepcional valor histórico y humano que le ofrece al lector, a través de las palabras de sus protagonistas, su desempeño en la lucha guerrillera, nos propusimos que no faltara el recuerdo personal de los primeros cinco médicos que ingresaron al Ejército Rebelde: Ernesto Che Guevara de la Serna, Faustino Pérez Hernández, Julio Martínez Páez, Sergio del Valle Jiménez y José Ramón Machado Ventura.

Como el Che no pudo asistir al llamado de Celia; entonces servía a la patria latinoamericana donde cayó combatiendo el 8 de

octubre de 1967, acudimos a su libro *Pasajes de la guerra revolucionaria* y seleccionamos párrafos relacionados con su labor como médico, que aparecen en los capítulos “Una revolución que comienza”, “Alegría de Pío”, “Combate de La Plata”, “Jornadas de marcha”, “Llegan las armas”, “Combate del Uvero”, “Curando heridos”, “El regreso” y “Se gesta una traición”.

Igual consideración tuvimos al incorporar otro testimonio: el del comandante Sergio del Valle Jiménez, médico de la Columna Invasora No. 2 al mando del comandante Camilo Cienfuegos. Siempre que pudo compartió con Celia y sus compañeros en las noches de recuento; sin embargo, su relato no aparece publicado. Por suerte, fue posible extraerlo de su diario de guerra, en el libro *Camilo: Táctica y estrategia de una gran victoria*.

Por la precisión histórica de esta obra, se ha tomado del libro de José Ramón Machado Ventura, *Combatientes por la vida. Sanidad Militar* —historia de la labor médico-sanitaria del Segundo Frente Oriental—, el capítulo “Surgimiento de la Sanidad Militar en el Ejército Rebelde”. Cuanto los lectores puedan contribuir al enriquecimiento de estos datos históricos, será agradecido por la Oficina.

En el proceso editorial se han respetado los grados militares, cargos y ubicación laboral de los protagonistas en el momento de los conversatorios, el lenguaje coloquial, la frescura y espontaneidad del diálogo, los recuerdos ricos en aventuras y anécdotas que forman parte irrefutable de las tradiciones médicas y combatives de la Revolución cubana.

Confiamos que esta obra resulte de interés no solo para los trabajadores de la Salud, sino para todos los lectores, especialmente los más jóvenes, que gustan acercarse a la historia cuando es contada de manera amena.

DR. C. EUGENIO SUÁREZ PÉREZ

Surgimiento de la sanidad militar en el Ejército Rebelde

El 15 de mayo de 1955, Fidel Castro y los demás participantes en las acciones del 26 de julio de 1953 que se encontraban detenidos en el llamado Presidio Modelo de la entonces Isla de Pinos, fueron amnistiados tras un fuerte movimiento popular.

Antes de partir al exilio y mientras desarrollaba una breve, pero fructífera campaña contra el régimen, sostuvo importantes reuniones para el futuro de la lucha y constituyó la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, el 12 de junio de 1955.

Con el objetivo de preparar al grupo de revolucionarios que reiniciaría en Cuba la lucha armada contra la tiranía de Fulgencio Batista, Fidel partió hacia México el 7 de julio de ese mismo año.

En tierra azteca conoció al joven médico argentino Ernesto Guevara de la Serna. El Che, como trascendería después en la historia, antes del primer encuentro con Fidel, ya conocía de la lucha de los cubanos, fue durante su estancia en Guatemala, donde coincidió y compartió largas jornadas con Antonio López, *Ñico*, exilado en aquel país luego de su participación en el ataque al cuartel Carlos Manuel de Céspedes de Bayamo, el 26 de julio de 1953.

Tras una larga conversación con Fidel, el Che quedó incorporado como médico del futuro destacamento guerrillero que se preparaba en México para iniciar la lucha en las montañas cubanas. Al recordar su trascendental encuentro con el líder cubano, el Che escribió: “Lo conocí en una de esas frías noches de México, y recuerdo que nuestra primera discusión versó sobre política internacional. A las pocas horas de la misma noche —en la madrugada— era yo uno de los futuros expedicionarios”.*

Después de meses de ardua preparación militar y política, partió la expedición hacia tierra cubana. Desde la salida del yate *Granma* del puerto de Tuxpan, la madrugada del 25 de noviembre de 1956, el Che tuvo que auxiliar a numerosos compañeros que sufrieron los estragos de la mar embravecida.

Empezamos la búsqueda frenética de los antihistamínicos contra el mareo, que no aparecían; se cantaron los himnos nacional cubano y del 26 de Julio, quizá durante cinco minutos en total, y después el barco entero presentaba un aspecto ridículamente trágico: hombres con la angustia reflejada en el rostro, agarrándose el estómago. Unos con la cabeza metida dentro de un cubo y otros tumbados en las más extrañas posiciones, inmóviles y con las ropas sucias por el vómito [...]**

Además del Che, en la expedición viajaba otro médico, el doctor Faustino Pérez Hernández, miembro de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio.

Mientras el *Granma* navegaba hacia Cuba, Frank País dirigió el levantamiento de la ciudad de Santiago de Cuba en apoyo a la

* Ernesto Guevara: *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Editora Política, La Habana, 2001, p. 4.

** *Ibidem*, p. 7

llegada de la expedición, según lo acordado con Fidel Castro en sus visitas a México en agosto y, en especial, en la segunda entrevista en octubre de ese año.

Una de las medidas organizativas que adoptó, en este sentido, fue la creación de los denominados “botiquines”, o sea, lugares donde se prestaría atención médica a los combatientes participantes en las acciones. Contaban con médicos y enfermeros comprometidos con el movimiento, además de un grupo de compañeras, preparadas para esta misión a través de breves cursos de primeros auxilios.

Cada botiquín estaba compuesto por un médico, un especialista de enfermería y muchachas como sanitarias. Se compraron o consiguieron medicamentos, gasa, vendajes, jeringuillas, algodón y otros medios, que facilitaron farmacéuticos, viajantes de medicina y trabajadores de centros hospitalarios.

Según testimonio de Vilma Espín,* quedaron preparados nueve botiquines, ubicados en casas situadas convenientemente cerca de las acciones militares planificadas.

Aunque durante el levantamiento no tuvieron la necesidad de atender heridos —salvo, por ejemplo, los de Enramada y San Agustín, que auxiliaron a varios combatientes que habían sufrido quemaduras—, la previsión de los botiquines demostraba el grado de organización y capacidad movilizativa que había alcanzado el movimiento. Por otra parte, la existencia de estos lugares de primeros auxilios brindaba seguridad a los participantes en las acciones al saber que, en el caso de ser heridos, contarían con atención médica amigable y calificada.

Desde estos primeros momentos y durante todo el tiempo que duró la lucha contra la tiranía, los médicos vinculados con el movimiento o integrantes de este estuvieron dispuestos a asumir los

* Vea Yolanda Portuondo López: *30 de Noviembre*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1986, p. 104.

graves riesgos que entrañaba su intervención en las acciones revolucionarias como dignos continuadores del legado del doctor Mario Muñoz Monroy, participante en el asalto al cuartel Moncada quien, junto a Haydée Santamaría y Melba Hernández, se ubicó en el hospital civil Saturnino Lora de Santiago de Cuba para prestar atención a los asaltantes u otros heridos en la acción.

Mario Muñoz fue el primer galeno que tomó parte en esta nueva etapa de lucha de nuestro pueblo y entregó heroicamente su vida por la Revolución el 26 de julio de 1953.

La llegada del yate *Granma* no coincidió con el alzamiento. Una serie de dificultades retrasaron dos días la llegada. Entre ellas: la carga excesiva de la embarcación, las inclemencias del tiempo y la caída de un combatiente al agua.

El 1º de diciembre de 1956, un día después del levantamiento en Santiago de Cuba y durante la travesía hacia Cuba, pocas horas antes de divisar la patria, Fidel informó la estructura del destacamento y distribuyó los uniformes y el armamento. En ese momento el Che, como médico, recibió el grado de teniente y pasó a integrar el Estado Mayor de la columna, pero pronto tuvo que desempeñarse también como combatiente. Esto sucedió el 5 de diciembre de 1956 cuando, luego del azaroso desembarco, los rebeldes fueron sorprendidos por fuego enemigo en Alegría de Pío.

[...] Me acuerdo que, en medio del tiroteo, Almeida —en ese entonces capitán— vino a mi lado para preguntar las órdenes que había, pero ya no había nadie para darlas [...] La sorpresa había sido demasiado grande, la balas demasiado nutridas. Almeida volvió a hacerse cargo de su grupo, en ese momento un compañero dejó una caja de balas casi a mis pies, se lo indiqué y el hombre me contestó con cara que recuerdo perfectamente, por la angustia que reflejaba, algo así como “no es hora para cajas de balas”,

e inmediatamente siguió el camino [...] Quizás esa fue la primera vez que tuve planteado prácticamente ante mí el dilema de mi dedicación a la medicina o a mi deber de soldado revolucionario. Tenía delante una mochila llena de medicamentos y una caja de balas, las dos eran mucho peso para transportarlas juntas; tomé la caja de balas [...]*

Durante el combate de Alegría de Pío, varios compañeros fueron heridos, entre ellos el propio Che. Tres expedicionarios murieron ese día y tras la dispersión que se produjo como consecuencia de esta acción, dieciocho expedicionarios fueron asesinados en el transcurso de los días posteriores.

Un total de veintiún expedicionarios fueron capturados y encarcelados por el ejército. Diecinueve lograron escapar al cerco y llegar hasta pueblos y ciudades, donde se mantuvieron ocultos. Algunos marcharon al exilio y otros se incorporaron al movimiento clandestino, seis de ellos se reincorporaron paulatinamente a la guerrilla en el año 1957.

El 18 de diciembre de 1956 Fidel, en unión de Faustino Pérez y Universo Sánchez había llegado hasta la finca de Mongo Pérez en Cinco Palmas, allí se reencontró con Raúl, quien venía acompañado de los expedicionarios Ciro Redondo, Efigenio Ameijeiras, René Rodríguez y Armando Rodríguez. Con este hecho el Ejército Rebelde renació, ahora eran ocho hombres y siete fusiles.

Al día siguiente se les unió el expedicionario Calixto Morales y el 21 se sumó el grupo que encabezaba Juan Almeida junto a Ernesto Guevara, Camilo Cienfuegos, Ramiro Valdés, Reynaldo Benítez y Francisco González. Uno más, Rafael Chao, se incorporó el día 22. Mientras, Calixto García y Carlos Bermúdez esperaban la orden de Fidel para unirse a la tropa.

* Ernesto Guevara: *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Ed. cit., pp. 11-12.

El 23 de diciembre el grupo de expedicionarios hizo contacto con Eugenia Verdecia, Enrique Escalona y Rafael Sierra, enviados por el Movimiento 26 de Julio en Manzanillo, y ese mismo día el doctor Faustino Pérez salió para cumplir misiones encomendadas por Fidel en las ciudades, entre otras, la de fortalecer la organización del movimiento clandestino.

Los expedicionarios que se habían reagrupado en torno a Fidel y varios campesinos que se incorporaron al pequeño destacamento guerrillero partieron, el día 25 de diciembre, rumbo a la Sierra Maestra para continuar la guerra revolucionaria.

Che reasumió sus funciones como médico de la tropa y, al mismo tiempo, inició la labor de atender a los campesinos de los lugares por donde transitaban los rebeldes.

Tal y como había determinado Fidel, brindaba consultas a esa población, la cual, lógicamente, estaba sensiblemente depauperada como consecuencia del hambre y las enfermedades.

En sus crónicas, Che dejó plasmados hermosos pasajes en los que relata experiencias vividas como galeno en su trabajo con el campesinado de la Sierra Maestra y el impacto que en él produjo, en todos los sentidos, este contacto profesional con los pobladores de la serranía.

Por otra parte, en su trascendente **manual** La guerra de guerrillas, realizó importantes reflexiones sobre el papel de la atención médica durante la lucha irregular, basadas en su experiencia, válidas también para el análisis del desarrollo del trabajo médico sanitario en todos los frentes de guerra del Ejército Rebelde.

La sanidad rebelde en el primer año de la guerra

Los principios establecidos por el Comandante en Jefe para el desarrollo de la sanidad en el Primer Frente José Martí, desde los primeros momentos de la guerra, estaban dirigidos a la atención

médico sanitaria de las fuerzas rebeldes, la población civil —que compartía el territorio con el ejército revolucionario— y del enemigo que sufriera heridas en combates o que, por otras causas, necesitara de estos servicios.

Esta política se puso de manifiesto durante el combate de La Plata, primera acción victoriosa del Ejército Rebelde, realizada el 17 de enero de 1957, cuando el Che atendió a los cinco heridos que tuvo el adversario, tres de ellos de mucha gravedad. Por indicaciones de Fidel se les entregaron a los soldados los escasos medicamentos disponibles. “Siempre contrastaba —escribió el Che— nuestra actitud con los heridos y la del ejército, que no solo asesinaba a nuestros heridos sino que abandonaba a los suyos. Esta diferencia fue haciendo su efecto con el tiempo y constituyó uno de los factores del triunfo [...]”.*

Entre los meses de marzo y abril, tras la llegada del refuerzo de casi medio centenar de hombres armados enviados por Frank País, se le asignó al Che un ayudante, quien se encargó de cargar las medicinas. Ello le permitió compartir el peso de esta labor.

Al resaltar la importancia de esta ayuda para un médico guerrillero, escribió:

Otros individuos útiles son los ayudantes del médico; estos, en general, son jóvenes con alguna vocación y algunos conocimientos, bastante fortaleza física, que no tienen armas, algunos porque su vocación es esa y la mayoría de las veces porque no hay suficiente número de ellas para todos los brazos que quieran empuñarlas [...] Estos ayudantes serán los encargados de llevar la mayoría de los medicamentos, alguna camilla o hamaca, de ser posible [...]**

* Ernesto Guevara: *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Ed. cit., p. 31.

** Ernesto Guevara: “La guerra de guerrillas”, *Escritos y discursos*, t. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972, p. 138.

El 28 de mayo se produjo el combate de Uvero, importante victoria rebelde, con un alto saldo de heridos y muertos por ambas partes. Fidel decidió que el Che partiera junto a los siete heridos rebeldes, entre ellos, el capitán Juan Almeida, hacia un lugar seguro para lograr el restablecimiento de los combatientes.

Se trataba de una alta y delicada responsabilidad para aquellos que respondían por lograr con éxito algo tan importante como salvar la vida de los combatientes; así como alcanzar, en el menor tiempo posible, su recuperación. Sobre este aspecto el Che apuntó:

[...] El transporte de heridos en las zonas escabrosas es uno de los acontecimientos más delicados y uno de los perances más infortunados por el que pueda pasar un soldado. Quizá sea más duro el transporte de cualquier herido, por los sufrimientos mismos del enfermo y para la capacidad de sacrificio de la tropa, que el mismo hecho de la herida, por grave que ella sea [...]

Los hombres, turnándose, llevan el peso, uno adelante y otro atrás, pero rápidamente deben dejar el paso a dos compañeros más, pues los sufrimientos de los hombros son muy grandes y poco a poco se va desgastando el individuo [...]*

Con ese núcleo de heridos, a quienes el médico con la ayuda de los campesinos había logrado restablecer a despecho de las difíciles circunstancias en que ejerció su labor, más un grupo de campesinos y otros incorporados, se reintegró semanas posteriores a las fuerzas de Fidel. En breve nació la segunda columna rebelde, la No. 4, bajo el mando del Che, ahora ascendido a comandante.

Fidel con su capacidad de previsión, consideró la intensificación de las acciones y el crecimiento que debía tener el Ejército

* *Ibidem*, p. 137.

Rebelde, por ello solicitó al movimiento en el llano el envío de médicos, especialmente cirujanos.

Al referirse a las particularidades que deben poseer los médicos guerrilleros, el Che señaló:

Los médicos necesarios para este tipo de guerra son de varias características: el médico combatiente, el compañero de sus hombres, es el tipo de primer momento y sus funciones van finalizando a medida que se va complejizando la acción de la guerrilla y se va estructurando una serie de organismos anexos. Los cirujanos generales son la mejor adquisición para un ejército de estas características. Si se contara con un anestesista sería mejor [...] Además de los cirujanos generales, son muy útiles los ortopédicos, pues hay cantidad de fracturas provocadas por accidentes en la zona y, también, muy frecuentemente, por balas en los miembros, que producen este tipo de herida [...]

En una etapa mucho más avanzada puede incluso haber laboratoristas, si hubiera buenos hospitales, para hacer ya una tarea completa. Se deben hacer llamados a todos los sectores profesionales, cuyos servicios se necesiten, y es muy fácil que respondan a este llamado y vengan a prestar su concurso [...] Debe llamarse a los dentistas explicándoles que se incorporen con aparatos de campaña sencillos y un torno, también de campaña, con el que puedan trabajar y hacer prácticamente todos los arreglos necesarios.*

En respuesta a esta solicitud del Comandante en Jefe, en los días iniciales del mes de julio llegó a la Sierra Maestra el doctor Julio Martínez Páez, reconocido ortopédico de la capital e integrante del Movimiento 26 de Julio. Este, quien ya pasaba de los

* Ernesto Guevara: "La guerra de guerrillas" en ob. cit., p. 139.

cincuenta años, fue el primer profesional de la medicina procedente del movimiento clandestino en incorporarse a la guerrilla.

Al rememorar los días de su llegada al Primer Frente José Martí, el doctor Martínez Páez, en su libro *Un médico en la Sierra*, relató:

[...] estamos acostados y a pesar de la orden de hablar en susurros, siento un rumor algo inusitado y me levanto. En efecto, ha llegado el Che y salgo a conocerlo. Me presento yo mismo y me dice:

—Así que tú eres Martínez Páez. ¡Qué bueno que llegaste! Espérate un momento aquí, te traigo un regalito.

Yo no salgo de mi asombro. Si él no me conoce, ¿por qué va a traermé un regalito? Pienso que puede ser una boina o un brazalete del 26 de Julio. Todavía no había salido de mis conjeturas cuando regresa el Che. Lo veo frente a mí con una cajita en la mano y exclama:

—Aquí está el regalito, es mi instrumental de cirujano. Desde hoy dejo de ser médico para ser guerrillero. ¡Tú no sabes cómo ansiaba tu llegada!

Un abrazo sella el inicio de una gran amistad y me doy cuenta de que la fama que lo precede queda pequeña a este hombre excepcional [...]*

Desde su arribo a la Sierra Maestra, el recién llegado, además de dedicarse a atender a la tropa rebelde, comenzó la labor de brindar atención médica al campesinado, tal y como venía haciendo el Che.

En este sentido, Martínez Páez escribió: “[...] Siempre me despierta curiosidad, pero nunca me he podido explicar, cómo se

* Julio Martínez Páez: *Un médico en la Sierra*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1990, p. 45.

avisan los campesinos mi llegada, pues a veces vienen de bien lejos a consultarse”.*

Lógicamente, las condiciones en que desarrollaban su labor los médicos y el personal de salud en los frentes guerrilleros, requerían de toda su inventiva para suplir la falta de medios y, en ocasiones, la imposibilidad o la negativa del paciente de guardar reposo.

El 20 de agosto de 1958, poco después de la llegada del doctor Martínez Páez al Primer Frente, se produjo el combate de Palma Mocha. Por sus características, el Ejército Rebelde sufrió muchas bajas y esto exigió la intervención inmediata de los servicios de sanidad, que en aquel momento eran aún muy reducidos.

Para entonces, ya contaban con la presencia del doctor Sergio del Valle Jiménez, incorporado a la guerrilla, pues era perseguido por sus actividades contra el régimen; trabajaba en el hospital América Arias de la capital donde se especializaba en obstetricia y, al mismo tiempo, se familiarizaba con la especialidad de cardiología por tener afinidad con ella.

Los médicos rebeldes atendían a los combatientes en el mismo lugar de la acción y Martínez Páez partió junto a estos, se adelantó a la vanguardia de la columna, dado lo difícil y lento del traslado de los heridos que, afortunadamente, a pesar de los pocos recursos médicos, respondían de manera satisfactoria a las curas.

Posteriormente se incorporó a este frente el doctor José Ramón Machado Ventura, fue el tercer médico de la guerrilla. Inicialmente prestó servicios en la Columna No. 4, comandada por el Che.

De manera sucesiva, fundamentalmente luego del revés del intento de huelga general del 9 de abril de 1958, fueran llegando nuevos galenos, entre ellos, Manuel Fajardo, *Piti*, Vicente de

* *Ibidem*, p. 61.

la O, René Vallejo, Eduardo Bernabé Ordaz, Raúl Trillo y Oscar Fernández Mell.

De su primer encuentro con el Che en la Sierra Maestra el doctor Machado memora:

Cuando llegué al Primer Frente me recibió el Che. Recuerdo que me preguntó que qué me había motivado a llegar ahí y si alguien me había mandado.

Le expliqué que, aunque estaba vinculado al Movimiento 26 de Julio, me había ido por contactos que tenía del propio movimiento, los cuales me facilitaron la forma de llegar, de modo que prácticamente me había ido por mis propias vías.

Me hizo otras preguntas. Me di cuenta de que quería comprobar si yo era médico de verdad.

Me preguntó que cómo yo curaba las heridas, etcétera. Claro, cuando comencé a hablar se percató de que era médico, entonces me mandó para donde estaba Sergio del Valle que, aunque no estaba allí en ese momento, ya tenía una casita donde pretendía poner el hospital [...]*

Durante su estancia en la Columna No. 4, Machado adquirió alguna experiencia en la atención a heridas de guerra. Estuvo en un pequeño hospital, organizado por el doctor Sergio del Valle en una casa abandonada por un campesino, ubicada en una falda en el hueco de El Hombrito, lugar donde se atendieron heridos y se realizaron algunas intervenciones y suturas, entre otras acciones de carácter médico.

En los meses finales de 1957, ocurrieron varias acciones de importancia para el Ejército Rebelde, las cuales provocaron bajas

* Entrevista personal al doctor José Ramón Machado Ventura, 12 de marzo de 2007.

enemigas, pero también en las filas revolucionarias y requirieron la intervención de los médicos combatientes. Se destacan, el 20 de noviembre, los combates en Mota, Gaviro y San Lorenzo. En este último resultó muerto el capitán rebelde Juan Soto Cuesta y heridos Reinaldo Mora.

El 29 de noviembre, en el caserío de Mar Verde, las fuerzas revolucionarias sostuvieron un fuerte combate contra una columna del ejército, dirigida por el criminal oficial batistiano Ángel Sánchez Mosquera. El capitán Ciro Redondo cayó mortalmente herido y otros compañeros recibieron impactos de bala.

Los heridos en esta acción y en encuentros sostenidos posteriormente, fueron atendidos en una casa ubicada en El Guayabo, en el embrión de hospital del hueco de El Hombrito y semanas más tarde en el hospitalito que se construyó en Pata de la Mesa.

Al referirse a las instalaciones médico sanitarias de la guerrilla, Che escribió:

La organización de los hospitales depende mucho del momento histórico de las guerrillas. Se pueden dar tres tipos fundamentales de organizaciones hospitalarias que corresponden a la forma de vida.

En este desarrollo histórico tenemos una primera fase nómada. En ella el médico, si es que lo hay, viaja constantemente con sus compañeros, es un hombre más, tendrá muy probablemente que hacer todas las otras funciones del guerrillero, incluso la de pelear, y tendrá sobre sí la fatigosa y a veces desesperante tarea de tratar casos en los cuales se puede salvar una vida con un tratamiento adecuado y no existen los medios para ello [...] Es incalculable lo que significa para el que está sufriendo, una simple aspirina, dada por la mano amiga de quien se siente y hace suyos los sufrimientos [...]

En el curso de los acontecimientos normales de la guerra de guerrillas, se pasa a otra etapa que podríamos llamar seminómada. En este momento hay campamentos, frecuentados por lo menos, por la tropa guerrillera; casas amigas de entera confianza donde se pueden guardar objetos e incluso dejar heridos y la tendencia cada vez más marcada de la tropa a sedentarizarse. La tarea del médico es menos fatigosa, puede tener un equipo quirúrgico de extrema urgencia en su mochila y otros más vastos, para operaciones más calmadas, en alguna casa amiga. Es posible dejar a los enfermos y heridos al cuidado de los campesinos que, amorosamente, prestaban su auxilio y se podía contar con un mayor número de medicinas guardadas en lugares convenientes, las que deben estar perfectamente catalogadas, o lo mejor catalogadas posible, dentro de las circunstancias en que vive. En esta misma etapa, si existen lugares absolutamente inaccesibles se establecen hospitales o casas hospitales adonde asistan los heridos y enfermos a reponerse.

En la tercera etapa, cuando ya hay zonas inconquistables para el enemigo, es cuando se estructura de verdad una organización hospitalaria. En su etapa más perfecta, dentro de las posibilidades, puede constar con tres centros de diferentes categorías. A nivel de la línea de combate debe haber un médico, el combatiente, el más querido por la tropa, el hombre de batalla, cuyos conocimientos no tienen que ser demasiado profundos; y digo esto porque la labor en esos momentos es más que todo de alivio y de preparación del enfermo o herido y la real tarea médica se hará en hospitales profundamente situados. No debe sacrificarse a un cirujano de calidad en las líneas de fuego.*

* Ernesto Guevara: "La guerra de guerrillas", en ob. cit., pp. 127-129.

El médico guerrillero desarrolla su labor sin el apoyo de importantes medios técnicos que normalmente le ayudan a tomar las decisiones más adecuadas, todo depende entonces de su pericia y capacidad. Así, por ejemplo, el 8 de diciembre de 1957, durante el combate de Altos de Conrado, Che fue herido por un proyectil en un pie. El doctor Machado opinaba esperar y no intervenir, era una zona del cuerpo humano de muchos huesos pequeños, el peligro de causarle un daño irreversible estaba latente, la ausencia de rayos X provocaba inseguridad. Sin embargo, la propia naturaleza humana, quizás junto al azar, ayudó a encontrar una mejor solución [...]

El propio Che, en sus memorias escribió: “[...] Uno o dos días después del combate, Machadito [...]” * con una cuchilla de afeitador me operó la herida, me extrajo una bala de carabina M. Rápidamente inicié el proceso de curación” **

Concluía 1957 y culminaba el primer año de lucha armada. Durante el transcurso de este, fracasaron varios planes operativos del ejército para tratar de aniquilar a las fuerzas del Ejército Rebelde. El año 1958 marcó un salto sustancial y definitorio en el desarrollo de la guerra.

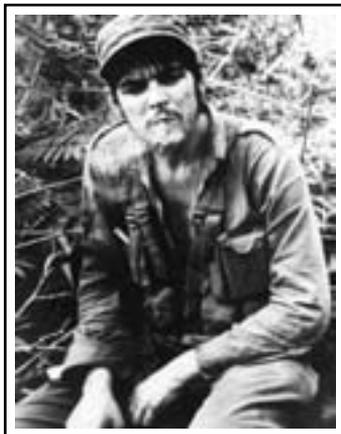
El salto también se manifestó en la sanidad militar rebelde. Y esa humanitaria y distinguidísima labor la relatan varios protagonistas en las páginas que siguen.

* El recuerdo de ese hecho, el doctor Machado Ventura lo cuenta en su testimonio.

** Ernesto Guevara: *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Ed. cit., p. 181.



Un testimonio que no podía faltar



Cmdte. Ernesto Guevara de la Serna*

El 25 de noviembre de 1956, a las dos de la madrugada, empezaban a hacerse realidad las frases de Fidel, que habían servido de mofa a la prensa oficialista: “En el año 1956 seremos libres o seremos mártires”.

Salimos, con las luces apagadas, del puerto de Tuxpan en medio de un hacinamiento infernal de materiales de toda clase y de hombres. Teníamos muy mal tiempo y, aunque la navegación estaba prohibida, el estuario del río se mantenía tranquilo. Cruzamos la boca del puerto yucateco y, a poco más, se encendieron las luces. Empezamos la búsqueda frenética de los antihistamínicos contra el mareo, que no aparecían; se cantaron los himnos nacional cubano y del 26 de Julio, quizás durante cinco minutos en total, y después el barco entero presentaba un aspecto ridículamente trágico: hombres con la angustia reflejada en el rostro, agarrándose el estómago. Unos con la cabeza metida dentro de un cubo y otros tumbados en las más extrañas

* Las vivencias han sido tomadas de su libro *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Ed. cit.

posiciones, inmóviles y con las ropas sucias por el vómito. Salvo dos o tres marinos y cuatro o cinco personas más, el resto de los ochenta y dos tripulantes se marearon [...] [pp. 7-8].

Alegría de Pío

Alegría de Pío es un lugar de la provincia de Oriente, municipio de Niquero, sito cerca de Cabo Cruz, donde fuimos sorprendidos el día 5 de diciembre de 1956 por las tropas de la dictadura.

Veníamos extenuados después de una caminata no tan larga como penosa. Habíamos desembarcado el 2 de diciembre en el lugar conocido por playa de Las Coloradas, perdiendo casi todo nuestro equipo y caminando durante interminables horas por ciénagas de agua de mar, con botas nuevas [...].

Ya no quedaba de nuestros equipos de guerra nada más que el fusil, la canana y algunas balas mojadas. Nuestro arsenal médico había desaparecido, nuestras mochilas habían quedado en los pantanos [...].

En la madrugada del día 5 eran pocos los que podían dar un paso más; la gente desmayada caminaba pequeñas distancias para pedir descansos prolongados. Debido a ello, se ordenó un alto a la orilla de un cañaveral, en un bosquecito ralo, relativamente cercano al monte firme. La mayoría de nosotros durmió aquella mañana.

[...] Mi tarea, como médico de la tropa, era curar las llagas de los pies heridos. Creo recordar mi última cura de aquel día. Se llamaba Humberto Lamothe el compañero y esa era, también, su última jornada. Está en mi memoria la figura cansada y angustiada llevando en la mano los zapatos que no podía ponerse mientras se dirigía del botiquín de campaña hasta su puesto.

[...] La sorpresa había sido demasiado grande, las balas demasiado nutridas. Almeida volvió a hacerse cargo de su grupo,

en ese momento un compañero dejó una caja de balas casi a mis pies, se lo indiqué y el hombre me contestó con cara que recuerdo perfectamente, por la angustia que reflejaba, algo así como “no es hora para cajas de balas”, e inmediatamente siguió el camino del cañaveral (después murió asesinado por uno de los esbirros de Batista). Quizás esa fue la primera vez que tuve planteado prácticamente ante mí el dilema de mi dedicación a la medicina o a mi deber de soldado revolucionario. Tenía delante una mochila llena de medicamentos y una caja de balas, las dos era mucho peso para transportarlas juntas; tomé la caja de balas y dejé la mochila para cruzar el claro que me separaba de las cañas [...] [pp. 10, 11 y 12].

Combate de La Plata

El ataque a un pequeño cuartel que existía en la desembocadura del río de La Plata, en la Sierra Maestra, constituyó nuestra primera victoria y tuvo cierta resonancia, más lejana que la abrupta región donde se realizó [...].

[...]

Los soldados, casi sin defensa, eran inmisericordemente heridos por nuestras balas [...]. El recuento de bajas: ellos tenían dos muertos y cinco heridos, además tres prisioneros. Algunos junto con el chivato Honorio, había huido. Por nuestra parte, ni un rasguño. Se les dio fuego a las casas de los soldados y nos retiramos, luego de atender lo mejor posible a los heridos, tres de ellos de mucha gravedad, que luego murieron, según nos enteramos después de la victoria final, los dejamos al cuidado de los soldados prisioneros [...].

Siempre contrastaba nuestra actitud con los heridos y la del ejército [de la dictadura de Batista] que no solo asesinaba a nuestros heridos sino que abandonaban a los suyos. Esta diferencia

fue haciendo su efecto con el tiempo y constituyó uno de los factores de triunfo. Allí, con mucho dolor para mí, que sentía como médico la necesidad de mantener reservas para nuestras tropas, ordenó Fidel que se entregaran a los prisioneros todas las medicinas disponibles para el cuidado de los soldados heridos, y así hicimos [...] [pp. 24 y 31].

Jornadas de marcha

Los primeros quince días del mes de mayo fueron de marcha continua hacia nuestro objetivo. Al iniciarse el mes, estábamos en una loma perteneciente a la cresta de la Maestra, cercana al pico Turquino; fuimos cruzando zonas que después resultaron teatro de muchos sucesos de la Revolución [...].

[...]

En aquella época tenía que cumplir mis deberes de médico y en cada pequeño poblado o lugar donde llegábamos realizaba mi consulta. Era monótona pues no tenía muchos medicamentos que ofrecer y no presentaban una gran diferencia los casos clínicos de la Sierra: mujeres prematuramente avejentadas, sin dientes, niños de vientres enormes, parasitismo, raquitismo, avitaminosis en general, eran los signos de la Sierra Maestra [...].

Recuerdo que una niña estaba presenciando las consultas que daba a las mujeres de la zona, las que iban con mentalidad casi religiosa a conocer el motivo de sus padecimientos; la niña, cuando llegó su mamá, después de varios turnos anteriores a los que había asistido con toda atención en la única pieza del bohío que me servía de consultorio, le chismoseó: “Mamá, este doctor a todas les dice lo mismo”.

Y era una gran verdad; mis conocimientos no daban para mucho más, pero, además, todas tenían el mismo cuadro clínico y contaban la misma historia desgarradora sin saberlo. ¿Qué hubiera

pasado si el médico en ese momento hubiera interpretado que el cansancio extraño que sufría la joven madre de varios hijos, cuando subía una lata de agua del arroyo hasta la casa, se debía simplemente a que era mucho trabajo para tan poca y baja calidad de comida? Ese agotamiento es algo inexplicable, porque toda su vida la mujer ha llevado las mismas latas de agua hasta el mismo destino y solo ahora se siente cansada. Es que las gentes de la Sierra brotan silvestres y sin cuidado y se desgastan rápidamente, en un trajín sin recompensa. Allí, en aquellos trabajos, empezaba a hacerse carne en nosotros la conciencia de la necesidad de un cambio definitivo en la vida del pueblo. La idea de la reforma agraria se hizo nítida y la comunión con el pueblo no dejó de ser teoría para convertirse en parte definitiva de nuestro ser.

La guerrilla y el campesinado se iban fundiendo en una sola masa, sin que nadie pueda decir en qué momento del largo camino se produjo, en qué momento se hizo íntimamente verídico lo proclamado y fuimos parte de la masa campesina. Solo sé, en lo que a mí respecta, que aquellas consultas a los guajiros de la Sierra convirtieron la decisión espontánea y algo lírica en una fuerza de distinto valor y más serena. Nunca han sospechado aquellos sufridos y leales pobladores de la Sierra Maestra el papel que desempeñaron como forjadores de nuestra ideología revolucionaria. [pp. 78, 79 y 80].

Llegan las armas

[Las armas prometidas por Frank País llegaron a la Sierra Maestra, el 18 de mayo de 1957, por Uvero, unos días antes del ataque al cuartel de ese lugar. Luego la distribución].

Uno de los fusiles ametralladoras fue al pelotón del capitán Jorge Sotús, otro al pelotón de Almeida y otro para el estado mayor, me encargaron a mí de su manejo. Las trípodes fueron

una para Raúl, otra para Guillermo García y la tercera para Crescencio Pérez. De tal manera, me iniciaba como combatiente directo, pues lo era ocasional, pero tenía como fijo el cargo de médico; empezaba una nueva etapa para mí en la Sierra.



Siempre recuerdo el momento en que me fue entregado este fusil ametralladora, de muy mala calidad y viejo, pero que en aquel momento significaba una verdadera adquisición [...] [p. 87].

Combate de Uvero

El cuartel de Uvero estaba colocado a la orilla del mar, de tal manera que para rodearlo solamente necesitábamos atacarlo por tres puntos. [...]

Todo el mundo avanzaba [...].

Desde mi posición, apenas a unos cincuenta o sesenta metros de la avanzada enemiga, vi cómo de la trinchera que estaba delante salían dos soldados a toda carrera y a ambos les tiré, pero

se refugiaron en las casas del batey que eran sagradas para nosotros. Seguimos avanzando aunque ya no quedaba nada más que un pequeño terreno, sin la más mínima yerba para ocultarse y las balas silbaban peligrosamente cerca de nosotros. En ese momento escuché cerca de mí un quejido y unos gritos en medio del combate, pensé que sería algún soldado enemigo herido y avancé arrastrándome, mientras le intimaba rendición; en realidad, era el compañero Leal, herido en la cabeza. Hice una corta inspección de la herida, con entrada y salida en la región parietal; Leal estaba desmayándose, mientras empezaba la parálisis de los miembros de un costado del cuerpo, no recuerdo exactamente cuál. El único vendaje que tenía a mano era un pedazo de papel que coloqué sobre las heridas [...].

[...]

Llegamos hasta el batey donde tomamos prisioneros a los dos soldados que habían escapado de mi ametralladora y también al médico y su asistente. Con el médico, un hombre canoso y reposado, cuyo destino posterior no conozco [...] sucedió un caso curioso: mis conocimientos de medicina nunca fueron demasiado grandes; la cantidad de heridos que estaban llegando era enorme y mi vocación en ese momento no era la de dedicarme a la sanidad; sin embargo, cuando fui a entregarle los heridos al médico militar, me preguntó cuántos años tenía y acto seguido, cuándo me había recibido. Le expliqué que hacía algunos años y entonces me dijo francamente: “Mira, chico, hazte cargo de todo esto, porque yo me acabo de recibir y tengo muy poca experiencia”. El hombre, entre su inexperiencia y el temor lógico de la situación, al verse prisionero se le había olvidado hasta la última palabra de medicina. Desde aquel momento tuve que cambiar una vez más el fusil por mi uniforme de médico que, en realidad, era un lavado de manos [...].

El rencuentro con la profesión médica tuvo para mí algunos momentos muy emocionantes. El primer herido que atendí,

dada su gravedad, fue el compañero Cilleros. Una bala había partido su brazo derecho y, tras de atravesar el pulmón, aparentemente se había incrustado en la columna, privándolo del movimiento en las dos piernas. Su estado era gravísimo y apenas si me fue posible darle algún calmante y ceñirle apretadamente el tórax para que respirara mejor. Tratamos de salvarlo de la única forma posible en esos momentos; llevándonos a los catorce soldados prisioneros con nosotros y dejando a dos heridos: Leal y Cilleros, en poder del enemigo y con la garantía del honor del médico del puesto [...]. Nuestros dos compañeros fueron atendidos decentemente por el ejército enemigo, pero uno de ellos, Cilleros, no llegó siquiera a Santiago. El otro sobrevivió a la herida, pasó prisionero en Isla de Pinos el resto de la guerra [...]

Cargando en uno de los camiones de Babún la mayor cantidad posible de artículos de todo tipo, sobre todo medicinas, salimos los últimos, rumbo a nuestras guaridas de la montaña, adonde llegamos todavía a tiempo para atender a los heridos y despedir a los caídos, que fueron enterrados junto a un recodo del camino. Se preveía que la persecución iba a ser muy grande y se resolvió que la tropa capaz de caminar debía poner distancia entre este lugar y los guardias mientras los heridos quedarían a mi cargo y Enrique López se encargaría de suministrarme el transporte, el escondrijo y algunos ayudantes para trasladar a los heridos y todos los contactos para poder recibir medicinas y curarlos en la forma debida. [pp. 92, 94-97].

Curando heridos

Al día siguiente del combate de Uvero, desde el amanecer los aviones patrullaban el aire. Agotados los saludos despidiendo a la columna que seguía su marcha, nos dedicábamos a borrar las huellas de nuestra entrada al monte [...].

Los heridos eran Almeida y Pena, que no podían caminar; Quike Escalona, en la misma situación; Manals, a quien recomendaba que no caminara por su herida en el pulmón; Manuel Acuña, Hermes Leyva y Maceo: estos tres, con posibilidades de marchar por sus propios medios. Para defenderlos, curarlos y trasladarlos, estábamos Vilo Acuña, Sinecio Torres, práctico, Joel Iglesias, Alejandro Oñate y yo [p. 102].

El regreso

Todo el mes de junio de 1957 transcurrió en la curación de los compañeros heridos durante el ataque a Uvero y organizando la pequeña tropa con que habríamos de incorporarnos a la columna de Fidel [...].

El día 26 de junio debuté como odontólogo, aunque en la Sierra me daban el más modesto título de “sacamuelas”; mi primera víctima fue Israel Pardo [...]. La segunda, Joel Iglesias, a quien faltó solamente ponerle un cartucho de dinamita en el colmillo para sacárselo; pero que llegó al final de la guerra con él puesto, pues mis esfuerzos fueron infructuosos. Se sumaba a mi poca pericia la falta de “carpules”, de tal manera que había que ahorrar mucho la anestesia y usaba bastante la “anestesia psicológica”, llamando a la gente con epítetos duros cuando se quejaban demasiado por los trabajos en su boca.

[...] Después de pesadas y cortas jornadas, llegamos a la zona de Palma Mocha, ya sobre la vertiente oeste del Turquino, a la región de las Cuevas, donde nos recibieron muy bien los guajiros y establecimos un contacto directo desde mi nueva profesión de “sacamuelas”, que ejercía con todo entusiasmo [pp. 108-110 y 114].

Se gesta una traición

Daba gusto ver de nuevo a nuestra tropa con más disciplina, con mucha más moral, con cerca de doscientos hombres, algunas armas nuevas entre ellas [...]. Nos dio verdadera alegría también el recibimiento que nos hicieron los viejos compañeros.

[...] En esos días se formaba una nueva columna de la cual me encargaban su dirección con el grado de capitán y se hacían algunos ascensos más; Ramiro Valdés pasaba a ser capitán y con su pelotón entraba en mi columna, también Ciro Redondo era ascendido a capitán y mandaba otro pelotón. La columna se componía de tres pelotones, mandado el primero por Lalo Sardiñas, que llevaba la vanguardia y a la vez era segundo jefe del destacamento; Ramiro Valdés y Ciro Redondo. Esta columna, a la cual llamaban “el desalojo campesino”, estaba constituida por unos setentaicinco hombres, heterogéneamente vestidos y heterogéneamente armados, sin embargo, me sentía muy orgulloso de ellos [...].

Enviábamos una carta de felicitación y reconocimiento a Carlos, nombre clandestino de Frank País, quien estaba viviendo sus últimos días. La firmaron todos los oficiales del ejército guerrillero que sabían hacerlo (los campesinos de la Sierra no eran muy duchos en este arte y eran parte importante de la guerrilla). Se firmó la carta en dos columnas y al poner los cargos de los componentes de la segunda de ellas, Fidel ordenó simplemente: “ponle comandante”, cuando se iba a poner mi grado. De ese modo informal y casi de soslayo, quedé nombrado comandante de la segunda columna del ejército guerrillero, la que se llamaría número 4 posteriormente. [pp. 116 y 121-122].

Se me acercó con la receta que yo le había hecho



Cmdte. Faustino Pérez Hernández

Yo creo que la historia más breve, como médico, es la mía. Al decir Alegría de Pío lo primero que me viene a la mente es el médico que traía la expedición del *Granma*. En Alegría de Pío, precisamente antes del combate, de la sorpresa, estuvo ejerciendo plenamente su función de médico con un celo extraordinario, un espíritu de sacrificio inigualable después de largos días de viaje, terribles, y del tiempo después del desembarco, que fue todavía más terrible. Es decir, me estoy refiriendo al Che Guevara.

Esa imagen del Che en todo ese tiempo, con un ataque de asma que no lo dejó en ningún momento y que no se le oyó en ningún momento una expresión de queja, no se me olvida. A pesar de todo ese vía crucis anterior en que, los que veníamos completamente sanos estábamos muy mal, el Che, en el descanso de ese día en Alegría de Pío, lo dedicó casi completamente a curar a los compañeros que venían con los pies destrozados. Es una imagen extraordinaria que guardo para siempre. Todavía no conocía bien quién era Che.

Inmediatamente que comenzó el combate en Alegría de Pío, el Che cayó herido. Yo tuve la oportunidad de tenerlo cerca y lo

vi caer. Pensé, al ver la herida en el cuello y mucha sangre en el pecho, que moría como él mismo nos manifestó a nosotros. Tratamos de alentarlo, pero sin pensar que tuviera remedio.

Estábamos en eso, y en el fragor del combate, cuando llegó otro compañero herido, Pepe Ponce, con un balazo en la axila, buscaba atención médica. Claro que venía en busca del Che, el médico de la expedición; pero ya el Che no podía. Lo vi simplemente, y mandé a otros compañeros a que lo retiraran del lugar, que lo fueran alejando, porque no se podía hacer nada en aquel instante, no había con qué hacerlo. La herida no tenía ninguna posibilidad de tratamiento.

Llegó otro herido, el compañero Emiliano Alventosa, que el Che describe en el relato de Alegría de Pío: “manando sangre a borbotones, disparaba como un loco contra el ejército de Batista”. Y así fue, yo lo recuerdo perfectamente, parado, tirando, y al mismo tiempo herido. Una bala le había atravesado el cuello.

Seguidamente llegó Raúl Suárez, herido en una muñeca. Tenía una gran hemorragia y procedimos a ligarle el brazo con el pañuelo, le amarramos otro pañuelo. Le dije que se retirara, no quería hacerlo sin que nosotros también nos fuéramos. Insistí y, al retirarse, cayó. Entonces ayudé a levantarlo y siguió su camino. No lo vi más. Fue asesinado a los dos días.

Ese fue el contacto que yo tuve con la medicina, realmente fue muy dramático y muy poco efectivo.

Antes del combate, en la travesía desde Las Coloradas hasta Alegría de Pío, recuerdo que tuve un leve contacto con una campesina, a cuya casa habíamos llegado y estaba enferma, se quejaba de que tenía diarreas, le hice una receta. Escribí en un papelito de una libretica la receta, que creo que era Sulfaguanidina. Para sorpresa nuestra —y por eso es que lo menciono— hace tres años, después del triunfo de la Revolución, en un acto en Las Coloradas donde hice uso de la palabra, aquella mujer se me acercó con la receta que le había hecho.

En la Sierra Maestra

Mi contacto ha sido más con los médicos que con los pacientes.

En La Plata recuerdo una de las cosas más tremendas de que haya sido testigo, cuando cayeron los compañeros Geonel Rodríguez y Carlitos Mas, y que murió incluso el cocinero de la casa adonde ellos fueron. Nosotros estábamos cerca de esa casa en esos días, había una pequeña tropa que tenía Daniel [René Ramos Latour] por allí y nos tocó a un grupo muy pequeño trasladar de noche a esos compañeros hasta La Plata. Yo creo que esa ha sido una de las noches más terribles que puedo recordar, cuando en un camino muy malo, lleno de fango, y con un número muy limitado de compañeros, trasladamos a los dos heridos en una situación tremenda hasta La Plata. Después de la intervención quirúrgica, sin luz y auxiliados con linternas, actué como segundo o tercer ayudante de cirugía. Se hizo hasta lo imposible, pero no se les pudo salvar la vida.

Allí no se veía, incluso las mariposas esas que vuelan alrededor de la luz caían en las heridas, porque estaban siendo operados no en el hospital, sino en la casita de la entrada.

Estas son las cosas más directas en las que yo intervine. Lo demás, como les dije, fue más bien con los médicos. Después por orientación de Fidel trabajé en la creación de una autoridad civil, cuando ya la ofensiva enemiga estaba siendo totalmente derrotada en la Sierra y había una zona bastante grande liberada y se imponía empezar a organizar la vida civil. Entonces fui responsabilizado con esa tarea.

Hospitales de la Sierra

Una de las tareas a la que presté atención fue la ampliación de los servicios de los hospitales que ya venían funcionando; pero venían funcionando más bien para atender a los combatientes

heridos, y aunque también se atendía a los campesinos, lo fundamental, mientras estaban las tropas allá en la Sierra, era la atención a los combatientes. Una vez que se iban retirando los combates de las montañas, eran atendidos fundamentalmente los campesinos.

Yo creo que tiene una gran importancia, una gran significación, que la Revolución antes del triunfo se estuviera preocupando tan seriamente de la atención a los campesinos, y eso fue tanto en el Segundo Frente como en el Primero, que pudiéramos decir que es el antecedente, el preámbulo del Servicio Médico Rural.

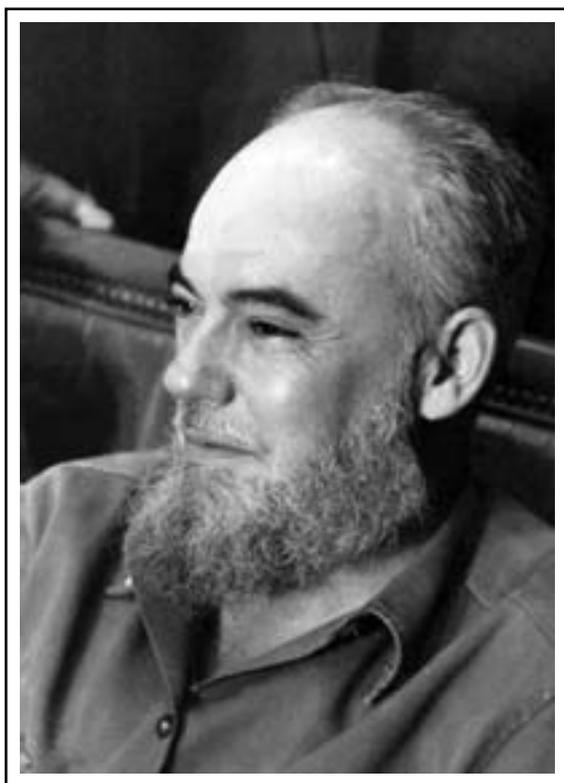
Recordamos que allí quedó establecida una serie de hospitales, que atendían casi exclusivamente a los campesinos. El mismo hospital de La Plata, con el compañero Ordaz, se dejó para atender a los campesinos, después de que bajaron las tropas. Estaba el hospital del compañero Martínez Páez, por allá por casa del haitiano, El Naranjal, algo así. Estaba el hospital de Las Vegas con el doctor Angel Luis Rodríguez; el de Pozo Azul, que atendían Vallejo y el compañero Fabio Vázquez que también estuvo ahí; el de las Peñas, atendido por el compañero Sarría; y el hospital de La Lata, que tenían los compañeros del Tercer Frente: Ibieta y el doctor Páez. Es decir, que este antecedente es una cosa de mucho interés. Desde entonces se pensaba que había que darle atención médica, y no solamente atención médica, se pensaba en el problema de las escuelas, que en un número ya creciente estaban funcionando.

Esto lo decimos con relación al Primer Frente, de la Columna No. 1 que mandaba Fidel, pero como ustedes saben, aquí también hay médicos del Segundo Frente, médicos del Escambray, y saben que la preocupación central de la Revolución ha sido la atención al pueblo.

La caída de Daniel

El combate de Arroyones fue un episodio dramático. Nosotros estábamos en una casa y llegó un herido leve, con un fragmento en la espalda, creo que era el compañero capitán Pablo Ávila, y fue él quien dio la noticia de la caída de René Ramos Latour. Después de extraerle con unas tijeras el fragmento que tenía en la espalda, salimos sin rumbo a buscar a Daniel; no lo pudimos encontrar.

Por la noche me encontré con el compañero Oscar Fernández Mell y juntos nos fuimos a buscar a Daniel, creyendo que lo habían retirado hacia Providencia. Y estando en Providencia al día siguiente, tempranito, nos enteramos de que Daniel había muerto, que fue el Che, incluso, quien pudo llevarlo.



Comandante, Dr. René Vallejo Ortiz

Tuve otra experiencia, ya no como médico sino como paciente. Fui operado de apendicitis en La Plata. Los compañeros Vallejo y Martínez Páez fueron los que intervinieron en mi caso, y recuerdo que para nosotros aquello era una cosa muy desagradable. Decíamos: “Qué ironía, ¿no?, que fuéramos nosotros a morirnos allí por la operación de apendicitis, en lugar de por una bala”.

Sufrí bastante, pero creo que ha sido la mejor operación de apendicitis que se ha hecho. Fue por el 4 de diciembre, y el día 11 ya andaba montado en un mulo rumbo a Charco Redondo. Yo no he sentido ni siquiera esas molestias que a veces sienten los operados, cuando el tiempo está muy malo. Es decir, que ni se nota la herida; y fui operado —no en el saloncito interior de operaciones— en el portal y con muchos problemas de luces.

Esta fue mi incursión por la medicina. El maletín de médico me había servido para llevar propaganda revolucionaria.

PERIODISTA: Hay una cosa que sería interesante, que usted por su modestia omitió, y que fue la atención médica que le prestó al Che cuando los ataques de asma durante el viaje del *Granma*.

FAUSTINO PÉREZ: Él no traía el aparatito del asma. Creo que una vez o dos le inyecté adrenalina. Pero era un ataque muy fuerte. Y una cosa curiosa: después del desembarco, de inmediato se le quitó el ataque de asma, a tal extremo de que se pensaba que algún factor alérgico, que le producía eso, no existía en aquel medio. La travesía me sirvió para empezar a conocer al Che, para ponerle atención a aquel hombre, a aquel compañero, con aquel estoicismo, que después por sus propios pies, en medio del mangle, del fango, salió de allí y se mantenía con una entereza admirable.

A Che y Camilo empecé a ponerles atención. A Che por ese problema, ¡qué voluntad, qué estoicismo! Después a Camilo por un episodio el mismo día en que yo bajé, el 23 de diciembre.

Se hizo un simulacro. Fidel me dijo: “Vamos a hacer un simulacro”. Ya estaba el grupo, que se había encontrado de nuevo. Ya nos sentíamos fuertes, ya Fidel decía que ganábamos la guerra.

Pues ese día que él me dijo: “Vamos a hacer un simulacro”, estábamos en un cafetal. El Che estaba de posta en una esquina y fui a decírselo, para que viniera a informarlo él y a informarlo yo por otro lado y así todo parecería más real. Entonces se lo dije al Che y él tomó aquello con una serenidad, con una calma... Le dije: “Che, los guardias por allá abajo, como veinte, están entrando por allá”, yo tratando de impresionarlo. Además, le añadí: “Corre allá y avísalo en el campamento, que yo voy por acá”. Fue a hacerlo, pero fue a hacerlo con una serenidad tan grande que yo dije: “Este hombre va a decir realmente que por ahí están los guardias y qué se yo”. Entonces viro para atrás y le digo. “Che, es mentira, es un simulacro; pero dilo como si fuera verdad”.

Para ese simulacro, Fidel les dijo a dos o tres compañeros que cubrieran la retaguardia, que se quedaran vigilando la parte de atrás, en lo que nosotros les haríamos una especie de emboscada a los guardias. Entre los compañeros quedaron Camilo y dos más. En fin, nos fuimos para allá y avanzamos, sobre todo yo, con una valentía tremenda, porque sabía que no había nada.

Después de eso regresamos —todavía Camilo era un compañero más, un soldado de la tropa, había estado en México en mi campamento, había venido de Estados Unidos y no se le conocía nada más que los días de campamento, la cosa normal—, Fidel le llamó seriamente la atención: “¿Por qué se quedó usted?”, parecía talmente que se habían quedado. Fidel les había dicho a algunos compañeros que se quedaran, pero parece que dijo fulano y fulano; pero Camilo y otros dos interpretaron también que ellos debían quedarse. La reacción que tuvo Camilo ante aquello, la vergüenza con que reaccionó fue tal, que salió con otros compañeros a perseguir a los guardias, ellos solos. Después de que Fidel le llamara la atención, reaccionó con una vergüenza que le dijo a Fidel que él iba a perseguir a los guardias, cuando todavía él no sabía que había sido un simulacro.



Hospitales que comienzan en una mochila

Cmdte. Julio Martínez Páez

Desde que el *Granma* llegó a Cuba, siempre pensé que Fidel vivía. En esa época yo estaba incorporado aquí en La Habana en el Movimiento 26 de Julio.

Inmediatamente después de que ocurrió el desembarco —eso fue a principios de 1957—, llegó Armando Hart con Haydée Santamaría* a La Habana, y con la primera persona que hicieron contacto fue conmigo.

Estuvieron en casa, en mi consulta; unas veces los recibía en casa, otras en la consulta. Yo todos los días era el encargado de ir a buscarlos al lugar donde dormían, llevarlos adonde iban a recibir información, y después, a eso de las cinco o seis de la tarde, los recogía para trasladarlos al sitio donde dormirían esa otra noche.

Así estuvimos hasta la noche en que llegaría el periodista Bob Taber; Haydée se iría para Santiago de Cuba, para luego esperarlo allá en la Sierra. Aquella noche, en mi casa se le iba a preparar una comida. Y ya con todo dispuesto, Haydée pasó por mi consulta, y me dijo: “Mira, queremos que nos lleves hasta la Virgen del Camino para

* Según la inscripción de nacimiento su nombre se escribe “Haidee”, sin embargo —aunque nunca lo oficializó—, al firmar escribía “Haydée”.

coger la guagua allí”. Entonces le dije: “Oye, no voy a tener tiempo de recibir a los americanos... en mi casa”. Debían llegar a eso de las ocho de la noche.

Las máquinas estaban en mi garaje para colocarles debajo de los guardafangos las cámaras y todas esas cosas que traían. Pero finalmente salimos para la Virgen del Camino como a las seis y media o siete de la noche, que era cuando pasaba la guagua por allí. Parqueamos en una ferretería, al lado de donde paraba el ómnibus.

Haydée se bajó con una maletica, por suerte, en la que llevaba todos los papeles y además el dinero, y cuando estaba recogiendo los pasajes, llegaron policías del buró de investigaciones, abrieron las dos puertas de la máquina, sacaron a Armando por un lado y a mí por el otro, a culatazos y patadas nos metieron en una perseguidora y nos llevaron. Haydée, que se dio cuenta de la maniobra, inmediatamente cogió la primera máquina que pasó y le dijo al chofer: “Acabo de llegar del campo y tengo un ataque al corazón, lléveme al Centro de Dependientes, y corra bastante porque creo que me voy a morir en el camino”.

En el hospital, ella cogió el teléfono y llamó rápido a mi casa para que despidieran las máquinas que estaban allí y a toda la gente que estaba esperando a los americanos. Eran como veinte personas. Todo el mundo se fue. Hubo quienes salieron aprisa al aeropuerto para darles contraorden a los que se encontraban allá, no podían llevar a los americanos a casa.

Cuando Faget llegó, ya no había nada, no había huella ninguna, de manera que no pudieron hallar nada, no encontraron nada. Yo estuve preso algunos días; pero como por el camino, y cuando nos mandaron a desnudar para registrarnos la ropa, quedamos solos, nos pusimos de acuerdo para dar como negativo todo lo que nos dijeran, no pudieron sacarnos nada.

Armando tenía varios juicios pendientes, entre ellos el de la calle 5ta., por las bombas y las cosas aquellas; y por esa razón lo dejaron a él retenido. A mí como a los tres o cuatro días me soltaron.

Seguimos trabajando en el Movimiento, pero por esos días Fidel había mandado a decir que le hacía falta un cirujano. Entonces yo le dije a Haydée:

—Mira, yo voy a ir.

—No, tú no te vayas, porque tú no vas a servir para eso. Tú estas muy flaco y además allí...

—Ya hace tiempo que tengo decidido irme, así es que yo me voy.

Pero en eso, del mismo grupo que trabajaba con nosotros, también iba para la Sierra Manolo Piñeiro y me dijo: “Espérate y nos vamos juntos”, porque hacía falta embarcar unas armas, uniformes, mochilas y una serie de cosas que habían comprado; y se embarcaban en unos camiones que llevaban sacos vacíos para Oriente a través de un contacto que yo tenía con un empleado del Banco de Fomento Agrícola e Industrial de Cuba (Banfaic).

El amigo mío cuando llevaba el camión con las cosas esas iba al lado del que manejaba. La policía lo dejaba pasar, porque esa gente del Banfaic tenía libre paso por todas las postas.

Dejé detrás la capital

Después de que se hizo este embarque, en el mes de junio, salimos para la Sierra con Manolo Piñeiro. Llegamos a Santiago, dio la casualidad de que fuimos al laboratorio de Santos Buch. Frank País inmediatamente nos llamó y nos dijo: “Tienen que salir rápido de esa casa, porque ya está quemada”. Al poco rato nos mandaron a los tres para casas diferentes.

Pasados dos o tres días, Celia nos mandó a buscar. Nos recibió en Manzanillo.

Al día siguiente nos fuimos para la Sierra. Salimos en un pisicorre. Había que pasar por delante del cuartel, pero tenía libre tránsito; detrás, en el maletero del pisicorre había una trampa, un secreto, donde se metía el equipaje, después de cerrado no parecía que hubiera nada

más. Claro, el equipaje mío no era más que una general de cirugía, una general de anestesia y un juego de jeringuillas.

Pasamos en el pisicorre sin problemas, y en Estrada Palma, ya en las afueras del central, cogimos un yipi y caminamos un kilómetro más o menos. Ahí montaron el cura vestido con guayabera —que yo no sabía que era cura—, el padre Sardiñas, y Julio Pérez.

Cuando dejamos el yipi apareció un campesino con dos caballos, era el guía, y como es natural se les dieron a las personas de más edad, no a los jóvenes; al cura se le dio un caballo. Julio Pérez y yo seguimos a pie. Así estuvimos bien hasta las cinco o seis de la tarde que llegamos a un bohío. Ahí comimos. Después dejamos los caballos y continuamos a pie.

Estuvimos caminando toda la noche. Como a eso de las once y media o doce, llegó otro campesino y le dijo al guía que nos llevaba:

—Óyeme, hay problemas.

Hablaron ellos dos, pero no sabíamos lo que habían hablado. Sí oímos decirle al guía:

—Vamos a esconderlos aquí.

Nos llevaron a un varaentierra que había en un cañaveral, y nos precisaron:

—Si alguien los llama o algo, no vayan a responder, ni fumen ni nada hasta que yo llegue.

Entonces yo me acosté allí, tenía mucho sueño, y dormí. Como a las dos de la mañana volvió el campesino.

—Levántense que ya pasó el peligro.

—¿Y qué fue lo que pasó? —pregunté.

—No, que había unos guardias por ahí.

Seguimos caminando. Después hubo otra precisión del campesino:

—Cuando yo me quite el sombrero ustedes se esconden; si yo me quito el sombrero es que hay guardias por ahí.

Al rato se quitó el sombrero, y nos escondimos. Estuvimos así un tiempo, hasta que regresó el hombre y empezó a llamarnos, pero nosotros callados. Al fin se acercó adonde estábamos, salimos, y nos

preguntó qué nos había pasado. “No, es que usted se quitó el sombrero”. Y qué risa: al hombre le picaba la cabeza y no se acordaba de la señal.

Finalmente, como a eso de las seis de la tarde, llegamos a Palma Mocha, donde estaba el campamento. Fidel nos dio un abrazo y Raúl, que estaba allí también. El campamento era muy pobre todavía, creo que había unos cincuenta hombres más o menos, así es que había una sola tropa. Pronto nos preguntó Fidel:

—Bueno, ¿y qué tal, cómo les fue, no tuvieron problemas para llegar?

—Ninguno, solo unos guardias que había por el trayecto.

Le hago el cuento. Y Fidel empezó a reírse a carcajadas.

—Óigame, lo que le estoy diciendo es en serio, no es para reírse.

—No, yo me río porque esa era gente nuestra disfrazada de guardias, que fueron a una misión y los disfrazamos de guardias.

Después llegó el Che, venía de la batalla de Uvero. Se había quedado con unos heridos y regresaba ese día, ya oscureciendo, con los heridos curados. Ahí conocí al Che. Acabado de presentarnos me dio la cajita de los instrumentos que tenía y me dijo: “Óyeme, ya tú llegaste aquí; de hoy en adelante yo no soy médico; médico eres tú nada más; así que toma todas las cosas estas”. Y me lo dio todo; él siguió de guerrillero.

Combate de Palma Mocha

Un poquito después llegó Sergio del Valle a la Sierra; y así seguimos hasta el combate de Palma Mocha. Se hicieron dos o tres movimientos antes de eso, dos o tres emboscadas pequeñas, hasta que un día —claro, Fidel nunca decía adónde íbamos— empezamos a caminar y estuvimos tres días caminando; nadie sabía para donde íbamos, y era para el combate de Palma Mocha, que fue a la orilla del mar, en la costa sur, donde el río Palma Mocha desemboca.

La tropa que iba a Palma Mocha era de unos veintiocho, treinta o treintaidós personas, poco más o menos; iban Camilo, Ochoa, Universo, sí, entre veintiocho y treintaidós, no recuerdo exactamente.

A las ocho de la noche llegamos a un sitio que estaría como a hora y media de camino del lugar del combate. Ahí nos repartieron leche condensada, la tomamos y nos acostamos a descansar un rato. En esa casa estaba el campesino que mantenía al tanto a la tropa del movimiento del cuartel que había abajo. Él le había dicho a Fidel que había cincuenta hombres, entonces Fidel hizo su cálculo: si son cincuenta podemos hacer el ataque con unos veintiocho o treinta hombres. Pero cuando llegamos allí, a las ocho, dijo el campesino:

—Oiga, Fidel, yo me equivoqué.

—¿Qué pasó?

—No, porque no son cincuenta, eran cincuenta, pero ahora son trescientos más que llegaron hace unos días, así que son trescientos cincuenta.

—Bueno, pues si ya estamos aquí, hay que seguir.

Y efectivamente, a las diez poco más o menos de la noche salimos costeano el río Palma Mocha que, por cierto, yo no me explico —¡porque mira que el río ese tiene piedras!—, era una noche oscura, no se veía dónde uno pisaba, ¡y tú puedes creer que nadie se cayó entre las piedras esas!

Llegamos al sitio, recuerdo que eran las doce y media, cerca de la una. Entonces dijo Fidel: “Bueno, ahora no se empieza hasta las dos en punto”. Esa era la hora de Fidel. Todo el mundo sincronizó el reloj y a las dos en punto empezó el tiroteo; el combate duró desde las dos hasta las cuatro de la mañana. Era un tiroteo constante, las balas chocaban contra las piedras del río y se sentían estallar. Yo nunca había visto eso, porque ese fue el primer combate grande al que yo asistí; yo nunca había visto nada de eso, yo oía decir que las balas silbaban, pero tampoco las había oído silbar hasta ese día.

Allí hubo tres muertos y cinco heridos, Crucito y Yayo murieron. Los guardias tuvieron quince muertos, y después nos dijeron los

campesinos que la arena estaba llena de cadáveres; los heridos no sabemos cuántos.

Pero los guardias por poco pierden esa acción; no se perdió ni se ganó por parte de nadie, porque hubo que retirarse a las cuatro de la mañana. Los guardias se habían quedado a dormir en las casas de los campesinos, y tenían una tienda de campaña que fue la que se atacó; los que estaban en la tienda de campaña salieron en paños menores; en ella Camilo obtuvo una pistola que tenía un peine jorobado y se le enredaba dondequiera porque no se bajaba; cada vez que pasaba por unos matojos se le enredaba el peine de la pistola; se cogieron algunas armas. Allí curamos a los heridos —claro está, en aquellos tiempos no había puesto médico de batallón, ni había hospital de división, todo era uno solo—; el hospital era ambulante, era nada más que una mochila. Curamos a los cinco heridos y nos los llevamos —Sergio del Valle asistió a ese combate también—, trasladamos a todos los heridos antes de que se retirara la tropa. Fidel nos mandó a retirarlos. Cruzamos el río y detrás de nosotros se retiró la tropa.

Entonces Sergio del Valle se hizo cargo de los cinco heridos, se fue a un bohío y se quedó con ellos. Él siguió con nosotros hasta la montaña de Palma Mocha; allí le hice otra cura a los heridos y ya en Palma Mocha, Sergio del Valle se los llevó.

Demoramos en llegar a Palma Mocha —que está muy lejos de allí—. Salimos a las cuatro o cinco de la mañana y llegamos a Palma Mocha a eso de las dos de la tarde. Fue a todo correr porque es una carrera grande la que hay que dar. Y ya en Palma Mocha yo le decía a Universo:

—Ven acá, Universo, ¿por qué nosotros tenemos que venir corriendo de esa manera?

—¿Pero tú eres bobo?, ¿tú no sabes que ahora viene la aviación? Fidel hace el cálculo para que, cuando llegue, ya hayamos pasado la montaña donde la aviación cree que estamos.

Y efectivamente, de Palma Mocha vi la aviación bombardeando otras montañas que ya habíamos dejado hacía rato detrás.

Los dos se esquivaron

Esa tarde salimos de ahí para el Turquino y llegamos por la noche. Allí nos íbamos a pasar un día, pero vino un mensajero y le dijo a Fidel que por el otro lado del Turquino estaba subiendo Sánchez Mosquera. Entonces Fidel tenía una tropa de unos treinta hombres o treintaidós —yo no me acuerdo bien el número, sé que no pasaban de treintaidós—, sin municiones de ninguna clase y completamente cansada, pero dijo Fidel: “Bueno, aquí no se puede entablar combate con Sánchez Mosquera, de manera que tenemos que bajar inmediatamente”. Al día siguiente, temprano, se bajó. Para no encontrarse con Sánchez Mosquera se hizo un trillo especial —que quedó después—. Cuando llegamos a abajo, otro mensajero dijo: “No hay problemas, porque Sánchez Mosquera se enteró de que ustedes subían por el otro lado y dio la vuelta y se fue, cogió miedo”. Así que los dos se esquivaron.

El libro de ortopedia

Yo les estaba diciendo que los hospitales en la Sierra no eran como uno se los imagina, o como todo el mundo se los imagina. En aquella época éramos una tropa muy pequeña, una tropa que no tenía campamento, era nada más que una mochila el hospital. Todos los instrumentos estaban en mi mochila y las medicinas las repartía entre las mochilas de la escuadra. Ese era el hospital. Y se mantuvo así; se operaba a la gente sobre un nailon en el suelo, al aire libre; se operaba de día porque no teníamos lámpara tampoco, ni se podía encender nada de noche. Así que había que operar de día, a la intemperie. Entonces poníamos otro nailon para que las hojitas cayeran sobre él y no en el campo quirúrgico. A veces, si el caso lo permitía, operábamos al hombre acostado en una hamaca. Pero había ciertas operaciones que eran en el dorso, que no se podían hacer en

la hamaca y se acostaba al herido en el suelo y uno agachado o de rodillas hacía la operación.

Me ayudaba mucho Universo Sánchez, casi siempre él era mi ayudante.

El 14 de diciembre de 1957, llegó el tercer médico a la Sierra, que fue Machado.

JOSÉ R. MACHADO: No, yo llegué antes.

MARTÍNEZ PÁEZ: Llegaste a La Plata el día 14. ¿Cuándo tú llegaste?

JOSÉ R. MACHADO: Yo llegué a fines de octubre, cuando el Che ya se había instalado en el campamento de El Hombrito... y había estado antes con un grupito por allá abajo, por el llano.

MARTÍNEZ PÁEZ: Y a La Plata llegaste el día 14 de diciembre. Recuerdo que era el 14 por lo siguiente: Él no lo sabrá, pero yo toda la vida le viviré agradecido por el libro que me cargó, el pobre; un libro, pero me lo cargó hasta allá y eso nunca lo olvidaré, mientras viva te lo agradeceré.

DR. GUIDA: ¿Qué libro era?

MARTÍNEZ PÁEZ: Era un libro de ortopedia, figúrate lo útil que me fue. Yo te lo agradecí infinito.

JOSÉ R. MACHADO: Si yo llego a saber cómo era el libro ese...

MARTÍNEZ PÁEZ: No me lo llevas...

JOSÉ R. MACHADO: Lo que pasa es que después de que lo tenía, ya no lo podía soltar. Yo llevaba muchas cosas, no tenía experiencia. Me tuvieron y me zarandearon por allá por el llano como quince o veinte días, y mientras estuve por allá abajo lo podía llevar, porque era por el llano; pero cuando me dijeron: "Bueno, ya vamos a subir", y empecé a subir la loma... cómo pesaba aquel libro.

"Después estuve como un mes en El Hombrito. Luego salimos para el alto de Joaquín, y ahí tuve que dispararme el libro otra vez.

MARTÍNEZ PÁEZ: No, no, si eso yo nunca lo olvidaré.

JOSÉ R. MACHADO: Fíjate que cuando llegué a La Jeringa, tú no estabas ahí, estabas más allá, y con lo cansado que llegué, pregunté y me dijeron: "No, queda más allá, como a dos kilómetros".

¡Qué dos hombres!

En el segundo combate de Pino del Agua Camilo resultó herido de un balazo en el abdomen y otro en un muslo. Lo asistimos Sergio del Valle y yo. Camilo no quería ir en camilla, quería ir caminando y lo obligamos a ir en camilla. La herida abdominal era a sedal. No tuvo problemas de ninguna clase. Y fue un tiro a sedal grande, como para pensar que había penetrado.

Otra impresión como médico fue el día que se cayó Almeida. Nosotros estábamos en un lugar que no recuerdo exactamente, era cerca de la Maestra, y Almeida fue a buscar agua. Pero para llegar adonde estaba el agua había que bajar un precipicio, cuya altura era de una casa de tres pisos. De noche salió Almeida, resbaló y se cayó, y andaba solo. Veíamos que pasaba el tiempo y no llegaba, y todo el mundo preguntaba. Fidel ya estaba impaciente, preocupado por Almeida, y nadie sabía que había ido a buscar agua, hasta que Fidel dijo: “Bueno, vayan a ver si es que fue a buscar agua al río y le ha pasado algo”. Cuando bajó la gente al río se lo encontraron tirado en aquel precipicio, que no podía ni subir, porque había caído de cabeza, había recibido un traumatismo en el cráneo y en el cuello, y estuvo en un estado conmocional.

Entonces lo subimos. Fidel quería que se quedara conmigo en la casa de un campesino, hasta que se pusiera bien, hasta que se restableciera, pero qué va. Almeida no quiso. Él se fracturó y se luxó dos vertebrales cervicales, y no quiso, no hubo fuerza humana que lo dejara allí. Él siguió con la tropa, y lo seguimos tratando entre la tropa hasta que se curó, malamente, como era posible curarlo con los medios que teníamos.

Cuatro bohíos eran el hospital

Machadito fue con Raúl para el Segundo Frente y nos dejamos de ver, nos separamos. Fidel me nombró ahí capitán; y me nombró

comandante después de la ofensiva. Yo era soldado cuando me nombró capitán.

Después de eso llegó Vicente de la O. Cuando regresamos a La Jerin-ga nos encontramos con él, que había subido con Vilma Espín. Yo me acuerdo de cuando llegó. Le pidió un caballo a Fidel y yo le pregunté: “¿Para qué tú quieres un caballo aquí, si los caballos no pueden subir las lomas estas?”. Él estaba gordísimo. Entonces Fidel lo dejó allí con los heridos que habíamos traído de Pino del Agua, para que se fuera aclimatando.

Cuando empezó a prepararse la ofensiva, Fidel me mandó para La Plata, para la casa del haitiano en Puerto Malanga con el objetivo de que hiciera un hospital allí, que lo comencé con mucho ímpetu y con muchas aspiraciones de hacer una cosa en grande, pero mientras tanto hice cuatro bohíos, o sea, tres bohíos y una cabañita para los enfermos y los heridos que hubiera; aunque estaba haciendo otro en grande que no se acabaría nunca.

Comenzó la ofensiva y yo utilizaba los tres bohíos para ubicar a los heridos y asistirlos. Eso quedaba entre El Jigüe y La Plata. Al terminar la batalla de El Jigüe, todavía el hospital iba por la mitad. Ya en esa época, cuando empezó la ofensiva, había llegado Oscar Fernández Mell. Llegó René Vallejo Ortiz con Piti Fajardo, entonces estábamos mejor. Hasta ese momento todas las operaciones yo tenía que hacerlas con anestesia local, que nunca me faltó, porque siempre de Manzanillo o de Santiago nos mandaban.

Ya con Vallejo se empezó a aplicar anestesia general. Él llevó a su hermano Rolando, que es anestesista, y Rolando daba la anestesia. Después recibimos un refuerzo con la llegada de Ordaz, que también era anestesista. En ese momento, para las operaciones de huesos, Vallejo me llamaba al hospital de Pozo Azul y yo iba para allá; él me ayudaba y operábamos de lo más bien. Otras veces él venía al hospitalito de Puerto Malanga, hacía las operaciones de vientre y yo lo ayudaba. Por otro lado, estaban Ordaz y Trillo con el otro *team*, de manera que ya se podían hacer las operaciones con más comodidad para nosotros.

Operamos en el mostrador

Los heridos de la ofensiva se fueron concentrando en el hospitalito de La Plata y los atendíamos en Las Vegas. Recuerdo que cuando Fidel nos avisó salimos Vallejo, Ordaz, Trillo y yo por la noche, a pie hasta Las Vegas; llegamos por la madrugada, improvisamos un hospital y empezamos a operar a los heridos. Nos sorprendió un bombardeo con un vientre abierto, en una casa con techo de zinc. Por la mañana empezamos a operar temprano, yo le dije a Ordaz: “Mira, ahora por la tarde, que ya se ha acabado el combate, va a venir la avioneta y va a tirar, vamos a ubicarnos en un refugio que hay aquí muy bueno”. Pero Trillo se empeñó en hacer las operaciones en el mismo mostrador de una tiendecita, porque estaba muy cómodo.

Yo me dije: “De ninguna manera”, pero en lo que fui a almorzar, que ya había preparado la mesa de operaciones en el túnel, Trillo la mandó a sacar y empezamos a operar en el mostrador de la tienda. Y efectivamente, cuando el vientre estaba abierto, y muchos curiosos mirando, a mí me hizo mucha gracia, porque había como quince o veinte curiosos, y cuando llegó la avioneta desapareció todo el mundo. No nos quedó más remedio a nosotros que quedarnos allí. Dos balas atravesaron el techo de zinc. Seguimos operando y yo decía: “Apúrate, Trillo, corre un poquito más que estás muy lento, a ver si acabamos antes de que vuelva la avioneta”. Cuando terminamos yo miré a Trillo y a Ordaz y les dije: “Óigame, mala puntería”, porque habíamos salido ilesos. Pasamos un mal rato. En Las Vegas estuvimos como tres días operando, porque había bastantes heridos de ambas partes. Al cabo de esos tres días regresamos a La Plata otra vez.

Yo me quedé en La Plata, porque un ciclón había tumbado el hospital de Puerto Malanga. Le cayó un talud derribado por el ciclón, aparte de que después de la batalla de El Jigüe no tenía objeto ese hospital allí. Salí ganando, porque en el hospital de La Plata había más compañía; yo estaba un poco solitario en Puerto Malanga.

Cuando la batalla de Guisa, Fidel me ordenó quedarme en La Plata. A Guisa fueron Ordaz y Trillo. Esa fue la única acción a la que no asistí. El último día de combate hirieron a un compañero en una pierna, entonces Fidel me mandó un papelito para que fuera, porque yo era el ortopédico. Llegué a Guisa luego de terminada la batalla. Después estuve en Jiguaní.

La guagüita ambulancia

Ya nosotros teníamos el hospital en Charco Redondo, donde había una clínica muy buena, muy moderna, en comparación con lo anterior, y allí organizamos nuestro hospital. En Charco Redondo fue donde Ordaz le quitó los asientos a la guagüita VW y la convirtió en ambulancia y salón de curas de urgencia. Todos los días sobre las cuatro de la tarde, íbamos para Maffo —la batalla de Maffo duró unos cuatro días—. Recogíamos a los heridos, unos iban para el hospital de Bijagual, donde estaba el doctor Juan Páez; a otros, si era de mucha urgencia, los curábamos o los operábamos en Baire, y después, por la mañana, los trasladábamos para Charco Redondo. Así estuvimos todo el tiempo que duró la batalla de Maffo.

También atendimos a los heridos de Palma Soriano y otros lugares donde se peleaba en ese momento. El día primero de enero nos quedamos esperando órdenes de Fidel para trasladarnos a Santiago o a Bayamo, según se presentara la situación militar.

Ya yo había dicho que, según lo hice antes, estoy dispuesto a volver a mi puesto de médico guerrillero, lo mismo en Cuba que en cualquier parte del mundo.

**¡El médico!
¡Soy el médico!***



Cmdte. Sergio del Valle Jiménez

Arribé a las montañas orientales a fines de julio de 1957, cuando la guerrilla organizada y dirigida por Fidel Castro había demostrado que podía resistir, maniobrar, combatir, consolidarse y crecer a pesar de las continuadas operaciones de guerra que estaban desatando las poderosas agrupaciones del ejército contra el baluarte rebelde.

Había transcurrido más de siete meses desde el desembarco del *Granma*, y el movimiento revolucionario encabezado por Fidel —después del revés de Alegría de Pío— era ya una tropa que, aunque pequeña todavía en cantidad, constituía en el orden moral y militar un destacamento indestructible.

Hacía algún tiempo que yo me había graduado de médico; y un día, a través de nuestro movimiento clandestino 26 de Julio, llegó hasta La Habana el rumor de que Raúl Castro estaba herido de un tiro en la columna vertebral y se necesitaba un médico: creo que no lo pensé dos veces; y si lo pensé, no lo expresé. Lo cierto es

* Tomado de *CAMILO: Táctica y estrategia de una gran victoria*, Editora Política, La Habana, 2002, pp. 3-7.

que expresé mi disposición de integrarme a la guerrilla de Fidel Castro.

En honor a la verdad debo decir que por esos días ya Fidel era para todos los cubanos una verdadera leyenda; su mismo nombre era la esperanza, la fe, la certeza de que sí se podía luchar contra fuerzas militares tenidas hasta entonces como invencibles, sostenidas además por los Estados Unidos; y salí para la provincia de Oriente.

Todo un día estuve alojado en el hotel Casa Granda, en el mismo centro de la ciudad de Santiago de Cuba; allí me fue a recoger quien era como un hermano de Frank País, Raúl Pujols, y salimos para Manzanillo.

Por aquella carretera, entre montañas, fue como si todo se renovara, como si el aliento fuera más verdadero; como si todo lo que uno había pensado —y estaba pensando— y sentía y deseaba para Cuba estuviera allí, al alcance de la mano, entre todas esas elevaciones que a simple vista resultaban tan cercanas y, al mismo tiempo, se encontraban tan distantes, poco menos que inalcanzables, con todo el despliegue militar del ejército de la tiranía, postas, registros, chequeos y contrachequeos en puntos claves, pueblos y ciudades, en carreteras y caminos hacia el macizo montañoso en el que uno había depositado todas sus esperanzas.

Llegamos a Manzanillo y subimos a las montañas por la zona de Estrada Palma, hasta donde estaba Crescencio Pérez. Después partimos al encuentro de Fidel. Cuando llegué a su campamento y me di cuenta de que ya formaba parte del Ejército Rebelde, sentí vivir el acontecimiento más importante de mi vida.

Luego Fidel ordenó que saliera a encontrarme con el comandante Ernesto Guevara quien, por orden del Comandante en Jefe, dirigía la segunda columna guerrillera, en la que sería yo uno de sus médicos. Esta columna —la No. 4— comenzó a operar hacia el oeste del Turquino, y tenía su campamento de base en un lu-

gar conocido por La Mesa, en la finca propiedad del campesino Polo Torres y su mujer, Juanita. Por el camino, producto de tanto cansancio, decidimos hacer un alto y descansar un poco. Nos refugiamos en un cayito de monte y nos tiramos a dormir en un pequeño ranchito que daba la impresión de estar abandonado.

Soñaba o dormía, aquella noche, en medio de las montañas, cuando en mi sueño o en mi realidad sentí como un ruido ciclónico que avanzaba, que se acercaba; al instante experimenté la sensación de que el ruido empujaba o le daba una patada a la puerta del ranchito, y la misma fuerza incontenible entraba en la habitación. Abrí los ojos —o pensé que los abría—; lo cierto es que desperté con el cañón de una ametralladora en el centro de la frente. Cuando desperté bien, me puse a gritar: ¡El médico! ¡Soy el médico!

Del otro lado el cañón de la ametralladora, en medio de tremenda oscuridad, se oyó una voz clara, diáfana, firme, que dijo:

—¡Qué médico ni un carajo!

Che le había ordenado a Camilo que saliera a buscarnos; y este, con su olfato magistral de guerrillero, encontró el rastro en medio de la noche; olfateó o supo que estábamos allí, tirados en aquel ranchito, dentro de un cayito de monte. Supongo que mientras él se acercaba, yo lo estaba sintiendo en mi sueño, y cuando entró en la estancia, me desperté y comencé a gritar.

Camilo era así. Una fuerza ciclónica. Luego Camilo fue mi compañero, mi amigo, mi jefe, y fue también como un hermano.

Empezaron para mí los meses guerrilleros, de los cuales guardo los más preciados recuerdos. Cómo olvidar toda la alegría que mostraban siempre mis queridos compañeros ante la llegada de un médico a la tropa; de un médico que estaba allí, con ellos, resistiendo como todos, las furiosas embestidas de un sanguinario y cruel enemigo, en combates en los que el Ejército Rebelde enfrentaba coraje contra las poderosas agrupaciones de tropas batistianas.

En nuestro Ejército Rebelde estaba uno de los más ilustres médicos cubanos: el doctor Martínez Páez, con su diario ejemplo de dedicación y sabiduría, tan lleno de fervor patriótico por la causa del pueblo.

Después del combate de Palma Mocha, en el que los rebeldes pelearon haciendo un derroche de heroísmo sin límites, Fidel ordenó que se pusiera un especial empeño en el cuidado de los heridos. El ejército continuaba con la persecución, utilizando fuerzas muy superiores en número de uniformados y de armamento, y el constante asedio de la aviación.

Nos quedamos con los heridos, con los que no podrían ser sometidos a ningún tipo de movilidad, por el estado de indefensión en que estaban. La orientación de Fidel precisaba que había que ser muy cuidadoso con la seguridad de los heridos, ya que si caían en manos enemigas serían asesinados.

Nos refugiamos en la falda de una montaña, rodeados por tropas batistianas. Los guardias se encontraban en la base de la elevación; y se habían posesionado también de la cima; y nosotros en medio de la ladera, dentro de una especie de cerco, con los heridos.

Pilón* era uno de esos heridos; a veces deliraba o pensaba en sus deseos y en sus mayores ilusiones; lo que más añoraba, “antes de morir”, era tener a mano un yipi descapotado con el que pudiera recorrer las calles de su pueblo. Quería pasearse por las terrosas calles del pueblecito de Pilón, en el que residían sus

* Félix Lugones Ramírez, Pilón, nació el 18 de mayo de 1934, en la colonia Estrada, Ensenada de Mora, Pilón. Cortador de caña. Se alzó el 24 de febrero de 1957, en la zona de Boniato. Se incorporó a la Columna No. 1 José Martí al mando del Comandante en Jefe Fidel Castro el 10 de mayo de ese mismo año. Participó en los combates de Uvero, Palma Mocha (fue herido), Pino del Agua I, El Salto, San Lorenzo, entre otros. En marzo de 1958 pasó a la Columna No. 6 Frank País, bajo el mando del comandante Raúl Castro para la fundación del II Frente Oriental Frank País. Participó en múltiples combates y resultó herido en varios de ellos.

amigos; y andar por la calle donde se encontraba la casa de su novia, y dar una vuelta por el parque; y con el yipi sin capota, cruzar frente a la casa de su madre para que todos supieran que estaba entre aquellas montañas, rodeado por cientos de guardias, con una herida que le hacía sentir gran desabrigo.

Uno de esos días, tan escasos de alimentos, salí del refugio a buscar algo de comer. Ahora pudiera dar risa, pero esa vez salí con el ánimo de buscar algo, quería hacer aunque fuera una sopa de lagartijas para darle a Pilón.

Los guardias continuaban posesionados de la base y de la cima de la montaña. Así estuvimos diez días, en silencio, esperando, tratando que los heridos sobrevivieran, sin nada o casi nada de alimento para darles. Al oncenos días decidimos abandonar el sitio, y una vez en marcha, dispuestos a lo que fuera, nos dimos cuenta de que el ejército también se retiraba.



Allí las ambulancias eran los mulos

Cmdte. José Ramón Machado Ventura

Yo salí para la Sierra prácticamente por la libre, como se decía, porque no tenía muchos contactos aquí en La Habana. Como todo el mundo decía que era del 26, pues yo era del 26 también y hacía mis cosas por la libre.

Recuerdo que en el hospital Calixto García, tratando de buscar algún contacto que me llevara hasta allá, entablé conversación con la señora de Osorio, que es enfermera y tenía familia en Pílon.

Entonces le empecé a decir que yo estaba dispuesto a ir para allá, que yo quería ir. Ella no me dijo nada, pero parece que tenía su conexión, y un día me planteó: “Bueno, está bien, yo te voy a avisar”. Pasados unos quince o veinte días, dos jóvenes fueron adonde yo estaba trabajando en la clínica. Yo no los conocía, uno era enfermero de apellido Salgueiro y otro cuyo nombre no recuerdo.

Guiado por el Movimiento 26 de Julio llegué a Bayamo.

Al día siguiente de estar en Bayamo nos levantamos tempranito y a través de unos potreros caímos en la casa de Pablo Chacón, allá en La Julia, un montecito que existía allí. Por esos alrededores había un grupo de compañeros entre los cuales estaban

Alcibiades Bermúdez, Pablito Cabrera, otro muchacho que se llamaba Eliades Liens, que lo mataron. Estaba Faustino, creo que el apellido era Vega, a él también lo mataron, y estaba Fidel Vargas. Éramos diez o doce.

Encuentro con el Che

Permanecí unos cuantos días con ellos en esos montecitos, por ahí por los llanos, esperando... ¡Ah!, también se juntó Gilberto Capote, que había bajado a no sé qué cosa a Palma, había bajado a algo.

A los diez o quince días de estar por allá abajo, por ese montecito, subí. Llegué a El Hombrito, por allí se encontraba el Che. Había llegado hacía poco tiempo a esa zona.

Él mismo fue quien me recibió. Recuerdo que me preguntó —después me he dado cuenta de por qué me lo preguntó en aquellos momentos, ¡no!— por qué yo estaba ahí, quién me había mandado. Vaya, él estaba buscando mi pensamiento político.

Me preguntó que qué me había dirigido a mí hacia ahí, que si me había mandado alguien. Le expliqué que no, que yo había ido prácticamente por la libre y que, aunque estaba identificado con el Movimiento 26 de Julio y seguro de que lo único que resolvería el problema y la situación de Cuba era la lucha armada y Fidel y demás, no tenía a nadie que le pudiera mencionar.

Entonces, además de eso, me preguntó —y después también me di cuenta de que era para comprobar si yo era médico de verdad—, me preguntó que cómo yo curaba las heridas de guerra, con qué yo lo hacía.

Claro, cuando empecé a hablar con él, se dio cuenta de que era médico; entonces me mandó para donde estaba Sergio del Valle, que en ese momento creo que no estaba; pero ya había una casita donde se pretendía poner el hospital.

A los primeros que curé en El Hombrito fueron Joel Iglesias y Cantinflas, que también recibió un tiro en un brazo. Hubo como cinco heridos en Marverde. En casa de Tranquilino, allá en el Guayabo, curé a los heridos de este combate. Unos días antes habían matado a Ciro Redondo García.

El Che resultó herido en un pie en una emboscada que les puso a los guardias de Sánchez Mosquera en El Hombrito. El día que él llegó, que yo lo atendí, no se le veía la bala, ni se le palpaba siquiera, tenía nada más que un orificio de entrada; estaba claro que la bala se hallaba adentro.

Yo le expliqué que ponerse a buscar una bala entre tantos huesecillos que hay en el pie era un problema, que íbamos a esperar para ver si no había ninguna infección y si él la toleraba, que yo no le iba a abrir el pie, porque eso era un riesgo enorme y a lo mejor ni se la encontraba.

Pero como a los dos días, claro, sin caminar, salió a ver un globo meteorológico que brillaba, y todo el mundo se puso a mirarlo. Por aquellos días estaba el problema del Spútnik —el primer Spútnik que lanzó la Unión Soviética— y él se paró también, y parece que con el movimiento, al afinar el pie, la bala se le movió y se le insinuó entre la piel.

Al otro día, cuando lo fui a reconocer, le palpé una cosa que salía dura, por debajo de la piel, pero dura. Entonces le dije: “Esto puede ser una esquirla, el hueso que está roto o puede ser la bala”. Cogí una cuchillita de afeitar, era lo que tenía, porque no había recursos en aquellos momentos, le hice una pequeña incisión y con una pincita que me había dado Sergio de un maletincito —era todo el material—, le saqué la bala de M-1. Prácticamente fue muy sencillo.

Después él me mandó con Fidel. Ahí me encontré también a Martínez Páez.

La actividad en síntesis de la Sierra todos la conocen. Había pocos recursos, lo que se podía hacer en un hospital de aquellos era

muy limitado, porque no había condiciones. El abastecimiento era deficiente y la movilidad era mucha. Por lo tanto, no se podía estar permanente en un lugar, se ponían los hospitalitos esos y en cualquier momento había que quitarlos.

Después tuve algunas situaciones más, como cuando hirieron a Guerra Matos, a Guerrita. Fidel me mandó allá, y me dijo que había que cortarle una pierna, que llevara un serrucho. Parece que el mensaje había llegado un poquito equivocado.

Salí para allá, hasta casa de Prieto en Cayo Probado, cerca de La Derecha. Me demoré como dos días. Caminé porque me decían que tenía gangrena, pero cuando llegué ya se lo habían llevado.

Apenas había llegado cuando, en casa de Domingo Torres, me dieron un mensaje de Fidel: debía regresar enseguida. Aquello fue tremendo, bajé como diez libras en los dos o tres días de camino. El Chino Castillo, que iba conmigo, no recuerdo su nombre, caminaba muy rápido, era de por ahí, y yo lo llevaba al trote, porque yo pensé que pasaba algo acá. Cuando llegué, Guerrita había sido trasladado a otro lugar donde fue curado. En definitiva salvó la pierna.

En el Segundo Frente

De ahí pasé al Segundo Frente. Ya en el Segundo Frente, en el aspecto de la sanidad, me di cuenta de que había muchas más posibilidades que hasta esos instantes en la Sierra. ¿Por qué? Porque allá, los primeros días, la cosa fue muy difícil por varias razones. Primero, yo casi no llevaba recursos, lo que llevaba era un maletincito, que lo tengo por ahí todavía, el mismo que me dio Sergio cuando llegué a la Sierra, lo tengo ahí, y ahí era donde llevaba todos los recursos médicos. Pero, a los siete u ocho días—hasta el propio Raúl lo señala en los informes— nos dimos cuenta de que en esta zona había muchos recursos, en el sentido

de que, para los que estábamos en la Sierra, donde había bohíos sin nada, apreciábamos aquí mejores condiciones, otro nivel de vida, mejores caminos, las casas tenían más recursos, había por ejemplo tuberías, agua corriente, una serie de condiciones.

Claro que eran casas, en muchos lugares, de individuos terratenientes o dueños de cafetales; pero yo vi que había condiciones para establecer, digamos, un hospital. En esos momentos no tenía nada, estaba yo solo; pero me fui dando cuenta de que se podía hacer mucho más.

Y efectivamente, como al mes o a los quince o veinte días empezaron a llegar compañeros. Yo recuerdo que después del ataque al cuartel de Soledad, al que fui yo solo como médico y donde hubo siete u ocho heridos —hirieron a Pilón y a otros compañeros que se habían incorporado en el Segundo Frente— los tuvimos que poner en una casita. Por esos días, llegó González Pérez, Juan González Rodiles, que era estudiante de Medicina, que había estado con los guantanameros cuando el ataque a Caimanera.

También llegó Medina, un compañero que es dentista e, inmediatamente me enteré de que había llegado González Menchero por allá por la zona de los Pinares de Mayarí.

Después del combate de Soledad, al yo poner el hospitalito ese y empezar a recibir mucho suministro de Guantánamo, porque de Guantánamo nos llegó rápida cantidad de suministro, es decir, los compañeros de esta ciudad ayudaron mucho y dieron cosas que me dejaban asombrado, acostumbrado a la escasez de la Sierra adonde había que subirlo todo sobre los hombros o a lomo de mulos. Aquí existía la facilidad de yipis, los caminos estaban malos pero llegaban yipis. Entonces Raúl me hizo capitán y me nombró jefe del departamento de Sanidad, porque como ya había dos o tres médicos, había auxiliares, él decidió organizar la sanidad, que se le diera forma a todo aquello.

Unos días después llegó Cervantes, estuvimos centralizando la cosa, porque los compañeros, que ya estaban distribuidos por

casi toda la zona aquella, sobre todo los jefes de pelotones y de columnas, querían quedarse con lo que entraba por su zona. Si entraba un médico, pues querían quedarse con el médico; si era un enfermero, querían quedarse con él. Nosotros empezamos a centralizar para ubicarlos donde hacía más falta. Así empezamos a tener organización. Había que discutir la ubicación de cada uno.

También había una serie de muchachitas que, a diferencia de las de la Sierra Maestra, tenían cierto nivel. Por ejemplo, había algunas que eran bachilleres o que habían estudiado en Guantánamo, eran parientes de campesinos que vivían por ahí y estudiaban en Guantánamo. Las capté y las comenzamos a preparar como enfermeras, como auxiliares de enfermería, y cuando nos vinimos a dar cuenta, teníamos un grupito, ya sabían. Establecimos varios hospitales. En la medida en que íbamos teniendo posibilidades y recursos, íbamos abriendo nuevos hospitales. Algún lugar lo cubrimos con sanitarios; hubo muchos que trabajaron, por ejemplo, en los centrales de por allá de Miranda, de Marcané, eran sanitarios como Felele, un grupo de compañeros que no eran enfermeros, pero tenían experiencia, como Jardines, Solá, Omelio González, Luis Albistre, entre otros.

Los hospitales

Empezamos a hacer hospitales, dispensarios y algunos sanitarios en las avanzadas, que era como nosotros les llamábamos.

Así llegamos a tener un hospital en la zona de La Escondida, en Bayate y Majimiana. ¿Por qué? Era más o menos el mismo hospital, pero nosotros los movíamos de acuerdo con la situación. Si había combate, según la posición de las tropas enemigas, si había más o menos seguridad, instalábamos el hospital. Teníamos tres o cuatro casas ya vistas en distintos puntos con condiciones y, de acuerdo con eso, movíamos el hospital. Y así fue como tuvimos

hospitales en varias casas de la zona de Monte Ruz. Por ejemplo, tuvimos en Bayate, yo puse el hospital en Majimiana —un punto a dos o tres kilómetros de ahí—, y había un dispensario para los primeros auxilios donde estaba el compañero Juan Rodiles; ahí teníamos a los heridos, los recursos de operaciones, los salones y eso más atrás. Ese hospital llegó a estar muy bueno. Los hospitales del Segundo Frente, por los recursos que nos aportaron los médicos de Guantánamo, llegamos a tenerlos en muy buenas condiciones, con planta eléctrica, aparatos de rayos X, autoclaves, instrumental quirúrgico, es decir, condiciones muy buenas.

Tuvimos otros hospitales en Calabaza de Sagua, Soledad de Mayarí, cerca de Mayarí Arriba. En este último estuvo el doctor Font. Instalamos otro hospital cerca de Sagua de Tánamo, en Los Indios, donde estaba Balaguer y estuvo Matos también. Después tuvimos el de Cervantes allá en Yateras y en Puriales de Caujerí posteriormente, porque de acuerdo con la situación de guerra se movían. En El Arpón hubo otro —que era donde estaba la Columna 17 Abel Santamaría, Luis Albistre era el enfermero— y existió uno en la zona de El Paraíso.

Ya al final, fuimos acercando los hospitales a los pueblos, y así llegamos a tener hasta en el propio central Soledad, en el alto de La Victoria; otro cerca de Guantánamo; también el de Ruiz Magariño, un compañero médico en Cueto y en la Güira, donde estaba el doctor Meneses.

Coincide que en casi todos los lugares —hay que resaltarlo— en que tuvimos hospitales en la época de la guerra, hoy hay hospitales rurales. Por varias razones, no solo por las razones históricas, porque en definitiva eran pequeños poblados, eran núcleos naturales de población. Y nosotros después, cuando tuvimos oportunidad de elegir los lugares para hacer los hospitales, fuimos necesariamente a esos mismos lugares donde estaban los hospitales rebeldes. Podemos decir que en casi todos, por no decir en todos, hay ubicados hospitales hoy.

Abastecimientos y recursos

Nosotros llegamos a tener una buena organización. Llegamos a tener un buen abastecimiento, bastantes recursos. Al terminar la guerra, contábamos con diecinueve médicos, cuatro dentistas; entre enfermeras, enfermeros y personal auxiliar de enfermería alrededor de cuarenta, y el resto del personal sanitario y demás como ciento y pico. Yo tengo esos documentos donde aparecen los nombres de todos los que estuvieron allí. Yo llevaba también el control en los hospitales para que no aumentara la burocracia, porque había tendencia a aumentar la burocracia, porque el hospital era el lugar donde la mayoría de los compañeros quería resolver sus problemas. Cada vez que llegaba algún problema extraño a la columna, querían resolverlo mandándolo para el hospital. Por ejemplo, una persona que no hallaban dónde ubicarla, decían: “Mándala para el hospital”. Llegaban dos muchachas que se habían ido por la libre y “Bueno, ¿dos mujeres?, aquí no tenemos donde ponerlas, mándalas para hospital”. Y yo peleando, “Mándenla para otro lado, pero para el hospital no, porque eso no es una casa de huéspedes”.

En general, tuvimos bastante apoyo de los compañeros, por ejemplo, el propio Efigenio. Muchas de las acciones de su columna estuvieron encaminadas a resolver problemas de suministro de los hospitales. En Moa, yo recuerdo que la primera visita que le hice allá al compañero Menchero, cuando él estaba en Los Indios —porque él estuvo primero en Los Indios y después Balaguer cuando Menchero pasó para los alrededores de la Gran Piedra, y yo creo que otros médicos estuvieron en la Tontina y Casimba, que ahí atendieron un hospital también él y otro compañero, Benjamín Zayas—... Bueno, en aquella visita que yo le hice a Menchero me llevé muchísimas cosas del hospital, porque yo también llevaba y me llevaba, los compañeros se querían quedar con todo lo que recibían y con lo bueno. Entonces yo, que veía

la situación de todos los lugares, decía: “Esto hay que llevárselo porque en otro lugar no hay, vamos a compartir”. Había sus broncas, pero en definitiva lo trasladaba. Discutía primero, pero me lo llevaba de todos modos.

Ellos se llevaron del hospital de Moa infinidad de cosas, pero cosas que tenían los americanos: recursos modernos, desechables, tapabocas... ¡les dimos un nivel a aquellos hospitales! Medicamentos e instrumentos de todo tipo. Y los íbamos distribuyendo.

Al final de la guerra, yo me acuerdo que había personas que iban a los hospitales nuestros para llevar niños con gastroenteritis y otras enfermedades y no iban al hospital de Guantánamo. Entonces yo no conocía ningún pueblo de Oriente, porque yo llegué por la madrugada a Bayamo y agarré el monte y no sabía nada ni conocí nunca ningún pueblo. Solo veía las luces desde las lomas, las luces de los pueblos, pero no tenía idea de cómo era Guantánamo. Sabía lo que había estudiado, sin detalles: era una ciudad, tenía hospital, etc. Entonces me extrañaba que campesinos que vivían como a tres kilómetros de Guantánamo fueran al hospital nuestro, a doce o veinte kilómetros de la ciudad. Y yo les preguntaba: “¿Y por qué ustedes no lo llevan al hospital de Guantánamo que tiene más recursos?”. Y me decían: “¡Más recursos de qué! No, este está mejor que el de Guantánamo”. Y yo miraba las diez o doce camas aquellas y decía: “Pero ¿qué es Guantánamo, si este está mejor que el de Guantánamo?”. Y efectivamente, después pude comprobar que era así, porque ahí nosotros les dábamos las medicinas, si necesitaba un suero se lo poníamos, vaya, les dábamos una atención. Las muchachas enfermeras dedicaban el día completo a atender al muchachito. Y la atención era mejor. Al terminar la guerra, muchos de los recursos que teníamos en los hospitales se trasladaron para el hospital de Guantánamo.

Como dato curioso, recuerdo que muchas veces cuando había lluvias, no se podía andar en carros. Si se utilizaban era con dificultades, porque no había carretera, entonces organizamos un

arria de unos mulos que la tropa de Tomassevich había capturado en un tren que tomamos cerca de San Benito, un tren que nosotros parábamos a cada rato.

En aquellos días yo andaba por ahí, porque yo me movía por casi todos los lugares, me pasaba seis, siete, ocho días caminando, salvo que conocieran que podía haber alguna actividad, algún combate, entonces me llamaban y yo iba. En aquel tren iban para Caujerí muchísimos mulos, y además medicinas para las boticas de Guantánamo. Ahí me parqueé y me llevé casi todos los mulos y todas las medicinas. Repartí mulos —y acuérdense los compañeros de que al igual que ahora pelean por ambulancias, iban allá a buscar mulos—. Me decían: “Dame dos mulos”, porque los mulos eran las ambulancias y yo tenía un potrero como con cuarenta mulos. Le daba dos mulos a uno, otro al otro, y eso era codiciado. Los mulos eran los yipis. Lo cierto fue que en aquel momento organicé mi caravana, porque también cogimos como sesenta camas. Recuerdo que las monté en mulos. Cada mulo llevaba un bastidor. Había mucho fango, por ejemplo, en el hospital donde Font estaba. Yo me encargaba de repartir las cosas. Monté las camas y todos los cachivaches en el arria de mulos y repartí camas por todo aquello, fui hasta La Caoba donde estaba Magariño. Eran buenas camas, nuevecitas.

Al final llegamos a tener alrededor de doscientas personas. Muchos eran civiles, muchachas que vivían cerca, que ayudaban y se incorporaban al hospital. Nosotros las teníamos controladas, por ejemplo, Cervantes allá en su zona tenía un grupo grande, y en distintas zonas rurales que en cualquier momento resolvían y ayudaban a las tropas.

Aparte de los diecinueve médicos y los cuatro dentistas, tuvimos técnicos de rayos X, teníamos técnicos de laboratorio, enfermeras, enfermeros graduados. También había una compañera farmacéutica, la doctora Enid Fernández, que aprendió a curar y organizaba las medicinas.

La atención a los campesinos

En general atendíamos a muchos campesinos. Los hospitales, salvo en los momentos de combate, eran enteramente de aquella población. En la zona se conocía dónde estaba el hospital e iban los campesinos. Ellos tenían confianza y se ingresaban en nuestras instalaciones.

Desde los primeros momentos los hospitales comenzaron a cumplir una función, al extremo de que cuando teníamos que avanzar, empezábamos a preocuparnos. De manera estratégica teníamos que ubicar los hospitales en algunos pueblos que tenían más recursos, porque ya estaban en territorio libre. Yo conversé con Raúl sobre la preocupación de dejar esas zonas, porque se iba a sentir. Entonces estuvimos ideando y el propio Raúl conversó conmigo que había que prever inmediatamente que triunfáramos cómo resolver esa situación ahí, porque no podíamos dejar a esa gente abandonada. Desde entonces nos empezamos a preocupar.

Ya nosotros nos dábamos cuenta de la necesidad de que permaneciera la atención médica en aquella población, y empezamos a buscarle solución. Dejamos compañeros, hospitales, en la retaguardia, y otros fuimos avanzando hacia los pueblos.

Yo quiero resaltar que nosotros tuvimos la oportunidad de hacer un buen trabajo por los siguientes motivos: primero, en la zona había bastantes recursos, comparados con la Sierra Maestra; segundo, contamos con más médicos, más personal auxiliar y hasta, muchas veces, la facilidad de pedir una cosa por la mañana y por la tarde contar con ella, porque nos la servían de Guantánamo.

Lo anterior y la preocupación de casi todos los jefes de columnas se hacía latente, no solo por tener el médico, sino por crearle condiciones. Yo recuerdo que Lussón, Aníbal, Tomassevich eran muy preocupados por esos problemas. Todos los compañeros, en

general. Y Raúl siempre me apoyó, porque hubo momentos de discutir por un médico, de discutir por un determinado personal o equipo y, en realidad, Sanidad siempre contó con el apoyo de Raúl. Eso nos facilitó evitar que se llenaran los hospitales. Mucha gente quería ir allí, muchas muchachas querían quedarse en el hospital. Nosotros ubicábamos enseguida solo a los que eran necesarios y tuvieran condiciones. A los compañeros, cuando llegábamos de visita —aquí están los compañeros que lo pueden decir—, les sacábamos la cuenta del personal, teníamos una relación, al que no estaba en esa relación le preguntábamos de dónde había venido, qué hacía. Y salvo que estuviese muy justificada su presencia, lo aprobábamos. No permitíamos que hubiera gente sin hacer nada en los hospitales.

Además les pedíamos informes —yo tengo copia de muchos de los informes que me remitieron—, les pedíamos informes cada vez que había un combate, cada vez que había algún tipo de actividad y ellos nos informaban. Nosotros, a la vez, proponíamos los ascensos, teníamos que discutirlos con Raúl, los motivos, las condiciones. Esto le dio al departamento, sin haber caído en la burocracia, una estructura, organización, disciplina, facilidades para intercambiar equipos, para intercambiar recursos, etcétera.

Llegamos a tener un aparato central de esterilización, es decir, tuvimos un autoclave, que el compañero Novúa se lo llevó del hospital de Miranda donde trabajaba. Él era enfermero técnico, entonces lo puse en un lugar (La Caoba), y con ese autoclave preparaba apósitos y gasas, los esterilizaba, los guardaba en un saco de nailon. Yo pasaba por allí a cada rato, llenaba una camioneta Willy, que tenía, de materiales esterilizados y los iba repartiendo.

Trabajamos con bastantes condiciones desde el punto de vista médico, con bastantes recursos, en medicamentos, en material de sutura. Por ejemplo, el compañero Rodiles hizo una clasificación de grupo sanguíneo como de doscientos compañeros —aún tenemos esa libreta—, se relacionó el grupo al cual pertenecía

cada uno, y cuando había un herido, sabíamos a quién mandar a buscar para que donara su sangre. También teníamos equipos de transfusión, es decir, tuvimos facilidades, recursos, porque la organización en aquellos momentos nos lo permitía.

Otros incidentes corresponden al final de la guerra, cuando comenzamos a atacar los pueblos, ahí movilizábamos prácticamente a todos nuestros médicos y recursos hacia los hospitales de los pequeños pueblos, de las casas de socorro que había, y ahí los instalábamos.

Cuando arribamos al primero de enero, unos compañeros se fueron con sus columnas y otros se quedaron con los heridos.

En estos momentos hay muchos lugares donde estuvieron ubicados los hospitales, que sería bueno —yo he estado a cada rato por allá y los he visto— que los compañeros fueran y tomaran fotos, porque son lugares de gran valor histórico.

CELIA SÁNCHEZ: Podemos coordinar con los compañeros del partido de allí, para que atiendan esos lugares, se conserve aquello, que lo protejan y coloquen señalizaciones.

JOSÉ R. MACHADO: Se han conservado algunos. Raúl visitó por allá unos días y estuvo precisamente encargándose de todo eso. Pero ¡qué va!, eran muchos lugares. Yo sé dónde está cada uno; pero tendría que permanecer como un mes dando vueltas por allá, y no tengo tanto tiempo.

PERIODISTA: Hay algo, comandante, que usted no ha narrado, y es el momento en que fue herido y las incidencias en esa situación.

JOSÉ R. MACHADO: A mí me curó Juan. Eso me pasó cerca de La Lima. Me dieron con un fragmento de mortero, yo creo que el hecho de haberme caído cerca fue la razón de menos lesiones, porque me levantó en el aire, di una vuelta y caí sentado. Entonces me hizo una herida por aquí y otra grande en la pierna. Cuando vi la herida me asustó el hecho de que fuera a tener fractura en la pierna.

Recuerdo —y eso es lo malo de ser médico— que yo no me atrevía a comprobar si había fractura. Sentía un dolor enorme en

toda la pierna —porque me entró por aquí y me salió por atrás—, tenía calambre y el miedo mío era que, al mover la pierna, evidenciara fractura.

Me decían: “Vamos a ver si te puedes parar”.

Y cuando traté de moverme, no tenía fractura, algo inexplicable, porque la herida era grandísima, me faltaba un pedazo de piel enorme; pero por suerte no dañó el hueso.

Después fui para allá, para donde estaba Juan.

Si quieren oír más del incidente, les cuento que me tuve que montar en una yegua al pelo, por una loma mojada. Cuando estaba más calmado, porque yo había resuelto mi ambulancia, empezó a patinar hasta caerse y yo con herida y todo tuve que lanzarme al suelo.

Seguí caminando hasta que un yipi nos recogió como a tres o cuatro kilómetros de donde estaba Juan. Allá fui y me curó. Estuve nada más que dos o tres días, porque como no hubo lesión en el hueso ...

La herida era grande, pero contribuyó a que no me quedara ninguna secuela haberme inmovilizado. El rifle se lo di a un compañero, ahí mismo en el combate. Había que dárselo, era lo usual. Después Raúl me mandó a que trabajara en otros problemas, había muchos heridos en esos días de todos los combates, porque hubo acciones por varios lugares. Por la parte de La Zanja hubo combates también, y entonces Raúl me dijo: “Ocúpate de eso”. Y me acuerdo que de andar tanto a caballo y en mulo —porque era una época muy mala— y de inmovilizarme tanto, no me quedó ninguna cicatriz retráctil ni nada; no tuve ningún problema, ni siquiera se me infectó. Dondequiera que iba me curaba, todos los días, y no tuve mayores dificultades. Así sucedió.

Después estuve como tres o cuatro meses dedicado a organizar los hospitales y atender a heridos, hasta que, al final, otra vez volví a reclamar mi arma. Estuve de nuevo en Cueto, San Luis, Songo y en otros lugares, y participé nuevamente en acciones. De todas

las cosas que más recuerdo, fue la vez que visité a Emilio Bárcenas. Él estaba en el hospital de Soledad, lo habían herido en Ocuja, allá en las minas de Nicaro. Yo estaba lejos —me mandaron a buscar—; él se dio cuenta de la distancia que recorrí y estaba más preocupado por eso que por él mismo, que se estaba muriendo. De eso y de lo que me dijo me acuerdo cada vez que veo el nombre de él por ahí, en alguna granja. Emilio, con una pena tremenda, me dijo: “Médico, lo molesté, lo hicieron venir hasta aquí”.

A pesar de que en algunos momentos combatí dediqué mi atención al trabajo médico, no lo abandoné y, además, siempre fue motivo de preocupación. Nunca fui irresponsablemente a un lugar, sin dejar garantizado por si me pasaba algo. Por lo menos, trataba de que hubiera alguien que pudiera resolverles los problemas a los compañeros, porque siempre había otros compañeros.



La Sierra... la invasión... Las Villas



Cmdte. Oscar Fernández Mell

Yo subí por Niquero... embarqué en Santa Cruz del Sur, desembarqué en Niquero y subí a Sevilla Abajo; eso fue por abril [1958] después del fracaso de la huelga. Tenía conocimiento de que hacían falta médicos, estuve como tres o cuatro meses con Crescencio Pérez hasta que en una oportunidad visité el hospital que tenían René Vallejo y Piti Fajardo, y ellos me dijeron que el Che estaba buscando un médico.

Como en esos días venía el Che, que estaba por Montería —nosotros estábamos en La Habanita—, fui a su encuentro en el camino, de ahí a Las Mercedes y a las Vegas de Jibacoa, donde estaba Celia.

Una parte del trayecto hasta Las Vegas la hicimos en un yipi, como estaba lloviendo: el camino era muy malo y el Che cogía los atajos con desfiladeros, con mucha disposición, pero poca pericia. Solo me decía: “En cuanto llegemos te voy a contar algo”. Y efectivamente, en cuanto nos apeamos me dijo que era la primera vez que manejaba.

Ese mismo día salí para Platanito, en la zona de Minas de Bueycito, o sea, fui a sustituir a Sergio del Valle, que se iba con Camilo para el llano. Yo me quedaría allí con Ramiro, que estaba en La Mesa.

Del Valle ya tenía organizada la atención médica: en Platanito, la consulta de civiles y rebeldes y los ingresos en una casa al fondo de

California, cerca del firme, en un lugar bien oculto para en caso de cualquier emergencia poderla evacuar fácilmente.

Yo también fui dentista

Prácticamente debuté como dentista, porque el Che había sido dentista tradicionalmente allí, después le había transferido sus conocimientos a Sergio del Valle y, como Sergio se retiraba, me los transmitió a mí; por lo tanto, yo también fui dentista de toda la zona de Minas de Bueycito, y toda la parte de alto de Conrado, California, El Macío, San Miguel, La Estrella, entre otros poblados, porque era una zona enorme.

Recuerdo las explicaciones de Sergio: primero, el trabajo con la anestesia. Ahí no tuve problemas, era una cosa que conocía bien, cómo buscar, por ejemplo, el nervio maxilar inferior para su bloqueo. Eso era fácil para los conocimientos que ya había adquirido como médico; segundo, la utilización de las pinzas, porque había dos tipos: unas más rectas y otras más curvas. Las rectas son para arriba y las curvas para abajo. Con eso empecé.

El primer paciente fue Guillermo García y el segundo Vilo Acuña.* Y la situación aquella no tenía solución porque o se sacaban las muelas conmigo o no se las podían sacar. Llegó uno que sabía que yo estaba debutando y lo primero que hizo fue decirle a Guillermo: “Oye, no te saques la muela con este, que no sabe, está aprendiendo”, Pero todo aquello salió muy bien y todas las muelas sacadas allí salieron muy bien, aparte de cumplir mi deber como médico, que era bastante el trabajo.

En toda esa zona estuvimos unos cuantos meses, hasta que vino la ofensiva.

* Vitalio Acuña Núñez, comandante de la Sierra. Integró el destacamento guerrillero del Che en Bolivia, donde murió el 31 de agosto de 1967.

Gracias a los antibióticos

Nos trajeron al compañero Meriño cuando ya tenía cinco días de herido. Yo lo que hacía era ortopedia y el tiro había sido en el abdomen. Aparte de todas las complicaciones que podría traer el hecho de que lo interviniera, que no era muy ducho en esas cosas, yo estaba completamente solo. Allí no tenía a nadie. No tenía quien diera anestesia. Decidimos, por mediación del comandante Almeida, mandar a buscar a Piti Fajardo para operarlo entre los dos.

Se mantuvo así una semana más. Por supuesto, le hice un drenaje en el abdomen y le inyectaba antibióticos vía intramuscular, también le pasaba antibióticos por vía intravenosa mediante sueros.

A los cinco días llegó Sergio del Valle. Y cuando nos íbamos a decidir a operarlo entre los dos, llegó Piti. Lo cierto es que se le hizo la operación en el abdomen y quedó perfectamente bien, a pesar de tener casi quince días una perforación en el vientre. Todo eso fue sobre la base de antibióticos. Claro, ahí tuvimos una ventaja: Meriño era un compañero de la Sierra, o sea, una persona virgen de antibióticos; por supuesto, el efecto era maravilloso, se le notaba...

Cuando él llegó, venía con mucha fiebre. Al empezar a pasarle el suero aquel con antibióticos, se notaba la mejoría. Inclusive con la perforación y sin estar operado le di alimentos y los soportó perfectamente.

Piti se fue para la Comandancia General y nos quedamos Del Valle y yo. Entonces nos organizamos de la siguiente manera: uno iba para el frente y el otro se quedaba en el hospital.

Nosotros nos trasladamos para Aguarrevés para mantener todo el control desde allí hasta La Plata, con tropas nuestras.

Hay un hecho importante: cuando sucedieron los combates contra Sánchez Mosquera, que intentaba subir por allí, uno de los compañeros que hirieron fue Manuel Díaz, que hoy es comandante. Tenía una herida grave, un gran orificio en el pecho. Le suturamos las heridas con puntos metálicos —Michel— de tamaño grande, y le

pusimos un plasma liofilizado mientras lo trasladábamos en una hamaca. Ya en California le retiramos los puntos metálicos y procedimos a operarlo, le suturamos la pleura y cerramos la herida con hilo de seda. Nosotros lo operamos allí mismo en el Oro, lo atendimos y salió muy bien de la operación. No hizo prácticamente ni neumotórax una vez que se suturó.

En ese momento, habíamos trasladado el hospital para California de Platanito, y lo vinimos a buscar aquí, al Oro, como dijimos anteriormente.

Recibimos, en Aguarrevés, la comunicación de que habían herido a dos compañeros: Geonel Rodríguez y a Carlitos Mas. Sergio y yo fuimos de Aguarrevés a La Plata, porque él era también transfusionista, a hacerles la transfusión. Cuando llegamos, ninguno de los dos casos tenía remedio.*

Después de cinco años

Sucedieron en Aguarrevés dos hechos dignos de mencionar: el primero fue cuando llegamos con Almeida, yo noté que Ramiro Valdés cojeaba de una pierna —creo que de la derecha—, pero de una forma manifiesta, pues caminaba apoyando el borde externo del pie solamente. Al preguntarle a qué se debía esa manera de caminar, me dijo que tenía un callo enorme en la planta del pie. El examen no me corroboró ese diagnóstico, indagué si recordaba que hubiera recibido un tiro o que se hubiera enterrado algún

* El capitán Geonel Rodríguez Cordoví, quien era estudiante de Ingeniería de la Universidad de La Habana, falleció el 12 de julio de 1958 en el hospital Mario Muñoz de La Plata, producto de las heridas causadas por un obús de mortero en la batalla de Santo Domingo. El doctor Bernabé Ordaz hizo todo lo que pudo por salvarle la vida, a pesar de los pocos recursos con que contaba. El teniente Carlos Mas, herido también el día 11 de julio junto con Geonel, murió el 14 de julio de 1958.

cuerpo extraño en el pie y me manifestó que él creía recordar que en el Moncada lo habían herido en el pie; acabamos operándolo y, efectivamente, era el plomo, el cual le extrajimos. Le dejamos un drenaje con pomada para que no sanara en falso, y a los pocos días ya caminaba perfectamente bien, después de cinco años de molestias.

El otro caso fue un niño de ocho o diez años que nos trajeron con una fractura de un tercio medio de fémur, le pusimos una tracción de esparadrapo por ambas piernas —vertical—, durante tres o cuatro semanas, y antes de ir para La Plata le pusimos una espiga de yeso entre Del Valle y yo.

Después del triunfo hemos podido ver a ese niño caminando perfectamente.

Días de muchos heridos

Con el comandante Ramiro Valdés nos trasladamos para El Jigüe. Allí Fidel me designó con René Vallejo para Los Cocos, donde estaba la casa aquella que decían que quedaba ahí mismo, cerquita, y a la una de la mañana todavía estábamos dando tumbos loma abajo.

Aquello estaba en malas condiciones, así que nos establecimos un poquito más adelante de Los Cocos. Operamos al compañero Puente —hoy teniente—, hubo que hacerle una amputación con un serrucho. Nosotros lavamos el serrucho con agua hirviendo y le pasamos alcohol y éter, y con la misma empezamos a cortarle la pierna sin problemas. Evolucionó bien y no hubo complicaciones. Era un muchacho rubiecito, muy joven. También estaban Roger García, capitán, que tenía un tiro en el abdomen, y Mario Oliva, otro en el pecho. Había muchos heridos, pero estos eran los más graves.

De El Jigüe salimos con toda la caravana de heridos y llegamos a La Plata, nos instalamos con Vallejo y ese mismo día recibí el

recado de Celia de que el Che pedía un médico. Me mandaron para el Toro, el Toro o Taita José.

Estuvimos en el frente, donde estaba Paz. El segundo día murió de un disparo en el cráneo, lo mataron, y el que era ayudante de él también, el Artista.

Una noche llegó otro compañero; fue cuando hirieron a Daniel [Ramos Latour], buscaba a un médico y salimos para allá; llegamos casi hasta Providencia, que era donde estaba Fidel; pero ya había muerto a consecuencia de las heridas de un proyectil de mortero y no se pudo hacer nada. No me acuerdo quién más estaba allí, que había llegado un poco antes, yo no sé si Sergio, Ordaz o Faustino. Había llovido, estaba aquello inundado y la noche muy oscura.

En la zona de Las Vegas hirieron a Angelito Frías, un tiro le entró por el malar y le salió por el cuello. Por aquellos días el hospital quedó bastante inservible, recuerdo que le cayó un *rocket* y se llevó un pedazo. Ya se empezaba a hablar de la invasión.

La invasión

Comenzó la invasión el 31 de agosto de 1958. Las leguas que caminamos la primera noche... no se olvidan muy fácil. Yo cargaba una mochila donde llevaba, aparte de mis cosas personales —hamaca, frazada—, una general casi completa de cirugía, anestésicos, varios frascos, plasma liofilizado, sueros, antibióticos, vitaminas, analgésicos, jeringuillas, en total alrededor de ochenta libras.

En La Federal perdimos a un compañero, el teniente Marcos Borrego, al iniciarse el combate en la madrugada, e hirieron en un tobillo al capitán Hernán Mark; más tarde, en la toma de la casa de vivienda de un latifundista, la que hubo que tomar por asalto, hirieron a Enrique Acevedo, un proyectil 30,06 le atravesó ambos brazos, devinieron dos fracturas, una abierta de brazo y

otra en un antebrazo. Y Angelito Frías se fracturó ambos tobillos al tener que tirarse del primer piso. Tuvo que hacer el resto de la invasión con dos botas de yeso.

Ya por la tarde, combatiendo con el refuerzo, hirieron a Darcio Gutiérrez en el vientre. Intentamos operarlo entre el Che y yo, pero tenía el hígado despedazado, además de una gran cantidad de perforaciones en el intestino. Cuando le habíamos extirpado un gran pedazo, nos dimos cuenta de lo del hígado y decidimos cerrarlo; es bueno añadir que no usamos anestesia, porque no la teníamos —solo local— y por suerte no sufrió mucho, estaba shockeado.

Ahí hubo un hecho curioso. En uno de los viajes para llevar a los heridos para la casa del empleado, nos montamos en un camión y el tipo estaba muy apurado, porque se le iba a echar a perder la leche y quería echársela a los cochinos. Recuerdo que el Che le dijo: “Con tantos niños en Cuba que no toman leche y ustedes se la van a echar a los cochinos”.

En La Federal hirieron también a Silva, le atravesaron el hombro y lo atendimos al lado de un río, le pusimos un plasma que parecía estar en malas condiciones, pues tenía suspensiones y en ese caso se recomienda no aplicarlo, pero Silva había perdido mucha sangre. Nos detuvimos ante una pregunta: ¿qué hacer frente a un paciente que necesita sangre si solo tenemos sangre con suspensión? ¿Se la ponemos o no? Decidimos ponérsela.

Silva, el resto de la invasión, a partir de Cuatro Compañeros, la hizo con un Velpeau de yeso que nosotros le pusimos. Aparte de eso, él era el jefe de la Retaguardia y siempre esperaba al último combatiente. Salía detrás del último combatiente. Cada vez que había un cambio de camino, él era quien se quedaba, y nunca permitió que alguien cumpliera sus funciones como jefe de la Retaguardia.

Después lo volvieron a herir en la espalda. Ahí tuvimos unos cuantos heridos; luego, en Cabaiguán, le llevaron el brazo de un

tiro. Fue muy similar al que le dieron en Cuatro Compañeros, lo único que aquel no le tocó ni las arterias ni el nervio, y esta última vez sí, pero eran casi idénticos. Perdió mucha sangre, llegó colapsado, casi exangüe a la clínica. En Cabaiguán ya contábamos con una clínica, teníamos un banco de sangre inclusive, y se le pasaron como cinco litros.

En total habíamos caminado unos 544 kilómetros en línea recta por el mapa, pero en la práctica fueron muchos más, ya que hubo noches de pasarlas caminando, y en el mapa no habíamos avanzado más de cuatro o cinco kilómetros. Como no teníamos guía... solo el Che llevaba una brújula, todo era dirección oeste, pasando por pantanos, esteros, ríos, mangles, etc. Eso lo hicimos en cuarentaisiete días, del 30 de agosto al 16 de octubre, que fue cuando acampamos por primera vez en las lomas del Escambray. Durante ese tiempo solo comimos algo, unas quince o veinte veces. Además de pasar dos ciclones durante el trayecto, en plena marcha, estuvimos constantemente metidos en el agua, algunas veces —noches enteras— con el agua a la cintura y tener que dormir dentro de la propia agua.

Todo eso trajo como consecuencia que la tropa padeciera de los pies, epidermofitosis, y con su infección secundaria, por lo tanto lifangitis, flebitis; para colmo, muchos fueron perdiendo las botas y tenían que caminar descalzos, con los pies en las condiciones antes narradas, por dentro del marabú, por pantanos y lagunas llenas de unas hierbas llamadas cortadera, que son verdaderos cuchillos.

Cuando los compañeros venían a verme para que hiciera algo por sus pies, yo les decía en forma un poco irónica: “Ahora que estamos descansando, ve al río, lávate los pies con jabón y agua tibia, sécatelos bien, échate talco, acuéstate a dormir con los pies en alto, y mañana te pones medias blancas y limpias”. Por supuesto nada de eso podía hacerse, y menos quitarse lo que nosotros llamábamos botas, ya que estaba totalmente prohibido. Y

así, salían con una sonrisa burlona para hacerle el cuento a sus compañeros del pelotón.

Pero todo eso fue vencido, todo fue necesario para que nuestra columna, que estaba fundamentalmente constituida por reclutas de Minas del Frío, se fogueara, madurara, se curtiera y llegara a hacer lo que más tarde demostraría con su combatividad, con su audacia: derrotar en la provincia de Las Villas al ejército de la dictadura, formado por miles de hombres bien equipados, y en un período de dos meses y medio tomar la capital de la provincia.

Pero el gran mérito, el artífice, el constructor de esa hazaña, fue sin lugar a dudas el jefe de la columna, comandante Ernesto Che Guevara que, con su ejemplo, dirección, fe en el triunfo, órdenes siempre precisas y su sacerdocio en cumplir la misión de Fidel, era inspiración de todos. Su personalidad y autoridad estaban siempre presentes en las mentes de todos nosotros; esa seguridad que él tenía y sabía transmitir nos hacía sentir seguros a la vez. Nosotros, que estábamos conscientes de su valor, escuchábamos cuando alguien le proponía subir al norte aunque hubiera que pelear con los guardias y él le contestaba que no era el momento, que primero había que pelear con la naturaleza para llegar al Escambray, y una vez allí, tendríamos tiempo de hacerlo. El paso de los días le dio la razón.

Campaña de Las Villas

En el combate de Güinía de Miranda el 27 de octubre de 1958 fueron heridos otra vez Silva y Mcintosh, este último de un proyectil en la cabeza que le extrajimos durante el combate, además, un compañero de la tropa de Bordón en un brazo, que operamos al otro día, en el trayecto, así como Cabrales y Carlos Amengual, que murieron. También operamos a dos soldados heridos. En sus

rostros se reflejaba el terror, más por mentiras inculcadas en contra de nosotros que por sus propias heridas.

Establecimos el hospital en Gavilanes, donde dejamos al compañero De la O; yo trabajaría directamente con la columna.

Banao fue el lugar de otro combate el 10 de noviembre. De él salieron heridos Edilberto del Río, con un tiro en el abdomen, y el Marinero, a este un proyectil le penetró en la parte superior de la espalda y tenía un orificio de salida a nivel de la región dorsal, sin aparentemente haberle lesionado la médula, pero con conmoción medular. A los dos los trasladamos, durante ese largo trayecto, en hamacas y con transfusiones de plasma por todo el camino. Luego Edilberto fue operado en Gavilanes. Hoy es oficial de nuestras fuerzas armadas.

Ya en esos momentos la población civil de la zona era atendida en nuestros hospitalitos, los cuales contaban con algunas condiciones y medicamentos para hacerlo. Teníamos uno en El Pedrero y otro un poco más abajo, en un lugar conocido por Manaquitas; el permanente se mantuvo en Gavilanes.

Debido a que teníamos heridos que no podían valerse por sí mismos, detrás de Manaquitas, ya rumbo a Caballete de Casa, instalamos un hospital grande donde ingresaban los más graves. Al frente de ese hospital se encontraba el doctor Pedro Rojas, de Mayajigua, cirujano que realizó numerosas operaciones con éxito.

En una acción que dirigió Bordón hacia la posta del central Santa Isabel, fue herido el compañero Luis Pérez, al que le produjeron una fractura del tercio medio del húmero. Lo intervenimos, le pusimos un aparato colgante para la reducción de la fractura. A pesar de explicarle que el aparato tenía que estar colgante, él lo apoyaba constantemente y, como consecuencia, la fractura no quedó del todo bien. Hubo que operarlo después del triunfo de la Revolución.

Por esos días se incorporó el doctor Fernández Adán, se quedó trabajando con nosotros, así como el doctor Adolfo Rodríguez de

la Vega, y lo había hecho con anterioridad el doctor Allan Rosell, de Santa Clara, al que habíamos designado para permanecer en Gavilanes. Más tarde llegó el doctor Alemany, ortopédico. Para entonces también se estaba construyendo en Caballete de Casa, con todo tipo de refugios, un hospital camuflado, de concreto.

En un intento de penetrarnos por el camino de Manaquitas, cayeron en una emboscada nuestra los soldados de la tiranía, ocho de ellos murieron y seis fueron heridos y operados en el hospital de Manaquitas. Después fue tramitada su entrega a la Cruz Roja de Placetas, al capitán Choi, de ese cuerpo. A partir de ese momento mantuvimos contactos para la entrega de prisioneros. Sergio Soto murió en esta acción.

En el puente de Falcón cayó herido el compañero Sosa. Inmediatamente lo trasladamos para el hospital que teníamos en Manacas y Caballete de Casa. Le pusimos una tracción con alambre Kisner por el calcáneo y le cerramos su herida. Este compañero terminó su curación en el hospital Finlay.

Ya esta operación denotaba los medios con que contábamos y la organización que llegamos a tener en el Escambray.

En la medida que fuimos avanzando en la toma de Fomento y reduciendo el cuartel, que era el último reducto del enemigo, nos hicimos cargo de la clínica de esta ciudad. Igual ocurrió con la ambulancia del central Santa Isabel y después del combate se nos facilitó una camioneta, adaptada para prestar atención médica; con ella hicimos el resto de la campaña. Cuando la batalla de Santa Clara, teníamos un buen hospital rodante con todas las condiciones e instrumental necesario para cualquier tipo de operación, aparte de contar con un buen *staff* médico. No obstante, a todos los pueblos que arribábamos lo primero que hacíamos era ocupar los hospitales y clínicas para tener asegurada la atención de nuestros combatientes, y la de los guardias enemigos también. Esa fue la conducta del Ejército Rebelde. Muchas veces se atendía, por su gravedad, a los soldados heridos, primero que a nuestros combatientes.

A pesar de contar con las clínicas de los pueblos liberados, por razones de seguridad, trasladábamos para los hospitales de las montañas a los heridos imposibilitados de valerse por sí mismos.

Cuando cayó herido Joel Iglesias lo atendimos en la clínica. Un fragmento de un *rocket* de aviación le produjo una herida grande en el cuello que se extendió hacia el maxilar inferior y le produjo una perforación en dicho hueso. Además, una fractura en la tráquea le dificultaba respirar, y como había sido trasladado con la cabeza tirada hacia delante, inmediatamente lo acostamos en la camilla y le dimos la posición de tren invertido. Rápido comenzó a respirar, toda vez que de hecho tenía una traqueotomía. Mandamos a buscar al doctor Fernández Adán, a Manaquitas. Después de que el herido rebasó el *shock* inicial, lo operamos.

El pueblo de Fomento conoció la criminalidad de la aviación de Batista, puesto que fue bombardeado indiscriminadamente. En la clínica de esta ciudad atendimos a numerosos civiles.

Fui ascendido a capitán médico del Ejército Rebelde el día 18 de diciembre. Todavía no había caído el cuartel de Fomento, pero ya habíamos hecho prisioneros a los soldados que se defendían en el cine.

Con Fomento liberado, trasladamos a todos los heridos, menos a Joel debido a su estado, hacia el Escambray.

En una clínica de Cabaiguán atendimos a una gran parte de los heridos que se produjeron en ese combate, entre ellos Leonardo Tamayo Núñez. Durante esa misma noche, cuando ya teníamos limpio el pueblo, y el enemigo concentrado en el cuartel, al saltar el comandante Che Guevara la tapia de una casa, se cayó y se produjo una herida en la frente y una fractura en el codo izquierdo. Lo enyesamos e hizo el resto de la campaña de Las Villas con el brazo enyesado; hubo que cambiarle dos o tres veces el aparato.

En las primeras horas de la mañana del 25 de diciembre, instalamos el hospital en un central azucarero que se encuentra a la salida de Placetas, hacia el este, y después nos trasladamos para

el pueblo; nuestra ambulancia, a pesar de tener el emblema de la Cruz Roja, fue ametrallada por la aviación.

Temprano en la mañana del día 28 arribamos a la universidad de Santa Clara; allí se instaló la comandancia y nuestro hospital, donde recibimos a los heridos de los primeros combates en las inmediaciones de la ciudad, al chocar nuestros hombres con la infantería enemiga apoyada con tanquetas. Esta fuerza nos produjo cuatro muertos y varios heridos.

Como la ciudad estaba defendida por alrededor de tres mil soldados de la tiranía, sacábamos a los heridos de la ciudad para tener libertad de acción ante cualquier maniobra que el comandante Guevara indicara. Luego trasladamos el hospital para la clínica Centro Médico; en ella atendimos a los heridos, también prestaron su servicio los especialistas de la propia clínica.

Allí tuvimos al Vaquerito [capitán Roberto Rodríguez Fernández] Cuando salía del salón de operaciones donde se había atendido, entraba el Che. Al preguntarnos más con los ojos que con palabras, le expresé mi criterio. Aunque respiraba estaba completamente descentrado. No recuerdo con exactitud si él entró a verlo o no; pero sí me dijo, al tiempo que daba una ligera patada en el suelo del vestíbulo de aquella clínica: “Nos han matado a cien hombres”.

Ese mismo día primero, el comandante Guevara me ordenó que fuera a Fomento y trasladara a Joel Iglesias para La Habana. Ya se había recibido la orden de Fidel de marchar sobre la capital: Camilo, que había tomado el cuartel de Yaguajay, avanzaría hacia Columbia y nosotros a La Cabaña. Yo fui nombrado ayudante del jefe del regimiento.



Los campesinos acudían al hospital rebelde

Cmdte. José Ramón Balaguer Cabrera

Yo recuerdo que en 1957, por primera vez, a través de Arnold Rodríguez, intenté hacer contactos para subir a la Sierra Maestra.

Durante mi primer intento de ascenso atendí a dos o tres campesinos. Una vez me llamaron para atender a una niña enferma. Yo solo tenía tres o cuatro meses de graduado y había hecho fundamentalmente una especialidad. Pero me llamaron para atender a la niña que llevaba tres o cuatro días enferma, sin ningún tipo de asistencia médica. Los padres decían que parecía tener un empacho y le daban purgantes. La pequeña estaba deshidratada, prácticamente muriéndose y desnutrida. Aquello me impresionó mucho y, naturalmente, al ver el cuadro le indiqué alimentarla y suspenderle los purgantes de inmediato. La niña se recuperó.

No se me olvida. Fue mi primer contacto con responsabilidad absoluta sobre un paciente de aquella envergadura.

Ese primer esfuerzo por incorporarme al Ejército Rebelde quedó solo en el intento. No pude hacer contacto con el guía y tuve que regresar.

Ramos Latour, Daniel, me dio la orden de, en vez de regresar, ir al Segundo Frente que entonces se iba a organizar. Pero en aquel

momento me detuvieron junto al doctor Durand y el compañero Enrique Carrera, en Miranda. Estuvimos presos un tiempo.

Cuando salimos de la cárcel, vinimos a La Habana. Yo seguí trabajando como médico hasta que decidí partir para el Segundo Frente. Subí por Guantánamo, por el alto del Mango. Mi primer encuentro fue con el comandante Fajardo.

¡Qué organización!

Días más tarde llegué a Mayarí Arriba y vi a Machado. Este me designó para sustituir al compañero Delgado en el hospital de Los Indios, en Sagua de Tánamo. Me maravilló la organización que había en todo el Segundo Frente y, naturalmente, en los servicios médicos. Existía una serie de hospitalitos organizados, y cuando llegué al de Los Indios pensaba encontrar muchas deficiencias y me encontré con una casita de mampostería, que era de unos campesinos, los Fonseca, creo que la habían facilitado para esta misión. A expensas de ataques anteriores a Moa, se había tomado una gran cantidad de instrumental. Había incluso un pequeño salón, bastante hermético, con su tela metálica, que se utilizaba como salón de operaciones. Tenía su esterilizador y un instrumental formidable para trabajar.

Allí se hacía el control de todo el personal que se atendía. Había que rendir informes periódicos a Machado. Se les entregaban las medicinas a los campesinos cuando las necesitaban. Nos ayudaban como auxiliares algunas muchachas de la zona. Por la especialidad que estuve practicando, ortopedia, salía a revisar casos al hospital de Majimiana y Soledad de Mayarí, por orden de Machado.

En Los Indios trabajé casi toda la guerra, hasta que terminó.

Mi lucha era constante; con desespero quería servir como médico, pero también quería pelear. Recuerdo que Sagua de Tánamo prácticamente estaba cercada cuando yo llegué.

El día que desalojamos a los guardias de la loma del Fuerte, mi primer bautizo de fuego, yo le pedí prestada la pistola al compañero sanitario, el capitán Julián Rizo, y me fui al combate en la loma del Fuerte, que empezó por la tarde. Después de disparar cuatro o cinco tiros, se me encasquilló la pistola y no pude tirar más. En este combate no hubo ningún herido, los guardias se retiraron y ocupamos el territorio.

Por aquellos días llegó otro médico, Luis Matos, que después siguió trabajando con nosotros en el hospital de Los Indios.

En aquel hospitalito atendíamos una enorme cantidad de campesinos. La consulta era como de sesenta casos diarios. Por la madrugada llegaban constantemente casos de urgencia, sobre todo niños muy mal nutridos, con mucha diarrea.

Muy pronto nos dimos cuenta del papel que desempeñaba el médico en el campesinado. El efecto que producía en ese campesino el hecho de que hubiera médicos del Ejército Rebelde que los atendieran de la forma que lo hacíamos. Aunque a Sagua de Tánamo tenían accesibilidad y había unos cuantos médicos, la mayor cantidad de la población no iba a Sagua, sino se atendía en el hospital rebelde.

Ataque a Sagua de Tánamo

Cuando el ataque a Sagua de Tánamo —creo que fue el 16 de diciembre—, nosotros teníamos organizada la asistencia médica. Al comienzo del ataque, hirieron a un compañero, recibió una herida de bala en el cráneo. Estaban con nosotros, como médicos, creo que el compañero Matos, también había llegado Mino, de Cueto y, posteriormente, el compañero Tabito, Octavio de la Concepción. Ninguno de los dos primeros hacía cirugía; no me quedó más remedio que atenderlo, con poca experiencia desde el punto de vista de la herida que tenía. Así que regresamos

al hospital con el herido para intentar hacerle algo. Intentamos hacerle una trepanación y ver si podíamos contenerle el sangramiento, aunque pensábamos que tenía muy poca posibilidad de salvarse. Como detalle importante, nosotros en Los Indios teníamos bastante clasificada, desde el punto de vista de grupo sanguíneo, a la tropa y a los compañeros del hospital. Cuando le hicimos la prueba de sangre al herido, la que necesitaba no la encontrábamos en ese momento. Había uno o dos compañeros que la tenían, pero estaban combatiendo. Como yo tengo sangre tipo cero, Rh positivo, decidí extraer la mía con la ayuda del sanitario. Alrededor de 250 o 300 cc de sangre le pasamos al muchacho para operarlo, pero lamentablemente murió en la mesa de operaciones.

Después se entró en Sagua de Tánamo y los médicos que trabajaban en ese lugar se incorporaron a la estructura que teníamos en el hospital de Los Indios y en el hospitalito de la Ondi, que se había tomado. Se creó un tipo de asistencia médica, que mejoró notablemente el hospital de nosotros.

Aprovechando que teníamos suficientes médicos, a partir de ese momento me dediqué a combatir en Sagua de Tánamo. El día 24 de diciembre se hizo una tregua. Se le propuso al jefe enemigo la rendición y atenderles a los heridos que tuviera. Accedió y entré al cuartel con el compañero Octavio de la Concepción.

Dentro del cuartel el espectáculo era deprimente. Ellos tenían chivatos y soldados heridos. Eran tres o cuatro.

Había dos soldados heridos, prácticamente, desde los primeros días. Uno en una pierna y el otro en una mano. Allí había una fetidez terrible. Al examinarlos comprobamos que los dos tenían gangrena; y en general, bastantes dificultades con la alimentación. Se les dio jugos y alimentos; finalmente aceptaron la rendición.

Yo recuerdo que se le planteó al jefe la situación de los dos soldados: el de la pierna y el de la mano. Cuando expuse que tenía que operarlos urgentemente, porque corrían el riesgo de morir,

aceptaron que se operara el de la pierna. A este le hicimos la amputación con éter nada más, se le suturó y se salvó.

En los días anteriores al ataque, había unos compañeros heridos; recuerdo que a uno, que conocíamos como Mejoral, le había estallado un M-26 en la mano y se la había desbaratado totalmente, además, varios fragmentos se le incrustaron en la cara, en los ojos y uno de ellos le perforó la tráquea. No había posibilidad de salvarle la mano. Todos los dedos desbaratados, entonces decidimos amputar la mano.

Y recuerdo que lo operamos sin anestesista. Nosotros mismos lo operamos con lo que teníamos. Le pusimos pentotal intravenoso. En el curso de la operación hizo un paro respiratorio, escasamente teníamos un balón de oxígeno, que se estaba terminando. Rápido se mandó a buscar el que había en el taller de automóvil para soldar, y de ahí cogimos dos o tres balones y le dimos oxígeno hasta que salió del paro respiratorio.

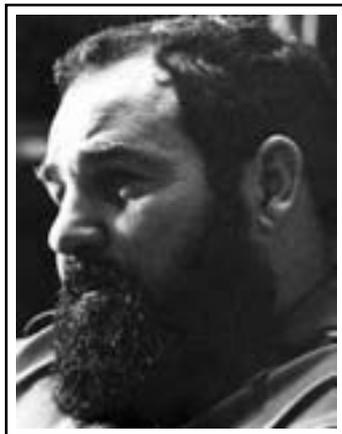
Como dato curioso, no hubo ninguna infección. Al triunfo de la Revolución, en un hospital, lo operaron otra vez para regularizarle el muñón, y se le infectó.

Después del ataque de Sagua, se tomó cayó Mambí y posteriormente Mayarí. En este ataque volví a combatir con las armas en la mano.

Terminó este combate, pero perdimos a un compañero muy valioso, Papiro le decíamos, era hermano de Luis Carbó, el capitán que murió después en Playa Girón.

Muy importante durante toda la guerra fue el papel que desempeñamos con el campesinado. Nosotros habíamos ido pensando que seríamos médicos de la guerrilla; pero la experiencia nos enseñó la trascendencia del médico guerrillero entre el campesinado, un sector de la población que por primera vez recibía asistencia médica.

Organizamos el hospital de La Plata



Cmdte. Bernabé Ordaz Ducunge

Antes de la ofensiva del ejército de la tiranía, yo me encontraba en el hospital Calixto García. Desde 1952 era trinchera del clandestinaje y de las acciones en contra del dictador. Fui citado por segunda vez por personas de alta responsabilidad en el Movimiento 26 de Julio para dejar mis filas, que hasta entonces era el pueblo, y me dirigiera como médico a la Sierra Maestra.

Desde mucho antes lo había preparado todo por intermedio del comandante Vallejo que era enlace entre el llano y la Sierra, operaba y vivía en Manzanillo. Tenía los pasajes y todo listo para que en la primera oportunidad, por razones de orden militar, se me autorizara el ascenso. No sucedió así y en la segunda ocasión, a través del Colegio Médico y como eco de una solicitud hecha por el Comandante en Jefe, se me ordenó de nuevo dirigirme a la Sierra. Esta vez también el contacto fue por responsables del Movimiento 26 de Julio. Así fuimos para la Sierra el doctor Trillo y yo. Salimos de La Habana al pueblo de Bayamo.

En definitiva fue Ricardo Fernández quien nos trasladó a territorio libre. Un yipi nos llevó por la carretera hacia la desembocadura de un río donde Ricardo y los demás acompañantes nos

dejaron. Nosotros no sabíamos qué hacer, solo caminar hacia el monte que se veía cerca y allí debíamos encontrarnos con alguien. Cuando llegamos a la orilla de este monte, estaban una mujer y unos muchachitos, lavando.

Unos de ellos, que contaba unos dieciocho años, nos preguntó: “¿Ustedes son los doctores Trillo y Ordaz?”. Él dijo que ya estábamos en territorio rebelde, aunque teníamos que tener cuidado. Emprendimos la marcha para contactar con Bermúdez. Caminamos durante dos o tres días. Ya estábamos bastante cansados. Aquí comimos y pasamos la noche, para después trasladarnos a la capitanía, donde también nos esperaban. Dicha capitanía era el campamento de Universo Sánchez, radicado en Las Peñas. Allí estaban Universo, Faustino Pérez, el comandante René Ramos Latour, Daniel, y un grupo de orientales que bajo su mando se dirigían hacia la Comandancia General.

Al otro día por la madrugada con los guías que nos dio Universo emprendimos la marcha. Iban también Faustino y Daniel. Estuvimos caminando un par de días por territorio rebelde, nos encontrábamos a menudo con barbudos.

Después de despedirnos de Universo, que quería que nos quedáramos en su campamento, estuvimos caminando ocho, diez, doce días. No sé exactamente. El caso es que se nos agotó todo lo que llevábamos de comer y los caminos eran cada vez más intransitables, sin que fuera posible ver a alguien para que nos dijera en realidad por dónde íbamos. Pasamos por el Turquino dos veces, incluso descansamos un poco allí y no nos dimos cuenta del lugar en que estábamos.

Cuando pasamos por una loma llamada Treinta Pisos nada más nos quedaba una lata de leche que Faustino repartía a cucharadas; buscábamos poquitos de agua en las plantas y bejucos. Uno de esos días acampamos en un lugar donde nos cogió la noche. Pusimos las hamacas y más tarde comprendimos que estábamos próximos a la costa. Ya llegando la noche, por la tranquilidad de

esta, empezamos a oír voces y conversaciones de grupos, cosa que nos preocupó. Faustino ordenó que alguien se adelantara para ver qué sucedía. Al poco rato regresó el compañero, alarmado, porque a menos de un kilómetro había gran cantidad de soldados y más abajo se veían fragatas de guerra. Faustino habló con Trillo y conmigo, nos ordenó de inmediato que nos recogiéramos, procurando no hacer ruido, porque teníamos que alejarnos de ese lugar. Cerca, un campesino nos alertó de la presencia de soldados que iban a subir y que por la zona no había rebeldes.

Al día siguiente supimos que nos esperaba en una loma una tropa de Guillermo García. De ahí nos llevaron a La Mesa, donde se hallaba en aquel momento el campamento del comandante Ramiro Valdés. También estaban Calixto García, el comandante Sergio del Valle y otros compañeros. Permanecimos un día de descanso antes de emprender el camino hacia La Plata. Para este tramo nos acompañó el comandante Ramiro Valdés, Ramirito.

En la casita de Ñico

Llegamos un día por la tarde y nos alojaron en una casita pequeña que después conocíamos con el nombre de la casita de Ñico [campesino Ñico Díaz]. Hablamos de muchas cosas. En particular, de medicina y de cirugía de la guerra, del alojamiento de nosotros y de la urgencia de que desempeñáramos nuestras funciones como médicos en la Comandancia General. En la casita aquella empezamos a hacer nuestros primeros preparativos, pero ese mismo día nos dijo Celia que ella tenía iniciada la construcción de un hospital de importancia adonde quería que fuéramos. Sería, en definitiva, el principal hospital, el hospital Mario Muñoz, de La Plata. Antes de trasladarnos al hospital, que se empezaba a construir en la misma casita, además de los heridos asistíamos a los campesinos de la zona. Estos jamás habían sido atendidos

por un médico o un enfermero, ni siquiera por un practicante de medicina.

En el combate de Santo Domingo, un obús de mortero cayó en una casa donde se encontraban unos cuantos rebeldes, entre ellos Geonel Rodríguez y Carlitos Mas. A la casita de Ñico fue adonde llevamos a los dos heridos. Sin tener nada, ningún preparativo, improvisamos una mesa con dos cajones y con una lámpara de gas o luz brillante que nos aguantaban, intervinimos quirúrgicamente a los dos compañeros. A Geonel un fragmento le había entrado en el abdomen, y seccionado el pedículo renal; le produjo una enorme hemorragia que fue la causa directa, más tarde, de su muerte.

El otro caso, Carlitos Mas, se pudo operar pues la herida no era tan grave, ya que interesó la región occipital, le hizo una sección de toda la piel de ese lugar y le hundió el hueso. Se pudo resolver esa situación; pero el mismo proyectil, al explotar, le produjo una quemadura de tercer grado en casi toda la superficie de su cuerpo. A pesar de toda la preocupación, el interés puesto por nosotros y las curas que le hicimos, falleció a los dos días. Carlitos también presentó una herida en el brazo izquierdo, tampoco de importancia para que fuera causa de su muerte.

Creación del hospital principal

Así fue nuestro estreno en la Sierra. Luego empezamos a trabajar con rapidez en la preparación del hospital de La Plata. Este local tenía un puntal alto, cobijado con guano y piso de madera. Las cuatro columnas principales de la casa, a las que estaba fijado el puntal, eran árboles corpulentos, que no cortamos. Daba la sensación de que el hospital estaba suspendido en el aire. Esto era en la ladera de la loma de La Plata.

Después nosotros aumentamos otra parte, que unimos a esta primera nave, mediante un árbol caído que no se desprendió por

completo y que aparentemente estaba sobre el edificio. Este árbol nos sirvió para la unión de lo que íbamos a agregar a la nave principal. Así, creamos un salón de operaciones, un almacén y otro cuartico que servía de farmacia y consultorio, que utilizamos en las curaciones de menor importancia y consultas a los campesinos del lugar.

Además, unimos la nave principal a la loma con una terraza, allí pusimos unos bancos bastante cómodos, lo mejor que se podía, para el descanso de los enfermos que iban mejorando, y de los heridos que queríamos trasladar a esos asientos, e hicimos otra terraza más corta, por el lado opuesto de lo que era la farmacia y el consultorio.

Por el gran precipicio que había en el borde de la terraza, lo rodeamos todo con una reja y este local servía a los enfermos de comedor al aire libre y también para leer, escribir, jugar dominó, etc. El follaje del árbol donde se agarraba el peso de esa terraza brindaba sombra y fresco.

Fuera de este límite, construimos una cocina amplia con fogón y lavadero, que unimos al edificio a través de un caminito; un poco más distante, otra nave pegada ya a la loma, sin paredes, que servía para colocar un gran número de hamacas de enfermos mejorados, empleomanía, etc. Así, la nave principal del hospital, ocupada por veinte camas, se utilizaba nada más para enfermos y heridos que requerían estar acostados. En total, podíamos tener sesenta enfermos hospitalizados. Según el plan que nos habíamos trazado, construimos las letrinas o servicios sanitarios y el baño, así como refugios para, en caso de ataque aéreo, evacuar a los hospitalizados.

En posesión de la dirección del hospital, el cual dirigí durante toda la guerra a partir de esa fecha, elaboramos un reglamento que conoció la Comandancia y lo aprobó. En él establecimos: horarios de consulta, comidas, sueño, visita, condiciones para ser ingresados y para dar de alta, normas de disciplina que acataban

tanto los enfermos y heridos como el personal que cooperaba en la administración del hospital. Además, definimos cuáles enfermos podían o no tener acompañante. Después construimos una serie de clósets para los medicamentos, principalmente algodones y sueros. Podemos decir que ya para los meses de septiembre y octubre teníamos grandes cantidades de medicina, principalmente antibióticos, antidiarreicos, antiparasitarias y anticatarrales. A esta lista se sumaban las pomadas antialérgicas, soluciones y aplicaciones para problemas dérmicos, sueros antitetánicos y sueros para hidratar. En fin, ya teníamos asegurado un mínimo bastante bueno, en cuanto a medicamentos se refiere, en nuestro hospitalito.

A todas estas medicinas les hicimos un gran inventario, y se clasificaron, pues el doctor Trillo, además de médico, era farmacéutico y estaba práctico en este aspecto. Reglamentamos la manera de usar las medicinas, tanto para los hospitalizados como para la gran cantidad de campesinos que asistían a las consultas. Ya teníamos material, también equipos e instrumentos para cirugía de tórax, dos equipos de trileño para dar anestesia y equipos para venoclisis.

Por ese tiempo recibimos la grata noticia de que el doctor Martínez Páez, quien era el pionero de los médicos de la Sierra, aparte del Che, venía para el hospital Mario Muñoz, de La Plata. La gran victoria de El Jigüe y otras que sucedieron permitieron cesar las operaciones militares por la zona de Puerto Malanga, donde el doctor Martínez Páez tenía ubicado su hospitalito. Él era nuestro jefe y uno de los mejores cirujanos ortopédicos que en la guerra tuvo el pueblo de Cuba. También se unió a nosotros el doctor Luis Borges, cirujano estomatólogo, quien llevó equipos y realizaba funciones amplias y útiles en el aspecto de la estomatología. Borges, que tenía también consultas de campesinos y rebeldes, me atendió, pues en el tiempo que permaneció allí me hizo empastes, limpieza, etcétera.

Creció tanto la asistencia a campesinos que organizamos las consultas dando un cierto número de turnos por la mañana y otros por la tarde, de todas las especialidades, y tenemos datos de la cantidad. Había días que teníamos más de cuarenta o cincuenta consultas entre los doctores Martínez Páez, Borges, Trillo y yo, de campesinos y rebeldes que acudían a consultarse a La Plata.

Entre los primeros, asistimos a un campesino haitiano que trabajaba en la agricultura del café. Se nos presentó con un cuadro febril y resultó ser un tétanos. Llegó a nosotros en medio de un ciclón. Para satisfacción nuestra, después de más de veinte días ingresado le dimos de alta en buenas condiciones.

En la primera etapa en la casita de Ñico, donde al principio estaba el hospital, el entonces capitán Paco Cabrera se nos presentó una noche con dolor de fosa ilíaca derecha. Tuvimos que intervenir de urgencia, el doctor Trillo y yo como anestésista. Resultó ser una apendicitis aguda, con gran cantidad de pus en la cavidad abdominal. Presentó un cuadro de peritonitis que, después de intervenido, fue atacado ampliamente con antibióticos y quién sabe si por la fortaleza y las condiciones físicas del paciente se restableció de manera total, sin dejar ninguna secuela.

Otro cuadro agudo y grave fue el del capitán Evelio Laferté, gran compañero y amigo, a quien tuvimos que operar; también intervenimos de apendicitis aguda al rebelde José Enrique Vigo y a un hermano de Tomassevich que pertenecía a la columna del capitán Lara.

Grave también tuvimos al capitán Orlando Lara, mucho antes había sido atendido y operado por el doctor Martínez Páez y que, al saber que se encontraba en nuestro hospitalito, vino a verlo. En otra ocasión lo hirieron, nuevamente fue atendido por nosotros.

Allí ingresó con un ataque gripal y con trastornos gastrointestinales, bastante choqueado y con alta fiebre, el capitán Fernando Vecino, quien estuvo quince días en nuestro hospital, fue atendido directamente por nosotros y se restableció.

En otra oportunidad fue ingresado, entre otros compañeros, el comandante René de los Santos, estuvo bastante delicado con gran pérdida de peso.

Cooperaron ampliamente con nosotros las rebeldes Lolita Feria y Marta Cartón, eran auxiliares, así como Normita Ferrer. En la cocina y suministro, Rita García, Angelina Antolín y otras compañeras. Después fueron guerrilleras extraordinarias en el pelotón Mariana Grajales.

En nuestro hospital también se hacían reuniones. Por el mes de agosto, nos encontramos con algunos inconvenientes con el reglamento, y por indicación de Fidel y Celia se nos citó a una reunión. El día 15 de agosto salió un documento que pasaría a la historia, pues Fidel nos dictó una orden militar en la que declaraba al hospital una institución completamente autónoma y esa orden la podíamos mostrar en todos los establecimientos de suministros de la Sierra para que se nos diera con preferencia cuanto necesitáramos.

Enseguida la pusimos en vigor, y fue por esa fecha que recibí por orden del Comandante Fidel el ascenso a capitán del Ejército Rebelde. Después de que finalizó la guerra fui ascendido al grado de comandante, igual que otros médicos, por el comandante Camilo Cienfuegos.

Atendimos al comandante Eddy Suñol. Él quiso parar un tanque Sherman con una bazuca, le dispararon un cañonazo del mismo tanque y quedó grave. Suñol fue herido varias veces; nosotros lo atendimos dos o tres veces, siempre de heridas graves.

Médico de la Columna No. 1

Una noche fui citado por Fidel para marchar como médico en la Columna No. 1 hacia el llano. En el hospital quedaron los doctores Fabio Vázquez Rosales y Ángel Luis Rodríguez. También

permaneció unos días más el doctor Martínez Páez, hasta que fue llamado a Guisa.

Nosotros atendimos a los heridos de la batalla de Guisa, tanto rebeldes como de la tiranía. Al ocupar el poblado se nos acercó un farmacéutico y nos dijo que tenía a un herido nuestro escondido en su farmacia. Para sorpresa nuestra, encontramos en un cuarto posterior al soldado que había manejado el tanque que atacó el cuartel de Guisa con una pierna destrozada, en un estado bastante malo, con fetidez e infección. Este muchacho se llama José Millán Llorens y contó que cuando abandonaron el tanque, próximo al cuartel, fue herido y no pudo retirarse. Quedó tirado en la carretera cerca del tanque. Los vecinos lo recogieron y refugiaron en la farmacia. Él se había pasado antes a nuestras filas.

Este ejemplo manifiesta la cooperación del pueblo durante la ofensiva nuestra del llano. Nos atendía en todo, se arriesgaba por servirnos, cocinaba, nos suministraba alimentos en pleno combate, nos informaba y atendía a nuestros heridos.

Recordando operaciones importantes, me viene a la mente la del compañero Morfa, a quien una bala le atravesó el hemitórax izquierdo. Ahora es capitán, creo que su nombre es Arnaldo, un muchacho de Camagüey. La bala le atravesó el pulmón. Lo tuvimos en el hospital de La Plata, haciéndole punciones para extraerle el líquido purulento e infiltrándole antibióticos. Aunque lo tratamos con interés y preocupación, tuvimos que enviarlo para Cienfuegos, donde se restableció completamente. Después, regresó de nuevo a la Sierra para seguir peleando.

De Guisa nos trasladamos a Charco Redondo con el doctor Martínez Páez quien, después de operar a Faustino, se quedó en nuestra columna cumpliendo instrucciones de Fidel. Fue entonces cuando acondicionamos en las minas de Charco Redondo un hospital con todas las de la ley, pues era un hospital que existía en aquellas minas y nosotros lo preparamos para que fuera el primer hospital de aquella zona. Al frente quedó el doctor Trillo.

Seguimos en la columna, en la ofensiva que se estaba realizando, el doctor Martínez Páez y yo. Después de Charco Redondo, se tomaron Baire, Jiguaní, Contramaestre, Maffo.

En las minas de Charco Redondo, obtuvimos una guagua y un yipi que conservo. A la guagua le quitamos los asientos e hicimos un hospital ambulante, donde además de operaciones, curas, etc., nos podíamos trasladar de un sitio a otro. En ella hacíamos las primeras curas y después remitíamos a los heridos al hospital de Charco Redondo, el cual tenía un gran cuerpo de enfermeras y enfermeros.

Durante la batalla de Maffo, el jefe de la plaza sitiada, comandante Ríos, pidió una tregua. Fidel nos ordenó que nos trasladáramos al Banfaic, donde estaba situada la guarnición. Aquella era una verdadera fortaleza, con túneles, trincheras, etc., que se nos rindió el 30 de diciembre. Estuvimos un día atendiendo a los heridos del Banfaic y enterramos a dos muertos de la tiranía. Nos daban cartas para sus familiares y recados que nosotros trasmitimos.

Después estuvimos en la toma de Palma Soriano. En este lugar nos sorprendió el primero de enero.

**Como si un radio
diera la noticia...**



Cmdte. Alberto Ibieta-Torremendía

Yo conocí a Fidel en la Juventud Ortodoxa y empecé a luchar desde el 10 de marzo del año funesto en que Batista dio el golpe de Estado. Puse un crespón de luto en la consulta y eso valió para que me estuvieran prendiendo por unos cuantos días durante aquella época.

Más adelante, ingresé en el Movimiento 26 de Julio. Un día supe, por medio del propio Movimiento, que Fidel hacía un llamado a los médicos. Me había encontrado con Manolito Suzarte, y un día, saliendo de mi casa en Fontanar, parece que lo estaban siguiendo o que él cometió una imprudencia del tránsito —por que no sabía manejar muy bien— y lo agarraron preso, yo perdí mi conexión.

Con Manolito trabajaba un muchacho que le decían el Gallego Valdés, entonces, a través de Humbertico, el hijo del actual magistrado Humberto Hernández, que también lo habían detenido por allá, volví a establecer contacto con el Gallego. Un día por la tarde, Humberto y otro joven me vinieron a buscar; me llevaron al aeropuerto de Rancho Boyeros y tomé el avión para Santiago de Cuba.

Llegué con mi identificación metida en el forro de una cuchilla niquelada, que me valió de mucho en la Sierra, incluso como bisturí.

Mi entrada a la Sierra fue por Veguitas, por la loma de la Miel. Tan pronto llegué, ocurrió mi primer choque con los heridos. Era una compañera con un tiro que, por suerte para ella, tenía un orificio de entrada y salida y no interesaba más que planos musculares, no interesaba planos óseos, vasos ni nervios. Simplemente, con la cuchilla —luego de hervirla un poco— le hice una escisión de los bordes que estaban un poco necrosados y con dos apósitos, en un lado y otro, curó enseguida.

Víctor Mora no quería que me fuera, porque tenía muchos enfermos. Había mucha diarrea en aquel momento por allá, pero ni él ni yo teníamos medicina.

Antes de partir, pensando en las cosas que podían presentarse, había preparado una olla de presión grande que tiene un reloj de treinta libras, con la idea de hacer esterilización; la había mandado por las vías del Movimiento con algún instrumental y algunas medicinas, y eso no había llegado, ni sabía su rumbo.

Avisaron que tenía que seguir camino hacia la Sierra. Entonces, cuando se enteraron de que había un médico, empezaron a llegar los enfermos de toda la zona: compañeros nuestros y campesinos que trabajaban con Víctor en la recopilación de alimentos y materiales. Todo el mundo estaba enfermo con diarreas y abscesos, infecciones de la piel por falta de baño y cosas así. Recomendamos higiene y salimos con un compañero que, si mal no recuerdo, se llama Antonio Castillo, era un guía que tenía la madre enferma y necesitaba salir enseguida.

Yo estaba bastante gordo, y como expresara el compañero De la O, el temor mío siempre fue no poder caminar en la Sierra, y el acicate mío no fue Vilma; el acicate mío fue en La Plata el compañero Martínez Páez, porque veía la agilidad con que él caminaba, y yo me caía en todos los ríos. Tenía una protección de fango en

la región glútea, en el pantalón, de caerme constantemente. Resbalé por toda las lomas de la Sierra.

Yo soy del llano, yo no sabía caminar allí, y me dediqué a observar cómo caminaban los compañeros de la Sierra y cómo bajaban las lomas. Para bajarlas flexionaban las rodillas y no tenían lesiones del menisco. En cambio, muchas personas que no eran serranas bajaban apoyando el pie en extensión, y luego presentaban lesiones en la rodilla.

Entonces fui por toda la Sierra caminando, pues la yegua que me ofrecieron no caminó, yo salía a pie. Cuando llegamos a casa de Castillo, él me consiguió un caballo. Estuve una noche y un día y atendí a su mamá. Después seguimos viaje, mirando enfermos por toda la zona. Los campesinos aparecían por el camino y decían: “En tal lugar hay un enfermo”. Era como si un radio hubiera dado la noticia de la presencia de un médico en la zona.

La impotencia nuestra ante la muerte se repitió en sucesos. Era extremadamente impresionante no poder salvar a un enfermo.

La cuchilla, como les decía, me sirvió de bisturí. Abrí abscesos, curé, hice de todo. La afilaba con una piedra y después la hervía. Ese fue mi instrumento hasta que llegué a La Plata.

En uno de esos campamentos nos enteramos de que tres médicos estaban perdidos: Ordaz, Trujillo y Faustino. Estábamos lejísimo de La Plata, y ya se sabía por allá.

Uno de esos días fue cuando les estalló el obús a Geonel y Carlitos. A las muchachas no les pasó nada, las botó por la ventana y no les pasó nada, porque después ellas estuvieron trabajando conmigo y siempre me hacían el cuento.

Esos compañeros estaban indefectiblemente muertos cuando llegaron al hospital. Uno de los compañeros tenía una fractura de cráneo y sangraba por el oído, tenía una otorragia. Enseguida que lo vimos sabíamos que se moría de todas maneras.

Ayudé en la operación a Trillo, él fue quien la hizo, y en la otra también, en las dos. Pero era una cosa infructuosa luchar, porque

mientras hubiera vida había que luchar. Eso fue lo que más me impresionó cuando yo llegué allí a la Sierra. Por aquellos días se estaba construyendo el hospital de La Plata.

La ofensiva

Yo era el más nuevo y me dejaban en el hospital, porque a todos los médicos les gustaba tirar su tirito y les gustaba salir. Los demás se iban, los llamaban a ellos, y a mí me dejaban en el hospital. Un día me dijeron que tratara de acondicionar un cuarto lo mejor posible, para hacer el cuarto de operaciones, el cuarto de recepción de los heridos más graves.

Todos los días me había trazado la meta de caminar desde la casita hasta el hospital, del hospital a la casita, a la casa de Santaclearero, para bajar un poco de peso, y bajé cincuenta libras. Ya me sentía ágil, saltaba de una piedra a otra en el río y no me caía.

Estuve atendiendo los cuarticos. Por suerte, no fueron necesarios para nuestros heridos, pero sí para los casquitos, que agarrábamos a muchos y había muchos heridos que atendíamos.

Con estos casquitos enfermos hablábamos de cómo habían sido reclutados y por qué venían a combatir. Nosotros les explicábamos por qué luchábamos. Muchos se iban convencidos; a otros, los volvimos a hacer prisioneros, estos siempre fueron los menos. Sobre todo, los heridos no volvían más en ninguna otra tropa.

OSCAR FERNÁNDEZ MELL: Los que soltamos en Las Vegas, cuando subió Iglesias de la Torre en el primer grupito aquel, completos los volvimos a coger en el tren de Santa Clara.

ALBERTO IBIETA-TORREMENDÍA: Estuvimos en La Plata y que yo recuerde no tuvimos ninguna infección de tétanos ni gangrena gaseosa; nos ayudaron mucho los gusanos de la mosca. Nosotros peleábamos con los cocineros y les decíamos que nos botaran los huesos cerca del hospital, porque la mosca verde era la que

depositaba la queresa en las heridas. Venía al olor de la sangre e infectaba las heridas. Nosotros nos dimos cuenta de que eso nos había auxiliado muchísimo, y por eso no habíamos tenido ningún tétanos, ninguna gangrena gaseosa, que son cosas muy graves en un medio como aquel, y es que el gusano protege las heridas de esos gérmenes.

Aprendimos a utilizar una yagua para improvisar un aparato con férula, como una férula de Brown para inmobilizaciones. Observamos que cuando la yagua está fresca se puede moldear, ella dobla sus bordes hacia dentro y hace compresión. Tuvimos esa experiencia. Muchas veces esperábamos que cayera por la noche una yagua para ir a buscarla y hacer un aparato que necesitábamos para una Abbottopia ortopédica.

Yo no había salido de La Plata; pero al bajar de peso ya podía caminar. Un día supe que Fidel iba a soltar a los heridos y a los casquitos. Primero para Las Vegas, después para Las Mercedes. Fuimos Faustino, Aldo Santamaría y yo como médico, a entregar a los prisioneros. Fue una marcha enorme, yo creía que no llegaba. Aldo lo comprendía, y como estaba más fuerte que yo, podía caminar más. Entonces, en algunos momentos, me invitaba a tirarme en el suelo. Y eso era un descanso y un alivio tremendo para mí.

Al fin llegamos a Las Vegas. Allí conocí al comandante De la O. Lo vimos montado en un brioso corcel blanco —un caballo moro, mosqueado— que iba cruzando el río. Conocí también a Ramiro Valdés Menéndez.

En el Tercer Frente

Pasados unos días regresamos en un yipi donde venían Celia y Fidel. En esa ocasión fue cuando le planteé a Fidel que yo quería ir con Almeida. Yo estuve tratando de ver si podía ir con Camilo o con otro, pero Almeida era quien no tenía médico. Yo había

hablado con Sergio del Valle y me había dicho que Almeida no tenía médico, entonces se lo planteé a Fidel y me autorizó.

Ese día llegó a La Plata la cazuela —la olla de presión— que yo había enviado. La cazuelita mía le gustó a todo el mundo, pero yo no la soltaba. Almeida no quería que yo la llevara, porque me había conseguido un mulito para que yo fuera en el mulito. Después de mucho discutir, me dijo: “Allá en Santiago hay de todo”, y yo le decía que no había nada. Él insistía, hasta que le dije: “Mira, la cazuela sirve para ablandar los frijoles, los ablanda en el acto”. Entonces accedí. “Pero tienes que ir a pie, porque todas esas cosas que tú llevas tienen que ir en el mulo”, me dijo. “Bueno, voy a pie”. A las dos de la tarde salimos. No habíamos caminado ni una legua cuando dijo un aguacero “aquí estoy”. No se veía ni el que caminaba delante de uno.

Eso fue a principio de agosto. Cuando llegamos a Aguarrevés estaba guardada la comida, pero el río se había metido y aquello lo había virado al revés. Lo único que encontramos fue una latica de leche condensada en el fondo del agua. Yo me quité la ropa, me tiré y la saqué. Era la comida que llevábamos para toda la tropa durante el resto del tiempo.

Nos cruzamos con el compañero Vilo Acuña, que ya nos habíamos conocido. Mi primer tiro en la Sierra lo hice con su rifle, que me lo prestó para que disparara un tiro.

Llegamos a La Anita, donde acampamos un tiempo. Allí encontré un hospitalito y al comandante Páez que había llegado en esos días por Santiago. Había una epidemia de gripe, todo el mundo estaba con la gripe esa que tumbaba. Contábamos con muy pocos medicamentos, entre ellos sulfa. Para el catarro lo mejor era la comida y estaba escasa también. Fue el primer hospitalito que tuvimos en aquel frente.

Allí permanecemos hasta que la aviación nos sacó a cohetazos. Fuimos para Los Lajiales, donde estuvimos poco tiempo; pero cuatro compañeros fueron heridos, uno de ellos Lilito Tabares,

le habían dado un tiro en el brazo y el pobre tenía una lesión del plexo y su brazo estaba inútil, tenía un dolor enorme.

Después nos trasladamos para La Lata y empezamos a construir un hospital. Se construyó y existe todavía. En él se prestó asistencia a los campesinos.

Hicimos otro hospital en Nima Nima Arriba, en casa de los Borges, cerca de Santiago. Por otro lado, en la loma del Gato, donde estaba René de los Santos, se puso también un hospital y se preparó una enfermería. En esta instalación se atendió a Vecino, al capitán Fernando Vecino, cuando le dieron el tiro. En Limoncito, comandancia de Guillermo García, se hizo un hospital, tenía un aparato de rayos X de dentista de 15 miliamperes, que se había cogido en el hospital de las Ventas de Casanova, y una cama Fowler también.

Yo quería ir a las acciones; pero Almeida no me dejaba. Solo me autorizaba a que pusiera cerca el hospital o que fuera con ellos. Pero no me dejaba disparar un tiro. Nunca me dejó. El único que me dio permiso fue Guillermo García.

Mandábamos a buscar a Palma Soriano placas y líquido revelador. Lo preparábamos, lo metíamos en unos pomos ámbar y lo conservábamos en el refrigerador. Por la noche en un servicio sanitario que había en una tienda, con una plantica eléctrica, apagábamos todas las luces para que la planta tuviera fuerza, tirábamos las placas y revelábamos en una palangana dentro del baño. Con el mismo papel que traían las placas cubríamos el bombillo y hacíamos un bombillo de luz roja. Así revelamos e hicimos muchas placas. Fernando Beulefer, por ejemplo, se fracturó un tobillo saltando una cerca en un combate, le hicimos una reducción y una placa de comprobación y quedó perfectamente bien.

La mesa del hospital de Limoncito era el mostrador de la bodega. Allí le amputamos el brazo al capitán Gener Luna. Luna fue herido en el ataque a Gladys, en el puente Gladys, que se había mandado a volar porque iban a pasar unas tanquetas u otro armamento. Lo sorprendió la avioneta y lo hirió con fragmentos de granada. Le

hirió el brazo, el tórax y las rodillas, le penetraron los fragmentos y rozaron la pleura. Otros dos compañeros fueron heridos. Tres salieron a rescatarlos, pero a Luna no se le pudo sacar. No lo encontraron; parece que, al no querer soltar el rifle que llevaba en la otra mano, se arrastraba y con la pérdida de sangre se desmayaba y quedaba oculto en la hierba. La avioneta no lo volvió a ver, ni los compañeros lo encontraron.

A los otros compañeros la avioneta los descubrió, remató a los dos heridos y mató a los tres que fueron a buscarlos. A Luna se pudo sacar del lugar a las once de la noche. A esa hora más o menos llegó al hospital y estaba en estado de *shock*. No teníamos suero; es decir, suero fisiológico era lo que había.

Teníamos clasificados a los compañeros por grupos sanguíneos, esa identificación aparecía en una medallita que les colgábamos al cuello; pero los clasificados no estaban en Limoncito. Mandamos a un mensajero y a las cinco de la mañana estuvo de regreso.

Ya habíamos operado a Luna con un poco de pentotal. Había un enfermero que no sabía coger la vena. Decía que era enfermero pero no lo era. Yo daba la vuelta por el mostrador, le enseñaba cómo tenía que inyectarlo lentamente, volvía a mi lugar cuando estaba anestesiado y empezaba a hacer la amputación. Le saqué las esquirlas que le estaban rozando la pleura y un fragmento de metralla que tenía en la rodilla. Por suerte, a los quince días, Luna estaba de alta en el hospital. Y por ahí anda Luna con un brazo que fue a hacerse a Alemania. No han tenido ni siquiera que regularizarle el muñón, porque aquello quedó perfectamente bien.

En el llano

El 17 de octubre atendí al teniente coronel de la dictadura Nelson Carrasco Artilles, en Ramón de Guaninao; también al estudiante universitario González, que se había herido en un muslo.

Salimos a las dos de la madrugada y llegamos a las ocho de la mañana. “Está ahí mismo”, nos decían. Era un pueblo donde entraban y salían las máquinas que iban para Santiago. En una tienda atendimos al compañero y lo trasladamos en el yipi.

Después hirieron a Carrasco, yo estaba con Almeida en otro lugar. Salimos enseguida para allá. Habían herido en aquel momento a Fernando, Rodolfo, el Habanero, y a otros compañeros. No contaba con nada de anestesia; morfina nada más, y la utilicé con los compañeros nuestros y Carrasco. A este lo atendimos en la botica de un hospitalito que habíamos improvisado. Había recibido un tiro en un tobillo y lo operamos con morfina.

Allá tuve un accidente en un caballo. Un día iba aprisa loma abajo en un caballo y el animal resbaló. La caída me produjo una fractura del tercio inferior de la tibia.

En Palma Soriano, en la clínica del doctor Chiliano Heredia, tuvimos muchos heridos. Hicimos cuatro transfixiones con alambre de Suralloy por fractura del fémur. Esos cuatro compañeros nuestros fueron los únicos casos de tétanos que vimos en todo el tiempo, y fueron en la ciudad. Se asistieron en Palma, en una clínica y en un salón bastante bueno y, posteriormente, en La Habana. Todo fue bastante leve y no les pasó absolutamente nada. Operamos también a Evelio Saborit en el hospital de Palma Soriano, a quien habían herido en el combate de la toma de este pueblo. Tenía una bala de Springfield alojada, con fractura de columna. No había seccionado ni había hecho daño, pero estaba haciendo compresión y le producía unos dolores terribles. Lo operamos y le hicimos la descompresión. Aquello fue feliz y Saborit anda por ahí perfectamente bien.

Yo quería significar que en el campo no tuvimos infecciones, esa es una experiencia de muchos compañeros, ¡que si habrán tenido que hacer cosas grandes en medio de la Sierra!, en una bodega, en un mostrador, curar rápidamente y, en cambio, en un hospital de la ciudad habíamos tenido esa contingencia.



De la Sierra a la invasión de Las Villas

Cmdte. Vicente de la O Gutiérrez

Yo subí a la Sierra en los primeros días de 1958. Subí con Vilma, el periodista aquel uruguayo, Pedro Gutiérrez Paz, y Pepito Argibay. Nos llevó Oriente Fernández a través de Veguitas. En un caserío, en Los Lirios, nos esperaba el Vaquerito. Allí fue donde primero vi que empezaba a decir “territorio libre de Cuba”. Y conocí al Vaquerito que parecía un americanito, un muchacho con pelo rubio rizado, un gran caminador.

Una de las cosas que yo le estaba contando a Julio [Martínez Páez], una de las que más yo admiré durante todo el tiempo que estuve en la Sierra, fue el papel de los caminadores. Y Vilma era una caminadora extraordinaria, yo la miraba y me sentía disminuido, porque yo estaba gordísimo; uno de mis complejos era ese: estar gordo. Y me decía: “Usted verá que a mí me van a bajar para el llano otra vez, porque no voy a poder caminar”.

Llegamos a La Jeringa después de subir la loma Azul, con enorme esfuerzo que tuve que hacer, y allí me ubicaron por orden de Fidel; me quedé con los heridos de Veguitas; yo creo que Julio los había visto y los mandó para allá. Eran como cinco o seis compañeros heridos, que ya llevaban varios días y no tenían

médico. Se les habían infectado algo las heridas. Pasaron como dos o tres meses para que se les curaran.

Yo pedía medicamentos constantemente a Celia y, al fin, después de insistirle mucho, me dio además dinero para que comprara un caballo. Me resultaba difícil andar por la Sierra. Me acuerdo que yo le pedía mucho a Celia solución Carrel para las heridas, porque no teníamos otra cosa.

Estuve hasta que se produjo el ataque aéreo de Cayo Espino, el 10 de abril de 1958. Fueron heridos algunos niños y nos mandaron a buscar a todos los médicos que estábamos por los alrededores. En La Habanita no curamos, tratamos de salvarlos, pero se murieron los dos niños.

Posteriormente atendimos a Horacio Rodríguez de un balazo en el vientre; fue operado por Vallejo y Piti; yo era el ayudante, porque no hacía cirugía.

Producto de la inexperiencia

Una vez, estando yo en Las Vegas, Celia me mandó a buscar porque habían herido a un combatiente: un balazo en el ano, le desbarataron todo el ano. Y con la inexperiencia que tenía, yo me di a la tarea de cerrar todo aquello, una cosa que era absurda desde el punto de vista quirúrgico, y me puse a reconstruir aquel ano, creo que terminé como a las tres de la mañana con el pobre muchacho. Yo había llevado mucha penicilina que me habían dado en Bismark.

Celia me dijo que regresara. El caso es que yo volví para Las Vegas, porque había ocurrido un ataque y se esperaba un bombardeo. Entonces llevaron al muchacho para el hospital de Pozo Azul donde estaba Vallejo. Para mal de él, primero se quedó en la casa, en la bodeguita; se demoró un poco ahí y después fue un vía crucis.

Recientemente lo vi, estuvo en casa a saludarme. Increíble lo que pasó ese muchacho aun después de la guerra. Estando yo

en el hospital militar, creo que fue Balaguer u otro compañero quien lo mandó a la Unión Soviética a hacerle una reconstrucción y terminar todo aquello. Ya está bien. Está en el ejército. Yo me decía: “¡Qué cosa!, no me explico cómo pasé toda una noche reconstruyendo aquel año”.

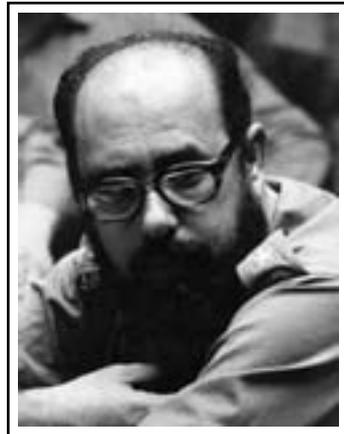
Otro que yo atendí fue Orlando Lara, de Bayamo, lo hirió en la pierna la metralla de un mortero; también lo atendí en las Vegas de Jibacoa. Me mandó a buscar el Che, que estaba por allí, y después Lara también tuvo sus problemas, se le infectó la herida y tuvo una osteomielitis.

El perro avisaba

Todavía en la Sierra, estábamos en Miramar del Pino, ese nombre creo que Celia fue quien se lo puso, o Julio, a la casita aquella en los altos de Mompié donde se ubicó la comandancia del Che, estábamos con el Che —aunque esto no es anécdota de la medicina—, teníamos herido al compañero Hugo del Río, que es capitán, creo que está en los tanques; tenía un tiro en el tórax. Bueno... yo estaba parado de espaldas a un refrigerador de gas que había allí y que no funcionaba, pasó una avioneta, descargó su metralla y una bala que se fue entre mis piernas desbarató la parte de abajo del motorcito del refrigerador. El Che me decía en tono de broma: “Tú rompiste el refrigerador, tú le diste un balazo al refrigerador”; “Que no, hombre, no. Ese me lo tiraron a mí”. Y del Río estaba ahí mismo... aquella bala fue rozando por el piso, por la tierra, dio parece que con una piedra y picó cerca de Hugo, por poco lo hiere otra vez. ¡Pasamos un mal rato aquel día! Porque la avioneta dos o tres veces dejó caer tiros regados a la casa de Mompié que estaba enfrente, que la teníamos cerquita.

Allí había un perro que avisaba cuando sentía el ruido de un avión, porque era el primero que iba para el refugio.

**Con tablas...
improvisamos
la mesa de parto**



Cmdte. Humberto Castelló Aldanás

Soy el único protagonista de los primeros tiempos del Escambray. Después llegaron otros médicos y estudiantes. Conocí también a los compañeros médicos que llegaron con el Che. De la O y Oscarito Fernández Mell.

Yo creo que la mayoría de nosotros estudiamos Medicina por vocación y por aliviar un poco el dolor de nuestro pueblo desvalido en aquella época, que ya desde nuestro tiempo de estudiantes vimos la situación crítica que tenía la asistencia médica en Cuba: mala atención de los hospitales, camas en los pasillos, enfermos en el suelo esperando camas, falta de medicinas, alimentos, de recursos en general. Después de graduados nos acercamos más a ese dolor y tratamos de resolverlo, sabiendo de entrada que cada uno de nosotros, individualmente, era importante para resolver ese problema y que hacía falta, además, una revolución.

Y creció en el ánimo de todos nosotros coger el camino de la revolución.

Yo recuerdo que, bajo el dolor de haber perdido a tantos compañeros, al día siguiente del ataque a Palacio me puse a analizar qué cosa yo haría. ¿Empezar desde ese momento a considerarme

un perseguido y encerrarme en un apartamento o regresar a la consulta? Rápido pensé que yo iba a limitar mi acción y el servicio que le podría prestar a la revolución, si me consideraba un perseguido por la tiranía de Batista.

Muchos compañeros me aconsejaron que no volviera a la consulta, dada mi participación en aquel hecho, pero volví. En ese tiempo trabajaba en San José de las Lajas, y abrí mi consulta al día siguiente. Por radio me enteré, después, de quiénes habían muerto. Todavía no teníamos datos, no había identificación de una serie de compañeros. Viendo enfermos, incluso, como un día normal, me enteré de cuántos compañeros habíamos perdido y quiénes eran. Y aquella decisión me sirvió de mucho, porque la organización se quedó sin cuadros dirigentes y tuvimos que asumir funciones que les pertenecían a compañeros desaparecidos, y me sirvió para hacer una mejor labor en la revolución durante muchos meses.

Recuerdo de esa época de tanta persecución en La Habana a los compañeros Juan Pedro Carbó y [José Machado] Machadito, que tuvieron que volver a un apartamento que teníamos en un sótano en la calle 19, en El Vedado. Ese lugar estaba “quemado”, como decíamos entonces, pues de él habíamos salido José Antonio y otros compañeros para la acción de Radio Reloj. Allí tuve que ir a curarles las heridas del ataque a Palacio. Al mes siguiente, el 20 de abril de 1957, fueron asesinados en la calle Humboldt No. 7, en El Vedado, junto con Fructuoso Rodríguez y Joe Westbrook.

Después de eso, no ejercí solo —como todos nosotros estamos seguros de que ha pasado con los demás compañeros aquí presentes— la función de médico. Es difícil hablar de lo que uno ha hecho como médico, y más que médico uno es revolucionario; realizaba, por lo tanto, otras labores. Tenía el deseo de participar activamente en la lucha. Me costó trabajo mantenerme en mi función de médico, aunque me cuidaban bastante y trataban de que fuera útil con los conocimientos que tenía.

También participé en labores de organización, muchos de nuestros compañeros tuvieron que ir al exilio a preparar condiciones nuevas y nos quedamos otro grupo aquí. Después vino la organización de los cuadros de la resistencia. Entonces emprendí la tarea de organizador del Directorio en Las Villas, hasta que subí al Escambray.

No veía llegar la hora

La situación que había allí era difícil, no había ningún médico, así que yo fui el primero que subí. No quería ir con las manos vacías, y acopié medicamentos, abastecimiento en general para llevar la mayor cantidad posible. En cuanto tuve condiciones, subí.

El día que me lo dijeron, yo estaba en Sancti Spíritus. Sentí una gran alegría, pues no veía llegar esa hora. Me avisaron temprano por la mañana y empezamos a trasladar todo lo que teníamos.

Y así fuimos acumulando cerca de Trinidad todas las cosas hasta llenar un camión. En horas de la tarde cogimos rumbo a Trinidad, que era donde estaba el contacto para subir. Viajaba conmigo un grupo de compañeros que también iba para el Escambray.

Llegamos bien hasta Trinidad; pero cuando salíamos en un picorre, a recoger al compañero que nos encaminaría, en la carretera de Sancti Spíritus a Trinidad, nos sorprendió el ejército. Llevábamos cartas y documentos, los llevaba mi mujer, que me había acompañado vestida con uno de los trajes aquellos que les decían *chemise*, que se prestaban para esconder papeles, pues tenían una bolsa detrás. Y nos quedamos pasmados. Era un yipi del ejército con ametralladoras, muy bien armado. Dijimos: “Bueno, aquí estamos muertos”. Nadie habló. No sabíamos ni qué decir cuando nos empezaron a interrogar.

Entonces el compañero Armando, primo de Piro Abreu, que venía al timón, tuvo una buena salida: “Nosotros somos de la

estación de radio de Sancti Spiritus —él si era trabajador de allí—. ¿Ustedes no me conocen? Yo soy locutor”.

Entonces añadió: “Fuimos a una comida a la playa de Trinidad, a Ancón, ya vamos de regreso”. Yo no sé si la patrulla aquella venía cansada —me acuerdo que estaba lloviendo—, la cuestión es que nos dijo: “Bueno, sigan, tengan cuidado porque no se puede andar en grupo”. Y a pocos pasos de habernos dejado la patrulla, nos tiramos del pisicorre. Dijimos: “Ya hay que coger la loma”. Los que se quedaron en el carro nos indicaron hacia dónde teníamos que ir. Cogimos rumbo a un montecito, en un lugar que le decían El Pedrero, que no es El Pedrero donde estuvo el Che después, sino uno al lado de la carretera de Trinidad. Ahí estuvimos detrás de los marabúes, sin armas, no había armas, y había un paso difícil, porque teníamos que avanzar por la carretera de Trinidad, como tres kilómetros, hasta llegar al punto de entrada a la sierra. También había que pasar por un bar de mala fama, adonde iba mucho elemento lumpen y de Batista. Siempre había una perseguidora por lo menos.

En definitiva, nos arriesgamos y salimos. Llegamos bien hasta la loma del Puerto. Bajamos luego en el camión comando, que nos alcanzó, un camión grande que tenía hasta winche delante y doble diferencial. Pensábamos que podíamos avanzar mucho hasta las estribaciones de la sierra del Escambray por esa zona, pero no ocurrió así. Tan pronto bajamos de la carretera —había llovido mucho, el terreno estaba muy malo— empezamos a tirarnos, y al poner el winche en los árboles, estos se partían y el camión no avanzaba.

Me puse a estudiar el terreno. “Estamos muy mal”, pensé. Veíamos pasar los yipis del ejército por la carretera, a pocos pasos, y allí pasamos un gran rato. Me angustié bastante porque morir así, morir sin pelear, era una cosa muy dolorosa. Me puse a estudiar aquello, vi un cañaveral que no tenía gran resguardo y le dije al compañero Nieves, que nos servía de guía: “Vamos a tomar

nosotros la iniciativa, dejamos a los compañeros en este cañaveral, escondidos, que escondan el camión y vigilen a cierta distancia —porque ya se sabía toda la combinación y nos estaban esperando arriba los compañeros— y nosotros vamos a buscar la guerrilla para que bajen con arrias de mulos hasta un lugar donde podamos hacer el traslado de las mercancías”.

Feliz con las goticas de rocío

Salimos a pie, caminamos bastante y cerca de un bohío, en una lomita, nos prestaron un caballo. Seguimos hasta otro punto donde vimos a un campesino, que resultó ser el contacto nuestro. Él estaba con un arria de mulos. Después llegó a ser el capitán Juan Miranda, un campesino de la sierra que nosotros queremos mucho y que nos brindó grandes servicios.

Llegamos casi al amanecer al Caburní; allí estaban las tropas nuestras. Para suerte, el camión, después de que nosotros lo dejamos, pudo avanzar. Parece que ya había drenado más el terreno. Incluso cuando vimos sus luces creíamos que era gente del ejército que nos venía persiguiendo. Creíamos que un equipo del ejército venía detrás de nosotros.

Esa noche los compañeros estaban en un bohío, pero era peligroso quedarse allí. Entonces fuimos a un montecito cercano; en hamacas, dormimos bajo los árboles. Por la mañana recuerdo que lo que más me impresionó fue que me empezaron a caer las goticas de rocío por los hilitos de la hamaca. La verdad que la emoción de estar combatiendo es una cosa tan grande que no es fácil describir. Era lo que había ansiado tanto... Así que me sentía muy feliz con eso.

Yo no sé, pero rápido se corrió la voz de que había un médico. Y desde el mismo montecito tuve que salir varias veces a atender a campesinos. Eso fue inmediatamente después de llegar.

Me mantuve por allí como dos o tres días esperando condiciones. En aquel momento todavía no teníamos dominio del Escambray. Estábamos dando los primeros pasos, y había que cuidarse. Una noche salimos hasta cerca de Dos Arroyos, que era donde se había pensado poner el campamento general. Era más hacia dentro y más difícil que las tropas del ejército llegaran.

Enseguida empecé a tener mucho trabajo. Junto con la labor de médico, hacía labor de proselitismo dentro del campesinado, tratábamos de organizarlos, les hablábamos de reforma agraria, etc. Todos hemos tenido la experiencia de la reacción del campesinado, que nos veía con buenos ojos; pero lo habían engañado tantas veces que de primera intención no nos creía. Muchos políticos habían dicho que iban a hacer escuelas, que iban a hacer caminos, que iban a hacer hospitales. Después, cuando cogían su voto, se iban y no hacían nada. Así que fue una cuestión de ir convenciéndolos, hasta que nos fuimos ganando la confianza de los campesinos.

Era muy importante la labor médica. Como estaba solo en aquel momento, tuve que caminar mucho, recorrer muchas zonas, visitar a muchos enfermos. Yo creo que la labor mayor no fue curar a heridos de la guerra, sino la labor social. Ayudé mucho a la conciencia del campesinado.

Había familias enteras que nunca habían tenido la visita de un médico. Y dado los pocos recursos que teníamos, había que darles a veces un tratamiento psicoterapéutico: de aliento, de resolver los problemas con la palabra, con la persuasión, con una frase de cariño, de esperanza, por no tener siempre los medicamentos ni los medios para resolver las situaciones que se presentaban.

De igual manera sufrimos la angustia de ver morir a compañeros sin poder hacer suficiente, sobre todo los que teníamos aptitudes para hacer. Era triste contar con tan pocos recursos, y hubo otros casos fatales que no se pudieron resolverse de ningún modo.

El primer hospitalito lo pusimos en Dos Arroyos. Después llegaron otros compañeros que eran estudiantes de Medicina, como el caso de Eddy Mendoza, quien murió de enfermedad en el hospital militar Finlay. Él hizo una gran labor ya que era cirujano. Y luego se abrieron nuevos hospitales en La Algarroba y en el pueblo de Güinía.

Ya en ese momento, si no recuerdo mal, venía la invasión de Camilo y Che, y nosotros consideramos que eso era un apoyo también a la invasión. Así que se prepararon las condiciones para hacer una acción. El Escambray estaba, prácticamente, liberado de las tropas de Batista. Teníamos dominio de una gran zona.

Todo por salvar vidas

Recuerdo el caso de una muchacha que atendí, muy grave, y que se salvó de una herida de un casco, debe haber sido de un calibre 50, producto de un ametrallamiento por aviación. Veinticuatro horas después de que nosotros bajamos al pueblo de El Condado que, por la presión de los rebeldes, el ejército lo había abandonado, lo tomamos. Prácticamente estuvimos todo el día en el pueblo. Recuerdo que habían dejado en el cuartel una bandera del 4 de Septiembre. Esa bandera la arriamos e izamos una bandera cubana. La represalia fue al día siguiente: nos mandaron, primero, una avioneta de reconocimiento, que salvó bastante la situación, porque eso permitió la evacuación del pueblo, por eso no hubo más muertos. Y después vinieron los B-26 y acabaron con el pueblo. Lo bombardearon y ametrallaron.

Ya yo estaba en La Algarroba, un lugar distante de allí, y me avisaron. Nosotros sabíamos que estaban bombardeando. Cogí un yipi y bajé. Cuando llegué me dijeron que una muchacha se estaba muriendo. Me la encontré en muy mal estado. No tenía

nada con qué curarla. Volví al yipi, corrí hacia abajo y me metí en una farmacia del pueblo. Llevé sueros, antibióticos, estimulantes, etc., pensando que me la iba a encontrar muerta, pero tuve la suerte de encontrarla con vida y pude atenderla.

Tenía una herida que le había destrozado toda la región perineal, con gran sangramiento y fragmentos de casquillos. Se le pudo hacer una reconstrucción de la región herida y sacarla del *shock*, pues estaba desmayada. Con el cuidado posterior se salvó la muchacha.

Otro caso interesante fue el parto gemelar con retención de placenta. Yo no asistí al parto, pues estaba muy distante del campamento y de la casa de la señora.

La noche anterior yo había hecho un gran recorrido para ver enfermos en la zona y me vinieron a buscar urgentemente. Demoré casi veinticuatro horas para llegar a su casa. Entonces iba más preparado, llevé sueros para poner en la vena y antibióticos. Cuando llegué a la casa me encontré una miseria espantosa, un cuadro familiar extremadamente dramático: una serie de niños desnudos y sin zapatos; los recién nacidos sin ropa que ponerse y la señora que había parido, sin colchón, en un bastidor hundido, en un estado de salud crítico, muy grave, con una retención de placenta de veinticuatro horas, aproximadamente.

Lo primero que pensé fue en cómo sacarle la placenta, porque no tenía ni dónde apoyarme, ni cómo hacerle la extracción. Contemplé el cuadro y me levanté en silencio: “Aquí no hay ni una mesa”, me dije; ya la había pedido para acostar a la señora. Entonces miré para el bohío y dije: “Bueno... hay que acabar con una de las paredes estas de tablas de palma”. Cogí un hacha y tumbé una pared de aquellas. Saqué unas cuantas tablas e improvisé sobre la cama una mesa de parto, así le pude extraer su placenta y darle atención. Salvé a la señora y a los niñitos también.

Con el Che y su tropa

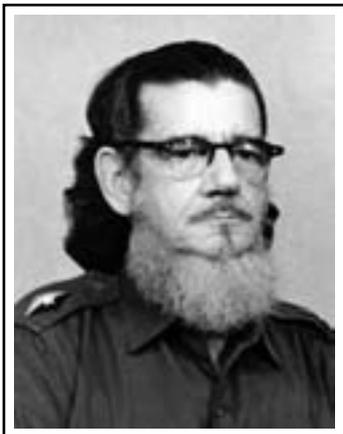
Después de eso, al final de la guerra, participé en el recibimiento del Che con su tropa, con su columna invasora. Hubo una gran identificación enseguida con los compañeros que venían de la Sierra Maestra, los estábamos esperando. Ya habíamos tratado de hacer contacto con la columna del Che, y la llevamos hacia nuestro campamento. El encuentro se produjo en una escuela que teníamos en Dos Arroyos. Recuerdo que Vicente de la O llegó bastante enfermo, con fiebre, muy delgado. Yo no lo conocía de antes, pero él me dijo que había perdido no sé cuántas libras. Sé que estaba muy delgado.

Tratamos de atenderlo. Él no quería ninguna atención. Decía que se sentía bien, pero como sabíamos que estaba enfermo lo obligábamos a acostarse.

Empezaron las conversaciones con el Che, los acuerdos de la ofensiva de Las Villas y la toma de los distintos pueblos. Ya en esos momentos dejé de ser médico y me incorporé a los trabajos de organización, inspección a las tropas y en algunos combates.

Yo no recuerdo mucho los nombres de los compañeros que atendí, algunos heridos de bala. Sí recuerdo al compañero Víctor Dreke, herido después de la primera toma del pueblo de Placetatas. Como había sido una acción exitosa, estaba muy arriba la moral combativa, y él ni sentía la herida de bala en la espalda. Estaba tan contento de lo que había hecho... Habíamos tomado el pueblo durante varias horas y se pudieron dar actos allí. Se habló por la radioemisora; se tomaron dos pueblos al mismo tiempo: Placetatas y Fomento.

¡Cuántas anécdotas pudieran contarse!



En La Anita bombardeaban a todas horas

Cmdte. Juan Páez Incháustegui

Desde que llegó Fidel a la Sierra Maestra, empecé a hacer gestiones para incorporarme a la guerrilla, y parece que por ser tan joven el Movimiento no decidía mandarme. Hice muchísimas gestiones infructuosas.

Por fin llegué a Santiago de Cuba en avión, después de ser autorizado a subir a la Sierra Maestra. Yo iba para dondequiera que me llevaran tranquilamente. Al día siguiente, recuerdo que nos levantamos como a las cinco de la mañana. Era tanta mi ansiedad que no fue un problema el de pie. Tomamos un ómnibus y empezaron los registros, porque lo registraban a uno cada cuatro, seis u ocho kilómetros. Apenas se podía avanzar.

Llegamos a Maffo, cambiamos para un yipi y en el cuartel nos registraron. Yo tenía preocupación con un paquetico que llevaba, era una caja de tabacos que le enviaban a Almeida. Pero no sabía, realmente, lo que la caja de tabacos guardaba. Por suerte, pasé bien el cuartel, pasé la cadena hasta que por fin me encontré en territorio libre. En yipi fuimos hasta el Cruce de Prieto.

A las seis de la tarde llegamos a la comandancia de Almeida en La Anita. En el camino hubo muchos problemas y la avioneta no

dejaba de tirar mataron un animal valioso de unos ganaderos, cerca del Cruce de los Baños.

Yo me sentía feliz aunque llegué con muchísima hambre. En La Anita me dieron un plato de comida, lo recuerdo en mis piernas y yo sobre una piedra mirando desesperadamente su contenido. De pronto apareció un pollo de no sé dónde, saltó, se paró en el borde del plato y me viró toda la comida. No pude probar ni un bocado de aquello con el hambre que yo llevaba.

Allí empecé a trabajar, a curar a algunos heridos producto del bombardeo de las avionetas, y a luchar con aquellos hasta que, a los pocos días, llegó el comandante Almeida de la ofensiva que se había terminado.

En el Tercer Frente no había ni un médico todavía. Yo fui el primero que llegó, después vino el doctor Alberto Ibieta del Primer Frente.



Permanecimos en La Anita poco tiempo. Bombardeaban mucho allí. Una vez estuvieron bombardeando como cuatro días, todos los días y a todas las horas del día, desde que había un poquito de luz hasta la noche misma. Se iban, estaban una hora u hora y pico fuera y volvían otra vez. Nosotros nos manteníamos en los refugios naturales que teníamos. A los enfermos del hospitalito los trasladábamos para el monte, a unos los llevábamos en hamaca, otros iban a pie, cojeando y sujetados de algún compañero.

La Anita tiene un mangal muy grande a un lado y en el otro un cafetalito. Nosotros nos metíamos para el cafetal, pues sabíamos que ellos iban a tirar para el mangal siempre.

Ahí me mantuve durante varios días hasta que una tarde me mandaron a buscar. Almeida me mandó un recado con un práctico, un correo, que fuera para la tienda de Futestón y que llevara el instrumental y los recursos que tuviera para atender a un herido.

No volví a La Anita

Fui hasta allí. Almeida me había mandado a buscar porque debía atender a un compañero herido en un brazo, una fractura múltiple del hombro, que estaba en muy malas condiciones. Era Tabares.

Permanecí unos días en la tienda, durmiendo en una hamaca al lado de ese muchacho, que estaba en un grito, siempre con dolores muy fuertes. Ya no volví más para La Anita. De la tienda de Futestón fui para Los Lajiales, me llevé a Elmito; iba con el propósito de analizar si una casa que había servía para hospital y, efectivamente, la adaptamos.

Tratamos de hacer una sala de operaciones. Intervinimos varios casos. No solo heridos, sino casos que se presentaban de

hernias estranguladas, apendicitis, etc. Yo tapé las ventanas con sábanas blancas para que los bichos no se metieran, puse unos paños arriba para que no cayeran gusanitos ni otras basuras del guano. El piso era de tierra. La realidad es que las condiciones eran bastante malas para un hospital; sin embargo, operamos unos cuantos casos de infección y evolucionaron como si se estuvieran operando en la clínica de los Hermanos Mayo, admirablemente.

No sé si un mes después, salimos para La Lata. En La Lata se escogió un lugar muy bueno y se hizo un edificio expresamente para hospital, que es el que está funcionando, el hospital Dr. Manuel Sánchez Silveira; se hizo con piso de cemento y otras condiciones.

Ya nosotros teníamos bastante medicación e instrumental; todavía yo tengo instrumental de esos.

Estuvimos allí hasta que empezó a arreciar la ofensiva rebelde, entonces bajamos a Bijagual, donde pusimos un hospital en un local que era de una sociedad que hubo allí. Se prestaba bien por la amplitud que tenía, pero no contábamos con los recursos de La Lata, desde luego. Cuando venía un caso que había que intervenir o con otra complicación, lo llevábamos para La Lata.

En ese hospitalito atendimos a todos los heridos de la batalla de Maffo, más los que se presentaban producto de las acciones en la carretera, de la escuadra de nosotros.

Yo necesitaba unos rayos X, y ahí cruzando el río había cerquita de Bijagual una escuadra de nosotros. No recuerdo quién era su jefe. Yo le dije que necesitaba un aparato de rayos X, y me prometió buscarlo para el otro día. Entonces asaltaron un pueblecito y se llevaron del hospital de las Ventas de Casanova el equipo de rayos X y, además, una mesa grande de níquel, unas vasijas y varias cosas más. Bueno, ya yo tenía el aparato de rayos X, una plantica de dos y medio o tres kilos, y con eso resolví el problema.

Entonces, en la habitación de una casa que se prestaba para tirar las placas y revelarlas, yo le tapaba la ventana con unos paños negros y podía obtener el estudio que buscaba.

Así, en esas condiciones, yo le daba solución a todo. También se consiguieron en Palma Soriano algunos líquidos y otras cosas.

IBIETA: ¿Te acuerdas de la amputación que le hiciste a Pepe?

JUAN PÁEZ INCHÁUSTEGUI: Esa fue una amputación muy en secreto para que él no supiera que le íbamos a amputar la pierna. Yo le dije que le iba a curar el pie, pero había recibido un tiro en la pierna y tenía gangrena.

Almeida me encargó que me ocupara de los hospitalizados y por las noches, a las ocho y media o nueve, yo salía a caballo por todo el alto de la Sierra a conseguir un poco de arroz, frijoles, viandas, para el hospital. Eso era casi todas las noches. Así que después de estar todo el día dándoles consultas a ciento y pico de personas heridas, allí y en otros lugares, salía a buscar su comida. Y nosotros teníamos la carretera. La carretera diariamente daba heridos, porque los muchachos salían a rodear la carretera, a apostarse y era constante.

Me acuerdo de la herida y la captura del teniente coronel Nelson Carrasco Artiles el 27 de septiembre de 1958 en la zona de loma Blanca y La Torcaza por fuerzas al mando de Juan Almeida y Guillermo García. Fue un lío aquello; se me abarrotó el hospital de campesinos llenos de ira. Tuve que mandar a buscar una escuadra. Aquella gente no estaba en el plano todavía de “caño-nearme”. Entonces les expliqué: “Es un herido que hay que respetar, un prisionero de guerra”. Al otro día, Almeida vino, y lo trasladamos para el alto de la Sierra.

Hidratábamos con miel de la tierra



Cmdte. Gilberto Cervantes Núñez

Salí de La Habana a Camagüey en máquina, desde ahí hasta Holguín en ómnibus, luego a Mayarí en un auto de alquiler. A las cinco de la mañana salimos de Mayarí, pasamos por Cabonico, donde murieron los compañeros del *Corinthia*, y desde allí partimos al campamento de Moreira. Ya aquí había muchos rebeldes, entre ellos el doctor González Menchero, el dentista Benjamín Zayas y el enfermero Quiñones.

González Menchero me enseñó el botiquín que tenían y que él había organizado. Al otro día a la seis de la mañana llegamos a la casa donde estaba Raúl, en El Aguacate.

Nos indicó que fuéramos a recibir órdenes de Machado; pasamos por La Juba, un lugar que había sido ametrallado unas horas antes. Por primera vez vimos las huellas de los ametrallamientos de los B-26 con la 50.

Finalmente llegamos al hospitalito, ya el doctor Machado tenía ocho o diez camas, además, había un grupo de compañeras de Guantánamo como enfermeras: Magaly y Migdalia Jacobo, Tisbé Trutié y Cuba Leiva, a quienes Machado les había enseñado una serie de elementos de enfermería.

Junto con Machado pasamos visita a los enfermos. Nos explicó que había unos cuantos casos de fracturas óseas, cosa de la que nosotros habíamos aprendido algo en la sala Gálvez del Calixto García. Estaba Eclio Lobaina con fractura de la rodilla por un tiro; ya Machado le había hecho una inmovilización bastante buena, con yeso. Estaba también Pílón, ambos heridos en el combate de Soledad, y otros compañeros más.

Allí se hallaban además Gilberto González Pérez, el dentista Oscar Medina, Juan Rodiles, estudiante de los últimos años de Medicina y con alguna experiencia como partero, y Enid Fernández que era farmacéutica. Ingresamos en el *staff* del hospitalito de El Aguacate. Allí se atendía, igual que a los rebeldes, a la población campesina; también se le daba las medicinas que venían de Guantánamo, traídas principalmente por las hermanas Rodiles.

Luego me mandaron para la zona de Yateras. En un viaje de doce horas en un mulo, por toda la montaña, pasando por La Tagua y La Somanta, llegué a Yateras a las seis de la tarde, al campamento del entonces capitán Manuel Fajardo. Él me llevó adonde estaba un viejo médico rural, el doctor Aurelio Martínez Mejías que, con su esposa, se había alzado unos días antes. Habían venido de Palenque de Yateras. En una cueva el médico tenía un rudimentario hospitalito, con medicinas, algunos sueros y muy poco instrumental.

Polvo de huesos

En un yipi nos fuimos nosotros y llegamos a Puriales de Caujerí, ya de madrugada. Después nos trasladamos al campamento del Gingibrál, donde nos alcanzó un mensajero para informarnos que nos necesitaban en la fábrica de los M-26, que el Che había inventado en la Sierra. Esas granadas se hacían con aleación de minio, aluminio y ferro.

Grande fue la impresión que me causó un rebelde, Rafael Laffite, de Baracoa; tenía la pierna totalmente destrozada, la tibia y el peroné eran un polvo de huesos, no había latido arterial, aquello era un desastre. Y al lado, un mensajero baracoense quemado en el tórax. Se había cometido un error gravísimo: Laffite trataba de meter el minio y el aluminio y ajustarlos con un alambre de perchero cuando todo aquello explotó.

Al salir para allá, Machado me había dado un bisturí, una pinza de disección, otra de Kocher, esparadrapo y gasa. Entonces me acuerdo que le dije: “Me llevo esto”; era un frasco vacío de suero Abbot. Era el que se enroscaba y resultaba muy fácil de trabajar. Con su equipo plástico me lo llevé.

En Puriales de Caujerí había una botica pequeña, pero tenía los sueros antiguos que venían en ámpulas grandes, y con una compañera llamada Senén, que desde ese momento empezó de sanitaria nuestra, cogimos aquellas ámpulas, las partimos y echamos su contenido en el frasco de suero, que previamente habíamos esterilizado, hirviéndolo, por supuesto. Logramos hacer unos 400 milímetros de suero y se lo pasamos con levofet. El muchacho estaba en pre *shock*, no había otra cosa que ponerle. Le pasamos el levofet y lo mantuvimos gota a gota. Por otro lado, comenzamos a hidratarlo por la vía oral, lentamente, con miel de abejas, que por allá le dicen miel de la tierra, combinada con agua. No tenía otra cosa que darle y con eso logramos mejorarlo algo.

Ya nosotros teníamos en la mente que había que amputar. No había otra solución y se lo dijimos así al capitán Fajardo, pero no teníamos dónde. No había nada en esa zona con qué hacerlo. Nos acordamos de la cueva del doctor Martínez Mejías, y decidimos trasladarlo para allá. Hablamos con uno de los mecánicos del taller, pues había un yipi que estaba muy mal de frenos. Esa fue la primera vez que vi utilizar el anís como líquido de freno. Y con otros sueros, nos llevamos a Laffite para la zona de Fajardo.

En el hospital de la cueva, el único anestésico que tenía el médico eran tres ampulas de Surital, además, suero y un frasco de plasma liofilizado. Preparamos las condiciones. Martínez Mejías no era cirujano; era un antiguo médico rural muy capaz como clínico. Tenía esfigmomanómetro y estetoscopio, y por primera vez pude tomarle la presión a Laffite. Preparamos como dije antes las condiciones en aquella cueva, operamos con Surital gota a gota y nos ayudó el médico junto con Senén, Quintero y la señora de Martínez Mejías.

Preparamos una palangana con agua y alcohol y otra con yodo y alcohol. No había guantes, no teníamos sierra para amputar. Toda la tibia y el peroné estaban desbaratados. No tuvimos más remedio que desarticular por la rodilla. Yo le propuse eso al médico y él me dijo que sí, que era de la misma opinión. Entonces desarticulamos a Laffite. Dos veces nos hizo fases de apnea —yo estaba acostumbrado en la sala Gálvez del Calixto García a esta situación, pero con los anestésicos al lado—, y pasábamos al tórax, le dábamos respiración artificial y volvíamos a la palangana con alcohol y yodo, nos desinfectábamos para volver al campo operatorio.

Terminamos la operación completamente deshidratados. Recuerdo que se le hizo una buena cura con merthiolate y sulfato de polvo; cerramos el muñón y no se infectó.

A Laffite, junto con otros heridos y con una prótesis de palo, el doctor Gutiérrez lo mandó para La Habana después del triunfo de la Revolución, y en el hospital Finlay se le hizo la regularización del muñón. Hoy lo vimos caminar perfectamente con una prótesis.

Esa fue mi primera experiencia acabado de llegar a la guerrilla. Después comencé a atender a campesinos y combatientes. Y mientras preparamos el hospitalito de la Compañía E, de la Columna 18 Antonio López Fernández, acordamos que todos los casos de cirugía los operaríamos en la cueva.

Cada caso, una experiencia nueva

En los días siguientes empezó una ofensiva por tierra, de los guardias de Guantánamo hasta Yateritas. Mandaban avanzadas con tanquetas e iniciaron un bombardeo masivo el día 12 de mayo.

Se dio la orden de retirar a los compañeros que estaban en El Abra de Mariana, una fortaleza natural que había entre San Antonio del Sur y el valle de Caujerí. Allí habíamos tendido una emboscada, pero fue retirada. Uno de los muchachos llegó con otorragia y se inició la retirada. Estando ya en las montañas de la Pimienta, hicimos contacto con Fajardo y pudimos ir varias veces a la zona que él ocupaba para atender principalmente casos de fracturas.

En el combate de San Antonio Rodó avisaron que un compañero estaba gravemente herido, fui a buscarlo. Era Lito Saborí [Justino]. A Lito le habían dado un tiro de 30,06 en la pierna, se enardeció cuando lo hirieron y se paró, entonces lo hirieron con otra 30,06 en el hipocondrio derecho. Cuando lo vi ya estaba falleciendo. Solo pude sedarlo, tenía una hemorragia interna. Murió cuando me retiraba en un caballito que había conseguido.

Al comenzar el combate atendimos a Cherules Frómata. Con él nos ocurrió una cosa curiosa desde el punto de vista médico: un tiro de M-1 le atravesó el cuello de lado a lado y lo único que sentía era un poco de calambre en las manos. También atendimos a Armando Oliveiro, con un tiro en el hombro, le pusimos un VelpEAU e inmovilización, porque nos parecía que pudiera haber interesado la cabeza del húmero. Llegó la avioneta, con una luna que parecía de día. Al pasar por frente al cuartel, empezó a tirarnos. Yo cubrí con mi cuerpo a Oliveiro, porque el blanco de la gasa podía descubrirnos y la avioneta bajaba mucho. Empezó a tirar granadas. Entonces entre Neno y Sierralta le tiraron, la tumbaron. La avioneta cayó en el central Romelié.

Después, tuve que ir una madrugada hasta la zona de Fajardo. Martínez Mejías me había mandado a buscar; tenía un compañero

gravemente herido. Ya yo había ido varias veces a atender casos de fracturas que venían de otras zonas, pero este resultó bastante grave. Era un compañero de apellido Marrero que, en uno de los tantos intentos del ejército de Batista de entrar por esa zona, una granada le había destrozado la pierna, muy parecido al caso de Laffite. También tuvimos que amputársela por el tercio superior. Ya nosotros habíamos conseguido una sierra, no era la sierra médica apropiada en sí, pero servía. En un hospitalito con mejores condiciones —una casa amplia—, hice la operación con ayuda del doctor Martínez Mejías.

Terminando nosotros aquella agotadora tarea, nos llegó un compañero de la armería de la comandancia. Se trataba de Pepín Lupiáñez, herido en el hombro. Examinamos aquello y nos preocupamos bastante, porque el orificio de entrada por la región deltoidea era pequeño, pero la salida por la unión de la articulación escapulo humeral era un hueco. Ya teníamos Furacín, le hicimos una buena cura, una *toilette* de la herida y le pusimos un aparato colgante de yeso, porque tenía una fractura del tercio superior del húmero también. Al cabo de algunas semanas logramos restituir a Pepín de nuevo a la tropa con su brazo bastante bien.

Otra experiencia, desde el punto de vista médico, fue el trabajo social que se hizo con los campesinos.

El 30 de julio fui ascendido a teniente por el comandante Raúl Castro Ruz. Posteriormente a capitán. También me nombraron delegado de Propaganda de mi zona. Una de mis obligaciones era distribuir el periódico rebelde *El Surco*, órgano del Segundo Frente Oriental.

Cuando cesaron unos días los bombardeos, pudimos terminar de organizar el hospitalito enclavado en la zona, así como consultorios en Puriales de Caujerí y San Antonio del Sur. Por la compañía de Fajardo, en Felicidad de Yateras y el alto del Mango, organizamos muchas escuelas y agrupamos, bajo las órdenes de la sanidad rebelde, a un número de prácticos dentales de la zona.

En esta actividad cooperaban las agrupaciones campesinas que ya existían, por creación de la comandancia, en todo el territorio del Segundo Frente.

Yo había adquirido alguna experiencia en el hospital Calixto García y todo lo aprendido me valió de mucho. Pude atender algunas especialidades. En pediatría, que estaba bastante mal, nos llevamos una libreta del hospitalito de Machado, hecha por Gilberto González, y conseguimos un manual de Merck; por ahí nos preparábamos.

Dos veces hice lo mismo

Algo terrible fue saber que una campesina hacia tres días que estaba dando a luz y no había podido parir. Yo decía: “Este caso no lo podré resolver”, pero salí. En cuanto entré a aquel cuarto, alumbrado por cuatro chismosas y donde había como ocho recogedoras, yo creo que estaban concentradas todas las de la zona, me di cuenta de lo que sucedía por el mal olor. Hice el tacto, aquello ya estaba edematizado. Yo no tenía guantes, pero tenía sueros. Le puse un suero a aquella mujer. Le inyecté antibióticos, y con una pinza herina —recordaba la experiencia de la sala Gálvez— y otra pinza de Kocher, recta, con dos gomas, que usé como separador, trabajé: con la ayuda de un compañero y la herina, le trituré el cráneo al feto. Era la única solución, porque estaba presentando la cabeza. El feto estaba muerto.

Yo fui el hombre más feliz cuando, con el mismo impulso, vi salir el feto, casi no lo pude retener, estaba edematizado. Entonces vimos aquella hemorragia... que logramos contener. La trasladé después para el hospitalito y la mujer está ahí, vive. Pero me pasó otra vez, dos veces tuve que hacer lo mismo. Este último lo hice en el hospitalito con la ayuda del doctor Martínez Mejías, muy hábil en estos menesteres.

El combate de Guamá fue el 4 de noviembre. Nos llegó la noticia de que periódicamente de la ciudad de Baracoa salían cien soldados muy bien armados, para dejar quince en el aeropuerto de Baracoa y recoger los otros quince, porque por aquella zona ya había muchos rebeldes. Se preparó la emboscada y salimos veintitrés compañeros, más cuatro camilleros.

Luego de tres horas de combate tuvimos que lamentar la pérdida de Patricio Sierralta, veterano de la Sierra Maestra, que recibió un tiro en la frente cuando manejaba la ametralladora Browning. Murió al instante. También atendimos a los compañeros Bartolo, Nicolás y a Manolito García, de un tiro en una mano.

En ese combate fue herido Carlos Lahite. A él le explotó una escopeta de municiones cuando ocupaba uno de los camiones de la tiranía. Tuvimos que retirarlo con una gran hemorragia y perdigones incrustados en el cuerpo. Hubo que hacerle una transfusión cerca del campo de batalla. Le pasamos 400 cc de sangre en un lugar llamado La Caoba, cerca de Guamá. También atendimos a varios soldados de la tiranía y a un sargento, ya que hicimos veintiséis prisioneros en ese combate.

Nuestro tributo a Ciro Frías

En toda la zona de Guantánamo y de la Sierra, por la muerte de Ciro Frías Cabrera en el primer ataque a Imías, el 9 de abril de 1958, existía el compromiso de rendirle tributo, tomando el cuartel de ese pueblo. Se empezó el sitio de Imías el 9 de noviembre. Bombardearon toda la zona rebelde. Ya había confianza en el Ejército Rebelde.

Dos días después recibimos noticias de que los guardias de Imías querían una tregua. Mandaron a un cocinero con una bandera blanca, porque tenían a un herido en el cuartel y como no contaban con médicos, querían que fuera atendido por los nuestros.

Se acordó la tregua y nos trajeron el herido. Para sorpresa nuestra era una mujer, la señora del cabo Tertuliano Frómata, que había ido a llevarle café al esposo y a los demás guardias y una bala, un solo tiro, le dio en la columna y le llevó la médula; venía ya completamente paralizada.

Entonces, les preguntamos que si querían que se la devolviéramos después de curada y nos respondieron que no, que estaba mejor en manos nuestras. Tuvimos a la señora todo el tiempo que duró el combate.

A los guardias los aviones les tiraban alimentos. Ahí fue donde vimos por primera vez los cargamentos de cajas de balas San Cristóbal mandadas directamente de Trujillo para Batista, porque casi todo se capturó, se capturaron alimentos y armamentos.

La esposa del cabo Tertuliano tenía tres sobrinos rebeldes, y los muchachos le hablaban al cabo por el altoparlante; ese acto psicológico se usaba en los combates con los cuarteles rodeados. También nos avisaron que había un alto oficial nuestro herido, entre Bejuquera y Puriales: era el capitán Fajardo. Él venía con su Thompson para reforzar el combate. Se le había volcado el yipi y presentaba una fractura de clavícula, se la inmovilizamos y siguió con nosotros. Entramos de nuevo en la zona de combate.

Los guardias tuvieron veintinueve heridos, que trajimos con nosotros y ubicamos en el almacén, una nave grandísima que tenía la Ganadera de Baitiquirí. Aquellos guardias se estremecían, principalmente los jefes, cuando veían que los rebeldes ponían el brazo para dar su sangre a los soldados necesitados de ella, como todos tenían en el cuello un nailon con una latica donde decía su grupo sanguíneo. Figueredo les había hecho grupo sanguíneo a todos.

Posteriormente estos heridos, después de ser asistidos por nosotros, incluso la esposa de Tertuliano Frómata, fueron entregados a la Cruz Roja.

Amaneciendo el día 14, yo estaba atendiendo a una gente y me llamaron: “Prepara las condiciones porque vamos a atacar

y vamos a atacar de día”, me dijeron. Con Juanito Rodiles y los sanitarios habíamos preparado un pequeño hospitalito de campaña. Ese día solo tuvimos un herido: el capitán Yambí.

Cuando estábamos preparando las condiciones para el ataque a Guantánamo, se rindió Baracoa y fue el primer contacto, en un pueblo, con médicos. Se pudo organizar algo del servicio médico allí, donde había solamente una clínica, pues los casquitos habían cogido el hospital como cuartel. Se dieron los primeros pasos en la organización total de la ciudad y con ello la atención médica a la población.

Regresamos al central Cecilia en la madrugada del 30 de diciembre, pues el ataque a Guantánamo iba a ser el primero de enero y teníamos que preparar la atención médica. Pasamos esa madrugada en Boquerón, con la noticia de la fuga del tirano.

Posteriormente, cuando llegamos a Guantánamo, nos encontramos con el doctor Gutiérrez Muñiz, quien quedó después como jefe médico de esa zona.



Hasta tuve que sacar muelas



1^{er} capitán Manuel Bravo Yáñez

Me fui incorporando a la lucha contra la tiranía progresivamente a partir del 10 de marzo de 1952. Entonces estaba terminando la carrera, y desde los primeros momentos participé en la universidad en actos públicos.

Más tarde, debido a mi militancia en el Partido Socialista Popular, realizaba las actividades políticas dentro del marco del partido, en el seno de los médicos. En varias ocasiones tuve a mi cuidado la atención de compañeros que resultaban lesionados en hechos de acción, no solo de compañeros del Partido Socialista Popular, sino de distintas organizaciones revolucionarias.

Cuando comenzó a organizarse la huelga de abril de 1958, entré en contacto con un grupo de compañeros del Movimiento 26 de Julio, del que formaba parte Pastorita Núñez. Entonces para esa actividad de la huelga fui a uno de los puntos de atención que se prepararon: a la iglesia de San Juan de Letrán, para atender a quienes lo necesitaron.

Después de la huelga comenzaron a organizarse distintos grupos guerrilleros en Las Villas. Entonces, por acuerdo del Comité Nacional del Partido, se solicitó algún médico que pudiera

atender una de las guerrillas que operaba en la zona de Yaguajay. Así fue como, a mediados 1958, fui para esta zona central.

Etapa primitiva de la guerrilla

Allí las guerrillas se encontraban en su época más primitiva, prácticamente sin armas, con una organización muy rudimentaria y además, existían las pugnas entre los grupos. Yo iba para el que dirigía el comandante Félix Torres. La presencia de un médico en la guerrilla siempre comenzaba por darle una mayor categoría, porque enseguida la noticia corría por el campesinado: “Ya hay un médico”. Y eso ayudaba a elevar la calidad y a mejorar las cuestiones organizativas.

En esa etapa nuestra labor como médicos, desde luego, fue limitada. Primero porque la guerrilla no tenía grandes actividades, estaba en el proceso de crecimiento, fundamentalmente de adquirir nuevas armas. Además, su carácter era completamente nómada, es decir, andábamos de un lugar para otro sin establecer un campamento fijo, casi siempre se andaba de noche, se evitaba el contacto muy directo con los campesinos. Aunque estos eran los que mantenían la guerrilla, todavía no se había logrado la organización y el asentamiento para que pudiéramos comenzar un trabajo desde el punto de vista científico, un poco mejor. Simplemente nos dedicamos a la atención de la salud de la tropa en cuanto a las cuestiones elementales de higiene y en los problemas más comunes.

Atendí a guerrilleros y campesinos

Así estuvimos hasta que llegó a Las Villas el comandante Camilo Cienfuegos con la Columna No. 2. En ella venía el comandante Sergio del Valle, que era médico. Se organizó el frente en el cual

la columna se dividió en dos partes: una bajo la dirección directa del comandante Camilo Cienfuegos y la otra al mando del comandante William Gálvez. A cada agrupación se le asignaron miembros de los distintos grupos que estaban allí, formando entonces lo que se llamó el Frente Norte de Las Villas. El comandante Sergio del Valle continuó con el grupo de Camilo Cienfuegos, y yo me quedé con el grupo de los comandantes William Gálvez y Félix Torres.

Ahí comenzó nuestra labor un poco más activa, tanto con los compañeros de la columna como del campesino. Ya la guerrilla tenía mejor armamento, y además estaba más estabilizada, teníamos campamento donde se podía hacer un trabajo mejor.

Mi experiencia no es diferente a la de otros compañeros. Tan pronto se conocía de la existencia de un médico en los lugares, acudía gran cantidad de campesinos para resolver sus problemas de salud; por supuesto, prácticamente no dábamos abasto para atender la masa campesina que acudía. Tuvimos que establecer hasta una especie de plan circulante de atención. Es decir, dar consultas a un grupo distinto de caseríos cada día de la semana; previamente se citaba a los campesinos para que asistieran su día y se les resolvía sus problemas médicos hasta lo que estaba a nuestro alcance.

El campamento no estaba en una zona montañosa, sino en un lugar boscoso; pero muy cerca de las vías por donde el ejército transitaba libremente. No era fácil, por lo menos en los primeros momentos, trasladarse a cualquier lugar. Siempre existía el peligro de ser sorprendido por las fuerzas del ejército.

En estas circunstancias, vinieron un día a buscarme para atender a una niña que tenía fiebre muy alta. El campesino se había dirigido al comandante Camilo Cienfuegos para solicitar ayuda.

La familia vivía precisamente en un camino, en un terraplén muy cerca del poblado de Meneses por donde circulaban habitualmente los soldados. Para poder visitar a la jovencita enferma,

fue necesario movilizar a un grupo de combatientes y tomar prácticamente la carretera con ametralladoras. De esa manera trabajábamos al principio. Más tarde todo fue más fácil, porque el territorio se consideraba, en la práctica, liberado y podíamos actuar con mayor libertad.

Durante el tiempo que permanecimos en la guerra comprobamos la necesidad extrema de asistencia médica en el campo y dental también, porque a pesar de no ser dentista tuve que sacar muelas, no lo había hecho nunca. Desde luego, los campesinos soportaron bastante bien la prueba dura de sacarse una muela por un profano, porque no éramos especialistas en eso. Le agradecemos al comandante Sergio del Valle, quien nos enseñó los rudimentos de la anestesia bucal. Conseguimos unos cuantos instrumentos apropiados y pudimos resolver los problemas de muela que eran graves para todos nosotros, no solo entre los campesinos, sino dentro de la tropa.

PERIODISTA: Parece que el comandante Sergio del Valle tenía la misión de formar dentistas, porque en la Sierra lo hizo también.

DR. BRAVO YÁÑEZ: Yo creo que a él lo enseñó el Che. El Che fue quien lo enseñó a sacar muelas.

PERIODISTA: El Che. Él ha relatado, y otros compañeros han relatado también, que aprendieron con él, como Fernández Mell.

DR. BRAVO YÁÑEZ: Sí, si no era dentista profesional, tenía esa vocación.

PERIODISTA: Entonces fue dentista también en la zona rebelde.

DR. BRAVO YÁÑEZ: Sí, sí, cómo no. Yo creo que esa es una experiencia común de todos los médicos, forma parte de la profesión. En la guerrilla ser dentista forma parte de la profesión médica.

Entonces, durante toda esa etapa ocurrió una serie de combates que son conocidos. En realidad, las fuerzas nuestras no sufrieron nunca una gran cantidad de heridos, por lo menos en los primeros combates. Los heridos que tuvimos fueron bastante leves y problemas que casi siempre se podían resolver. Ya al final de la

guerra, cuando el combate de Yaguajay, existían zonas liberadas donde había cirujanos, hospitales y generalmente los enfermos graves fueron atendidos en esos lugares, y no por nosotros. En ningún momento tuvimos hospitales ni los medios necesarios para hacerlos, ya que el carácter de las acciones que se libraron en esa región fue casi siempre móvil, continuamente se cambiaba de lugar. Aunque teníamos un llamado hospital que era fundamentalmente para cuidar a los que estaban enfermos o heridos, para que pasaran su convalecencia, nunca tuvimos un hospital con todos los medios necesarios para las intervenciones quirúrgicas, sino que se resolvía por métodos más sencillos.

En una oportunidad, estando fuera del campamento, llegó la noticia de que había un compañero de la columna herido grave. Ante la urgencia tomé un caballo que teníamos allí, se me desbocó y por poco llego en el caballo al cuartel de la Guardia Rural: no había manera de que el caballo quisiera parar. Después resultó que el herido no era un compañero nuestro, sino un casquito, familia de un compañero que venía en la columna y había sido reclutado a la fuerza por el ejército de Batista, en Oriente. Ya el hombre andaba por Las Villas, no era un miembro del ejército regular, sino un auxiliar para cargar cosas y en una escaramuza había resultado herido. Su pariente, que estaba en la columna del comandante Camilo Cienfuegos, lo había reconocido y recogido. Había recibido un balazo bastante grave; lo atendí y afortunadamente se recuperó. Después continuó durante un tiempo como asistente nuestro.

PERIODISTA: Alguna tarea de tipo social que realizaron ustedes.

DR. BRAVO YÁÑEZ: Bueno, la fundamental tarea de servicio social que realizamos por mandato expreso del comandante Camilo Cienfuegos, fue establecer, en la medida de nuestras posibilidades, la asistencia médica a los campesinos de la zona. Es decir, nuestro trabajo se dedicaba gran parte del tiempo a atender a los campesinos de la zona donde se encontraba el campamento.

Tanto es así que nosotros, por ejemplo, que nunca nos habíamos dedicado a partos, a atender mujeres en estado, realizamos durante esa etapa una gran cantidad de ellos, porque ninguna campesina de la zona, desde el momento que nosotros estuvimos allí, daba a luz con la comadrona ni la recogedora, siempre nos llamaban y éramos nosotros los que las asistíamos en el parto. Asistimos a un número considerable de mujeres. Incluso, recuerdo que el día 2 de diciembre, que era aniversario del desembarco del *Granma*, atendimos tres partos en una sola noche.

En realidad, a la presencia del médico en la guerrilla se le daba un gran valor, no solo por los compañeros combatientes que veían en el médico la seguridad más o menos de ser atendidos de sus heridas, sino que se establecía una relación con el campesinado de la zona a través del médico. Ello permitía estrechar mucho más su relación y apoyo con la guerrilla y permitía, además, hacer un trabajo político con ellos sobre la Revolución. El médico en el campo era considerado un individuo de muchos conocimientos, cuya orientación siempre fue escuchada por el campesino.

Así acompañamos a las tropas en la toma de Mayajigua y en otras, finalmente en el combate de Yaguajay. Ya durante el combate de Yaguajay estaba liberado el hospital, había un número de médicos, incluso varios cirujanos, y los problemas que se presentaron de heridos fueron resueltos allí.

PERIODISTA: ¿Por médicos vecinos de Yaguajay?

DR. BRAVO YÁÑEZ: Sí. Por los médicos de allí, del hospital.

Médico, tú te pones aquí

En realidad nosotros en esos momentos no actuábamos mucho como médicos, participábamos también en los combates.

Ocurría lo siguiente: cuando el médico iba al combate, los propios compañeros procuraban protegerlo. Por ejemplo, a mí, en

los combates en que participé, los compañeros, sin decirlo claramente, me señalaban los lugares donde ellos sabían que había menos peligro. “Médico, tú te pones aquí”. Entonces eso era una distancia bastante alejada de donde podría ocurrir algo. Siempre procuraban protegerlo a uno.

Desde luego, muchas veces eso no era posible, porque las condiciones no lo permitían, pero siempre que era posible lo hacían así. Además de que existe el contagio del medio; resulta duro para un revolucionario, en un momento de guerra en el que los compañeros están combatiendo, tener una actitud pasiva, aunque examinada fríamente lo más correcto sería sustraerse de esa actividad.

En una oportunidad, por ejemplo, unos casquitos heridos habían quedado abandonados y no lo sabíamos. Después de terminado el combate se planteó la necesidad de ir a recogerlos —ya en ese momento el ejército estaba cerca y había una serie de peligros—. Nuestra obligación era recogerlos, entonces, compañeros que habían regresado de una larga caminata y estaban cansados, se ofrecieron a ir con nosotros, para protegernos del ejército por si venían por los suyos; es decir, trataban de cuidarnos.

Yo creo que esa es una experiencia de todos los médicos que hemos tenido participación en la guerra. Unos en mayor grado que otros, pero, generalmente, todos hemos tenido esa experiencia. Posiblemente si la guerra hubiera durado más tiempo, muchos médicos hubieran —yo diría— dejado de ser médicos para ser solamente combatientes, porque ese era casi el deseo de todos.

También puedo recordar una labor que no fue de médico, pero también muy hermosa: yo fui el mecanógrafo de la famosa carta que hay del compañero Camilo a Fidel informándole su llegada. Camilo, a pesar de estar muy agotado, casi dormido me dictaba la carta porque la compañera que se la llevaría a Fidel estaba en el campamento e iba a salir en esos momentos. Todo sucedió al día siguiente de su llegada al campamento de Jobo Rosado. Fue

él personalmente el que me dictó esa carta, se hizo en una maquina muy rudimentaria; pero en ella le contaba a Fidel todas las peripecias.

Entre los heridos no era frecuente encontrar complicaciones por infecciones y, desde luego, ni tétanos ni gangrena en ningún momento. Indiscutiblemente, en el trabajo médico de campaña se comprueba que muchos métodos de esterilización rudimentarios daban resultados. Por ejemplo, se puede utilizar la gasolina para la esterilización en condiciones difíciles, se pueden emplear muchos métodos que en las condiciones de ciudad no resultan prácticos. Nosotros, por ejemplo, hemos tenido fracturas que se han podido resolver sin aparatos ortopédicos; desde luego, eso no quiere decir que sea la norma, pero generalmente se resuelven muchos problemas de ese tipo.

PERIODISTA: Usted hablaba de que tuvo que atender una gran cantidad de partos en la zona liberada. ¿Cuáles dolencias o enfermedades eran las más frecuentes?

DR. BRAVO YÁÑEZ: Las más frecuentes eran la desnutrición y el parasitismo. En general, el problema fundamental del campesinado era la desnutrición, que daba por resultado una serie de fenómenos con gran incidencia en las infecciones respiratorias o de otro tipo en organismos depauperados. En los niños, pues se veía el parasitismo que, acompañado también de la desnutrición, facilitaba la presencia de otro tipo de patología, sobre todo infecciosa.

El problema nuestro era controlar al parasitismo, pero no era posible controlarlo nunca con medicamentos, porque era un problema más que médico, social, producto de las condiciones de vida que existían en toda la zona campesina.

Los casos que más se veían eran esos precisamente. El caso de la desnutrición crónica, ya bien sea en el adulto o en el niño, que generaba toda una serie de patologías después. Y ese mismo trabajo que nosotros hablamos de haber tenido que enfrentar como

dentistas... El estado de la dentadura de los campesinos era desastroso, y eso también tiene su origen en deficiencias nutritivas desde su más pequeña infancia. El campesino, en general, sufría de caries en una cantidad espantosa. Yo recuerdo haberle tenido que sacar casi todos los dientes a un individuo. Y eso tenía su origen en la desnutrición. La mayor patología que se encontraba era esa.

En mi experiencia personal, yo no era cirujano como especialista, y en la guerrilla una especialidad fundamental es la cirugía, y dentro de ella la ortopedia, porque la mayor parte de las heridas de guerra conllevan una fractura casi siempre de algún hueso: en brazos, piernas, donde es necesario el ortopédico para atenderlas.

Importancia de un servicio en campaña

Indiscutiblemente sería muy importante que el médico, aunque sea médico general, independientemente de su especialidad, tuviera un mínimo práctico, no tanto teórico porque el teórico en el transcurso de sus estudios lo adquiere, sino práctico para resolver una serie de problemas quirúrgicos y problemas ortopédicos, e indiscutible también poder resolver los problemas dentales, no de tratamiento de caries por empastes, sino simplemente de extracción; sería muy conveniente. La anestesiología también, desde luego, el tipo de anestesia que pudiéramos llamar no local, sino la anestesia que se hace a través de inyecciones, la que con más facilidad puede dominar un médico general. Otro tipo de anestesia requiere de equipos que casi nunca los hay en un medio guerrillero. Esa preparación sería útil.

Pero yo diría que los médicos, sobre todo el médico de ciudad, necesita un mínimo técnico de vida incondicional de campaña o en condiciones de campo.

Los compañeros de la ciudad que nos vimos en ese medio del campo, ya bien sea en la montaña o en el llano, contábamos con conocimientos poco adecuados para poder llevar la vida en esos lugares. No sabíamos caminar en el campo ni nos orientábamos bien en el campo, no teníamos una serie de reflejos que el campesino ya tiene por el propio lugar donde vive. Eso marca la diferencia entre el ciudadano y el campesino.

Es necesario que los habitantes de las ciudades nos acostumbremos —y eso ya en parte se hace, porque los médicos hacen su servicio rural— a las condiciones de vida en el campo que son completamente distintas, algunas resultan a veces difíciles. Parece que eso es fácil, sin embargo no lo es.

Para todos los que van de la ciudad al campo y, sobre todo, para una actividad guerrillera, uno de los problemas al inicio es adaptarse al medio donde van a estar.

Una toma de conciencia revolucionaria



Capitán Gilberto González Pérez

No puedo referir odisea de viaje. Yo me gradué de médico, y sin un quilo. Estuve aquí en La Habana tratando de sostenerme, haciendo guardias en clínicas mutualistas, ¡lo que se presentara!

Así estuve como un año. Viendo que no podía salir de esa situación, me había graduado de médico y prácticamente no me podía sostener —yo soy de familia pobre, y no tenía amistades políticas ni a nadie—, decidí irme para algún lugar en el que yo pudiera ganar algunos reales. Me fui para el término de Alto Songo con el objetivo de hacer algún dinero primero y después poner una consulta en algún pueblo y más adelante en una ciudad. Esa era la idea de todos los médicos en aquella época.

Lo digo porque es el contraste entre ayer y hoy. El médico que se gradúa actualmente no tiene problemas de ninguna clase, para cualquier lugar que vaya cuenta con todas las condiciones e, incluso, un sueldo y su vida asegurada.

En 1954 fui para el término de Alto Songo, con aquel objetivo. En aquella zona me encontré que casi todos los enfermos eran hombres explotados por los cafetaleros, que no tenían ni un centavo; no me quedó más remedio que seguir allí a ver qué pasaba.

Conocí a varias familias campesinas en la zona de La Cueva, a las que le tomé afecto e hicimos amistad: los Reyes Trejo, el hoy comandante Antonio Enrique Lussón, que entonces tiraba viajes de madera en camiones por caminos intransitables producto de la lluvia, y que era explotado por las compañías cafetaleras. Hice amistad con esos compañeros y más o menos tenía relación con los guardias que transitaban por la zona; conversábamos sobre la lucha que se estaba desarrollando en la Sierra, y sobre ese tema conversaba con Lussón también.

Por allá, donde los casquitos y los guardias iban muy a menudo, todo el mundo desconfiaba de todo el mundo, nadie se expresaba; pero nos llamaba la atención la lucha en la Sierra y la impotencia de los guardias ante la lucha en la Sierra.

Heridos de perdigones

No recuerdo en qué mes de 1957, estaba operando un grupo pequeño cerca de aquella zona; se movía por Joturo, La Enseñada, Loma Blanca, Jarahuca, donde estaba Tomassevich, y creo que por la zona norte, cerca de Nicaro-Mayarí, estaba Villa. Y un buen día se me apareció un campesino que yo conocía y se franqueó conmigo. Me acuerdo que fue una mañana como a las seis; se me apareció y me dijo que tenía que hablar conmigo, que un amigo suyo estaba enfermo y se había aventurado a plantearme el problema para que yo fuera a verlo.

Cogimos un par de caballos y fuimos a verlo. Así conocí al comandante Raúl Menéndez Tomassevich. Había tres o cuatro compañeros heridos de perdigones, porque habían ido a apresar a un chivato, que creo que vivía por la zona de Jarahuca; pero parece que no lo cogieron desprevenido y, cuando se fue acercando el grupo de combatientes a su casa, el chivato disparó con la escopeta de municiones e hirió a varios compañeros. A esos

yo había ido a atender. Tenían heridas superficiales de múltiples perdigones.

Los atendí y luego —había que recorrer una distancia de cinco o seis kilómetros— fui dos o tres veces a curarlos. A la semana todos estaban bien, pero al examinarle la herida a uno de ellos le noté un síntoma en la región femoral, pensé que había hecho un aneurisma al arteriovenoso, que era una situación un poco complicada. Se lo comuniqué a Tomassevich, y le dije que a ese compañero había que llevarlo a Santiago de Cuba para someterlo a una operación que no se podía realizar allí.

Alimentó mi rebeldía

Por aquella zona se hicieron algunas acciones: se paralizó el comercio en Alto Songo, La Maya y sus alrededores. Yo seguí tratando de resolver los problemas, de conseguir medicinas, de llevarlas para el monte, para esa zona de Tomassevich. Y un día —eso fue en 1957— fui citado por dos guardias de parte del capitán de La Maya, no recuerdo el nombre, sé que era ahijado de Tabernilla, quería hablar conmigo. “Que me presentara en el cuartel de La Maya, a las tres de la tarde”, me dijeron.

Y fui. Me recibió muy atento, me brindó café, y empezó a dialogar conmigo, me decía que era una lástima que yo, que era un médico joven, que tenía un futuro, anduviera con ciertas amistades que no me convenían. Yo trataba de que me precisara:

—Bueno, qué amistades, porque yo soy amigo aquí de todo el mundo, ¿cuáles son las amistades que no me convienen?

—No. Usted sabe bien cuáles son las amistades. Usted está caminando en el borde de un precipicio y eso va a tronchar todo su futuro —me dijo sin precisar nada.

Entonces me preguntó que si conocía a Fidel Castro. Yo le dije que no; que cuando estaba estudiando Medicina había oído el

nombre de Fidel Castro como dirigente estudiantil de la Facultad de Derecho, pero no lo conocía, y ahora me había enterado de que estaba en la Sierra Maestra.

Ese capitán tuvo una reacción histérica. Y me dijo:

—Bueno, ese hombre no está en la Sierra Maestra. En la Sierra Maestra no hay nadie: yo le voy a contar la verdadera historia de Fidel Castro.

—Pues cuéntemela; me interesa saberla, porque lo único que yo sé es lo que le he dicho.

Y acto seguido me dijo que Fidel Castro había sido un estudiante malo, que había sido un estudiante malo de Derecho; que se había graduado y como era un estudiante malo no podía ejercer su profesión y, por lo tanto, se empezó a dedicar a otras cosas, a tratar de crear agitaciones.

Yo me quedé callado —la conversación duró como hasta las siete de la noche—. A esa hora me dijo:

—Bueno, puede retirarse. ¡Acuérdese! Yo espero que usted no siga con esas amistades; usted sabe a cuáles me refiero.

Me fui. Seguí manteniendo mis amistades, y como cuando a una persona le prohíben una cosa insiste más, es como una especie de rebeldía que uno tiene por dentro, yo continué con mis amistades y esas relaciones se intensificaron mucho más.

Lussón y yo hablábamos, pero ni Lussón me contaba a mí nada, ni hacíamos nada. Después, en el transcurso del tiempo, me enteré de que Lussón estaba vinculado al Movimiento 26 de Julio.

Me acuerdo que una tarde, mientras Antonio Enrique y yo conversábamos solos, me preguntó:

—Médico, ¿tú no crees que si yo me alzara por esta zona de por aquí le daría qué hacer a los guardias?

—Claro que sí, porque tú te conoces todos estos caminos y estos guardias no se conocen ninguno.

Nos despedimos sonriéndonos.

A aquello no le di mucha importancia, más bien yo pensaba: “Contra... ¿por qué Antonio Enrique me habrá dicho eso? ¿Querrá saber algo más de mí?”.

Siguió el tiempo y un día oí por radio que en la casa de mi hermano había estallado una bomba y se lo habían llevado preso, en Colón. Yo soy de Colón, de la provincia de Matanzas.

Más o menos como estaba la situación, lo di por muerto, dije: “Si estalló una bomba en su casa y lo cogieron preso, está muerto”. No traté de hacer contacto con mi familia ni nada, ni de saber nada.

Un yipi repleto de naranjas

Sobre el mes de febrero había que transportar unos rifles de El Cristo a una finca —no recuerdo si se llamaba La Campana— cerca del barrio Florida Blanca. Era el día de las elecciones de barrio, de la reorganización de los partidos de entonces. Todos estos lugares estaban llenos de guardias, y la persona con más posibilidades de transportar esas armas era yo.

Y lo hice. Metí las armas en un yipi, lo llené de naranjas y partí. El único camino para llegar a ese lugar era precisamente el del cuartel de Alto Songo, y la parte de La Prueba, donde se celebraban las elecciones. Transporté las armas saludando a todos los guardias, sin problemas de ninguna clase.

Ayuda inesperada

Creo que el 24 de febrero Tomassevich había decidido hacer algunas acciones de gran importancia para la época: la quema de la estación de ferrocarril de Jutinicú y del correo de San Benito de Mayarí y hacer explotar una bomba en la grúa del central Baltony.

Yo me encargué de vigilar los movimientos de los guardias en Songo y La Maya y después trasladé hasta sus campamentos a los compañeros que estaban cerca de la zona mía, los que habían participado en las acciones en Jutinicú y San Benito de Mayarí.

Al día siguiente me llevaron preso para el cuartel de Alto Songo. Allí había un esbirro, un criminal, que era el cabo Mulet. Él conversaba conmigo de una forma descompuesta por completo. Insinuaba que me iba a matar.

Recuerdo que él llamó por teléfono al capitán de La Maya —no sé de qué hablaron, fue muy breve la conversación—. ¡Ah, a mí me hablaba de Lussón! Me decía que el otro que estaba creando problemas en aquellos lugares era Antonio Enrique Lussón y que él lo iba a matar, y otras cosas como esta.

Como él dormía la siesta, me dejaba encerrado y un día, como a las tres de la tarde, de dos y media a tres de la tarde, un soldado, de cuyo nombre no me acuerdo ahora, me preguntó:

—Médico, ¿usted no se acuerda de mí?

—No.

—¿Usted no se acuerda que salvó a una niña mía?

—¡Ah! Mira, posiblemente sí, puede ser que hasta a la señora tuya la conozca.

—No, no, usted fue el que salvó a la niña mía. Yo estoy muy agradecido de usted, porque me la salvó.

Entonces añadió:

—Médico, yo tengo un hermano alzado, y usted tiene que perderse de aquí y yo también.

Así fue como salí del cuartel de Alto Songo.

Inmediatamente traté de localizar a Lussón, porque ya Mulet me había dicho que lo iba a matar, y Mulet tenía fama. No se le conocía crimen, o yo no le conocía crimen en aquel momento; pero él estaba decidido a actuar y parece que tenía la autorización del capitán de La Maya.

Fui a Cuabitas a la casa de Lussón, traté de averiguar por él. Me dijeron que estaba por la zona de Ti Arriba con un cargamento de madera o de café, y le dejé un recado. Yo dije: “Bueno, hay que tratar de localizarlo y decirle que no cruce por La Maya, si acaso por Alto Songo, porque lo van a matar”.

Rápido se le avisó a Francisco Ollú —después lo mataron en el mismo café de la esquina de la casa de Lussón, lo ametrallaron los guardias—. Entonces se corrió la voz dentro de los compañeros del Movimiento del problema de Lussón. No sé qué camino tomó Lussón, sé que salió sin novedad. Yo no sabía tampoco si Lussón iba a cruzar por ahí, pero mi deber era, si tenía esa noticia reciente, advertirlo, comunicarlo inmediatamente.

Yo me escondí —me acuerdo— en la casa de Vazquecito, hoy capitán Vazquecito. Estuve tres días allí. Él estaba en la Sierra.

En el Segundo Frente Oriental

Después conocí al comandante Belarmino Castilla Mas, que también estaba en el clandestinaje. Conocí al gordo Navarrete, Agustín Navarrete.

Allí me dijo Belarmino, creo que fue él quien me dijo —estábamos Belarmino, el gordo y yo, no me acuerdo si había alguien más— que Raúl había pasado para el Segundo Frente, que tenía un solo médico y necesitaba más.

Me parece haberle dicho que esa oportunidad o ese privilegio le debía corresponder a médicos con más tiempo que yo en la revolución, porque yo prácticamente era un recién llegado, que si había alguna dificultad o algún problema, entonces iría yo.

Al día siguiente me comunicaron que tenía que ser yo, que ya ellos lo habían consultado y que iba también un dentista. Ahí fue cuando conocí a Medina. Yo conocía ya más o menos la zona del Segundo Frente. Hacía un año que había hecho un recorrido, a

caballo, hasta la parte norte de Mayarí y conocía bastante bien el terreno aquel.

Senén Casas nos llevó a El Aguacate. Allí vi a Raúl por primera vez, y a Efigenio. Me quedé en El Aguacate consultando y Medina extrayendo piezas.

Raúl me habló de Machado. Me dijo: “Pronto va llegar el médico de la tropa, tú vas a conocerlo”. Me acuerdo cómo lo conocí: venía en un mulo o un caballo.

GILBERTO GONZÁLEZ PÉREZ: Machado, ¿tú no te acuerdas de que nos conocimos en un camino?

JOSÉ R. MACHADO: Que tú ibas en un yipi.

GILBERTO GONZÁLEZ PÉREZ: En un yipi. Entonces caímos en la casa de la viuda de Erbello. Ese fue el primer hospital. Allí ya asistimos a Pilon [Félix Lugones Ramírez] herido en el combate de Soledad.

JOSÉ R. MACHADO: Yo creo que no hubo ni un médico de la Sierra que no curara a Pilon.

GILBERTO GONZÁLEZ PÉREZ: Tenía una herida bastante grande. Tenía toda la parte posterior del muslo y la pierna abierta por completo; una herida profunda. Le hacíamos cura todos los días.

JOSÉ R. MACHADO: Le poníamos rojo escarlata.

GILBERTO GONZÁLEZ PÉREZ: Esa herida de Pilon, que era grande, cicatrizó sin ninguna infección, como si estuviera inmune ya para la infección.

Después del hospital en la casa de la viuda de Erbello, pasamos para Calabaza de Sagua. Permanecimos un tiempo y se hizo un hospital.

Luego Ernesto Casillas fue a encabezar una columna y me designaron para que fuera con él e instalara un hospital. Este fue el hospital de Soledad de Mayarí. Ahí comenzó la emulación entre los hospitales del Segundo Frente.

JOSÉ R. MACHADO: Ese era el que mejor condiciones tenía, piso de cemento y demás. Era una casa buena y grande.

GILBERTO GONZÁLEZ PÉREZ: Le hicimos un pozo y colocamos un tanque arriba. Tenía muy buenas condiciones y se hizo un salón de operaciones. En el hospital de Soledad de Mayarí prácticamente ya estaba creado el departamento de Sanidad, y nosotros teníamos que hacer informes de todas las labores a Machado.

Recuerdo que la cogió por entrevistarnos todos los domingos en Calabaza de Sagua, precisamente esos domingos en que bombardeaban el lugar. Fueron tres o cuatro domingos seguidos, que íbamos y nos reuníamos por la mañana. Nos reuníamos Machado y yo, y venían los B-26 a bombardear.

Luego fui enviado a la tropa de Hermes Cardero como médico que estaba realizando una misión militar, emboscado a la salida de un pueblo. Desde el aire nos ametrallaban y resultó herido en una pierna Felín Pupo. Entonces Hermes me planteó que trasladara a Felín para debajo de un puentecito. Había una línea de ferrocarril y un puente de concreto y ahí nos guarecimos tres o cuatro compañeros. Felín con la pierna desbaratada. Yo lo toqué y tenía pulso, en pedia y tibial exterior, no había ningún compromiso que apurara; esa pierna se salvaba. Cogí dos ramas de árbol y le inmovilicé la pierna.

Como a las cuatro o cinco de la tarde nos llegó el aviso de que venían los guardias y tuvimos que cargar con Felín hasta el lugar conocido por la Empalizada. Lo trasladamos con la pierna inmovilizada en un caballo. Allí yo había preparado condiciones para atender mejor a los heridos. Luego se llevó para el hospital de Majimiana.

Posteriormente Machado me designó para que preparara las condiciones médicas con vistas a la toma de Guantánamo. Era en La Victoria, un alto cerca del central Soledad. No recuerdo si tenía diez o quince camas, bastante buenas condiciones, y se atendió a la población campesina también.

Ya estando en Soledad, se empezaron a crear dispensarios que llegaban hasta la zona donde operaba el comandante Pancho

González. La parte norte de Calabaza de Sagua llegaba hasta cerca de la loma de los Mulos, próxima a Levisa.

Cada uno de los campamentos tenía su dispensario, a los que había que llevar medicinas y materiales en un recorrido que se hacía semanalmente.

En La Victoria se prepararon las condiciones, pero cuando se bajó a la toma de Guantánamo, ya en el mes de diciembre, se prepararon las condiciones en el mismo central Soledad. Creamos un dispensario para la atención de las personas que vivían en aquellos lugares. Además, se montó un salón de operaciones para los heridos que se presentaran en los posibles combates, porque se trataba de Guantánamo y nosotros imaginamos que serían acciones de envergadura.

Y así terminamos la guerra. Yo guardo copia de la relación de todo el instrumental y equipo del dispensario, del salón de operaciones del hospital de La Victoria. Nosotros nos quedamos distribuyendo a los heridos y enfermos que se encontraban por toda la zona, los distribuimos en Guantánamo.

***Médico, dentista...
y hasta barbero***



Capitán Enrique Font D'Escoubet

Me incorporé al Segundo Frente Oriental Frank País por Dos Caminos de San Luis, y fui acompañado por Pastorita Núñez. En nuestro viaje tuvimos algunas dificultades, como el encuentro con un camión cargado de casquitos que nos hicieron bajar del yipi. Después de registrarnos y hacernos algunas preguntas, pudimos justificar nuestra presencia por aquellos lugares diciéndoles que íbamos a pasar el día en una finca cercana. Continuamos nuestro viaje hasta la primera posta rebelde. ¡Qué alegría saber que ya estábamos en territorio libre!

Llegamos a la comandancia, entonces en Mayarí Arriba; fui presentado al comandante Raúl Castro y a otros compañeros. Pasamos allí toda esa noche. Al día siguiente me condujo el comandante Manuel Piñeiro hasta el hospital de Soledad de Mayarí, donde tenía que esperar al compañero Machado para que decidiera mi ubicación. Él llegó por la noche. Juntos partimos al otro día hacia el hospital de Majimiana, a tres o cuatro horas del hospital de Soledad. En esta nueva posición me encontré con el compañero Balaguer, que había subido por Guantánamo, me causó gran alegría pues desde que nos graduamos no nos habíamos visto.

Ahora recuerdo que en todo el viaje, cuando daban la voz de “avión”, había que bajarse y cubrirse. Al principio yo no percibía el sonido del avión, pero poco a poco me fui acostumbrando como los demás compañeros.

Una bodega antigua

En el hospital de Majimiana, que era una bodega antigua, nos dimos a la tarea de organizar aquello. Ya se había hecho algo, en un mes disponíamos de salón de operaciones, una sala de hospitalizados como de quince camas, un rayos X portátil con su técnico y dos compañeras que fungían como enfermeras que, a pesar de no serlo, nos ayudaron mucho.



A tres o cuatro leguas del hospital estaba la comandancia de Efigenio Ameijeiras, en Bayate. Había un compañero estudiante de Medicina, Juan Rodiles, hoy médico, que atendía toda esa zona donde no había un médico. En ocasiones lo ayudamos, y

él a nosotros. El trabajo era bastante duro, porque empezaban los campesinos a sentir temor por la aviación de día, y acudían al hospital por la noche, por lo cual teníamos que atender a los heridos y las consultas de los combatientes en horario diurno.

Allá pude presenciar el combate de Ermita, donde tuvimos que atender a un compañero de un tiro en el tórax, se llamaba Castro Ceruto, el cual falleció. También atendimos a Pílón, un tiro en el abdomen con salida por la región lumbar.

A Pílón lo operamos. Yo tenía el temor de entrar en cavidad, porque no tenía mucha experiencia quirúrgica y mantuvimos una conducta expectante. Después lo llevamos a la mesa de operaciones, recorrimos la trayectoria de la bala y comprobamos que no había penetrado en cavidad, y Pílón se salvó.

Machado utilizaba este hospital para operar. Yo en muchas ocasiones iba a darle anestesia a los casos: regulaciones de muñones, hernias, apendicitis, etc. También asistí partos. A nosotros nos llevaban aquellos que las “recogedoras” de la zona no podían resolver. Cuando yo veía un parto que venía al hospital, ya me preparaba, sabía que lo que venía era complicado. Recuerdo el caso de una señora con eclampsia. Por poco se nos muere, pero se salvó, y como de costumbre, le pusieron el nombre mío al muchacho.

Actitudes muy valientes

De ahí fui designado para el hospital de Soledad de Mayarí; más o menos el sistema de trabajo era el mismo.

Dos cosas ocurrieron, nosotros esperábamos el bombardeo y, efectivamente, como a las seis y media empezaban los aviones a bombardear toda la zona. El hospital mío estaba lleno, tenía como catorce o quince entre chivatos y casquitos heridos, no tenía en ese momento a ningún rebelde. Entonces, al personal del

hospital tuve que hablarle y cooperó enormemente. Se quedó conmigo, porque yo le planteé que si nos tiraban las bombas no podíamos abandonar el hospital y que, además, había que pensar también en los heridos posibles por el bombardeo que se estaba efectuando. El único consuelo era pararnos afuera para ver de dónde venía la bomba, porque todos los aviones volteaban arriba del hospital. La actitud de todo el mundo fue muy valiente.

De la noche al día

Después participamos en el combate de San Luis, fue cuando hirieron a Abelardo Colomé Ibarra, *Furry*, en Cueto, y me nombraron médico de la tropa que iba a atacar. Seguí en el hospital, en nuestro trato con los campesinos. Siempre nos mostraban la preocupación de si lo abandonaríamos cuando triunfara la Revolución. Yo les explicaba que no, que eso jamás ocurriría. Soñábamos con seguir dándoles atención, pero yo creo que el sueño se ha hecho más que realidad, porque de lo que había, a lo que nosotros tenemos hoy, tanto en la Sierra Maestra como en la sierra Cristal, es de la noche al día.

Los campesinos tenían mucha confianza en nosotros y hasta nos consultaban cosas que no eran de medicina, veían en nosotros un no sé qué. Pude apreciar por primera vez en mi vida, porque yo nunca había estado en el campo, ni sabía los problemas que tenían, la situación y la injusticia que reinaba allí y que nosotros teníamos que resolver. Fue una cosa que me fortaleció mucho, porque antes uno, como no vivió esos problemas, no los veía, no los sentía.

Había un Buró Agrario, ellos tenían siempre contacto con nosotros en el hospital y una vez que estuvimos escasos de víveres, se nos aparecieron por la noche como cincuenta campesinos; cada uno traía algo: frutas, viandas, etc. Fue un gesto que no se

olvida. Al frente de ellos venía un muchacho que después conocí, era uno de los hijos de Pepe Ramírez.

En el hospital, además de médicos éramos, yo creo que de todo. Éramos farmacéuticos, pues todas las medicinas que nos mandaban de la ciudad teníamos que chequearlas y ordenarlas; dentistas, yo saqué mi muela también, dos o tres veces. Hasta barberos fuimos una vez, porque yo tuve que pelar y afeitar a algunos compañeros.

Para nosotros fue una gran experiencia todo lo vivido. En Mijimiana también velábamos por la educación de los muchachos y nos dimos a la tarea, con Machado y campesinos de la zona, de hacer la primera escuela. Se terminó más o menos a fines de diciembre y hoy está funcionando como escuela.

Cuando voy a allá, paso por la escuela. Con mucho trabajo conseguíamos los materiales, pero allí está la escuela, cerca del hospital.

Después vino el día primero de enero, con el nuevo año el triunfo revolucionario; me quedé en el hospital de Majimiana hasta que fui llamado a La Habana por el compañero Ramón Machado. Para entonces yo había evacuado a todos nuestros heridos hacia Santiago de Cuba y Guantánamo.

Esta experiencia como médico guerrillero está a disposición de la Revolución donde sea y en cualquier momento.



***Médico, usted no nos
va a abandonar. ¿No?***

Capitán Eduardo Sarría Vidal

Desde el mismo día del golpe de Estado de Batista me dediqué a tratar de hacer algo para combatir aquello. Recuerdo que allá en Santos Suárez, por donde yo andaba, se formó un grupo subversivo; tratamos de hacer algo, tuvimos una serie de reuniones, pero después supimos que aquel grupo estaba liderado por algunos individuos que habían sido políticos profesionales y, en definitiva, nunca se llegó a nada.

Seguí en mi intento y, a través de un compañero que se llama Horacio, el Mulato, que estuvo también en la Sierra, conocí al Curita [Sergio González López, combatiente de la lucha clandestina en la capital] y estuve haciendo labores menores, sobre todo curé a algunos muchachos que sufrían heridas mientras hacían actos de sabotaje.

Recuerdo que me relacioné también con el hermano de Armando Hart, al desaparecido Enrique Hart. Lo conocí en casa de la compañera Concha Cheda, que vivía allá en Lawton. Ahí fue cuando vine a hacer contacto con el 26 de Julio.

Posteriormente, con el mismo grupo de Santos Suárez, a través de un compañero llamado Roberto Casals, crecimos —ya eso era

integrado completamente en el 26— y así nos cogió la huelga de abril de 1958.

En esa época a mí me nombraron responsable de un hospital de sangre que se hizo en La Habana Vieja, muy cerquita de la armería de Compostela, que se asaltó. Llevamos una cantidad de medicamentos enorme, porque se planificó para que fuera una acción grande en La Habana Vieja; estaba la compañera Violeta Casals también.

Cuando el ataque a la armería, mataron a Roberto Casals y a su primo, Reynaldo Aulet. Los dos eran primos del compañero Font, el doctor Enrique Font D'Escoubet.

Luego del fracaso de la huelga, yo seguí haciendo las cosas que hacían aquí los médicos: localicé medicinas, atendí a algunos heridos que me llevaban, hasta un día que entré al Calixto García y estaban tratando de convencer a un médico para que se fuera para la Sierra, porque hacían falta médicos allá. Él ponía muchos requisitos. Entonces yo me metí en el grupo y dije: “Bueno, si hace falta uno, pues yo me voy”. La gente se echó a reír y no dije nada más.

Yo conocía a un compañero que había estado en la Sierra, una vez había ido a una misión, después fue a México y volvió para La Habana; entonces le hablé a él y a otro más —Zoilo y Jorge— y les dije: “Bueno, vámonos para la Sierra”. Decidimos irnos y como yo no estaba perseguido ni a mí me buscaba nadie, una noche cogimos la guagua en la estación terminal y aparecimos en Bayamo, en casa de Nené, el Lechero, Nené López, quien se la jugaba con una serenidad tremenda.

En el hospital de Las Peñas

Después de una penosa y larga jornada llegamos a territorio libre, a la capitanía de Manacal que mandaba Universo Sánchez.

Yo puse mi hamaquita nuevecita. No hice nada más que acostarme y vino un compañero, que era teniente, a tomarme una serie de datos. En eso apareció otro que había venido con un mulo, a decirme que tenía que ir al hospital de todas formas; cerca había un hospitalito, que era el de Las Peñas, estaba en una lomita más atrás que se llamaba Treinta Picos.

Ya todo el mundo sabía que había un médico en el grupo. Entonces se apareció con el mulo, diciendo que había que ir al hospital de todas formas esa noche, porque había un compañero que tenía “60 de fiebre”. Cuando yo oí eso le pregunté: “¿Pero con qué termómetro le han tomado la temperatura a ese hombre?”. Y dijo: “No, sin termómetro”. Yo decía: “Bueno, la cosa tiene que ser grave”.

Hacia dos o tres días había habido un bombardeo por allí y habían herido a una serie de gente. Y efectivamente, ya estaba cerca del hospital, lo comprobé por el mal olor que despedía el lugar. Cuando llegó el de los “60 grados de fiebre”, yo me imaginé que tendría 40 por lo menos. Era un guajiro al que le decían Guasimilla —parece que era de Guasimilla, una zona de por allí—, que tenía en una pierna un balazo de calibre 30. Le había entrado de atrás hacia adelante, y aquello estaba podrido por completo. Tenía la zona muy hinchada.

Entonces me dije: “Bueno, esto hay que curarlo ahora mismo”, porque estaba peligroso. En esa época allí no había muchos antibióticos. Había mercurio cromo, había agua oxigenada, y yo le hice una serie de incisiones, le drené lo mejor que pude, lo vendé bien y le dije: “Bueno, mañana, cuando sea de día, vamos a ver cómo está esto”.

Al otro día tempranito me puse a mirar aquello que llamaban el hospital: era un bohío un poquito alargado, con piso de tierra. Allí no había enfermera, no había médico; había una chiquita que decían que era la enfermera, pero cuando yo hablé con ella me di cuenta de que no lo era. Incluso, rápido me dijo: “Yo no soy enfermera, yo soy la que cura aquí”.

Había una serie de compañeros heridos. Había uno que tenía un pulmón atravesado. Una bala le había entrado y le había salido por la mitad de la espalda. La herida se le había abierto y al hombre se le veía el pulmón, pero no le había cogido la columna. Estaba tirado boca abajo con una fiebre tremenda. Yo le amplié eso, le puse un tubito, lo drené, le empecé a poner antibióticos.

Había otro que tenía un tiro en un pie, pero era de menor importancia.

La idea que tenía cuando subí, era: “Bueno... yo voy para La Plata, para ver a Fidel, a ver adónde me manda, dónde hago falta”. Yo quería estar en La Plata de todas formas. Pero se apareció el capitán Emiliano Reyes que estaba por ahí y me dijo: “Médico, usted no nos va a abandonar, ¿no?”. “Bueno, no, yo voy a resolver todos estos problemas, y después, cuando no haya trabajo, sigo para La Plata”.

Pero qué va, aquello no se acababa nunca. Todos los días venía un herido. Todos los días venían diez o quince pacientes civiles, de los campesinos de allí. Porque se enteraron enseguida de que había un médico. Incluso venía mucha gente para verle la cara a un médico, porque —según me enteré— había muchachas allí, muchachas jóvenes que nunca habían visto un médico y entonces venían para ver cómo era un médico, a ver qué yo les mandaba.

Lo único que tenían por allí era uno que le decían dentista. Después él mismo me dijo: “No, yo no soy dentista, yo soy un sacamuelas”. Él tenía un aparato de esos de sacar muelas y yo no sé dónde él había aprendido. No recuerdo cómo se llama. Él le sacaba muelas a todo el mundo, porque allí por un dolorcito de muelas, la sacaban sin ningún miramiento.

Y así pasaban los días y los días. Y yo decía: “Esto no se acaba, yo no me voy a poder ir de aquí”. No obstante pensaba: “De todas maneras voy a llegar a La Plata”. Yo tenía la idea de regresar, porque hacía mucha más falta allí, pero quería ver cómo estaba aquello.

El día que tuve todo arreglado, vino un hombre corriendo a pedirme que no me fuera, que en un combate habían herido a uno y lo traían muy grave. Me lo trajeron —como se usaba allá— en una hamaca con un palo...

JOSÉ R. MACHADO: Una parihuela.

EDUARDO SARRÍA VIDAL: Me trajeron a uno que estaba más muerto que vivo. Está aquí en La Habana, le decían el Jabao. Iglesias de apellido. Creo que era primer teniente.

JOSÉ R. MACHADO: Bueno, había otro Jabao que lo mataron, ¿no? Carracedo, de la vanguardia de Almeida.

EDUARDO SARRÍA VIDAL: No, pero este era Iglesias, el Jabao Iglesias. Venía con un tiro en el hombro y la entrada era chiquita, pero atrás tenía un boquete enorme.

Por la inexperiencia en esas cosas de guerra, me dije: “Bueno, como este va a morir de todas maneras —porque yo sinceramente creía que se moría— yo le voy a tratar de reconstruir eso”. Entonces empecé por limpiar. Allí había tierra, fango, pedazos de ropa, de todo tenía en la herida. Traté de suturarle, le buscaba los músculos y todo eso, pero qué va, la piel no me daba. Me dije: “Esto se va a abrir, pero por lo menos yo lo cierro ahora y le dejo un drenajito para ver cómo queda eso”.

Efectivamente, a los dos o tres días aquello se abrió, y yo en esa época no tenía una gota de anestesia de ningún tipo, ni de nada, porque incluso el dentista había suspendido la cosa de sacar muelas, porque se le acabaron los tubitos esos que él tenía.

Al Jabao le metí unas curas... Yo hasta ese momento nunca había visto un tipo tan guapo como ese Jabao. Le hice una cura que a mí mismo me daba lástima, y ese hombre no decía ni ¡ay! Lo único que hacía era apretar los dientes y estos sonaban de una manera que yo decía: “Se le rompen los dientes a este hombre”.

Él tenía un radiecito que el teniente William Rodríguez se lo había prestado, un radio de pilas, y solo me decía: “Médico,

súbeme la música”. Y yo le subía la música y empezaba a curarlo allí, y el hombre sonaba los dientes, pero no decía ni pío.

Hasta que el Jabao empezó a mejorar. Entonces aproveché. Me conseguí un guía y me subió para La Plata, me dio tantas vueltas que demoré cuatro días.

JOSÉ R. MACHADO: Pero de allí a La Plata no es muy cerca.

EDUARDO SARRÍA VIDAL: Sí, pero por ejemplo, uno que se llama Dioscórides Sánchez, que le decían el Satélite, lo hacía en dos días, dos días y pico...

JOSÉ R. MACHADO: Pero por eso era el Satélite.

EDUARDO SARRÍA VIDAL: El Satélite ese era muy simpático.

Entonces llegué a La Plata. Me acuerdo que yo subí la última parte por un lugar que le llamaban la subida de Gamboa, allí fue donde vi a Faustino. Yo creía que estaba llegando al cielo. No podía más. Cuando llegué a una casita donde se metía todo el mundo, dije: “Aquí mismo acampo yo la primera noche”. Me tiré ahí hasta el otro día.

Por la mañana me llevaron al hospital. Me acuerdo que después Martínez Páez, creo que fue él, me llevó a la Comandancia, a la casita donde estaba Fidel, que arriba había otra donde dormía mucha gente, dormían como veinte, que no me acuerdo cómo le llamaban...

JULIO MARTÍNEZ PÁEZ: La antigua comandancia.

EDUARDO SARRÍA VIDAL: Yo no me acuerdo.

Yo conocí al compañero Borges allí. Tenía un aparato de esos... que había que darle con el pie.

Entonces estuve en La Plata varios días, no hice ninguna labor de médico, no recuerdo haber hecho ningún trabajo.

Yo me puse a sacar la cuenta, porque Fidel me preguntó si tenía mucho trabajo donde estaba, y yo pensaba decirle que no para que me dejara. Yo sabía que quedándome, saldría con alguna columna o con alguna tropa, pero de verdad que me daba lástima. Esa gente de la zona que había dejado tenía una gran fe en mí,

porque es que no había otra cosa. No había médico, nada por ninguna zona de esas. Entonces le dije: “Sí, hay mucho trabajo allá, yo pienso volver para allá otra vez”. Me quedé unos días en La Plata, y después regresé. Pero antes se hizo una reunión de médicos, se dio en Las Vegas, donde estaba el compañero Ángel Luis Rodríguez. Ahí conocí a Vallejo.

Me acuerdo que era en una zona baja, se estaba bien allí, después yo regresé y me enteré de que habían matado a Emiliano Reyes, lo mataron en un combate.

Volví de nuevo al hospital. No tuve cosas grandes que hacer, porque solo se presentaban heridas pequeñas, algún que otro tiro. Yo seguí en mi trabajo haciendo lo mejor que pude. Sí tengo un orgullo, y es que pude conseguir que, a través del capitán Reyes, me arreglaran el hospital: me lo hicieron, incluso, con piso de cemento. Creo que en la Sierra era el único hospital que tenía piso de cemento. Le hice al lado un saloncito de operaciones, pero lo quise hacer tan bien que, cuando terminé, no tenía iluminación, y no tenía luz eléctrica, entonces no lo podía usar, nada más que de día con la ventanita que tenía abierta. Preferiblemente operaba los casos afuera en una tabla, a cielo abierto. Trataron de conseguir una plantita pero nunca fue posible, tuve que seguir operando afuera.

En la batalla de Guisa

Así seguimos hasta que un día me mandaron un aviso de que me presentara en una casa, más abajo, lejísimo. Me dijeron que Fidel me había mandado a buscar. Yo sabía que Fidel andaba por esa zona porque ya había visto a Paco Cabrera. Fui, y me llevaron a Hoyo de Pipa, una finca cerca de Guisa.

Allí se hizo una especie de campamento general, teníamos la parte del comedor, que era donde curaríamos a los heridos,

porque se iba a atacar Guisa. Esa misma noche creo que fue o a la siguiente, cuando empezó la cosa. Y con la misma, heridos y heridos. Ordaz, Trillo y yo estuvimos trabajando toda la noche, y al otro día siguió la cosa. Después hicimos otro hospitalito provisional en un lugar que se llama El Corajo, y para allí llevamos a los más graves, a los de atención más inmediata. Los que estaban en mejor estado los pasábamos después para el hospital de Las Peñas.

Recuerdo que en ese hospitalito que improvisamos se presentó un caso de un casquito con un tiro en el brazo. El tiro le había partido el hueso, el húmero. Le había partido la arteria humeral y estaba sin sangre. Yo vi el caso y dije: “Esto hay que amputarlo de todas maneras”. Llegó Trillo, y le dije: “Trillo, vamos a ver cómo le amputamos esto”.

Empezamos, pero el hueso no estaba partido uniforme, sino que tenía un pico en cuña. Y dijo Trillo: “¿Y cómo nosotros nivelamos este hueso?”. Yo recordé que en ese bohío había visto un serrucho. Y dije: “Mira, yo vi un serrucho ahí atrás, vamos a mandarlo a buscar”, y se lo pedí a una señora. Era grandísimo. Y Trillo, que era muy meticuloso con la asepsia y antisepsia, le dijo a la señora: “Mire, señora, usted lo coge y lo hierve durante quince minutos...”. Yo lo interrumpo: “Trillo, ¿dónde se va a hervir el serrucho? Eso no se puede hervir. Hace falta una palangana enorme, si no, no lo hierve nunca”. Entonces cogí un paquetico de yodo con algodón y se lo pasé dos o tres veces así por donde corta, y la amputación quedó de lo más bien.

Después, cuando se tomó el pueblo de Guisa, pensé: “Bueno, ahora las condiciones quirúrgicas van a ser mejores”, porque yo sabía que en Guisa había una especie de clínica.

Además, yo no tenía ayudante. Y esa operación, yo no sé si hice bien o hice mal, lo cierto es cuando fui por allí, efectivamente, existía una clínica, con su mesa de operaciones. Pero tenía menos instrumental que yo, y menos medicina que yo.

Una vez, ante un ataque de apendicitis aguda, supe que había uno en Guisa que sabía hacer análisis. Le mandé a hacer un conteo diferencial, y le dio una cantidad de juveniles y Stab, es decir, una desviación izquierda, que yo pensé: “Si no se opera este hombre hoy, se revienta”. Entonces le dije:

—Mira te tienes que operar de todas maneras. Vamos a llamar a Trillo; él te opera y se resuelve tu problema.

—No, no, no, si tú no me operas, yo no me opero con nadie.

—Pero no seas bruto, muchacho, Trillo es cirujano, yo no soy cirujano, yo estoy haciendo las cosas aquí; pero Trillo te opera en diez minutos.

—Pues no.

Y el muchacho que si no era yo, no se operaba.

—Bueno, pues vamos a operar. Y bajamos para Guisa.

Lo único que pude conseguir de anestesia fueron dos frasquitos de éter, que eso no sirve para operar apéndice ni mucho menos. Lo cierto es que no se murió de aquello. Con un algodón le pusimos éter y empezamos a gotear. Yo mismo era quien tenía que gotearle el éter.

En el salón había como diez personas aguantando el caso. Cuando casi se estaba acabando el primer frasquito, me decía: “Opérame sin anestesia, quítame eso”. Y así fue como lo operé, casi sin anestesia.

Yo me decía: “Abro aquí, si el apéndice no está ahí mismo, voy a tener que cerrar sin sacarlo”. Y me puse tan dichoso que cuando abrí y llegué al peritoneo era un pedazo enorme lo que tenía de apéndice. Pero salió casi solo, no tuve ni que sacarla. Cuando hago así, salió sola. Y ahí mismo ligué. Creo que lo operé más rápido que la gente del Calixto.

Todavía le estaba cerrando la piel, y tenían que aguantarlo, porque el hombre nunca quedó bien dormido. Después tuvo unos dolores en el epigastrio. Parece que eso tiene relación con el meso. Y él se me quejaba.

—Doctor, si usted me operó aquí, ¿por qué me duele esto otro?

—No, chico, eso pasa después de la operación.

Allí en el hospitalito de El Corojo también atendí a Camejo, era de los que iban en la tanqueta nuestra que atacó el cuartel de Guisa. La tanqueta se la habíamos quitado a los soldados. A Camejo le dieron seis balazos, y quedó de lo mejor después de que lo atendí, tan dichoso que ningún balazo fue mortal, ni hubo necesidad de amputarle nada, creo que le saqué una bala de uno de los brazos.

Ahora, doctor...

El 31 de diciembre paré en un lugar que se llamaba creo que Macanacú, donde yo también tenía otra especie de hospitalito para otros casos, porque eran muchos los heridos. Entonces me dije: “Aquí mismo me quedo a dormir hoy”. Y por la mañana, como a las diez de la mañana, estaba curando a la gente y me enteré de que se había ido Batista.

Me acuerdo que llegó uno corriendo, tirando tiros. “Los soldados”, dije. Ya yo iba a empezar a distribuir a los heridos para llevarlos para atrás. Y era Orestes Bárzaga diciendo que se había ido Batista. Todo el mundo creía que era mentira. “No, no, de verdad que se fue Batista”. Nadie le hacía caso. Entonces él mismo dijo: “Vamos para casa de Carlín, que tiene un radiecito”. Todos corrimos para casa de Carlín. Y, efectivamente, se había ido Batista.

Cuando se comprobó de verdad que se había ido Batista, salió un guajiro combatiente que había por allá, y gritó: “Ahora, doctor”. Se quitó la camisa y abrió una bandera cubana que tenía enrollada en el cuerpo, dijo que desde hacía dos años. Yo creo que ese hombre no se había bañado en los dos años. Eufórico me decía:

—Doctor, esta se la voy a regalar a usted.

—No, chico, esto es un recuerdo tuyo, quédate con la bandera.

Y el hombre que no, de todas maneras que yo... que había trabajado...

—Te la voy a regalar.

Y me dio la bandera.

Se dio también otra anécdota muy simpática. Cuando allí se enteraron de que se había ido Batista, yo tenía unos cuantos heridos, allá en Las Peñas, que no podían caminar. Digo: “Mira qué problema este, ahora todo el mundo va para abajo y yo tengo que ir para arriba”. Y en eso le dije a uno de allí: “Vamos a ir hasta Las Peñas”. Pero de momento, un desfile de gente que venía bajando, todo el mundo de Las Peñas venía para abajo, hasta el cocinero del hospital. Y le pregunté:

—Ven acá, ¿adónde tú vas?

—No, se acabó la guerra.

—Pero ven acá, ¿y a esa gente quién le va a cocinar?

—No, no, doctor, ya se acabó, no se preocupe, después usted los baja.

—Pero mira qué cosa.

Entonces yo tuve que subir para allá. Los que podían caminar, venían bajando. Hablé con una señora que vivía cerca, la señora de Mulato Casas, y le dije: “A esa gente hay que resolverle la comida y yo no me puedo ir hasta que no resuelva trasladarlos a ellos”.

Después hice un contacto y llevaron un yipi hasta donde pudo llegar. De ahí, en mulos, y después en parihuelas, empezamos a sacar a la gente y la llevamos para Bayamo.

Yo recuerdo que hablé con Celia y Fidel, también con Camilo, que estaban en una casa a la salida de Bayamo, el día 2 enero por la noche. Le expliqué a Celia que teníamos un casquito herido, operado por Martínez Páez, que yo quería trasladarlo para La Habana, porque necesitaba otra operación. Entonces Celia me dijo: “Ahora, cuando se despierte Camilo, que él tiene que regresar a La Habana en el avión”. Y de esa manera se trajo para la capital.

***El médico rebelde
tuvo que hacer de todo***



Capitán Ángel Meneses García

Bueno yo era médico en el poblado de La Maya. En aquella época tenía una posición política definida y connotada: era un opositor al gobierno de Batista.

Por ese motivo, la juventud de ese poblado y del término de Alto Songo veía en mí a alguien que se identificaba con ellos. Entonces los compañeros que se iban alzando, jóvenes, y muchos que estaban en el campo, rebeldes, me conocían como una persona a la cual le podían pedir auxilio.

Por ese motivo me fui ligando al Movimiento 26 de Julio y a cada rato recibía cartas del campo rebelde, que eran como consultas médicas. Eran compañeros que yo conocía y a quienes les mandaba medicinas, tratamientos, etcétera. Recuerdo que en marzo de 1958 vino Ana en un yipi, una muchachita jovencita, como de quince o dieciséis. Era su contacto en La Maya. Vino buscando a un médico que fuera a atender a un herido rebelde, cerca del poblado de San Benito. Era una situación comprometedora ir a territorio rebelde y luego regresar al territorio ocupado por la tiranía; pero pude hacerlo con suerte y atendí al compañero. El muchacho tenía dieciséis años, le decían Mochila. Tenía

una herida de bala sobre la horquilla esternal. Le hacía falta una transfusión inmediata y más o menos los orienté para que ellos pudieran hacerla, yendo a Santiago de Cuba.

Yo les hablo de esa muchachita, por lo valiente que fue y cómo se portó. Yo le pregunté:

—¿Quién traslada a este muchacho para Santiago de Cuba?

—Yo misma —dijo mientras le ponía una toalla en el cuello para taponar la herida.

—Bueno, si te preguntan diles que tu hermanito está enfermo y lo llevas a Santiago.

El muchacho tenía ya mucosas decoloradas, parece que la hemorragia había sido bastante, pero todas las heridas del tórax en que yo he podido tener experiencia, que tuve algunas en el campo insurreccional, cuando no mueren rápidamente, dan tiempo a resolver el problema. La compañerita esa lo llevó para Santiago y se salvó el muchacho.

¡Vámonos!

Los nexos míos con la insurrección se hicieron aún mayores. Un día recibí una carta del compañero Felio Reyes Trejo, que estaba en la Columna 17, donde me decía que el servicio que yo les prestaba desde el pueblo ya no les era suficiente. Ya habían tenido el caso de un compañero que se les había muerto sin asistencia y me necesitaban allí. Al contacto que me traía la carta le dije: “Ven dentro de dos o tres días”.

Mi señora y mis hijos estaban en Santiago de Cuba. Cogí la carta y no me desprendí de ella, la llevé conmigo y me fui a ver a mi familia. Le hablé a un concuño mío de la determinación mía de unirme a los rebeldes. No quería dar la espalda a esos compañeros que yo había ayudado, quería continuar ayudándolos. Entonces volví otra vez a La Maya.

El contacto, que era Manolo Feal, volvió enseguida. Me acuerdo de que yo estaba en la consulta, tenía a dos o tres pacientes esperándome. Él me preguntó:

—Médico, bueno, ¿cuándo se va?

—¿Cuándo hay que irse?

—Ahora mismo.

Tenía el maletín sobre la mesa y le dije:

—¡Vámonos!

La casa la dejé como estaba. Quiero decir que no traté de simular mi partida. El poblado de La Maya era muy chiquito y no es que yo fuera una personalidad ahí, pero por lo menos en un poblado chiquito el médico es una figura que miran mucho. Y pensando en que hubiera podido haber represalias contra mi familia, temí demostrar cierta autopreparación para mi salida al monte. Dejé mi casa intacta; no saqué ni una ropa ni nada, la dejé completa. A los dos días de irme, los casquitos saquearon mi casa, según me informaron.

Cogí el maletín y la bata. Salimos en una máquina de alquiler rumbo a Jurisdicción, al central Baltony. El contacto me había advertido que en las afueras, a cierta distancia de La Maya, nos iba a esperar un rebelde, ya todo eso estaba planificado.

Y efectivamente, a los tres kilómetros aproximadamente, con un valor extraordinario —porque era un lugar por donde transitaban los guardias—, estaba un rebelde, quien después de identificarme me condujo a una finca cercana; allí tomamos unos caballos, hasta unas lomas, donde un yipi nos esperaba.

Una receta mía era comprometedora

Cuando estaba en el yipi rebelde, les pregunté a los compañeros si ya se podía gritar “¡Abajo Batista!”. Yo tenía unos deseos muy grandes de estar en un lugar donde uno pudiera hablar mal del

tirano. Sinceramente, ese fue el primer deseo que yo manifesté, poder hablar libremente. Me recibieron con fraternidad.

Fui hasta los altos de la loma de La Güira. Allí estaba el compañero Filiberto Olivera, aún era capitán. Me lo presentaron. Estaba esperando a Machado, que era jefe de Sanidad del Segundo Frente, para que determinara mi posición. Porque cuando uno llegaba allí, al Segundo Frente Oriental, decían que Machado era el que disponía de los médicos.

Después de que llegó Machado y a solicitud de ellos, me ubicaron en el hospital de La Güira, que pertenecía a la zona de Jarahueca.

Todavía no teníamos tantos heridos, porque en realidad los heridos que nos traían eran de las acciones que efectuaba lo que se llamaba “la móvil”, le decían “la móvil de Filiberto”, cuyo jefe era el teniente Orlando Lorenzo; él con veinticinco hombres iba a la carretera a hacer actos rápidos y tiroteaba los cuarteles de los guardias. De allá venían algunos heridos, pero pocos.

Dentro de nuestras ocupaciones como médico rebelde brindábamos atención al campesinado. Recuerdo haber tenido hasta cincuenta y sesenta consultas diarias. Contábamos con muchísimas muestras médicas, la mayoría las recibía directamente del pueblo, que nos ayudaba, y las clasificábamos. Entonces el campesinado no solo recibía asistencia médica, también las medicinas.

Desde luego, era comprometedor llevarse una receta mía. Yo tenía conocimiento, a través de individuos que salían y entraban al frente, de que en el pueblo habían dado una orden de que la receta de Meneses que apareciera, agarraran al portador. El individuo que presentara una receta firmada por mí estaba comprometido.

Incluso hubo uno que dice que le presentó una receta mía al boticario en La Maya, y este le dijo: “Vete, ¡vete de aquí!”, con un miedo terrible.

Por eso uno hacía por buscarles las medicinas, a pesar de que teníamos pocas; sabíamos que al campesino no le iba a ser fácil conseguirlas.

Uno se crece si se sabe solo

Después empezaron las acciones más violentas. No participaba en combates directamente, pero tenía que atender a los heridos de los combates en que participaba la compañía donde estaba, que era la Compañía B Reynaldo Brooks de la Columna 17 Abel Santamaría.

En el pueblo lo que hacía era medicina general y un poco de pediatría. Sin embargo, esa responsabilidad que siente uno cuando está solo con un herido no te permite decir: “Que venga el doctor Martínez Páez o que venga fulano a ver este caso, que es una rotura de hueso”. Sientes que tienes que resolverlo de todas formas y eso da cierto valor. No sé si los compañeros lo han sentido de la misma forma.

Uno de los primeros heridos —tuve unos cuantos antes—, quiero decir de gravedad, fue un civil, no era un compañero de guerra. Llegó como a las ocho de la mañana y había sido herido por la madrugada, en el tórax, debajo de la tetilla derecha, y le salía entre la escápula y la columna vertebral, por detrás.

Llegaron los compañeros de la compañía mía con él, y me pedían: “Médico, vamos a salvar a este hombre que ha sido herido”. Había llegado en un estado de deshidratación grandísimo. Por primera vez me iba a enfrentar a una herida de tal naturaleza. Tenía plasma, tenía de todo, me “fajé”, busqué más plasma a caballo. Lo bueno fue que salvé al hombre.

El comandante Machado llegó a los pocos días y lo vio, tenía todavía sus esputos hemoptoicos y otros síntomas; pero el hombre estaba fuera de peligro. Quiero decir con este ejemplo que esa

fuerza que le da a uno el saberse solo y que tiene que resolver el problema es lo que lo llena de audacia.

Después recibí a un compañero, Miguel Delisle, con un tiro en la cadera por una bala explosiva. Aquello era tremendo, miraba aquello y no hallaba por dónde empezar. Noté que tenía una fractura del fémur. Lo primero fue hacer hemostasia, porque el hombre tenía hemorragia y se me choqueaba. Es una serie de problemas que enfrenta uno, primero tiene que sacar al personal y quedarse ahí a ver si puede salvar a ese hombre. Tuve suerte también con este caso, le podía hacer hemostasia y ligué los vasos más sangrantes; después me dediqué a la fractura. Trataba de hacerle tracción al muslo, pero al hombre se le corría el cuerpo. Yo no era ortopédico. Inventé, porque yo quería resolver el problema, y pude.

Tuve ese caso, que me sirvió de mucha experiencia. El muchacho curó y después de que terminó la guerra, lo mandé al hospital Finlay y no tuvieron que hacerle nada más.

El comandante Machado a cada rato me visitaba, para darme material, para darme medicina. Yo recibí a través del pueblo, por ejemplo, diez libras de algodón, entonces llegaba el comandante Machado y me pedía el algodón, y me llevaba las diez libras, pero me dejaba algodón estéril. Me acuerdo de que me dejaba un saco de nailon con el algodón envuelto, ya esterilizado, de la central esa de esterilización que teníamos. También me entregaba vendaje, apósitos, material estéril, etcétera. Me resolvía más que coger una libra de algodón, porque yo sabía que venía estéril. Eso ayudaba mucho.

Y así seguí tratando enfermos, entre ellos puedo decir que hasta partos hice. El médico rebelde tuvo que hacer de todo

Recuerdo que el comandante Machado me mandó la orden de pasar para Songo, que me adelantara. Desde luego, tenía que seguir en el hospital porque tenía unos cuantos heridos, pero que avanzara, por eso, aunque yo seguía residiendo en el hospital, cuando había oportunidad me iba adonde se estaba combatiendo.



El triunfo está cerca

Cuando el ataque a La Maya, el comandante Machado planteó que yo debía hacer un pequeño hospital en el poblado y así lo hice. Ya se estaba pensando hacer un hospital en Dos Bocas, cerca del Cristo, pues se pensaba en el ataque a Santiago de Cuba.

Ya teníamos los hospitales de Songo y Jarahueca. Llegó el primero de enero. Yo estaba curando a un herido que tenía gangrena, había sido operado, y me dijeron que se había ido Batista. Estábamos preparados para lo de Santiago cuando nos llegó el aviso de que se había ido Batista.

Y entonces, ese primero de enero, recibí una carta del comandante Machado a través de la compañera Sureya Gendis. Esa carta la conservo todavía. Decía que el triunfo estaba muy cercano, pero que no me moviera, tenía que mantenerme en mi posición. Ya cuando avanzaban las horas del primero de enero, se sabían las cosas un poquito más claro, y el día 2 de enero estaba confirmada la noticia del éxito. Sin embargo, se nos hablaba de no movernos y en realidad no me podía mover, porque tenía en ese momento veinticinco heridos.

Entonces después, cuando los días pasaron, me dediqué a la instalación de esos compañeros heridos que necesitaban asistencia hospitalaria. Los mandé para hospitales y clínicas de Santiago. Los más graves los trajeron para La Habana.

Yo tengo todos los nombres de los compañeros que curé. Los tengo relacionados y la compañía a la que pertenecían, la herida que tenían, lo que presentaban y de dónde venían.



El médico guerrillero es guerrillero siempre



1^{er} Tte. Miguel R. González Corona

Hacer un relato de lo poco que uno pudo ayudar en la lucha de liberación de nuestro pueblo conociendo que la historia es fundamental para los pueblos, es un deber nuestro, es contribuir a que esa historia se haga.

Me sumé a la lucha en enero de 1958, en los primeros días, cuando se preparaba la huelga del 9 de abril. Estaba con un grupo de médicos entre los que se encontraban los doctores Fabio Vázquez Rosales y José R. Millar, Chomi. Formábamos como una especie de *team* médico para cuando se desarrollara aquella lucha atender a los heridos que se pudieran producir.

Nos dimos a la tarea, durante aquellos meses, de preparar locales, recolectar medicinas, etcétera, hasta que llegó el día de la huelga, que se puede decir que nos sorprendió, porque no pensamos que era para el 9 de abril. Fue una sorpresa aquí en La Habana, hubo que correr hacia el lugar que teníamos previsto.

Tuvimos necesidad un grupo de médicos —en aquella época yo era estudiante de Medicina de segundo año—, de escondernos. Días después iniciamos una especie de huida y paramos en Artemisa. Allí hicimos también labor de médico, yo como ayudante,

y operamos a un compañero del Ejército Rebelde de Pinar del Río que había hecho un atentado a un esbirro de Guanajay.

Después la situación se nos fue haciendo un poco más crítica. El doctor Fabio Vázquez Rosales tuvo necesidad de alzarse y más atrás fui yo. Eso ocurrió en el mes de septiembre más o menos, no recuerdo el día exacto.

A través del Movimiento 26 de Julio me puse en contacto con un señor llamado Quino. Él y otra compañera, cuyo nombre de guerra era Adelaida, me trasladaron hasta Veguitas. Y en una casa que estaba prácticamente enfrente del cuartel, me quedé; el dueño me hizo pasar como su sobrino. Yo estaba sorprendido de ver el cariño con que aquella familia me recibió, como si me hubiera conocido de toda la vida.

Esperé unos días hasta mi traslado para la finca de la familia, Veguitas adentro. Este fue el punto de partida para la Sierra, subimos por la zona de Canabacoa. En una oportunidad le dije al guía que siguiera solo, porque yo no podía continuar. Es una tarea muy dura para el que no está acostumbrado. Pero él me hizo entender que estábamos en una guerra, que se estaba luchando y que había que seguir para adelante. Entonces continué; después de varios días pude llegar al hospital de La Plata.

En La Plata conocí a Fidel

Allí fui presentado al comandante Martínez Páez, pero como todo médico que llegaba allí o todo compañero que llegaba lo primero que quería era conocer a Fidel, Martínez Páez me llevó con el Comandante en Jefe. La mayor emoción de mi vida fue cuando le estreché la mano; después no quería que nadie me tocara la mano.

Una vez que me identifiqué con él, le hice entrega de una serie de libros. Él me preguntó que en qué año de la carrera yo estaba; le dije que en segundo y que conocía algo de ortopedia.

Permanecí en La Plata como alrededor de quince días. Pude comprobar la gran afluencia de campesinos que llegaba a ese hospital, a pesar de estar bastante retirado, en una zona inhóspita, se puede decir; hasta allá llegaba a veces una campesina con un niño en brazos y otro de tres o cuatro años cogido por la mano, descalzo el pequeño, barrigón, con dos o tres días de caminata para buscar asistencia médica. Casos como estos no eran aislados, se repetían a diario.

El bohío: un hospital de guerra

Por orden de Martínez Páez, me trasladé a la Columna 9 Antonio Guiteras. Luego de diez días de camino, pude llegar al lugar que se llama Matías. En todo el itinerario, cuando los campesinos se enteraban de que iba un médico, me detenían en sus casas y tenía que hacer consultas.

Yo iba acompañado por Mariano Suárez y su hermano, creo que su nombre es Pomponio Suárez; Mariano había presentado una fractura abierta por proyectil de arma de fuego en una pierna y, aunque estaba restablecido de sus lesiones, había quedado con ciertas limitaciones en sus miembros, por eso iba montado en un mulo. En la loma El Naranjo, la bestia resbaló y el compañero fue dando vueltas y vueltas hasta, prácticamente, el inicio de la elevación. Con Mariano intensamente adolorido y mi preocupación de que se hubiera refracturado la pierna, llegamos a Providencia. Cerca estaba la comandancia de Luis Crespo.

Allí lo examiné bien y comprobé que no había refractura; también hice mi consulta a niños campesinos. Como es natural, era más bien por la voluntad de contribuir, ya que con el escaso conocimiento de estudiante de segundo año de la carrera, muy poco podía hacer. Pero aunque fuera eso había que hacerlo, era un deber nuestro.

Por fin llegué a Matías y me entrevisté con el comandante Juan Almeida. Me planteó que, como la Columna 9 pertenecía a su mando, él era mi jefe inmediato y su orden fue quedarme en Matías con el comandante Calixto García, en aquella época capitán.

En Matías había un bohío que funcionaba como hospital. El piso era de tierra, cruzaba cerca el río y más o menos tenía las condiciones para funcionar en tiempos de guerra.

Mi debut el primer día, ya bien tarde, fue con un niño, prácticamente era una anasarca, hinchado completo. En aquel lugar no había nada para asistirlo. Recuerdo que una señora, una campesina, me decía: “Doctor, dele un cocimiento de cascarita de mandarina”. Le dije: “Pues déselo, señora”. No había nada que hacer. Y aquel niño murió.

Al día siguiente, otro caso parecido: también murió el pequeño. Fueron dos golpes de impotencia, porque si al menos hubiera tenido algún medicamento...

El último niño murió como a las nueve o diez de la noche. Salí al patio y prácticamente tuve una controversia con Dios. Puedo decir que en ese momento dejé de creer en Dios. Si aquellos niños no tenían culpa de lo que estaba pasando, por qué tenían que sufrir las consecuencias; por qué los guardias no les permitían a sus padres trasladarlos al pueblo para ser atendidos. ¡No! A dos kilómetros de allí estaba el llamado Cinturón de Hierro, tendido por los guardias que no dejaban bajar a ningún campesino, ni siquiera al médico, aunque fuera un niño el enfermo. Fueron momentos de impotencia, de rabia.

Entre apuros

Otro día me trajeron a un campesino llamado José Rosabal, tenía un machetazo en el cuello, en la nuca. Jamás creí que ese campesino pudiera vivir, sencillamente porque le habían puesto, para

evitar sangramiento, estiércol de caballo. Yo pensé que era imposible que ese hombre pudiera escapar de la muerte, ya que en el estiércol de caballo está el bacilo del tétanos.

Pero bien, como no había nada con que trabajar en ese hospital, le hice una cura violenta. Entre cuatro personas lo sujetaron, limpié aquella herida con agua y jabón, a sangre fría se puede decir. Después fui a la casa de un campesino, le pedí prestada una aguja de coser, con hilo, y le suturé la herida. Aquel hombre evolucionó de una forma tan maravillosa que yo me quedé asombrado de que la herida cicatrizara, y se salvó el campesino. Es oficial de nuestras fuerzas armadas .

También en Matías me ocurrió una cosa alarmante, al menos para mí. Esa noche se acercó un campesino a caballo y me dijo: “Doctor, mi señora está de parto”. Tremendo problema. En el segundo año de la carrera nunca había hecho un parto, solamente lo había visto hacer. En el segundo año de la carrera uno no podía hacer nada. Pero como había que cumplir con el deber y ellos me veían como el médico, tenía que ir para la casa del campesino. Yo veía un estuche nuevo, de aquellos que vendía Sarrá. Estaba muy bonito el estuche pero yo no sabía qué hacer con él. Entonces una señora, ya mayor, me dijo:

—Óigame, doctor, ¿qué le parece si le ponemos una botella de agua caliente en los pies?

—Póngasela.

Y me repite:

—Mire, doctor, ahí debajo de la cama yo le he puesto una botella con una vela encendida, porque la gente me han dicho que el calor ayuda...

—Bueno, póngasela.

Al ver que la señora no paría, le dije a otra que estaba allí: “Esa tijera que está en el estuche póngamela a hervir”. Yo iba a hacer lo que se llama una episiotomía. Mientras empecé a recordar lo que yo había visto hacer en un parto, me acordé de que los médicos

hacían presión en el abdomen para ayudar a que el feto saliera. Empecé a hacerlo, ayudé a la mujer a pujar, y salió el niño. Los dos se salvaron.

¡Fue un apuro tremendo esa noche!

Después tuve oportunidad de asistir a otra campesina que había abortado. Vivía en un lugar rarísimo, hubo que bajarla en una parihuela hasta el hospital. Por esos días teníamos medicamentos, habíamos conseguido medicinas, y también en la farmacia de Matías se conseguían algunas. Ya con eso podíamos resolver algo.

Más adelante me trasladaron para un puesto de observación de la tropa de Calixto García que estaba operando en Los Negros de Jiguaní. Ahí presencié el acto criminal de una avioneta que impunemente ametrallaba un yipi. Por fortuna el chofer salió ileso, sin un rasguño. También vi cómo un avión, girando en forma circular, bombardeaba y ametrallaba un bohío de personas inocentes. Por suerte, tampoco hubo heridos. Yo me preguntaba: “¿Con qué lógica? ¿Cuál es el objetivo de ese avión militar al bombardear un bohío?”.

Pero Batista se fugó

De ahí recibí la otra orden del comandante Juan Almeida de seguir camino hasta la Columna 9, en la zona de Santiago de Cuba.

Como en todos los casos, el cruce de la carretera había que hacerlo con mucho cuidado, por las noches. Y así, con la ayuda de un guía, pude llegar hasta Dos Caminos de San Luis, exactamente el día que se estaba combatiendo en este lugar. Interventían fuerzas de varias columnas. Me presenté al jefe de la columna y, de inmediato, empecé a prestar mi ayuda en la enfermería del central Borgita hasta que llegó un refuerzo enemigo, razón por la que tuvimos que mover a nuestros heridos.

Cuando llegamos a la comandancia de la Columna 9, me incorporé a su hospital que radicaba en Matayegua —de Dos Caminos de San Vicente para adentro—. Aquí me encontré con otro compañero que, en aquella época, era estudiante de Medicina, Juan Luis Vidal Ramos, y un auxiliar de apellido Santiesteban que hacía laboratorio. Juan Luis y yo tuvimos bastante trabajo. En muchas acciones: el ataque a la microonda de Santiago, ese mismo combate de Dos Caminos de San Luis y en varias escaramuzas que tuvo la columna, atendimos a varios heridos, nuestros y del ejército de la dictadura, que eran asistidos siempre bajo el mismo principio de cualquier ser humano que pudiera estar herido. En esos momentos no se miraba si era del ejército contrario, se le daba la misma ayuda que se les daba a los compañeros del Ejército Rebelde. También tuvimos por allí al Dr. González Menchero.

La guerra continuaba. Varios días antes del 28 de diciembre, el comandante Machado Ventura, el compañero Juan Luis Vidal y yo hicimos un recorrido por el Segundo Frente; después regresamos al hospital de Matayegua, donde empezamos los preparativos para la toma de Santiago de Cuba. Pero Batista se fugó. Entonces entramos en Santiago, no sé si el primero o el 2 de enero.

Mi misión última por orden del comandante Machado fue trasladar para La Habana, en varios viajes aéreos, a todos los heridos que iban llegando a Santiago de Cuba.

PERIODISTA: Pero ¿heridos rebeldes y de la tiranía también?

GONZÁLEZ CORONA: De ambos ejércitos.

PERIODISTA: Si quiere agregar algo más.

GONZÁLEZ CORONA: Habría que añadir lo que habíamos comentado, que en la Sierra apreciamos que no había asistencia médica y las consultas que se hacían eran enormes. Yo te digo la verdad, yo veía más de cien enfermos diariamente. Consultaba por la mañana y por la tarde, porque el hospital de Pozo Azul ya estaba organizado cuando yo llegué y tenía medicamentos, tenía muestras. De tétanos vi un caso —no sé por qué, no

recuerdo exactamente—, se pidieron antitoxinas en Manzanillo y llegaron. Pero sí apreciamos eso. Tanto, que después de que terminó la guerra, yo me quedé en la Ciudad Escolar; se empezó a hacer la Ciudad Escolar y seguí viendo a los campesinos. Es una necesidad que la Revolución ha ido llenando en todos los lugares de la Sierra Maestra, porque se han construido hospitales.

Pero siempre recuerdo —llevaba una estadística, en un papel iba anotando el nombre de los enfermos—, que pasábamos de cien, pasábamos de cien consultas diarias.

PERIODISTA: ¿En Pozo Azul?

GONZÁLEZ CORONA: En Pozo Azul. Aparte de algunas intervenciones que hicimos allí. Ahora me acuerdo de un compañero que se operó de apendicitis aguda, se llama creo que Celso Rodríguez. Ese compañero se operó, lo operó Juan Luis Vidal en Matayegua y yo ayudé. Recuerdo que Juan Luis había llevado unos libros de cirugía y nosotros, solo un ratito antes, habíamos visto la técnica quirúrgica y no estaba el anestesista. Entonces conseguimos un colador, una espumadera, algodón, y aguantando al enfermo le echábamos éter hasta lograr anestesiarlo, así pudimos hacer la operación. Fue un éxito. Ahí está vivo, en Santiago de Cuba.

PERIODISTA: ¿Recuerda otro caso?

GONZÁLEZ CORONA: En una oportunidad que hacía falta sangre para un soldado de la tiranía, herido en el ataque a la microonda, nuestros rebeldes la donaron.

Después de la toma del poder revolucionario, yo terminé mi carrera. Ahora soy médico de las FAR.

Esta es una pequeña historia, la historia futura todavía está por hacer, está en manos de la Revolución. El médico guerrillero es guerrillero siempre.

La operación fue en una mesa de billar



1^{er} Tte. Juan Luis Vidal Ramos

Mis inquietudes revolucionarias surgen a partir del 10 de marzo.

Aparte de la participación que tuve en algunas manifestaciones estudiantiles, había permanecido sin hacer gestiones para incorporarme a alguna organización revolucionaria de la época.

Por ser de Santiago de Cuba, tenía amigos allí que habíamos estudiado en el instituto y muchos habían tomado parte activa en los hechos del 30 de Noviembre. Algunos de esos compañeros —entre los cuales recuerdo a Rafael Martínez Bourzac— me brindaron algún tipo de contacto para mi incorporación al Movimiento 26 de Julio.

En estas condiciones encontré buen avituallamiento. Incluso adquirí hasta botas impermeables. Lo que no sabía era cómo iba a trasladar ese equipo desde La Habana hasta Oriente; cuando recibí la orden de partir no tuve que ir a la terminal de ómnibus, sino que el ómnibus vino a la puerta de mi casa, quien lo manejaba era el padre de Cruz, la persona que me iba a conducir a Santiago de Cuba.

Al llegar a los talleres de ómnibus en Santiago de Cuba, no estaba el contacto. Entonces el chofer me llevó para la casa de

su familia, y me dijo: “Quédate aquí hasta que yo te establezca el contacto, después te sacamos”.

Al otro día me llevaron a dos o tres casas dentro de la ciudad de Santiago.

En esos momentos se supo que un compañero del Movimiento había sido herido la noche anterior tratando de desarmar a un guardajurado y se encontraba en la ciudad. Entonces me plantearon la necesidad de curarlo y, por supuesto, acepté.

Salimos para las inmediaciones de la calle Trocha donde, efectivamente, estaba el compañero con una gran herida de bala en la mano y dos o tres diseminadas por el cuerpo. Ninguna era mortal ni grave. Practicaba la primera cura, cuando se despertó alguna alarma en el vecindario. Habían empezado a circular los carros patrulleros de la policía tratando de localizar la casa donde se hallaba el herido. Rápido fuimos evacuados, el herido por un lado y yo por otro.

Curé sobre el mostrador de una tienda

Penetramos en la carretera de Siboney, y al rato de andar por un camino colateral de la playa, nos encontramos con la avanzada de la tropa rebelde. Era un grupo de los clásicos escopeteros que todos conocimos. Enseguida nos dieron la bienvenida y me sentí tremendamente feliz de hallarme en territorio libre, como se me anunció allí. A partir de este momento empecé a prestar servicio a la Compañía C Oscar Lucero, del Tercer Frente, zona sur.

En un ataque a un convoy del ejército hubo un herido. El hospital, si se puede llamar así, era un bohío que servía de alojamiento a algunos compañeros y se había separado una parte de la casucha con piso de tierra para hacer algunas curaciones; no había tampoco mesa, el trabajo se hacía en una hamaca. El instrumental era mínimo, pues solo había dos o tres cajones de medicinas.

El herido tenía una herida en la región supraclavicular hacia la base del cuello y una manoplejía del miembro superior derecho, es decir, una parálisis del miembro superior derecho. Aparentemente la bala le había lesionado o contusionado las raíces nerviosas que, provenientes de la columna cervical, van a inervar el miembro superior.

Ese compañero no tenía una herida grave con riesgo para su vida; lo curamos, lo inmovilizamos con un Velpeau y continuamos aguardando, porque faltaba otro por llegar, se llamaba Indalecio Montejo. Apareció ya de noche. Las bajas del ejército fueron bastante, alrededor de veinte o treinta entre muertos y heridos.

Más tarde hubo un accidente que ocasionó heridas de gravedad a varios compañeros y la muerte de Indalecio Montejo. Recibí un aviso urgente en el campamento de Saint-Paul, situado en las montañas detrás de Daiquirí, y salí de noche con una linterna y un guía hasta la Gran Piedra, donde estaban los heridos, entre ellos dos con traumatismo de cráneo muy graves y dos fracturados del tobillo. Les presté la primera atención en una bodega más abajo de la Gran Piedra, en El Olimpo; sobre el mostrador de la tienda les pude hacer las curaciones. El primer problema que se me presentó fue el yeso. Es decir, ante los tratamientos de inmovilización en las fracturas había que contar con vendajes de yeso. Inicialmente resolví el entablillamiento y la inmovilización con dos o tres vendas de yeso y, posteriormente, ya adquirimos yeso dental —que es un yeso que viene en polvo— y con él confeccionamos las vendas de yeso. Primero utilizamos tela de mosquitero, a la cual le impregnábamos el polvo y, aunque no era un vendaje de yeso muy consistente, servía para hacer algunas inmovilizaciones. Después se nos ocurrió utilizar las paraderas que, en aquella época, las mujeres las utilizaban como sayas, era como una especie de crinolina y también nos suplía el material al que había que fijar el polvo de yeso.

En la medida en que fue avanzando el tiempo, fuimos adquiriendo las vendas de yeso; pero siempre tuvimos nuestra fábrica y nosotros, con el polvo y esa tela de crinolina de las paraderas o la verdadera tela de crinolina para yeso que nos llegó más tarde, hacíamos las cantidades que necesitábamos.

A pesar de los inconvenientes, tuve buenos resultados en el tratamiento de los traumatizados de cráneo, los cuales viven, ninguno falleció; el único muerto, como ya dije, fue el compañero Indalecio.

Luego se produjo más bien un paréntesis en la zona nuestra. No hubo acciones militares de importancia durante todo el mes de septiembre y gran parte de octubre, solo algunas escaramuzas, como a un puesto de la marina que había en Siboney. Penetramos en este pueblo y conseguimos algún material, tela metálica para habilitar salones de operaciones, etcétera. En una noche, delante de la marina prácticamente, requisamos todo eso; no había un marinero que saliera de noche.

Con tela de mosquitero

Con tela de mosquitero improvisé un salón de operaciones en un bohío mejor. Resolvimos una autoclave de luz brillante y se comenzó a esterilizar algún material. En el salón se practicó una intervención quirúrgica, una apendicectomía; en esta ocasión ayudé al doctor Menchero. Se le administró anestesia intravenosa con pentotal y algún poco de éter por método abierto. Es decir, tenía también experiencia en anestesia, siempre útil e importante, pues en el Calixto García trabajando con Guida, el doctor Ordaz y otros compañeros, había adquirido algunos conocimientos que resultaron tremendamente útiles en este tiempo.

Además, yo era alumno de ortopedia interna del hospital ortopédico donde había trabajado cerca de siete años, así que no tenía



problemas en esta especialidad. Mi gran preocupación eran las heridas de tórax, cráneo o abdomen. Es decir, ante estas situaciones siempre me cabía la inquietud de qué cosa iba a hacer.

Por lo general en la guerra, la mayoría de las heridas son de extremidades, aunque se presentan con bastante frecuencia las de otro tipo.

Estuve un tiempo en Saint-Paul haciendo algún tipo de organización, hasta que se produjo un combate cerca de El Caney de Santiago de Cuba, no El Caney de las Mercedes. Unas escuadras de la Columna 10 René Ramos Latour participaron en este combate. Tuve que atender a todos los heridos en esta operación.

Aquel lugar se llamaba el alto de Fillo, allí se estableció una capitanía. El viaje fue muy difícil, hubo que hacerlo a pie y a caballo desde Saint-Paul, del lado sur de la Sierra, había que atravesar toda la Sierra para ir a curar a los heridos que se encontraban allí; habían avisado por radio. Ese viaje duró prácticamente veinte horas sin dormir. Tuve dos caídas del caballo por los barrancos, perdí el guía; pero nos las pudimos arreglar y llegar al campamento a tiempo para atender a los compañeros. Se produjo el primer ataque a El Cristo, hubo dos o tres heridos más bien leves, a los cuales atendí en Barajagua, un pueblecito cercano.

Hospital de campaña en un cafetal

Dentro de un cafetal, en un lugar conocido por Matayegua, se decidió instalar un hospital de campaña. Fue cuando el ataque a una caravana de vehículos que venía de Santiago de Cuba. Con esta acción se capturaron en una noche alrededor de diez camiones que venían con abastecimientos para la ciudad de Guantánamo y tenían que atravesar la zona. Se logró capturar al convoy completo: gran cantidad de medicina, alimentos, material de todo tipo y enseres.

Con esos medios, empecé a construir un salón de operaciones en una casa de madera, que le colocamos un techo de *plywood* y las ventanas las forramos con tela metálica. Por lo menos, ya teníamos alguna seguridad para evitar las infecciones provenientes del techo y exterior. Colocamos un *spotlight* de esos que se utilizan como lámparas para las fotografías e improvisamos una lámpara para el salón de operaciones. Hubo un momento de dominio de la región entre El Cristo y Alto Songo, donde se encuentra el sanatorio de San Luis de Jagua, al cual nosotros también fuimos y requisamos gran cantidad de instrumental, de equipo y medicinas, y eso nos permitió avituallarnos ampliamente de medios no gastables, entre ellos, un aparato de anestesia.

Hacíamos las radiografías de día y las revelábamos de noche, es decir, el cuarto oscuro era la propia noche. Durante el día no trabajaba la planta del campamento, ya que la iluminación era la luz natural y entonces la energía completa de la planta se utilizaba en el equipo de rayos X, y como generalmente estos casos no eran de tanta urgencia en cuanto a la decisión que se iba a practicar, podíamos revelar por la noche sin necesidad de contar con un cuarto oscuro demasiado hermético. Para este trabajo me fue útil también la experiencia que tenía del hospital ortopédico.

El hospital empezó a trabajar. El grueso de la atención como siempre, fue a la población campesina: ochenta o noventa casos diarios. La relación de algunos de esos casos logré recopilarla y de algunas intervenciones quirúrgicas o de casos quirúrgicos también. Parte de ese material lo tiene Carlos Herrera, un compañero que designamos como administrador del hospital.

Establecimos una especie de red asistencial en toda la zona, desde la zona sur de la Maestra, hasta la zona norte, en las proximidades de Dos Bocas, cerca de la entrada de la carretera de Santiago de Cuba a El Cristo. Pusimos un puesto sanitario —se puede llamar así— en Saint-Paul, otro cerca de Sevilla, uno en el Olimpo, otro en el propio Dos Bocas, otros dos en El Escandel y

El Calvario. De esta manera absorbíamos la asistencia mediante enfermeros —graduados y empíricos—, técnicos, sanitarios, etcétera, de toda la región. Cuando había un caso grave, dada la posibilidad de comunicación por radio, nos trasladábamos lo más rápidamente posible para ayudar a resolver la situación.

Allí acumulé bastante experiencia. Ante las inquietudes que se me presentaban de tipo científico, trataba de buscar un escape sobrenatural. Es decir, confiaba, pedía, rogaba, que no me cayeran heridas de regiones corporales que yo no conocía o que no sabía trabajar. Posteriormente, me fui dando cuenta de que únicamente mi propio conocimiento científico y el dominio que tuviera sobre el tratamiento de las diversas heridas era lo que me iba a permitir resolver el problema, que no iba a contar con otro tipo de ayuda.

Sin embargo, en situaciones graves, pude contar con la colaboración de los doctores Menchero y Benjamín de Zayas, que me auxiliaron; en otras ocasiones, tuve a mi lado algún médico de Santiago de Cuba. Había un cirujano general de apellido Cisneros que vivía en la zona del Country Club, cerca de la carretera de El Caney, que nos había ofrecido su ayuda.

Cuando se produjo el combate de La Torre, en el alto de Wilson, donde murió Evelio Rodríguez, recibí una cantidad grande de heridos. Fue el primer grupo grande, masivo, de heridos que recibí, alrededor de diez o doce de diferentes regiones.

Importancia de clasificar a los heridos

Me di cuenta, con alguna rapidez, de que lo más importante era clasificar a los heridos, ya que iba a enloquecer tratando de atenderlos a todos y no iba a poder brindar una ayuda suficientemente útil. Conté con la colaboración también de un sanitario que sabía algo de anestesia. Con este compañero fuera del salón y yo dentro, me iba informando sobre los tipos de heridos, e iba

sacando a los más graves; dejé para último a los que tenían heridas más leves.

Creo que aquel día estuvimos operando cerca de cuarentaiocho horas seguidas, tomando solo café, jugo de naranja y otras boberías, pero resolvimos el problema de cada uno.

En varias ocasiones tuve ayudantes que no estaban acostumbrados a ver heridas y se me desmayaban en plena operación. Un día Nicolás Rodríguez, *Colón*, que posteriormente murió, era quien me llevaba el instrumental a hervir, porque mientras yo operaba, iba echando todo en un cubo con una tapa y luego él lo llevaba a hervir; pero Nicolás tenía que volver al salón una vez pasada la etapa de esterilización. Y en un momento en que yo realizaba una intervención sentí un fuerte golpe contra el piso —el piso de madera—, me viré y encontré a Colón caído de espaldas, el estruendo había sido con la cabeza. Entonces tenía el dilema del herido arriba en la mesa y el otro compañero en el suelo. Afortunadamente no sucedió nada, solo había sido un vahído.

Posteriormente este compañero, en contra de lo que se pudiera pensar de que había sido pusilánime o cobarde, murió de una manera heroica en el combate de alto del Puerto de Moya. Él no tenía armas largas ni armas cortas tampoco, y fue al combate desarmado, como iban muchos compañeros, buscando la oportunidad de hacerse de un arma. Se lanzó en el momento en que había volado uno o dos tanques para tratar de recoger un arma y fue alcanzado por un disparo en el abdomen. En el trayecto para operarlo, murió.

Como verdaderos médicos

El hospital seguía perfilándose: logramos tirar un corredor de cemento y se le hizo una conexión a una bomba de agua desde un río que nos quedaba cerca, así se le suministró agua al hospital; las condiciones fueron mejorando notablemente.

Una escuela vecina también se habilitó como sala de enfermos, y llegamos a tener muchos heridos y enfermos hospitalizados a un tiempo, entre rebeldes y civiles, es decir, con afecciones corrientes que todos conocemos; pero sin otra manera de resolver.

En el combate de La Torre hubo lesiones graves, pero no revistieron mayor importancia, salvo el caso de Evelio Rodríguez quien perdió la vida. En el hospital no tuvimos ninguna infección grave, ningún tétanos, ninguna gangrena. Las medidas preventivas fueron tomadas siempre que se pudo. Los medios eran suficientes. Allí tuve de ayudante al hoy doctor Ariel Cardone Soler y al compañero Rolando González Corona, los cuales me prestaron gran colaboración, igual que Carlos Bustillos.

Los tres son médicos. A ellos la Revolución les facilitó la forma de terminar su carrera igual que me lo permitió a mí. Es decir, que también en esto se puede destacar el papel que desempeñaron los estudiantes de Medicina en la lucha insurreccional, y la visión que deben tener los compañeros que estudien esta especialidad, respecto al aprovechamiento de todo el tiempo, ya que no tienen dificultades económicas ni de ningún otro tipo, como nosotros. Los conocimientos en cualquier momento pueden ser muy útiles a la Revolución. De ahí la importancia de alcanzar el máximo de aprendizaje en las rotaciones por los internados. Los estudiantes de Medicina deben estar siempre inquietos por adquirir esos conocimientos. Como nos sucedió a nosotros, pudiese sucederles a ellos: actuar no como estudiantes, sino como verdaderos médicos en un frente de combate.

Y hace falta que el médico tenga conocimientos quirúrgicos, por lo menos conocimientos elementales, y también de anestesia, por supuesto.

Allí tuve a muchos heridos. Recuerdo uno muy valiente con una fractura de la muñeca y una herida en el abdomen que enseguida me preocupó porque tenía un orificio de entrada; luego

vi que era un pedazo de metralla en la pared abdominal que no había penetrado en la cavidad.

Heridas de abdomen, tuve el caso de una niña: una bala de Springfield 30,06 le penetró en la región epigástrica y no tenía orificio de salida. Esa pequeña, Nancy Domínguez Geralde, me la llevaron al hospital y me presentó un gran dilema desde el punto de vista quirúrgico. En aquel momento no se encontraba, cerca el doctor Menchero. Entonces me acordé del cirujano doctor Cisneros que estaba próximo a El Caney y pedí sus auxilios. Entre los dos operamos a la niña, aunque ya yo la tenía preparada para intervernirla si no llegaba el doctor.

Se le abrió el abdomen, tenía el lóbulo izquierdo del hígado perforado por la bala y el proyectil alojado en el colon transverso. Es decir, había penetrado el plomo, pero sin fuerza suficiente, parece que por la distancia. Se le hizo el taponamiento, con espuma de fibrina, de las heridas del hígado, se le extrajo el proyectil y practicamos la sutura de la herida del colon. La niña evolucionó perfectamente y no presentó complicaciones de ningún tipo.

Luego tuve una entrevista con el comandante Machado, había venido a buscarme a Matayegua para que atendiera heridos en San Luis, lesionados en extremidades, ya que el médico que estaba no era ortopédico ni tenía conocimientos de ortopedia. Partí con Machado, logré hacer algunas inmovilizaciones, se nos presentó el problema de tratamiento de la fractura del fémur sin mesa de ortopedia. Entonces puse en pie al paciente sobre un banco, con el miembro fracturado colgando y así le puse la espiga.

Atendí casos raros

Anteriormente había tenido otras situaciones raras también; sin elementos sobre la especialidad no se pueden resolver. Una de ellas fue la de un campesino que le cayó una res encima, en la

región cervical, y le produjo una fractura y luxación de la columna cervical. Llegó cuadriparésico, no cuadripléjico, yo no tenía medios con qué hacerle una tracción cervical. Entonces se me ocurrió coger un saco de yute y hacer una especie de barbiquejo, ponérselo, colocar la cama en plano inclinado con unas piedras en las patas de la cabecera y ponerle una tracción en la pared de la casa. Así lo tuve un tiempo hasta que aquello aparentemente cedió, la cuadriparesia regresó y el individuo empezó a mover bien su extremidades. Luego lo inmovilicé con un aparato de yeso y se curó por completo. Yo tuve la oportunidad de verlo totalmente curado.

Cuando el ataque a San Luis improvisamos el hospital en la Colonia Española y la mesa de operaciones fue una mesa de billar.

En la toma de El Cristo tuve dos heridos graves del ejército de la tiranía, por lo menos los más graves. Atendí a uno que tenía una pierna fracturada abierta, estallada la pierna, completamente llena de tierra y permanecía desde hacía tres o cuatro días dentro del cuartel. Hubo que amputarle la pierna. Era de apellido Despaigne, se lo entregamos después a la Cruz Roja. En cierta ocasión lo vi en La Habana. Evolucionó muy bien.

Y había otro soldado muy joven que, igualmente operé, un balazo le había entrado por la sien derecha, había hecho la enucleación del ojo derecho y le había salido por el ojo izquierdo, es decir, quedó completamente ciego. Ese soldado también lo entregamos a la Cruz Roja, pero para asombro nuestro, no quería irse del campamento. Varios días después de haber sido operado, estaba cicatrizado. Allí todo el mundo le cogió un gran cariño.

En los últimos días se había alzado y trabajaba con nosotros el doctor Reyes Coss, quien había quedado al frente del hospital de Matayegua.

La atención como dentista la ofrecía yo inicialmente, luego Fernández González y el doctor Jústiz Jústiz, odontólogo. Colaboraron con el éxito de esta tarea, otros compañeros muy

valiosos como el sanitario Isabel Fonseca; Adolfo González, Giraldo Garrido, el enfermero Soto, Valdés Pedroso, Roberto Martínez Acosta. De todos conservo la relación según las funciones que, como sanitarios, enfermeros, auxiliares generales, técnicos de farmacia, laboratoristas, cocineros, mensajeros, transfusionistas, choferes, cumplieron eficientemente en las operaciones médicas de la guerrilla.

Prácticamente el último día de 1958, recibí instrucciones de que me debía trasladar a la zona del aeropuerto de Santiago de Cuba, junto con la tropa de Félix Duque. Esa noche se iba a atacar el aeropuerto, a la vez se producirían otras acciones alrededor de Santiago. Pero estando en la zona de Sevilla, llegó la noticia de que Batista se había ido. Nadie lo creía hasta que empezó a confirmarse.



Todo el mundo nos consideraba médicos

1^{er} Tte. Rómulo Soler Vaillant

Cuando el 10 de marzo, yo estudiaba en el instituto el bachillerato. Desde aquel momento participé en las movilizaciones de mi centro docente, esperando una orientación para luchar contra la dictadura; pero todos sabemos el fallo que hubo ese día por quienes dirigían políticamente a Cuba. Después fui para la Universidad de La Habana a estudiar Medicina, y me vinculé por completo de manera clandestina a todo el proceso revolucionario. Así regresé a Guantánamo en 1958, hice conexiones con la familia Rodiles, y con un pase que me envió el comandante Villa subí al Segundo Frente; me llevaron las compañeras Noemí, Elia y Ñiquita Rodiles.

Esa noche dormimos en una finca llamada Santa Rosa. Al otro día continuamos viaje y nos encontramos con el primer grupo guerrillero dirigido por el capitán Guicho Herrera. Seguimos adelantando y por la noche llegamos al alto de Cupeyal, donde había otra avanzada de la Columna 6 comandada por Efigenio Ameijeiras; esta tropa en particular la dirigían el capitán Isidro Fernández, el Gallego Fernández y el compañero Sánchez, que había sido mi jefe del 26 de Julio en Guantánamo.

Después de los primeros momentos de alegría nos presentaron al comandante de la columna. Me dijo que yo iba para la sanidad militar. Al otro día llegó el capitán Machado. Los Rodiles me lo presentaron, y me llevaron para el hospital de Majimiana. Yo le había dicho a Machado: “Estoy estudiando Medicina, me encuentro en segundo año de la carrera, hago un poco de garganta y cirugía también. No sé mucha medicina, pero en la parte práctica puedo ayudar en algo”. Así estuve un tiempo escaso, creo que un mes aproximadamente, en Majimiana.

Cuando la tropa salió para el asalto al tren de Carrera Larga, nos quedamos en Majimiana muy pocos compañeros, entre ellos yo, con la auxiliar de enfermería, Magaly Jacobo, también estaba Mayuli Trutié.

Al día siguiente empezaron a llegar los heridos, casi todos venían curados, eran generalmente casquitos, creo que diez o doce. De parte nuestra tuvimos solo la muerte de Asdrúbal López. En los días siguientes ayudamos en las curas a Machado, que dirigía aquel hospital.

Recuerdo que como ayudante de cirugía solamente participé, con Machado, en el hospital de Majimiana, en un caso que tenía una herida a sedal en la cabeza, con Magaly y Mayuli como auxiliares de enfermeras.

En mulo, burro, caballo o a pie

Después fui situado en el alto de la Victoria, a unos cincuenta o sesenta kilómetros hacia el este de Bayate, veinte o treinta kilómetros de Guantánamo. Allí había varios campamentos. Era la compañía C de la Columna 6 Juan M. Ameijeiras. Había un puesto de enfermería que, aunque pequeño, tenía bastantes medicinas, porque como estaba cerca de Guantánamo, subían muchos compañeros, y casi siempre los que subían al Segundo

Frente llevaban medicinas. Otros llevaban balas y medicinas, o sea, que siempre había una disposición por parte de los compañeros de Guantánamo para subir medicamentos. También Noemí, Ñiquita y Elia Rodiles —estos nombres hay que unirlos los tres porque trabajaban juntas— nos subían medicinas al Segundo Frente y, lógicamente, me dejaban mi pequeño lote en el alto de la Victoria.

Nosotros atendíamos al pueblo y dábamos consultas allí. Íbamos a visitar las casas de los campesinos cuando nos llamaban. Muchas veces nos traían un mulo, burro o caballo o íbamos a pie.

Después se declaró la ofensiva rebelde en la Sierra, y comitentemente en el Segundo Frente también. El 5 de noviembre llegaron Efigenio y su móvil, y junto con Juancito Rodiles fui al ataque de Soledad.

En esta acción nosotros creamos un pequeño hospitalito de campaña, como a un kilómetro y medio aproximadamente del cuartel, y empezamos a curar a los heridos que nos llegaban. Tuvimos de cuatro a cinco heridos, entre ellos el capitán Luis Ayra.

Luego del ataque a Soledad vino el capitán González Pérez y bajo su dirección empezamos a organizar el hospital del alto de la Victoria. Hicimos un hospital bastante bueno, con unas diez o doce camas.

El jefe del campamento era el capitán Amancio Floreal. Este compañero nos brindó una gran ayuda desde el momento en que llegamos, porque él sabía que éramos estudiantes de Medicina y no teníamos conocimientos tan amplios como los de Juan, que estaba casi terminando la carrera. Nos ayudó, brindó su cooperación y nos dio apoyo moral, y todo el mundo nos consideraba médicos, aunque como tales funcionábamos.

Cuando tomamos a Soledad nos quedamos ahí e hicimos otro hospital. Este era un buen hospitalito también y sería el hospital al que evacuaríamos a los heridos en la presunta toma de Guantánamo. Y empezamos a preparar este centro de recepción para

cuando llegaron los heridos del ataque a Guantánamo, que ya se preparaba.

Como el nombre mío es tan feo...

Tengo una vivencia que no se me olvidará jamás. Me fueron a buscar un día al hospital, porque había una señora que estaba dando a luz. Yo no sabía nada de parto, ni los conceptos mínimos, solo hacía garganta y ayudaba en cirugía general. Cuando llegué la cabeza del feto ya estaba prominente, quería salir; pero no podía, la cabeza era más grande que la región por donde debía salir. Entonces la comadrona, la recogedora, me dijo: “Doctor, qué usted cree si le damos un cortecito aquí” —lo que se llama una episiotomía—. Le contesté: “Sí, déselo”. Entonces se lo dio y salió. Dije: “Ahora sí gané yo, voy a suturar esto, porque lo que viene ahora, sí yo lo sé”. Quisieron ponerle el nombre mío al recién nacido, pero como mi nombre es tan feo, me negué.

El herido iba en parihuela

No puedo olvidar una anécdota sobre una herida de tórax. Cuando estábamos en el alto de la Victoria, unos compañeros querían alzarse y, lógicamente, la orientación era alzarse con su fusil. Bueno, atacaron a los casquitos, les quitaron el Springfield, pero un casquito hirió a uno de los compañeros en el vértice pulmonar izquierdo. Era una herida perforante de tórax, que entraba y salía por el otro lado. Lo llevaron allí y yo lo que hice fue cerrar esa herida, taponarla y llevarle el caso a Machado.

Partimos en una camioneta, los caminos eran buenos en ciertos tramos; pero después, con la lluvia, se hacían intransitables. Arrancamos con el herido en parihuela. Tuvimos que caminar de

veinte a treinta kilómetros para llegar adonde estaba Machado. Como era casi un muchacho cuando me alcé, llevé un par de botines tipo *cowboy* y los botines se me enterraban en el fango, se me quedaban allá abajo y se me salía el pie. Así hasta que los dejé y seguí descalzo hasta Majimiana. Nos recibieron creo que Machado y Font. Mis pies llegaron hinchados por completo, por la muchachada de llevar unos botines que no eran los adecuados. Saqué también otra experiencia, porque creía que todas las heridas de abdomen se operaban, pero no así todas las heridas de tórax, y Machado nos enseñó más o menos cuál era el tratamiento. Reconoció que había sido correcta la decisión de llevar al herido hasta allá.

Ya en los días finales, 25 de diciembre aproximadamente, participé en el combate de La Horqueta, cuando la compañía del capitán Guicho Herrera y la compañía nuestra tuvieron un combate con los marinos que trataron de avanzar. Ya nosotros empezamos en este momento a utilizar lo que era más o menos el equivalente del puesto médico de batallón, o sea, a un lugar cercano al frente llevábamos el equipo de medicina, en este caso iba yo, y trataba de curar a los heridos que se presentaran.

Creo que el día 2 entramos a Guantánamo, y es otra cosa que no se me olvidará jamás: todo el pueblo en la calle, todo el pueblo, sin conocernos, sin nunca habernos visto nos abrazaba, y nos besaba, no dejaba avanzar la columna, un espacio como de quince o veinte cuadras lo hicimos como en cinco o seis horas, porque el pueblo no nos dejaba avanzar. Fue emocionante.

Un hospitalito menudo pero funcional



Tte. Luis Matos Gilbert

Por el año 1958 me puse de acuerdo con un compañero que subía y bajaba, con frecuencia, de la Sierra. Salimos en una guagua y pasamos por Las Villas, donde ya estaba el Che. En el ómnibus íbamos cuatro personas: el conductor, el chofer y nosotros dos con una jabita en las manos. En cada parada había un registro, por suerte era rápido, porque había poca gente.

Hicimos parada en Camagüey, Las Tunas y Holguín. Nos orientábamos y buscábamos recursos para seguir el viaje, pues no llevábamos dinero. Al fin salimos de Holguín en otra guagua hasta Antillas. Llegamos a un hotelito bajo tremendo aguacero, era octubre y tardísimo. A esa hora nos encontramos a cuatro o cinco señores de caras bastante raras tomándose unos tragos en la cantina. Los dos nos metimos en el mismo cuarto. Pero a las tres de la mañana le dije a mi compañero: “Vámonos de aquí”. Un camarero del hotel que se dio cuenta de nuestra situación nos ayudó. Alquilamos un bote de remo por cincuenta centavos, y atravesamos la bahía de Nipe hasta Levisa, con tan buena suerte que nos recibió el capitán Mayarí. Él nos llevó para el lado del puente donde estaba Pepito Cuza y toda la gente que había acabado

de tomar Nicaro. Nos dijeron: “Arranquen por aquí derecho, y ya se encontrarán un lugar donde meterse”.

Por ahí salimos a Jobo Dulce. Aquello estaba un poco quemado. Nos encontramos con Papiro, un compañero que mataron después en combate. Él nos trasladó en yipi hacia Cupeyal. No recuerdo qué pasó que dejamos el yipi y continuamos a pie a Río Grande y de ahí a Punta Gorda. Después cogimos una cigüeña de línea. Por el camino nos encontramos a un chiquito que se llama Manolín Terrero. Luego nos cayó atrás una avioneta, y estuvimos andando hasta una casita abandonada que tenía buenos colchones. Ya estábamos bastante cansados, no habíamos comido nada y nos tiramos a dormir. Como a las ocho de la noche, dijo alguien: “Vamos a ver si llegamos, que ya estamos cerca”. Entonces atravesamos unos cuantos cañaverales hasta la loma del Fuerte. Un tiroteo nos recibió, fue un recibimiento tremendo, yo soy un poco sordo, pero los tiros los oía perfectamente, lo que no podía era ubicarlos, no sabía de dónde venían. Nos vimos en un cruce de caminos y nos metimos, por una casa, en una bodega.

Llegó un médico

Inmediatamente fuimos detectados. Unos compañeros que estaban por la loma del Fuerte dijeron: “Llegó un médico. ¡Llegó un médico!”. Había otro pero estaba combatiendo arriba, no estaba curando a ningún herido, y alguien dijo: “Dile a ese médico que venga para acá para reconocerlo”. Y allá llegamos. Esa noche me quedé a dormir en la tienda. El otro médico era Balaguer.

Por la mañana temprano subimos a la lomita y nos encontramos a los médicos tirando tiros. Y dije: “Bueno, ya estoy aquí”. Enseguida me indicaron: “Quítate la camisa blanca esa, porque es un blanco perfecto”. Así que en camiseta seguí haciendo mi trabajo.

De ahí me incorporé a Los Indios, donde tuvimos un hospitalito, menudo, pero funcional, con seis camas y una serie de elementos de trabajo bien dispuestos. Por ejemplo: bolsas de transfusión de sangre, un equipo de cirugía menor completo. Los equipos médicos eran los necesarios, los funcionales para esa época, y de acuerdo con los recursos y las necesidades se iban aumentando y haciendo mejor uso de ellos.

Como ya el médico que estaba de jefe, José Ramón Balaguer, tenía que ir, además, a todas las escaramuzas, le hacía falta otro médico. El caso es que había que sortearse la estancia en el hospital, porque a mí también me gustaba salir a acompañar a los combatientes por las avanzadas a ver qué pasaba por ahí, podía haber heridos. Y efectivamente así sucedió. Nos turnábamos.

Venían de todas partes

Hicimos una buena consulta allí, le dimos atención bastante completa a la población civil aledaña. De sitios bastante lejanos venían muchos campesinos con sus enfermos buscando atención, y se les brindaba. Además de la atención médica, se les daba el tratamiento con las medicinas necesarias, que en muchas ocasiones faltaban o estaban distantes o en zonas ocupadas por el ejército. No teníamos la suficiente cantidad de medicamento para ellos, y no había farmacia tampoco que pudiera dotar al enfermo de lo necesario. Muchos carecían del dinero suficiente para adquirirlos. Pero dentro de lo que teníamos, podíamos resolver problemas, sobre todo los iniciales, y los más graves se remediaban dentro del hospital.

Allí los campesinos subían las palmas para cortar el palmiche; yo recuerdo a uno que se cayó de allá arriba de pie. Entonces el fémur se le salió de la cavidad cotiloidea hacia fuera. Lo que tenía era una bola afuera.

JOSÉ R. MACHADO: ¿Y no se le partió?

LUIS MATOS: Rompió la cavidad y no le hizo nada, no hubo fractura ni desgarramiento del acetábulo. Yo cogí al hombre y le hice una maniobra. Yo no soy ortopédico, pero bueno... sin necesidad de cuchilla le hice tratamiento. A una compañera que había allí le dije: “Agarra aquí y métete entre las dos piernas de él”. Hice una maniobra y sentí como cayó aquello que parecía una bomba, ¡pam!, evitando, siempre que fuera a ser peor el remedio que la enfermedad. Y se sintió la caída de la cabeza dentro de la cavidad perfectamente bien. Medí sus piernas, sus dos pies, y estaban parejos. Entonces dije. “Ya este hombre no tiene problema”. El hombre se puso bien.

Actuamos en el cerco de Sagua de Tánamo, desde el 9 de noviembre hasta el 16 de diciembre. El combate empezó el 16 por la noche, hasta el día 24. Luego la toma de Cayo Mambí el 25 de diciembre, la de Mayarí, el combate de Guanino, la toma de Pepón, de Banes y Antillas. En ese tiempo tuvimos mucho trabajo. Después de la toma del central Tánamo, nosotros ocupamos un vehículo bastante bueno. Lo acondicionamos con medicinas, para continuar hacia otros lugares. Ya se estaba evacuando Sagua y teníamos bastantes medicamentos, porque en Sagua nos abastecimos bien.

Siempre hay tiempo para una respuesta

Ya prácticamente la guerra se había terminado, los problemas médicos que quedaban eran los traslados de los heridos, llevarlos a Santiago de Cuba. Entonces nos ocupamos de buscar alojamiento en el hospital Saturnino Lora, para ubicar a una serie de compañeros que realmente necesitaban atención.

Allí tuve la oportunidad de contestarle a un compañero una pregunta que hacía varios años me había hecho en una forma un poco satírica, un poco despreciativa. La pregunta fue la siguiente:

“¿Chico, y para qué tú quieres ser médico?”. Yo no le quise contestar en aquel momento, porque a veces las respuestas son más eficaces cuando son más objetivas. Ahora cuando llegué a Santiago de Cuba, el día 2 de enero, me lo encontré vestido de blanco de lo más lindo, en el hospital Saturnino Lora, y enseguida me acordé de la pregunta sin respuesta. Él no me reconocía bien porque yo estaba un poco más delgado. Lo saludé y le dije:

—¿Qué pasa?, ¿cómo estás, fulano? ¿Te acuerdas aquella vez que me preguntaste en el Lily Hidalgo por qué yo quería hacerme médico, para qué yo quería hacerme médico si yo podía seguir vendiendo plátanos o hacer cualquier otra cosa? Pues mira, la respuesta es esta. Ahora me vas a tener que ayudar a trasladar a los heridos para este hospital.

—Oye, la verdad es que tú eres un tipo irónico.

—No, la verdad es que no se deben olvidar determinadas cosas. Entonces lo puse a trabajar.



Me alcé con los equipos de oxigenoterapia

Tte. Nicolás Limonta Ferrer

Ostentaba un cargo de concejal en el Ayuntamiento de Santiago de Cuba, por el Partido Revolucionario Cubano, cuando se produjo el golpe de Estado el 10 de marzo. Vino una serie de cambios por el Ministerio de Gobernación y constantemente cesanteaban a los concejales, porque el régimen quería tenerlo todo de una manera monolítica, que respondiera abiertamente a sus pronunciamientos.

El Movimiento Revolucionario 26 de Julio le dio la oportunidad a todos los cubanos, mujeres y hombres, para que pusieran su grano de arena y colaboraran, en la medida de sus esfuerzos, en la nueva lucha libertadora, esta vez en contra de la dictadura del general Fulgencio Batista. Hubo un 30 de noviembre y un 2 de diciembre con la llegada de los jóvenes expedicionarios del yate *Granma* que vistió de gloria el año mil novecientos cincuenta y seis.

Inició la lucha emancipadora. Santiagueros natos ocuparon sus puestos de combate y lucharon activamente; hubo quienes cayeron o resultaron heridos o fueron perseguidos brutalmente; pero todos identificados con la causa.

Yo quería tirar tiros

Mis primeros pasos en la lucha insurreccional tuvieron forzosamente que limitarse a la actitud de cooperación y al papel de médico. Subí al Tercer Frente y me ubicaron en el hospital de Manacal. Era una casa bastante grande, con prácticamente seis habitaciones y capacidad para diez enfermos más o menos. Teníamos una habitación a manera de salón para operaciones menores. Instalamos un laboratorio. Yo llevé el equipo de oxigenoterapia y nos servíamos de oxígeno de la refinería, hoy Hermanos Díaz. Un contacto de primer orden, el doctor Quinidio Armaignac, jefe de laboratorio del hospital infantil, era quien nos abastecía de equipos y medicinas.

Pensamos que nos íbamos a aburrir. El juicio que me hice primero: “A esto no vine al monte”. Yo quería naturalmente hacer como otros médicos en otros frentes, que marchaban con las columnas a tomar los pueblos y a tirar tiros. Pero me convencieron de que en revolución todo el mundo no puede tirar tiros, y ellos tenían órdenes severísimas de cuidar a los médicos, de no dejarlos apartarse de sus centros de trabajo y de dar servicios.

Momentos después empezaron a llegar heridos, vecinos, porque se estuvo dando una asistencia amplia a toda la población rural de allí. Al segundo día, ya nos sentíamos como en nuestra propia casa, porque teníamos material de trabajo, bastante material y podíamos modestamente trabajar sin precarismos. Nos nutríamos del material humano, aparte de la población rural, de las inmediaciones de Santiago de Cuba y de todas las capitanías que estaban cerca, como las del capitán Vecino, Espinet y otras. La acción fundamental que se realizaba por las inmediaciones de Santiago de Cuba era la acción de comando, hostigando a los guardias, yendo de noche a Marimón, a la entrada de El Cobre, a Crombet, hasta la calzada de Martí y de Cristina, en busca de abastecimiento, en busca de vehículos.

Era raro el día que no se veía un vehículo nuevo. Y en esa lucha de comando siempre había heridos, pero no nos faltó en ningún momento material para trabajar y teníamos la ventaja de que el compañero Ibieta bajaba cuando se presentaba un caso duro de ortopedia que no podíamos resolver, y el doctor Armaignac nos enviaba, de la manera que fuera posible, a cualquier cirujano, cuando el caso lo requería. Llegamos a tener un equipo de varios médicos: el doctor Hugo Torres, el compañero Cobo, de técnico de laboratorio y transfusionista; el doctor González Posada, que llegó últimamente, pero que reforzaba el equipo, y yo. Es decir, como hospital rural cumplía su misión de hospital de retaguardia.

Mi hijo también quería tirar tiros

Me acompañó en la aventura, Nicolás Limonta Sánchez. Era apenas un niño, pero quise tenerlo conmigo y cuidarlo lo más posible. Yo quería tenerlo dentro del hospital y lo puse a hacer laboratorio; se lo entregué al jefe de laboratorio, al compañero Cobo, quien desde el primer día lo puso a practicar, realizando exámenes de heces fecales; pero parece que ese trabajo de remover las heces fecales con un palito al muchacho no le gustó. Poco después el compañero Cobo me dio la queja de que mi hijo no quería trabajar en el laboratorio. Lo llamé para hacerle una reprimenda y me contestó lo siguiente: “Tú serás médico, papá, estarás aquí de médico. Yo no soy médico, yo me alcé de verdad, pero para tirar tiros. Así que busca la manera de encontrar a otro auxiliar de laboratorio, porque en la primera que te descuides voy para el frente a tirar tiros”. Mi reprimenda o mi coacción no podía ser mayor que mi sorpresa. Entonces se lo entregué al teniente Salazar, que era el jefe de la guarnición del hospital, para que lo utilizara como combatiente.

Naturalmente, tanto mi hijo como yo queríamos tirar tiros. Yo no pude hacerlo, sí tuve que cuidarme de los tiros. El hospital era un blanco fácil de las avionetas, por su techo de zinc. El enemigo no podía atacarnos de frente, estábamos en territorio libre, estábamos Sierra adentro, pero por arriba era dueño del aire. Los refugios antiaéreos fueron visitados por nosotros en más de una ocasión, así que aunque no disparábamos, sí teníamos que cuidarnos constantemente de los tiros del enemigo.

Se tomó El Cobre. Entramos en Santiago el primero de enero, y yo no pude disparar un tiro. Talmente parecía que yo estaba llamado a ser insurgente o guerrillero o médico guerrillero, pero sin tirar un tiro al enemigo. Acepté ese designio de la suerte, y el día 2 enero ya yo estaba trabajando en mi consulta.

Esa misma tarde me sorprendió el capitán Reyes Cos y me dijo: “Vamos al hospital militar a sacar a los que están allí y hacernos cargo del hospital. La Revolución te llama y aunque sea provisionalmente tienes que venir”. Y fui. Entonces los doctores Reyes Cos, González Posada y yo nos hicimos cargo del hospital militar de Santiago de Cuba, el Castillo Duany, hasta tanto se pudo organizar la sanidad militar, y nos fajamos con todo el problema de los rebeldes que llegaban enfermos o heridos de la Sierra.

Tal parece que ese carácter provisional se ha prolongado y aún sigo en el hospital militar Castillo Duany de Santiago de Cuba, a pesar de que los años van pasando. Allí me he ganado el calificativo de Abuelo.



Usamos hasta una manguera de gasolina



Dr. Horacio González Menchero

Un grupo de compañeros, entre ellos el doctor Benjamín de Zayas García, dentista, subimos la loma el 4 de abril de 1958 por Santa Isabel de Nipe.

Tuvimos un combate en el mes de mayo en Los Indios. Un compañero resultó herido en el tórax. Yo me encontraba cerca y me lo trajeron en mal estado, botando sangre por el orificio de la herida. Ya atardecía. Entonces lo llevamos al hospital que teníamos en El Lirial. No era tal hospital, era una casa donde establecimos el hospitalito. Recuerdo que no teníamos nada, lo único que nos habían suministrado de Guantánamo —fíjense, de Guantánamo nos suministraban a la costa norte las compañeras, las hermanas del comandante Samuel Rodiles— era pentotal y algún instrumental de cirugía. Y con eso nos dimos a la tarea de operar al compañero herido en el tórax. El muchacho estaba muy mal, no tenía pulso, ni presión, nada. Y yo no tenía anestesia —el dentista que yo mencioné era el anestesista, pero en ese momento estaba en el combate—. Ya era de noche, no teníamos luz tampoco. Había un taller enfrente, y los mecánicos improvisaron unas unidades selladas de yipi, con acumuladores, fue un foco

formidable, lo mejor que he visto yo para operar. Tampoco teníamos mesa. Utilizamos la de comer. No había nada para esterilizar el instrumental, y dándole pentotal en un suero e inyectándolo por la vena pudimos abrirle el tórax al compañero y suturarle el parénquima pulmonar que estaba sangrando. Ese día, el compañero Julián Rizo me sirvió de ayudante.

Tampoco teníamos el separador de tórax; tuve que seccionar costillas. No tenía costótomo; los mecánicos me ayudaron también, me dieron una pinza de cortar cables y la hervimos. Con esa pinza le corté dos costillas y pude penetrar al tórax.

Hicimos la operación espantando tataguas, porque estos insectos acudían a la luz y se metían en el tórax, dentro de la cavidad. Recuerdo que hubo que llevarse a un compañero que estaba allí de curioso, se puso a mirar y ahí mismo se desmayó. Hubo que llevárselo. Aquello fue “de película”, como se dice.

La cuestión fue que no teníamos ni sangre, a base de sueros nada más. Fue lo que me dejaron. No teníamos anestesista. A un compañero sastre lo puse a dar anestesia también. Le dije: “Bueno, ponte a dar anestesia ahí, a poner pentotal lentamente”.

Cuando fui a cerrar —como el tórax hay que cerrarlo y dejar siempre una sonda bajo agua, que se llama drenaje irreversible para que ese pulmón se expanda, se reexpandan— no tenía tampoco sonda. Entonces otra vez los compañeros del taller de mecánica me ayudaron, me trajeron una manguera de esas de sacar gasolina y esa fue la que le puse.

Y el muchacho, con antibiótico, con lo que fuera, evolucionó perfectamente bien y ahí se encuentra de teniente en Santiago de Cuba, trabajando en el Ministerio del Interior.

Esa fue una de las experiencias primeras que tuve en la guerra. Otra fue la atención a los campesinos. Rápido me di cuenta de la necesidad de médicos que había. Después tuvimos el ataque a Moa el 26 de junio de 1958, donde sufrimos la pérdida del compañero Pedrín Soto Alba.

Llévese la cama mía

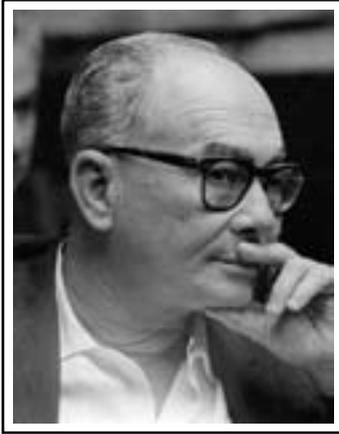
Posteriormente surtimos el hospital de Los Indios. Nos acomodamos en una casa de mosaico, de los Fonseca. Nos llevamos todo el instrumental. Había cuatro farmacias y las cuatro las sacamos, sacamos el hospital. Fueron diecisiete camiones. Incluso había dos pacientes que nos dijeron: “Mire, yo me quedo acostado en el suelo, llévese la cama mía”. Esa era la disposición del pueblo. Nada más dejamos las lámparas y esas cosas. Todo lo que había nos lo llevamos.

Al compañero Jotor Cisneros le explotó una granada de M-26 antes de que saliera. Le explotó en la misma cara y parte de la metralla se le metió en el ojo. Le botó el globo ocular, le penetró completamente. Yo nunca había operado ojo, y tuve que hacerle la extirpación total de globo ocular y enuclearlo totalmente. El compañero Jotor se portó muy bien, perfectamente, fue uno de mis buenos pacientes.

Así nos fuimos extendiendo y haciendo hospitales. Hicimos uno en Casimba, que era uno de los predios de una familia muy conocida en La Maya y en Guantánamo, los Mancebo. Ellos fueron los matadores de nuestro líder campesino Niceto Pérez. Después de aquello tuvimos combate en la misma carretera, cuando llegó Villa [Demetrio Montseny] y al propio Villa una de las balas le hizo como una raya en el mismo centro del cráneo, o sea, del cuero cabelludo.

Nos trasladamos otra vez. Antes de eso, la Columna 9 tenía un solo médico, que era ortopédico, y pidió refuerzo, porque ellos estaban atacando El Cristo y La Maya. Entonces en la toma de El Cristo hubo muchos heridos nuestros; yo ayudé a atenderlos.

Cuando solicité el traslado, el movimiento insurrecto iba tomando campo. Ya conocía que se había abierto un Cuarto Frente por la costa norte, y entonces dije: “Déjame ir echando para la tierra mía”, y fue cuando el compañero Gutiérrez Muñiz se quedó en mi lugar. Yo partí para Marcané.



Tifoidea con síntomas de apendicitis

Dr. Ángel Luis Rodríguez Torres

Nosotros empezamos en la lucha el 10 de marzo. Trabajamos durante treinta años en un pueblito pequeño de Las Villas, Cartagena, y el 10 de marzo sublevamos el pequeño pueblo, cerramos el comercio y fuimos al cuartel. Les exigimos una definición a los soldados y estuvimos en el cuartel, prácticamente tomado por nosotros. “Nosotros” es esta humilde persona, con una pistolita; pero aquellos señores no se atrevían a definirse en contra del gobierno constituido. Decían: “No, nosotros respetamos el gobierno constituido”; pero tampoco se enfrentaban al golpe.

Y así estuvo la cosa, a pesar de que por la radio empezaron a dar noticias y noticias. Aproximadamente a las seis de la tarde, se convencieron de que el golpe se había consolidado. Entonces empezó el conciliábulo entre ellos. A esa hora yo me di cuenta de que en realidad estaba allí expuesto a un simple asesinato, porque ya no podía dominar a aquella gente. Estaba yo solo, el pueblo estaba desconcertado y entonces me retiré.

Al poco rato apareció una pareja del ejército en casa y me dijo uno de ellos: “Oiga, doctor, nosotros tenemos una situación muy grave, porque lo que ha pasado es que usted, prácticamente, ha

tomado el cuartel, que es de nosotros. Nosotros somos vecinos aquí del pueblo, ¿qué situación es la que tendremos el día de mañana, cuando se sepa lo que ha pasado? Nosotros tenemos que arrestarlo”. Entonces yo les dije: “Bueno, si ese es el problema, yo estoy de acuerdo, porque en definitiva, que por lo menos quede para la historia que yo no he aceptado este golpe”.

Lo ridículo del caso es que me llevaron preso hasta Cienfuegos y se celebró juicio en la Audiencia. ¡Qué cosa más interesante! un hombre acusado por defender, precisamente, la Constitución. Yo creo que fue el único juicio que se celebró en Cuba por este motivo.

Levantamiento del 5 de Septiembre

Luego, en septiembre de 1957 estuve vinculado a la preparación del levantamiento de Cienfuegos. Con otros compañeros médicos, se me comisionó para organizar la sanidad militar el día de los hechos.

Previamente, los días 3 y 4 de septiembre, los aprovechamos para organizar a un grupo de médicos que trabajaba en la Clínica Moderna y la Colonia Española, con vista a los sucesos que se avecinaban. Se pudo conseguir y almacenar cierta cantidad de suero, plasma. Incluso se logró dar de alta a una serie de enfermos, aplazar operaciones, para contar con las camas y los recursos suficientes en ambas clínicas.

A pesar de que por problemas de coordinación no se me avisó a tiempo y llegué a la ciudad comenzado el combate, pude atender a los heridos del bombardeo de Cayo Loco.

Hubo muchos heridos, hubo muchos muertos, pero en realidad hubo una gran atención, tanto para los heridos de un bando como para los del otro. Recuerdo que el director del hospital, que no estaba con el Movimiento, se negaba a curar y a atender a los

heridos civiles y no atendía más que a los militares. Me presenté en el hospital y formé tremenda bronca, porque su conducta era contraria a la nuestra.

La ciudad, en la práctica, la tomamos y en realidad fueron unas horas de lucha intensa, hasta que la cantidad de refuerzos enviados por la dictadura hizo inútil la resistencia.

Fue una lucha tenaz de todo el día. Ya por la noche estábamos agotados, no había parque, había un desconcierto grande, no podíamos reunir al personal. Yo recuerdo que pasé a trabajar a la Colonia Española aquella noche. También recuerdo el caso concreto de Serafín Ruiz de Zárate, un compañero que después estuvo en la sierra del Escambray, a quien le dijo el jefe de la tropa de Matanzas que podía retirarse —Él era médico de la Cruz Roja—, porque allí no había heridos, para que no atendiera a los heridos.

Sin embargo, un personal precisamente organizado por nosotros atendió al teniente coronel de Santa Clara que había sido herido, al mismo tiempo que fue muerto el hijo de él, que era teniente. A pesar de eso, de que nosotros habíamos atendido a sus heridos, resultó que para los combatientes del 26 de Julio y los marinos sublevados no hubo cuartel, no se nos permitía ni atenderlos.

Vivimos una de las páginas más dolorosas de la historia de Cuba.

Aquella noche luché por salvar a un muchacho que estaba en la Colonia, había perdido un brazo y tuvo una gran hemorragia. Hubo que estar haciéndole transfusiones. Yo me pasé la noche allí con él. Después, el padre de este muchacho, que era sargento de la Marina, se enteró de que su hijo estaba allí, vino a Cienfuegos y se lo llevó. Si no se lo lleva lo asesinan.

Al otro día, cuando ya no fue posible resistir más, tuvimos que desaparecer y escondernos en los distintos lugares de la ciudad hasta que pudimos pasar para La Habana.

Luego de una estancia en la capital, el Movimiento decidió enviarme nuevamente a Cienfuegos; pero no como médico, sino para reagrupar y organizar las milicias. Ya mi vida era clandestina y desde fines de septiembre hasta enero de 1958 estuve en la organización militar del Movimiento, organizando las milicias de la ciudad, que se recuperaba de los sucesos del 5 de septiembre.

Subí a la Sierra

Cuando la ofensiva, se pidieron médicos para la Sierra. El Movimiento me envió. Llegué el 3 de agosto.

Después organizamos un hospitalito en Las Peñas. Aquí, prácticamente, no curé heridos. No había combates, no había nada, me sentí un poco defraudado, porque decía: “Bueno, pero a esto no he venido”. Allí tenía a muchos campesinos que venían a que se les recetara, y se les recetaba. Entonces decidí ir hacia La Plata, que fue cuando se me cayó el caballo y sufrí la fractura. Sarría me substituyó en el hospital de Las Peñas.

Subiendo a La Plata, se me cayó el caballo y llegué en malas condiciones, porque llevaba una fractura. Martínez Páez me atendió y estuve en aquel hospital como un mes.

Ya me sentía bien del pie y pedí que me situaran. Faustino me ubicó en las Vegas de Jibacoa, en un dispensario para atender a los reclutas de Minas del Frío. Allí estuve hasta que se terminó la guerra. En este lugar tuvimos una reunión con los médicos del territorio libre.

Bien, en realidad, cuando estábamos en la clandestinidad, abajo, no hacíamos nada; pero por lo menos corríamos algún riesgo, y cuando llegamos a la Sierra, al territorio libre, teníamos tal seguridad que yo me acomplejé, me parecía que era hasta un acto de cobardía estar allá arriba. Yo no podía ir con las fuerzas guerrilleras porque no veo nada de noche. Entonces, si iba con

las guerrillas era un estorbo y un peligro para los demás. No podía aspirar a ese honor. La otra razón era el sentirme un poquito defraudado, porque no es eso lo que uno desea, uno desea pelear. Y no era posible que peleara.

Como médico, atendí a mi primer paciente antes de llegar a Las Peñas, en una finca que se llama Candelaria, una finca muy grande que era de la Like Brook. Allí atendí a un rebelde con una fractura de fémur. Tenía su extensión, revisamos aquello y quedamos en regresar al otro día para volver a curarlo, porque hacía muchos días que no se curaba la herida. Era una fractura complicada. No recuerdo el nombre de aquel compañero.

Al día siguiente, desde Las Peñas, regresé a caballo y le hice una buena cura, con material, porque cuando llegué el día anterior no tenía nada con qué curarlo.

En el camino me encontré con las fuerzas de Guillermo García que bajaban rumbo a Limoncito, donde estaba su comandancia: trasladaban a una señora, como de cincuenta años de edad, con una hernia estrangulada. Estuve como cuatro horas queriendo resolver el problema; pero era imposible operar allí. Llovía torrencialmente. Pudo resolverse esa hernia estrangulada mediante taxis. Indagamos si era posible trasladarla. Podíamos llevarla a La Plata, pero como estaba el camino era imposible.

¡Triste privilegio de los años!

De la parte médica, en La Plata, hay cosas muy interesantes. Por ejemplo, las reuniones que hacíamos, mesas redondas donde aprendimos mucho, en ocasiones eran un poco jocosas, pero en otras muy serias, pues se discutían asuntos interesantes y los compañeros mostraban gran interés.

Recuerdo cuando Laferté fue operado por Trillo, con la asistencia de Ordaz, como anestesista.

Laferté es uno de esos casos curiosos que indica lo difícil que es la medicina en determinadas condiciones, sobre todo cuando nos hemos acostumbrado al laboratorio, a la radiografía y demás; muchas veces hacer un diagnóstico único y exclusivamente clínico trae o puede traer consecuencias fatales para el paciente.

Se le diagnosticó una apendicitis. Tengo la seguridad de que todos los síntomas clínicos eran evidentes, porque Trillo era un gran cirujano. No podía equivocarse. Sin embargo, después de operado, se le presentó un cuadro de dolor abdominal persistente. La fiebre se hizo intensa, era francamente un cuadro de tifoidea. Trillo estaba muy preocupado, decía: “Chico, ¿será una peritonitis?”. Porque en las condiciones en que se hacía una intervención de vientre allí, por mucho cuidado que se tuviera, no había la garantía que hay en un centro hospitalario. Entonces me consultaron a mí como médico viejo. Yo recordaba cuadros de la tifoidea, que ellos posiblemente no tuvieron o no lo habían visto o si no muy poco, y dije: “Chico, este hombre lo que tiene es una tifoidea. No lo abran más, vamos a darle cloranfenicol que este hombre se cura”. Y así fue.

Es de esos casos interesantes, porque es la experiencia de haber vivido una época muy distinta. Cuando yo me gradué tuve que ver muchos casos de tifoidea y leer sobre esa enfermedad en los libros clásicos. Ya eso, prácticamente, no se ve. Los casos de tifoidea que simulan una apendicitis los trae la literatura antigua, yo los conocía. ¡Triste privilegio de los años!

Hubo otro caso muy interesante. Yo oía al doctor Ibieta hablando de la miasis y de que ellos no habían tenido en el campo ningún caso de tétanos ni de gangrena. Sin embargo, a nosotros nos llegó un jamaicano, ya bastante viejo, herido por una bomba o por un casco de metralla de la aviación, que tuvo una gangrena y tétanos.

Había mejorado algo con la cantidad de suero que se le ponía, la penicilina y demás, cuando se presentó una miasis. Entonces

yo recordaba lo que había leído en otras épocas del drenaje que hacían las larvas de moscas en las heridas y el resultado que se había tenido en la guerra del 14, y después en la guerra española; les aseguraba a Ordaz y a Trillo que el hombre se salvaba. Precisamente, lo que venía a salvar la situación era la infección que él tenía de la miasis, es decir, de las larvas esas. Y efectivamente, nuestro jamaicano se salvó y yo sigo pensando que más que el suero que le poníamos, la penicilina y la mosca fueron las que resolvieron el problema del tétanos de aquel hombre.

Una noche de aquellos temporales que nos azotaron, estando en las Vegas de Jibacoa, me mandaron a buscar para un parto, y era un parto triple. Llegué al nacimiento del último niño, el tercero. Ya había expulsado dos fetos. Los tres nacieron vivos, no eran de tiempo, eran prematuros, y murieron por el estado de desnutrición que tenía la madre y porque, desde luego, no había recursos de ninguna clase para salvarlos. Eran tareas. Creo que hasta Celia dio el parto por Radio Rebelde, me informaron eso después.

Esa noche pasé uno de los dolores de cabeza más grandes de mi vida. La mujer había perdido mucha sangre. Sin embargo, la había dejado bastante bien. Había hecho, rápidamente, una extracción manual de placenta, porque la mujer se iba en sangre. El temor era producirle una infección puerperal porque la asepsia no existía. Cuando ya me retiraba, y estaba como a cien metros de la casa, una gritería enorme: “Se murió, se murió”.

Regresé y me encontré que aquella pobre mujer, que yo había dicho que no la movieran, la habían levantado, y como tenía un grado de anemia tal, tuvo un síncope. Ese era el problema que tenía. La acostamos otra vez. La volví a inyectar y, efectivamente, la pobre mujer se salvó y creo que ni una décima de fiebre, a pesar de haber hecho una extracción manual de placenta en condiciones duras. Solamente me lavé con alcohol, sin jabón ni nada de eso, y quemé las manos y antebrazos con yodo. Esa fue la única

asepsia que se hizo y tuve que hacer urgente la extracción manual de placenta, porque se iba en sangre la mujer. Pero las criaturas no pudieron resistir y murieron.

Esos son los casos más interesantes desde el punto de vista médico. Desde luego, allá Faustino me honró con el cargo de delegado de la Administración Civil en el Territorio Libre y ya eso me dio una serie de responsabilidades que procuré cumplir cabalmente.

En las Vegas de Jibacoa me sorprendió el primero de enero. ¿Cómo lo celebramos? Con una asamblea de campesinos en la que se acordó el plan de trabajo de aquel vecindario para el año que iniciaba. Así celebramos la caída del tirano, con un plan de trabajo para el año 1959 que contemplaba numerosas mejoras para la comarca.

Permanecí en la Sierra hasta que Aldo Santamaría me mandó a buscar. Bajé con los muchachos que estaban en la Mina. Fuimos para Santiago, creo que era sobre el 7 u 8 de enero. Después empecé a trabajar con el compañero Faustino en el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados.



Un hospital cuyas salas eran los potreros

Dr. Argimiro de los Reyes Acuña

Yo soy de Bayamo, donde ejercía como médico general y cardiología en especialidad. Bayamo era un punto conspirativo. Fue uno de los pueblos en que una gran parte de la población conspiró.

Recuerdo cuando en los cines de la ciudad solo exhibían el *Capitán Kid* y *La muerte del capitán Kid*. Se pasaban solamente esas películas, porque el sabotaje era tanto, que había luces en el pueblo nada más hasta las ocho de la noche. Y entonces, ¿qué sucedía? Que el ejército —porque en Bayamo era donde estaba el puesto de mando operacional de la Sierra Maestra, de las fuerzas de la tiranía— no permitía que se cerrara el cine y obligaba a dar películas todas las noches. Y como el dueño del cine no podía pagar las películas y nada más que tenía *El Capitán Kid* y *La muerte del capitán Kid*, todas las noches las ponían.

Al comienzo de 1958, yo supe que en la Sierra hacían falta médicos. Me dirigí a la compañera Cheíta de Varona y le planteé mi disposición de ir. Entonces ella me dijo: “Bueno, espérate unos días que yo después quiero hablar más contigo”.

A los pocos días me comunicó lo siguiente: “Mira yo he recibido un contacto que ha venido de la Sierra y creo que tú no debes ir para allá, porque tú hace apenas tres o cuatro meses saliste del Pabellón Borges —yo había tenido un dolor precordial y por ese motivo estuve un tiempo en reposo— y las condiciones en la Sierra están un poco duras, además, vas a tener que caminar demasiado. Yo considero que tú no debes hacer ese esfuerzo”.

La ventaja de una arrocera

Entonces me quedé, comprendí que era verdad, que era muy duro. Nuestra familia —somos tres hermanos— tenía una pequeña arrocera que mis hermanos explotaban. Esa arrocera se convirtió después en un cuartel general del Ejército Rebelde. Allí comenzamos a atender a heridos, muchachos de Bayamo, Tunas, Holguín, Camagüey, que hacían atentados. Un muchacho, que nunca dijo el nombre, yo lo conocía por Carito, estuvo bajo mi asistencia alrededor de seis a siete meses, con una herida de bala de rifle que le fracturó la cabeza de un fémur.

Yo no era ortopédico, ya les dije que lo que hacía era medicina general. Y en Bayamo no tenía un ortopédico que me ayudara, porque desconocía su integración y no podía arriesgarme. Entonces iba y me ponía a hablar con alguno de ellos acerca de cómo se reduciría esa fractura. Luego, de acuerdo con lo que me orientaban, iba al otro día y lo ponía en práctica allá en el campo.

En los primeros tiempos yo tenía acceso a todos esos heridos, porque como iba para casa de mis hermanos, no había problemas. Entonces, ¿qué hacía? Curaba a la gente en la casa y dentro de una serie de montes: Cauto el Paso, Embarcadero, Pastor, y en otros lugares. Toda esa zona yo la conocía como las palmas de mis manos, porque la caminaba mucho a caballo. Miguel Capote, por el Movimiento, me dio un par de ellos muy buenos.

Desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche, yo andaba a caballo, porque los heridos los teníamos repartidos, eran muchos. Hubo lugares de muchos heridos, pero no tantos como por allí.

Poníamos a uno en una casita de varaentierra con un compañero y un arma, al otro a cinco kilómetros de ahí y así teníamos diez y más. ¿Por qué toda esta dispersión? Porque era una zona de fácil acceso para el ejército de Batista. Entonces el movimiento mío era tremendo. Por eso les digo que me montaba el día entero en un caballo e iba de potrero en potrero, igual que por la sala de un hospital, de cama en cama; la diferencia era que mis camas estaban esparcidas en una zona muy amplia.

Así estuve unos cuantos meses, hasta el día que mataron a un muchacho de apellido Uset* e hirieron a otro. Eso fue como a las nueve de la mañana, y como a las 10:30, ya estaban en casa buscándome para atender al herido. Lo atendí y decidí quedarme.

La casa del moro

Permanecí en esa actividad de movilización durante ese tiempo, ya que las tropas, por ejemplo, eran las de Orlando Lara —con quien primero empecé—, las de Miguel Capote, quien nos abastecía de todo, y las de Roberto Reyes. Después llegó Cristino Naranjo. Cuando a Lara lo hirieron y subió a la Sierra, yo me quedé con Cristino. Además, los muchachos que estaban por Río Cauto, con Gerardo Hernández, Machado, y los de Camagüey, como Pepe Botello y toda su gente, yo tenía que mantener contacto y atender a sus heridos.

Yo era el médico de la tropa de Cristino Naranjo y es una seguridad muy grande para el soldado saber que tiene un médico.

* Alfredo Uset Bertot apareció baleado en el cementerio de Bayamo en junio o julio de 1958. Pertenecía al Movimiento Revolucionario 26 de Julio.

Cuando ellos ven un hospital se sienten más seguros, la tropa se siente protegida. Luego se organizó el Cuarto Frente con la tropa de Lalo Sardiñas; el médico fue Piti Fajardo. Ya todos pensábamos en un hospital, pues la zona estaba protegida y teníamos compañeros por dondequiera. Pronto esa fue la decisión. Escogimos la casa de un moro de apellido Puchara, que tenía una gran finca. ¡Y qué simpática resultó esa conversación!

El moro venía los domingos a la finca, entonces Lara dijo: “Bueno, pues el domingo vamos tú, Piti y yo, a pedirle la casa al moro”. Llegamos a la una de la tarde, nos sentamos en la sala y Lara le dijo al dueño:

—Mire, señor Puchara, nosotros venimos aquí, porque en esta casa que tiene placa, seis cuartos y tres naves más en derredor, hemos decidido poner un hospital. Pero fíjese, nosotros no lo vamos a poner si usted no nos lo autoriza. Queremos que usted nos preste su casa.

Allí el moro empezó a llorar.

—¿Pero cómo ustedes me piden eso? Cuando yo llegue a Holguín esta noche o dentro de tres días, ya todo Holguín sabe que se las presté. ¿Por qué no me la quitan a punta de pistola?

—Nosotros no usamos las armas para esto —le explicaba Piti.

El moro salió de su finca llorando y nos dejó la casa. Enseguida empezamos a armar el hospital. Conseguimos una planta eléctrica, un transformador, un refrigerador grandísimo. Bueno, aquello empezó a coger forma de hospital.

Entonces llegaron Elvira Paneque, Noemí y Norma Gómez Ochoa; ya teníamos unas muchachas con preparación que nos ayudaban dentro del hospital. Bajó más tarde Marta Cartón y se incorporaron dos enfermeros de Holguín, uno al que le decían Melilla, y otro de apellido Betancourt. También vino un compañero que estudiaba Medicina y sabía laboratorio, Milton McDonald. Posteriormente, tuvimos hasta un anestésista, porque llegó el doctor Humberto Guida.

Como a las once o las doce de la noche que nos entregaron la casa, me avisaron que se había cogido una avioneta entre Holguín y Tunas y que un campesino le había metido la mano a la hélice para pararla, por supuesto que se la destrozó. Le puse un pentotal en la vena y le salvé solo un dedo. La gente me decía: “Bueno, ¿y para qué le dejas el dedito ese?”. “Ese le sirve para algo”. Como a los dos o tres años me lo encontré y me dijo: “Médico, mire su dedito, mírelo”. Él manejaba su dedo muy bien.

Mi experiencia más grande consistió en hacer cosas que yo no pensé nunca en mi vida que tendría que hacer. Martínez Páez tuvo que arreglar algunos huesos, después de la guerra, que yo no pude dejar perfectos.

Lo que resiste el cuerpo humano es tremendo. Hubo un ataque a una microonda por Holguín y un muchacho recibió un tiro en el abdomen. Yo estaba solo, porque Piti y Guida habían ido a La Guanábana, a un combate que había allá, y no había manera de que aparecieran. Yo veía a aquel muchacho desangrándose, y Milton haciéndole transfusiones y poniéndole plasma y sueros. Mandé a buscar a un médico, Villalón, que tampoco era cirujano. Él no estaba en la insurrección pero ayudaba mucho. Cada vez que lo necesitábamos, él estaba allí. Cuando llegó, le expliqué:

—Mira, Villalón, yo no puedo encontrar a Piti. Yo quisiera que tú vieras a este muchacho. A mí me parece que hay una perforación intestinal, pero hay que abrir el abdomen.

—¿Y tú qué sabes de eso? —me preguntó.

—Bueno yo no sé nada, pero yo creo que debo hacer algo, porque aquí la gente está esperando que nosotros hagamos algo. Y le abrimos el abdomen, hicimos algunas suturas y lo mantuvimos vivo. A los dos o tres días llegaron Guida y Piti y le hicieron una segunda operación, y el muchacho se curó. Pero la perforación nosotros se la resolvimos primero, después ellos completaron el trabajo. El muchacho no se murió.

No había penicilina muchas veces. Hubo una operación en que yo los mandé a bañar a todos. No había nada para desinfectarnos y nos echamos alcohol. A Piti le dimos un baño de alcohol. Y todos, yo que era el ayudante y Guida el anestesista, nos dimos el baño de alcohol. Era un abdomen, salió perfecto aquel muchacho, sin fiebre. Esto no fue en las montañas, esto fue en pleno llano, donde tú cogías una carretera y te ametrallaban. Por eso siempre hablo del peligro en que vivían esos hombres. Era en pleno llano.

Una vez se puso una bomba para derrumbar un puente y obstruir la Carretera Central. Pero no estalló. Al poco rato, Carlos Labrada fue a inspeccionar la bomba, y en ese momento estalló el artefacto y lo dejó ciego, además, un brazo destrozado, el otro herido y la pólvora incrustada en todo el cuerpo. Piti me mandó a buscar. Nos pusimos a pasarle suero. Bajamos al muchacho de la camilla. Piti y yo nos sentamos en el suelo, a un lado cada uno. Le pusimos un suero en la vena y un pentotal. Yo ayudaba a Piti y le daba la anestesia. Bueno, pues el caso es que un brazo se lo curamos bastante bien; el otro, con una segueta de un taller de mecánica, se lo cortamos.

De un ejército y otro

Según pasaban los días aquello se fue organizando. El director del hospital era Piti. Posteriormente me dejó la dirección a mí, porque se le comisionó dirigir los servicios médicos del Cuarto Frente; ya había médicos por Gibara, donde se hizo otro hospital, al frente del cual estaba el doctor Manuel Díaz Legrat. Tenía a Fernández Soto por allá por la zona de La Guanábana. Ya era un grupito de médicos. Nuestro hospital siempre tuvo un trabajo muy fuerte, porque era una zona extremadamente grande, parte de Camagüey, Las Tunas y el norte de Bayamo y Holguín. Ya

teníamos incluso un abastecedor del hospital que era el compañero Góngora. Allí la gente trabajó bien. Siempre había heridos. En cirugía ortopédica hice muchas operaciones. Los compañeros decían: “¡Cómo sabe el médico ese!”. Y yo lo que era un osado. Pero tenía que resolver.

En estas faenas llegué el primero de enero. El día 2 me trasladé a Bayamo para ir sacando a los heridos de la finca de Puchara. El día 3, como a la seis de la mañana, en una finquita, a la salida de Bayamo, me entrevisté con Fidel. Me preguntó cuántos heridos tenía. “Setenta, Comandante”, le contesté.

Allí se me entregó dinero para abastecer de alimentos el hospital. Yo le planteé a Fidel el problema económico del hospital de los guardias. En Bayamo había dos cuarteles, uno que era el cuartel viejo y otro, el puesto de mando de La Granja pero en el cuartel viejo era donde estaba el hospital militar, un hospitalito muy bueno. Le dije:

—Mire, yo estuve allí, Comandante, y no hay comida. Los guardias que están heridos no tienen qué comer, porque no hay nada en la despensa y no fuman hace como diez días.

—Bueno, tú vas al cuartel, traes a todos los heridos tuyos y los pones junto con los guardias. No te hagas director de aquello, te pones bajo las órdenes del médico que esté allí de director. A partir de seis o siete días, tú vas a recibir todos los días un avión aquí. Tú me mandas para La Habana a todos los heridos, tanto guardias como del Ejército Rebelde.

Aquella unión fue muy simpática, porque los muchachos nuestros y los guardias heridos se hicieron amigos, muchos de ellos se hicieron amigos. Allí había guardias que se habían autodisparado para no ir a pelear. Cuando hicieron amistad con los muchachos, se lo confesaron. Estuvimos embarcando a los heridos casi todo el mes de enero, porque después empezaron a llegar los del hospital del doctor Sarría y de otros cercanos. Hasta que no salió el último herido, no levantamos aquel hospital.

Un poquito de todo

Yo creo que en la etapa en que vivimos debe impartírsele al médico un poquitico de cirugía, un poquitico de ortopedia y un poquitico de anestesia. Porque, eso es indispensable en la guerra. ¡Es una seguridad tan grande para el combatiente saber que tiene un médico dentro de su tropa!

RÓMULO SOLER: Yo creo que el cirujano en general debe tener buenos conocimientos de emergencia y se debe formar en la ortopedia, en la anestesia y en quemados, que es donde más llegamos a ser verdaderamente útiles en caso de confrontación con el enemigo, porque el cirujano no sabe si en el momento del combate contará con un anestesista que lo ayude.

ARGIMIRO DE LOS REYES: Bueno, lo único que yo quiero es darles las gracias a los promotores de este encuentro, porque de verdad nos han unido a compañeros de lucha, a compañeros que han tenido experiencias valiosas, unas más largas, otras más cortas, porque los que fueron allí el 31 de diciembre, no sabían cuándo terminaría la guerra, por eso yo respeto a todo el que fue, aunque nada más haya estado dos días, ese no sabía que al otro día acabaría la pelea.

Para mí ha sido de mucho placer haber venido, haber conocido y departido con los compañeros, a muchos los conocía porque hemos tenido algún contacto. Después de la insurrección yo no pertenezco nunca a las FAR, pero enseguida me incorporé a la lucha dentro de Salud Pública, y por esa vía hemos tenido contacto. Esto nos ha unido a un grupo que yo tampoco sabía de muchos que estuvieron en la guerra. Yo creo que sería conveniente que de vez en cuando nos reuniéramos, aunque sea para tomar un café o un guarapo.



Con el Che en la batalla de Santa Clara

Dr. Adolfo Rodríguez de la Vega

Mi actuación en la lucha contra Batista comenzó al inicio del golpe de Estado. Yo recuerdo haber sentido una rebelión incompatible con mi tranquilidad y empecé enseguida a tratar de hacer contacto con la gente más inconforme. No se veía nada claro hasta que contactamos con el Movimiento 26 de Julio. Estaba Fidel en México.

A partir de entonces mi participación se fue haciendo cada vez más intensa hasta el alzamiento de Cienfuegos. Cuando vino la acción de esta localidad cumplí una misión más importante: recibí a algunos de los compañeros que habían logrado escapar. Santiago Riera me llevó al comandante Camacho Aguilera. Después de esta acción llegó Ángel Luis Rodríguez. Así nos fuimos implicando y, a partir de ese momento, seguimos trabajando en la clandestinidad en estrecha colaboración con el comandante Camacho Aguilera.

Luego la situación se puso violenta y me indicaron ir para la Sierra Maestra. Creo recordar que fue a verme el compañero Fabio Vázquez uno de aquellos días en que ya iba a salir para las lomas orientales.

Me vino buscar a La Habana el doctor Serafín Ruiz de Zárate. Él fue el encargado de llevarme a hacer contacto con la columna del comandante Guevara que, a la sazón, había llegado a la zona de Sancti Spíritus.

En ese viaje trasladamos alguna dinamita y alambres eléctricos. Al llegar a Santa Clara nos tuvieron escondidos en casa de un médico, Aurelio Hernández de la Barca, donde también le habían dado protección al comandante Camacho Aguilera en ocasiones anteriores. A la compañera Aleida March se le encomendó llevarnos para la sierra

Íbamos el doctor Serafín Ruiz de Zárate, que debía entregar junto conmigo la dinamita; pero como él todavía tenía una situación transitable, tenía órdenes de regresar, igual que la compañera Aleida. Ella con las doctoras Marta Lujioy y Graciela Piñera fueron las que nos transportaron de Santa Clara al lugar donde estaba el Che.

Caminamos aproximadamente doce horas. Después hicimos los contactos en Sancti Spíritus. Abandonamos la máquina de alquiler y unos yipis. En lo adelante ya fue a pie la cosa. Caminamos como unas doce o catorce horas sin parar hasta contactar con la tropa del comandante Guevara. En este encuentro lo conocí.

Al siguiente día por la mañana, los compañeros bajaron. Creo que Serafín y Aleida tuvieron que volver, porque en el llano se enteraron de que ya los estaban buscando también.

En el campamento estaban el comandante Fernández Mell y el hoy comandante Vicente de la O. Por esos días había llegado también el cirujano doctor Rojas, que ya había organizado su hospitalito allí. Allan Rosell estaba en Caballete de Casa. Esos eran los médicos que estaban cuando yo llegué.

En los primeros días, como yo no era cirujano, me parecía inútil mi labor como médico. Por suerte enseguida me convencí de que no, porque atendíamos una cantidad extraordinaria

de campesinos, de público que acudía, principalmente niños. Los hombres y mujeres tenían más confianza en los médicos del Ejército Rebelde que en los hospitales que existían en los pueblos de los alrededores.

De un pueblo a otro

Llegó el día de atacar Güinía de Miranda, y empezaron a prepararse las condiciones para atacar los demás pueblos. Fue una cosa muy rápida, todo sucedió velozmente; primero Fomento y a los pocos días Cabaiguán. De Cabaiguán a Placetas. De Placetas a Sancti Spiritus, que lo abandonó el ejército sin ofrecer ninguna resistencia.

En Cabaiguán el combate duró bastante tiempo. Después de que terminó, a todos nos parecía que había un francotirador. El comandante Guevara decía que no había tal francotirador e hizo que se pararan los tiros. Cuando fue a saltar una tapia, se cayó; presentó un esguince en el brazo. No pudimos precisar bien en la radiografía si había fractura o no, pero de todos modos decidimos que se inmovilizara. Al final concluimos que su fractura era en el codo.

Lo recuerdo acostado en el suelo y yo insistiéndole en que descansara un poco, pero qué va, me dijo:

—¡No, no! Si dentro de poco tiempo continuamos rumbo a Placetas.

—Che, ¿pero es imprescindible salir en estos momentos? Tú estás muy golpeado, porque no es el brazo solo, no hemos dormido tampoco.

—No, no, ahora mismo.

Y efectivamente, pocos después salimos para Placetas. Posteriormente vino el ataque a Santa Clara. Situamos el puesto médico de avanzada en la universidad.

¡Virar para atrás no!

Después de que el Che distribuyó la gente, dio las instrucciones y salió el destacamento de Acevedo. Fernández Mell y yo nos acostamos en la esquina de una de las aulas de la universidad. Teníamos mucho sueño. Los aviones tiraban y a pesar de eso nos quedamos dormidos. Los cristalitos nos caían a veces arriba, pero ni los sentíamos. Como a la una de ese día, empezaron a llegar los heridos.

Ya habíamos organizado que allí solo se atendieran los casos más urgentes, el resto se pasaría para Camajuaní, adonde se podía llegar rápido a pesar de que el puente estaba volado. Esa noche la pasamos allí, mientras se tomaban posiciones, distintos puntos de Santa Clara, edificios importantes. El grueso de la tropa de Batista parece que se recogió, como siempre hacían, dentro de los cuarteles. La batalla era, al final, en los cuarteles.



En medio del combate nos trasladamos a la clínica Santa Clara. Siempre recuerdo una cosa que se la he agradecido al compañero Fernández Adán. Es que un médico, el doctor Noy, me planteó al tomar la clínica que se iba a perder la protección de la Cruz Roja, no se iba a considerar un lugar con protección internacional y la iban a bombardear por haber rebeldes dentro, y como nosotros estábamos barbudos se vería que era un lugar en poder rebelde, no neutral.

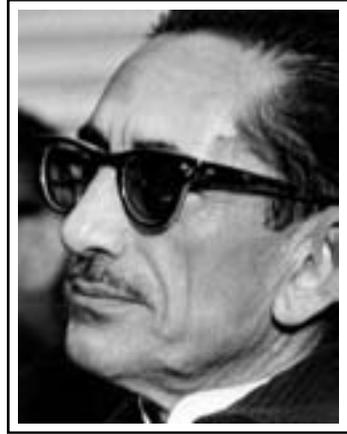
Entonces yo le dije a Fernández Adán: “Bueno, yo voy a virar para consultar este problema con el Che. Quédense ustedes mientras tanto”. Pero él me dijo: “No, virar para atrás no, él dijo que la tomáramos, quédate aquí que virar para allá es muy difícil”. Y efectivamente, al poco rato llegó el Che y empezó la cuestión del tren blindado.

Desde que bajamos al llano yo actué, además de como médico, como ayudante del Che, que me nombró capitán ayudante, precisamente durante la batalla de Santa Clara.

Con ese carácter participé con el Che en la revisión del tren blindado y en el traslado de los soldados vencidos a Caibarién.

También fui comisionado por el Che para exigir la rendición al Regimiento Leoncio Vidal de la ciudad de Santa Clara. Tuve dos entrevistas con los jefes que, por la falta de moral de la oficialidad y de los soldados y debido al cerco del Ejército Rebelde, se nos rindió el primero de enero. Ese mismo día salimos para La Cabaña, en La Habana.

Tomé mi maletín y partí



Dr. Marcelino González Serrano

Yo soy de origen campesino. Hice mi carrera de médico con matrícula gratis. Veinte años de médico en Cueto, un pueblecito muy chiquito, muy revolucionario. Si el compañero Argimiro decía de Bayamo, yo lo digo de Cueto.

Jamás tuve un puesto político, jamás, hasta que llegó la Revolución y me hicieron médico de Salud Pública de Cueto. Nunca fui afiliado a ningún partido político.

Ya tengo cincuentaidós años, ya soy abuelo, y con respecto al problema de la tiranía, estuve en manifestaciones estudiantiles en el machadato.

Me fue fácil, entre un grupo de compañeros, estar en el Movimiento 26 de Julio desde los primeros momentos.

Periódicamente suministramos, a través de Marcané, Birán, La Perrera, armas, víveres, medicinas, instrumental médico y toda esa serie de cosas que eran básicas para la guerra.

Siguió avanzando la lucha y vino la toma de Cueto. Sabía del ataque a Cueto desde por la mañana. La toma era para las diez de la noche. Cogí mi maletín con todo el instrumental y a las diez, efectivamente, empezó la toma del pueblo.

Como a las doce y pico, el compañero Furry fue herido por una munición en el hombro. Es un compañero muy valiente y guapo, pero con un temor pánico a la jeringuilla. No lo pude inyectar. A eso de las cinco y media o seis de la mañana, le explotó una granada en la cara, ahí sí fue una cosa seria. En la consulta del doctor Víctor Castillo Cueto le cogimos varios puntos. Luego se trasladó hacia Marcané y más tarde a El Paraíso.

Quedó Cueto, entonces, al mando del teniente Otero y otro teniente más, que no recuerdo el nombre ahora. A los muy pocos días se retiró la tropa rebelde de allí, y con ella nos fuimos unos cuantos. Me fui a pie hasta Marcané. Al otro día me llevaron en un yipi hasta Miranda, y por la tarde subí a El Paraíso. Por cierto, que fue la sensación más agradable que tuve en mucho tiempo.

En Cueto curábamos a los heridos, heridos incluso de la toma de Ocuja. Otro día me llevaron por unas lomas, no recuerdo dónde, a pasarle un suero y un plasma a un compañero herido, y era muy difícil, muy impresionante, después de que usted hacía eso, regresar a su pueblo donde estaba la policía, donde estaba el poder represivo. Pero esta vez, el día que subí a El Paraíso, fue uno de los días más felices de mi vida.

Las condiciones eran formidables. Estaba el hospital, había delegación de justicia, panadería, lavandería, armería, y hasta un dentista, que en sí no lo era, era mecánico dental; pero resolvía todos los problemas dentales.

Estuve allí unos cuantos días, y me asombré siempre de por qué la aviación no nos bombardeaba. Estábamos en la cima de una loma, un caserío grande, nos bombardearon todos los alrededores y sin embargo en El Paraíso no lo hicieron.

Ahí fue donde vi por primera vez al doctor Lamas, o sea, al doctor Font D'Escoubet; Lamas era su nombre de guerra. Al doctor Machado también. Estuvimos atendiendo a heridos y campesinos, pero heridos más o menos leves, ya que estábamos lejos de los frentes de combate.

Asistimos a algunos casquitos, a ellos les brindamos las mismas atenciones, la misma alimentación que a nuestros soldados rebeldes.



Médico, inyéctame

Como a los veinte días, es decir, en la primera semana de diciembre se me dio la orden de pasar al hospital de Soledad. Al llegar me dieron la contraorden de que siguiera para el hospital de Los Indios y algo muy simpático sucedió: se nos ponchó una goma de la camioneta en el trayecto, no recuerdo el lugar exacto; pero allí había un campesino que la señora estaba de parto desde hacía veinticuatro horas y no daba a luz la mujer. Fui, hice mi parto, más o menos rápido, y el padre del niño, como a los quince días de estar yo en Los Indios, llamó por teléfono para preguntar el nombre del médico que había pasado por

allí para ponerle igual a su hijo. Entonces le dije: “Compañero, soy yo, pero le puedes poner Fidel, Raúl, cualquier otro nombre menos Marcelino”. Pero no lo pude convencer y tengo por allá arriba a un Marcelinito.

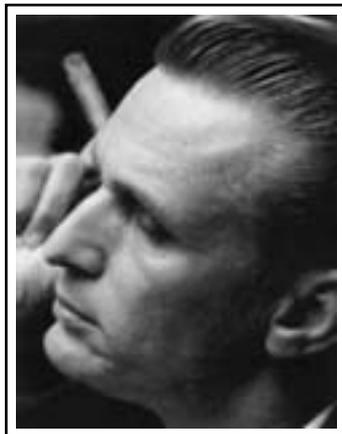
Llegamos a Los Indios y me encontré al compañero Balaguer que estaba interviniendo a un compañero al que le decían Mineral, a quien le había estallado una granada y hubo que amputarle el brazo derecho. Tuvo una herida en la tráquea, no se pudo suturar porque Mineral se asfixiaba, se dejó así. Tenía la otra mano también gravemente herida, y recuerdo a Mineral durante mucho tiempo llamándome por la noche: “Médico, inyéctame”. Los primeros días le poníamos morfina, a los pocos días ya no le poníamos morfina, le indicaba agua. Algún tiempo después lo vi en La Habana, enseguida me dijo: “Médico, ¿recuerdas cuando yo te pedía que me inyectaras? Luego me enteré de que me ponías agua”. “Sí, para no acostumbrarte”.

En Los Indios tuve el gusto de ver a algunos compañeros, por ejemplo Surí, que nos hacía las pruebas sanguíneas para las transfusiones; al compañero Julián Rizo, enfermero que sabía bastante de ortopedia y ayudó mucho a Horacio González Menchero y a Balaguer; a unas cuantas muchachitas auxiliares muy buenas; al compañero Luis Matos, médico que también estaba allí trabajando.

Esa fue mi labor asistencial tanto en El Paraíso como en Los Indios; no tiré tiros, no había oportunidades, eran los médicos más jóvenes los que combatían. Balaguer se perdía, el compañero Matos se perdía de vez en cuando en un caballito.

Llegó el primero de enero y regresé a mi pueblo. Después vine para La Habana.

Operaciones en las casas de Guantánamo



Dr. José Antonio Gutiérrez Muñiz

Yo estaba incorporado al Movimiento 26 de Julio, en Guantánamo. En la primera etapa mi labor principal la desarrollé en la ciudad. Yo participaba de la dirección del Movimiento y cuando se comenzó a hablar del Movimiento de Resistencia Cívica se pensó en que debía haber un miembro de la dirección del 26. Entonces me encargaron de su organización, aparte de que cumplía tareas de otro tipo.

Eran tiempos de mucha actividad; sobre todo había que atender a los heridos de la ciudad, producto de los numerosos atentados que se producían, y había que curarlos secretamente. A veces la cosa no salía muy bien y teníamos que hacer operaciones quirúrgicas en las mismas casas.

Cuando se creó el Segundo Frente Oriental, se intensificó mucho esa actividad, porque había que apoyar el frente guerrillero.

El primer pequeño hospital que preparamos fue en la misma ciudad de Guantánamo, para la huelga de abril. Después del fracaso de la huelga tuvimos que realizar un gran esfuerzo para volver a articular lo que teníamos y, además, ya el Segundo Frente había tomado auge.

Por encargo del Movimiento subí a la Sierra en aquel tiempo y me entrevisté con Machado. Estuve allí casi una semana, para organizar mejor los suministros médicos, ya que los hospitales de ese frente atendían una cantidad enorme de población y había necesidad de medicamentos y de laboratorio.

Aquello fue alcanzando una importancia enorme, y de verdad que se formó una red extraordinaria para que los abastecimientos médicos, especialmente, tuvieran la calidad y cantidad necesarias. Incluso la ciudad era insuficiente para suministrar. Había que hacer pedidos directos a La Habana y organizar una serie de conexiones que no llamaran la atención, porque Guantánamo se había quedado totalmente aislado y, tanto para entrar como para sacar las cosas, empezaban a existir dificultades; a veces se hacía con un riesgo enorme.

Mujeres muy valientes

No se me olvida el valor con que las mujeres pasaban frente a los registros de los soldados, lo hacían con una tranquilidad pasmosa y llevaban cualquier tipo de artículo, tanto de guerra como medicamentos. En esa tarea se destacaron mucho las hermanas Rodiles: Elia, Nica y Noemí eran extraordinarias burlando las postas, buscando lugares especiales para las salidas, porque trasladaban verdaderos cargamentos. Recuerdo que una ocasión en que yo estaba de guardia en la Colonia Española, se me apareció una compañera y me dijo: “Mira, se ha conseguido algo que le hace una falta tremenda a la Columna 20”. Era una jaba llena de balas. Pero como la salida estaba muy difícil, ella me planteó: “Yo voy contigo por la posta del hospital y como tú eres médico dices que es medicina y la paso, y así cogemos en tu máquina la carretera de Caimanera”.

Pero un momento antes yo había tenido que mandar un encargo para allá, llegaron unos compañeros y me dijeron: “Vamos

a sacarlo a caballo, porque ahora acaba de pasar una patrulla, que llegará hasta donde hay un puente roto, y a caballo se puede coger por otro camino”. Yo se lo dije a la compañera, pero me respondió: “A mí no me importa, esto hay que sacarlo enseguida”.

Ante lo que me planteó aquella mujer no me quedó más remedio que hacerme de valor. Me monté en la máquina e iba a una velocidad tremenda, esperando que apareciera en cualquier instante la patrulla del ejército para tirarme por el primer atajo. La llevé hasta donde había un campesino, que era un contacto; la bajé rápidamente porque ya eso se desviaba. Él tenía que llevarla hasta un punto adonde no se podía llegar en máquina, sino a caballo, y todo se resolvió.

Entre dos camiones de soldados

Recuerdo otro día que vinieron a avisarme que había un compañero en muy mal estado en una casa, en la carretera de Guantánamo a Santiago, en un lugar que se llama La Aguada. Allí hubo una emboscada o un combate. Entonces me dijeron que era muy urgente. “Vamos a ver lo que puedo hacer”, precisé.

Puse en la máquina suero, plasma y salí. Cuando iba por la carretera pasé varias máquinas que transitaban despacito; pero delante iba un camión lleno de soldados, lo pasé también, y más adelante... otro camión repleto de soldados. Quedé entre los dos. Más adelante iba una tanqueta y no me dejaron pasar; tuve que seguir con los dos camiones y la tanqueta, las máquinas se fueron quedando detrás. A esa hora me dije: “Mira que esto es grande, voy metido entre los soldados que posiblemente buscan a los rebeldes, y yo entre ellos para atender a un rebelde”.

Por suerte, cuando llegaron a Río Frío, donde se entra para el central Ermita, parece que quisieron saber noticias y se detuvieron. Yo enseguida me fui.

Los temores del herido fueron infundados, porque no era tal herido, sino un compañero llamado Rocky que lo querían sacar y habían dicho que era un herido grave por confusión.

Crecía la guerrilla

Más adelante, cuando ya estaba todo bien organizado, me plantearon en un contacto que tuve con el doctor Menchero, que hacía falta más médico en la Sierra, que la guerrilla se había extendido mucho. Entonces fui para el monte. También iba el doctor Parúa, y juntos comenzamos a trabajar en el hospital de Casimba. Los doctores Menchero y Zayas se fueron otra vez hasta la costa norte.

Allá recibimos una cantidad de efectivos y empezamos a organizar el hospital; pero habida cuenta de que aquel lugar era conocido y se temía a la aviación, se planteó dispersar los servicios. Era la hacienda de los Mancebo, que tenía planta eléctrica y una estación de radio que se llamaba Ocho Jóvenes Libertadores. Por ahí recibimos la información de una niña herida, de no sé qué lugar, lejísimo. Nos montamos a caballo y estuvimos como doce horas de camino. Yo no había montado nunca a caballo, y quería morirme arriba de aquel animal.

De ahí se movió el hospital para Filipinas y tuvimos que montarlo y crear muchas cosas que no se conseguían tampoco. Recuerdo que le desmontamos todos los tabiques de la hacienda de Mancebo, que eran de cedro. Nos llevamos a un carpintero, se hicieron lámparas para el salón de operaciones, mesas de Mayo, todo se hizo de madera. Se equipó extraordinariamente aquel hospital.

En una ocasión ocupamos camiones en la carretera y nos hicimos de muchos medicamentos que no se utilizaban. Eran medicamentos del sistema homeopático, remedios de Humphrey,

que venían con un librito y no había quién utilizara aquello. Sin embargo, como había tantos campesinos que debíamos darles lo que hubiera, yo me hice especialista en recetar aquellos productos. Recuerdo que había un medicamento que se llamaba Maravilla Curativa, que se tomaba, se untaba, etc. El comandante Villa tenía una herida que le había raspado a lo largo del cráneo y no se le curaba y venía a cada rato; yo lo curaba y le decía: “Mira, Villa, úntate la medicina esta que es una maravilla”. Y fue como salimos de eso, aquello lo dejaron allí y era un medicamento de tipo popular, que los médicos no creían en él, eran medicamentos que no servían. Y por lo menos como paliativos se los dábamos a los pacientes cuya enfermedad era sin importancia.

Después pasamos al hospital de Majimiana, que era el principal del Segundo Frente, donde estaban Machado, el compañero Tabito y el doctor Hernández Pina. Pasado algún tiempo el hospital se mudó hacia otro lugar del Realengo 18 que se llama Marcos Sánchez, y se fue acercando a Guantánamo.

Ya se estaba preparando el ataque a Guantánamo, un ataque prácticamente por la mayoría de las columnas del Segundo Frente. El 31 de diciembre estábamos mucho más cerca, en el central Ermita, un lugar donde podíamos tener más a la mano ciertos recursos en caso de que el combate arrojara heridos. Al día siguiente me levanté muy temprano y llegó un compañero que me dijo: “Óyeme, hay un jamaicano que se levanta todos los días a las cuatro de la mañana a oír noticia por radio y él oyó que Batista con un grupo de gente se fue y se fue fulano y mengano”. Y precisó detalles.

Así nos encontró el triunfo de la Revolución, y estuvimos ocupados en ir organizando todo aquello que tenían los hospitales para utilizarlo debidamente, porque los médicos se fueron yendo cada uno con sus columnas.



Introducían su brazo para dar la sangre

Dr. Orlando Fernández Adán

Desde el 10 de marzo había repudiado el golpe de Estado dado por Batista. Estaba terminando la carrera y realizaba pequeñas acciones en actos de calle, etcétera. Siempre mantuve una conducta en contra del régimen de la tiranía.

Mi primer contacto con el Ejército Rebelde fue con el compañero Quike Escalona, herido en el combate de Uvero.

A él lo trajeron a La Habana y nosotros lo escondimos en la clínica San Luis, donde trabajábamos, en La Víbora. Lo ingresamos como si fuéramos a operarlo de vesícula. Así, a cada rato, nos mandaban, tanto allí como al hospital Mercedes, casos que teníamos que tratar.

Se nos iba complicando un poco la situación. Y había uno de los esbirros de aquel tiempo, Lutgardo Martín-Pérez, que me perseguía y me amenazaba de muerte.

A mí me preocupó aquello, como es lógico. Entonces una mañana me levanté y fui a ver a un compañero de todas estas luchas, Miguel Ángel Duque de Estrada, y le dije: “Quiero que tú me averigües cómo irme para la Sierra, porque ya yo estoy quemado aquí”.

A las nueve de la noche volví a casa, me encontré a Duque de Estrada y me dijo:

—Ya sé cómo nos vamos a ir.

—Ah, ¿tú también te vas, Miguel?

—Sí, nos vamos juntos.

Días después nos entrevistamos con el hermano de Luis Blanca; él nos trajo una carta firmada por Marcelo Fernández, donde nos presentaba al Che.

Con esa carta de Marcelo nos fuimos. Llegamos a Santa Clara, donde teníamos unos contactos, uno era un médico y lo vimos en su consulta.

Llegamos a Sancti Spiritus, nos dieron la ropa, una serie de equipos y se propuso una mañana salir para la sierra.

El primer lugar en que nosotros hicimos contacto con el Ejército Rebelde, en la sierra del Escambray, fue en El Pedrero, o mejor dicho, un poco más acá, en la escuelita, porque El Pedrero días antes había sido bombardeado. La primera persona que nosotros conocimos del Ejército Rebelde fue el capitán Pantoja.*

Recuerdo como hecho curioso que a la hora apareció un avión, oí por primera vez la voz de “¡avión!”, todo el mundo gritaba.

Poco a poco fui cogiendo práctica. Esa tarde vimos a Fernández Mell, me planteó cuál sería la función nuestra, y que nos fuéramos para Gavilanes. De todas maneras nosotros queríamos hablar antes con el Che. Como a las tres de la tarde fue la conversación. Nos recibió muy amable y le entregamos unos mensajes.

Mi participación como médico fue muy poca, porque ya estaban bien organizados los servicios médicos de la columna. Estaba el doctor Vicente de la O en Gavilanes; había otro en un campamento que se hallaba como a treinta minutos, a pie loma

* Se refiere al capitán Orlando *Olo* Pantoja Tamayo, que pertenecía a la Columna No. 8 Ciro Redondo al mando del comandante Che Guevara. Murió junto a su jefe en la guerrilla de Bolivia, el 8 de octubre de 1967.

arriba, en El Pedrero; el doctor Rojas, de Yaguajay; y los doctores Fernández Mell y Humberto Castelló.

Una jutía pequeña

Al día siguiente de estar allí me llamaron para operar un caso de apendicitis en Gavilanes. Esa subida la hice con el doctor Rodríguez de la Vega. No había tal caso de apendicitis y seguimos hasta Caballete de Casa donde estaba la emisora. Dormimos allá una noche. Un animal se nos subía arriba y no nos dejaba dormir. Yo no sabía qué era, sé que toda la noche se estuvo subiendo por arriba de mí, y entonces me di cuenta de que era una jutía pequeña, que buscaba calor, pues hacía mucho frío. Cuando la cogí con ganas de tirarla contra la pared, porque no me dejaba dormir, me dijeron que era de Ramiro Valdés.

Entonces no sabía qué hacer con aquel animalito que se subía por todos los lados. Opté por ponérsela en la hamaca al doctor Rodríguez de la Vega para que no lo dejara dormir a él.

Un ataque tras otro

Nos avisaron que pocos días después iba a empezar el ataque a Fomento, llegó la orden de bajar. Lo hicimos a caballo. Yo no sabía montar a caballo y sufrí extraordinariamente en el viaje. En la mayoría de los lugares creía que el caballo se iba a caer, pero ellos estaban más acostumbrados que uno a andar por aquellos caminos. Esa noche me fue a buscar el comandante Fernández Mell, dijo que habían herido a Joel Iglesias. Recuerdo que fui hasta Fomento, él estaba en la clínica. A Joel le habían hecho una herida que le cogía la mandíbula y parte del cuello. La decisión fue esperar a un ortopédico de Santa Clara que venía a operarlo.

Después de que cayó el cuartel cogimos un camión que habían cubierto con unas planchas metálicas, le habían protegido las ruedas y habían tratado de hacer como un carro blindado; y en él trasladamos medicinas y equipos para el hospital de El Pedrero.

Luego fue el ataque a Cabaiguán. Nosotros nos habíamos quedado en el campamento de la escolita de El Pedrero, y como a las tres o cuatro de la tarde apareció el Che, preguntando que quién podía operar al comandante Ramón Silva, entonces capitán, pues tenía una herida en el tórax. Le dije que yo podía hacerlo.

Allí había un instrumental de cirugía bastante completo que habían llevado unos médicos que recién subieron. Era como un carrito móvil que tenía todo aquel equipo. Recogimos parte del instrumental que podía ser usado y fuimos para Cabaiguán. La herida del comandante Silva no era de tórax, sino era una herida a nivel del hombro y de la axila, estaba interesada la arteria y la vena. No había dónde operarlo. Entonces, en el cuerpo de guardia, sin mesa de operaciones, en el suelo, el doctor Rojas y yo empezamos a analizar qué se podía hacer. Se le pasó sangre. Era muy difícil la situación, porque no había cómo hacer cirugía vascular: Tratábamos por todos los medios de salvarle la vida, aunque posteriormente, debido a esa herida, perdió el brazo.

Cuando la toma de Cabaiguán sucedieron varios hechos. Uno de ellos fue la primera vez que sentí la angustia de que al Che le había pasado algo. En poco tiempo uno se daba cuenta de su gran personalidad y lo respetaba. Estábamos en la clínica, nos habíamos quedado atendiendo a los heridos, con toda una serie de medios a nuestro alcance, y se nos informó que el Che había sido herido, que lo traían. Se había caído de una tapia, y había tenido lesiones en la muñeca y en el codo, y una herida en la frente. Fue asistido por Fernández Mell y por mí.

Ante un alto en el combate de Cabaiguán y el cuartel rodeado, el jefe accedió a entregar a sus heridos para que fueran tratados por nosotros. Llamaron del cuartel, y cuando salió la voz de un

médico del ejército de la tiranía se le notó cierta preocupación. Nosotros le planteamos que recibirían buen trato.

Hubo dos hechos significativos: uno de los heridos estaba muy grave, tenía un tiro en la cabeza, y cuando dijimos que hacía falta sangre, gran cantidad de compañeros del Ejército Rebelde se ofrecieron a dar su sangre. Yo recordé durante tiempo que algunos decían: “Sáqueme la mía”, hasta por la puerta metían el brazo para dar la sangre a aquel que era un adversario.

Otro soldado se nos abrazó a las piernas, llorando, pidiendo que no les sacáramos los ojos. Por supuesto, estábamos muy lejos de dar crédito a ese temor. Esto nos demostraba la opinión que los jefes les daban de nosotros, al extremo de que pensaban que en manos nuestras todo era muerte y torturas, cuando estábamos dispuestos a darles la asistencia necesaria.

Después vino el ataque a Placetas. Aquella noche, como a las tres de la madrugada, nos despertó el comandante Fernández Mell y fuimos para Placetas. Estaba toda la población desbordada. Fernández Mell iba apurado y el pueblo no dejaba pasar; nos hizo una recepción que bloqueó completamente la carretera, se tiraban arriba de uno, aquello fue impresionante.

Como a las doce del día se nos dijo que pusiéramos en el central Zaza un pequeño hospitalito con una unidad móvil que teníamos, y cuando estábamos instalándolo, llegó la noticia de que se había rendido el cuartel.

Poco después fuimos al ataque de Remedios y Caibarién. Los dos se hicieron a la vez, el mismo día.

De entonces recuerdo un regaño que recibí con toda razón porque yo deseaba una participación más activa, como combatiente, no solo como médico, y como ya había algunos médicos en la columna y estaban asegurados los hospitales en lugares civiles, me dispuse a disparar aunque fuera unos tiros en aquella guerra de liberación. Tenía escondido un fusil en una ambulancia que nos habían dado en Fomento y me acerqué al cuartel de Remedios,

empecé a disparar. Vino el Che y me llamó la atención “A mí me sobran combatientes, pero médicos no”.

Posteriormente salimos para Santa Clara. Yo iba al final porque llevábamos la ambulancia y otra vez el pequeño yipi móvil, con su material de cirugía. También se trasladaba el doctor Rodríguez de la Vega; nos perdimos en el trayecto, nos encontramos con otros compañeros que se habían perdido también y en un momento, le pregunté a Cuco: “Chico, tengo las manos sudadas, la boca seca y como un dolor en el estómago, ¿qué cosa es eso?”. Me dijo: “Eso es vagotonía”, y le respondí: “Eso no es vagotonía, es miedo”. Bueno, el caso fue que seguimos andando hasta que salimos a una carretera limpia.

Era estimulante ver a los campesinos cómo, al darse cuenta de quiénes éramos y para dónde íbamos, nos ovacionaban.

Cuando llegamos a la universidad de Santa Clara, ya se había establecido la comandancia y estaba el Che reunido, dando las órdenes y disponiéndolo todo para empezar el ataque.

Enseguida preparamos algunos locales de la universidad, algunas aulas se prepararon con las mesas, escritorios y una mesa plegable que llevábamos, para darles atención a los enfermos. Apenas se estaba trabajando con comodidad, lo que se les hacía a los heridos era prácticamente la primera cura y de ahí se evacuaban por carretera hacia Camajuaní, hacia el hospital de Camajuaní, donde recibían su tratamiento completo.

Allí atendí a un compañero de apellido Fernández, un compañero muy valiente pero que llegó con una herida grave producto de un tiro en la médula. Este, por supuesto, siempre es un problema muy difícil, y en aquellos momentos más. Se evacuó y está vivo, aunque sufre secuelas de la herida.

A partir de ese momento dejé de actuar como médico, y estuve cumpliendo distintas misiones, encargadas por el propio Che, de avisar aquí, de buscar abastecimiento, etcétera, hasta el día primero de enero, de madrugada. Ese amanecer vino un médico que

era de Placetas, que había funcionado siempre con la Cruz Roja muy cerca de nosotros, el doctor Arturo Choi, y nos dijo: “Vamos para allá que el regimiento se rindió”.

Fuimos con él para el regimiento. Yo tenía cuando aquello un M-2 que había cogido del tren blindado. Entramos y fuimos directo al hospital, visitamos a todo el mundo. Vi a un médico que era compañero mío de curso. Se formó un tumulto tremendo y vino un oficial a decirnos que estábamos presos. Yo le dije que cómo íbamos a estar presos si ya el regimiento había caído y me dijo: “No, usted tiene mala información”. Eran como las nueve de la mañana. Después, cerca de las doce del día, fue cuando Cuco Rodríguez de la Vega inició las conversaciones para la rendición.

Yo de tonto me había metido allí. En aquel momento lo que me preocupaba no era morirme ni que me fueran a matar, sino lo tonto y lo estúpido que iba a lucir cuando entrara el Che al regimiento y me encontrara a mí de lo más tranquilito, sentado, desarmado, en una silla, esperando a que él llegara. Pero había que matarme, le dije que yo no me iba a rendir.

Entonces se formó un lío, estaban muy divididos, tenían muchos problemas entre sí. Yo le dije al doctor Choi:

—Mira, yo voy a salir de aquí sea como sea.

—No, no vamos a salir porque han cerrado la puerta.

—Bueno, tú vas a ver que la abren.

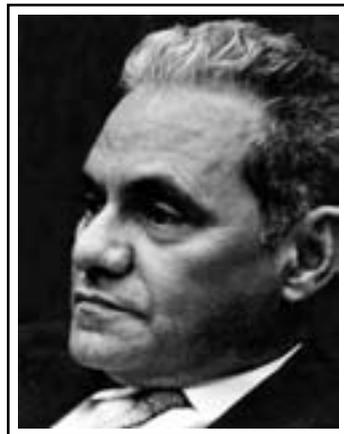
Nos montamos en el pisicorre que yo llevaba y le dije a la posta:

—Voy a pasar por ahí, así que lo mejor que ustedes hacen es abrir, porque si no, aquí va a haber muchos muertos por gusto.

Yo tenía una granada, la cogí, le saqué la espoleta, y cuatro o cinco soldados inmovilizaron al teniente, le quitaron las llaves y abrieron la puerta. Nosotros salimos del regimiento.

Cuando llegábamos nosotros, que nos habíamos llevado a un médico del hospital que quería iniciar las conversaciones para la rendición, ya salía Rodríguez de la Vega a entablar las primeras conversaciones para la rendición del regimiento.

***La consulta a campesinos
fue siempre activa***



Dr. Wilson Soto Planas

Hacía mucho tiempo que yo estaba ligado a los compañeros del Partido Socialista Popular y, estando en Camagüey, en esta época de la insurrección, me mantenía en contacto con ellos. Cualquier problema de tipo médico siempre trataba de resolverlo. Antes de alzarme, tuve oportunidad de atender a algunos de Bayamo; allí mismo en Camagüey los atendí, igual que otros de Victoria de las Tunas y Camagüey, que tuvieron sus problemas por la zona de Santa Cruz del Sur.

Cuando un compañero del partido me planteó la necesidad de un médico en la tropa de Víctor Mora, lo sentí como una orden. Presto partí a la lucha insurreccional. Sería más o menos a fines de noviembre de 1958.

La tropa de Víctor Mora operaba por la zona de Francisco, unos montes que creo que se llaman San Miguel. Salí una madrugada con un chofer de alquiler. Me llevó rumbo a Francisco, me dejó antes de llegar al pueblo, cerca de la casa de unos campesinos.

Tuve que coger un montecito, me sorprendió un compañero barbudo. Por supuesto que me sorprendió, porque yo no esperaba un barbudo ni mucho menos. Y en ese momento me

preguntó: “¿Usted es el doctor Planas?”. “Sí”. Me saludó afectuosamente y nos abrazamos. Tras la presentación, me dijo: “Bueno, ahora tiene que venir conmigo, hay que caminar mucho”.

Fuimos hasta un batey donde cogimos una camioneta y anduvimos mucho por un terraplén estrechito hasta una zona de espeso bosque. Allí nos esperaban otros compañeros rebeldes. Luego seguimos caminando unos cuantos kilómetros, me imagino yo, hasta llegar a la comandancia de Víctor Mora.

Una especie de botiquín organizado

El pueblo más cercano de la zona era Francisco. Después estaba por otro lado un poco más distante Elia. Había muchas dificultades para la asistencia médica. Pero encontré una especie de botiquín bastante bien organizado con la ayuda de algunos médicos de lugares cercanos. Había enfermos, enseguida me ambienté para resolver la situación de los nuestros y de unos cuantos soldados de la tiranía heridos, que estaban presos.

Así inicié prácticamente mi vida de guerrillero. Una vida activa, muy dura; pero a la que uno se adapta. Esa misma noche me contaron que la zona era motivo de bombardeos constantes, bombardeos de la aviación por el día, y de morteros por la noche. Pronto lo comprobé: eran explosiones muy frecuentes las que se oían. Y esa fue una de las cosas que me llamó la atención cuando llegué. Me encontré a unos compañeros con unos palitos que les colgaban del cuello y lo usaban para, al morderlos, contrarrestar la fuerza expansiva de las bombas.

Así estuvimos unos cuantos días. Los compañeros salían a misiones y regresaban muchas veces con soldados presos y algunos venían heridos. Hasta que hubo un combate muy grande, cerca de San Miguel, contra una compañía del ejército que se acercaba bastante a la comandancia. Fue bastante movido este combate,

porque no los dejaron llegar, fueron sorprendidos por una emboscada que tenían preparada en distintas posiciones. Desde el punto de vista militar, yo no tenía conocimiento de eso, porque exclusivamente era médico de la columna, pero sí hubo unos cuantos heridos y, sobre todo, un compañero, el que me recibió a mí, resultó muerto en esa batalla.

PERIODISTA: ¿El que lo recibió en el bosquecito?

DR. WILSON SOTO PLANAS: El que me recibió en el bosquecito, un compañero valiente, era una bella persona.

Ese fue uno de los compañeros que desgraciadamente tuve que atender, ya casi muerto, porque su herida era fatal, en el pecho. Tenía dos heridas, una en el medio del pecho y otra en la región axilar izquierda. Cuando lo pude atender ya era casi cadáver. Lo recuerdo como el compañero Pérez.

Después del combate hubo una marcha muy larga a Oriente. Hicimos una marcha que duró unos cuantos días. Caminamos de noche; inicialmente solo se descansaba por el día, en lugares lo más protegidos posibles por arboledas. Y así llegamos, por la madrugada, a una arrocera. Allí estuvimos operando, se salía hacia las operaciones; pero permanecimos hasta el triunfo de la Revolución.

PERIODISTA: ¿Recuerda la zona más o menos? ¿Era en Camagüey o en la provincia de Oriente?

DR. WILSON SOTO PLANAS: Más bien en el límite de Camagüey y Oriente.

PERIODISTA: ¿Recuerda la población más cercana?

DR. WILSON SOTO PLANAS: La población más cercana era Jobabo. En esos días había sido sitiada por el comandante Lalo Sardiñas, y por ese motivo era muy bombardeada.

PERIODISTA: Eso fue a fin de año ya.

DR. WILSON SOTO PLANAS: Sí, a fin de año.

PERIODISTA: ¿No recuerda ninguna experiencia de tipo médica concreta en esa etapa?

DR. WILSON SOTO PLANAS: Experiencias de tipo médico... muchas, porque nosotros teníamos que estar atendiendo la zona, una zona campesina muy grande, muy abandonada en este sentido y, por supuesto, de familias numerosas y muchos niños enfermos. Había que mantener una consulta bastante activa con respecto a la atención médica de la población rural. Y a tanto abandono también contribuía el hecho de que la zona prácticamente estaba sitiada por el ejército; los campesinos no podían salir ni a los lugares más cercanos.

PERIODISTA: Y de heridos en combate, ¿no volvió a atender a ninguno?

DR. WILSON SOTO PLANAS: Bueno, heridos en combate tuve oportunidad de atender, por ejemplo, a algunos soldados presos y algunos compañeros que venían con heridas, pero eran heridas de balas a sedal, que no tenían mayor consecuencia. El único, de verdad... herido grave, que no hubo oportunidad de hacer por él, porque llegó muerto, fue el compañero Pérez.

Luego atendí a unos compañeros en el ataque al cuartel de Francisco. Hubo tres heridos, uno de ellos en la mano y tuve que amputarle los dedos.

PERIODISTA: ¿Usted quisiera agregar algo más?

DR. WILSON SOTO PLANAS: Sí, recuerdo el interés de los compañeros por elevar la conciencia revolucionaria; por las noches, cuando había oportunidad, se hacían lecturas de pasajes de la vida de José Martí y se analizaban sus ideas y el mensaje de cada palabra, a pesar de los bombardeos de los morteros.

Y las heridas no se infectaban...



Dr. Néstor Calafell Vázquez

Yo vi rebeldes por primera vez en la clínica La Caridad, que dirigía el comandante René Vallejo, en Manzanillo. Allí trabajábamos Piti Fajardo, Vallejo, Ruiz, Guida, Cancino y yo, que dormía allí, junto a dos enfermeros: Lara e Israel. Nidia nos cocinaba.

Pasábamos momentos difíciles, porque nos registraban constantemente. Yo recuerdo a un compañero rebelde, herido en el abdomen, que murió y había que darle sepultura, arreglar todos los papeles, cambiar de nombre y una serie de cosas. Vallejo, con una serenidad enorme, fue solucionando todos los problemas legales para darle sepultura en el cementerio de Manzanillo.

Se certificó que había muerto de una patada de una bestia. Se modificó la herida, que había sido de bala en el hipocondrio derecho. Y Vallejo logró que una muchacha, Nidia, que vivía allí, fuera a otro lugar, recogiera unos nombres como si fuesen los padres, por si investigaban en ese sentido. Además, resolvió el aspecto legal para poder enterrarlo.

En esos días nosotros también estuvimos atendiendo a otro compañero, Faustino Vega, Faustinito. Él había bajado de la Sierra y traía una autorización de Fidel para ser asistido de reumatismo

articular. Lo tuvimos en casa de mi madre, lo asistimos y lo curamos; luego lo reintegramos a la Sierra. Más tarde nos enteramos de que fue herido y asesinado por los esbirros.

Sensación de libertad

Ya al final de la guerra, yo decidí ir para el hospital de Pozo Azul, le mandé recados a Vallejo y la respuesta fue afirmativa. Salí para la Sierra Maestra en compañía de mi hermano y un amigo a quien llamamos Mongo. Del viaje, recuerdo la sensación de libertad que uno experimenta cuando se aleja de un régimen de opresión tan grande y llega a un territorio donde uno se siente feliz, a pesar de que ese día fue la primera vez que sentí cerca un avión, el ruido de las balas y de otros artefactos. Habíamos llegado a Cayo Espino. La aviación tiró mucho allí, y había hasta un colegio. Los niños salían de la escuela gritando de terror. Nosotros tuvimos que salir para Puercas Gordas, y luego llegamos al hospital de Pozo Azul. En esos días el doctor Fabio Vázquez estaba allí.

Este hospital lo dirigía el comandante Vallejo. Estaba situado entre lomas, bien protegido de la aviación. Detrás tenía la loma de La Habanita, donde vivía Domingo Torres. Contaba con un pequeño salón de operaciones, una sala de ingresos, otra salita en la que consultábamos, dormitorio, cocina y un refugio. En su construcción mucho había tenido que ver el capitán Horacio Rodríguez. Él murió en Manzanillo el 2 de enero de 1959, había sido expedicionario del *Granma*.

La participación nuestra fue consultar a los campesinos, por la mañana y por la tarde; curé a algunos heridos o ayudaba. Atendía unos cien casos diarios. Yo ayudé a Vallejo a operar una apendicitis aguda a un muchacho, el teniente López Chávez, y a otro caso con una herida de bala en el abdomen. Tenía cinco perforacio-

nes. Vallejo lo operó con una rapidez tremenda y el teniente Lara dio la anestesia, era un sanitario que había en Pozo Azul.

Aquel era un hospital que, efectivamente, tenía algunos medicamentos, y el salón de operaciones era un cuarto con la mesa de madera. El instrumental quirúrgico era escaso, se esterilizaba en un cubo y las heridas no se infectaban mucho. No recuerdo que se infectaran con frecuencia.

No podía morir

Uno de esos días Vallejo me mandó a ver a un herido y bajé a Campechuela. Fui con un hermano de Vallejo, vimos al herido de bala en el tórax, le atravesaba el tórax. Ya había sido asistido por un médico, lo atendí y el hombre evolucionó bien.

Las consultas eran admirables, aparte de las intervenciones quirúrgicas que se hicieron, e importante la disposición de todos por resolver los problemas.

Recuerdo a una señora que asistí de una microrragia, que de ninguna manera se podía morir. Vallejo dijo que le hacía un legrado aunque fuera con una cuchara de comer. Era así, el espíritu con que se actuaba, y se salvó.

PERIODISTA: ¿De los momentos finales de la guerra no recuerda otra historia?

DR. NÉSTOR CALAFELL: Recuerdo la llegada de Fernando Sotto y de Guida, y cómo me ayudaron a atender a un compañero que había llegado de los alrededores de Manzanillo, herido en un muslo. Él había desarmado a un soldado.

También recuerdo la llegada de Piti cuando fue a buscarnos con el comandante Lalo Sardiñas; pero Vallejo ordenó que fuera Guida y Fernández Sotto, yo me quedé en el hospital hasta que terminó la guerra.



Recuerdo aquel desfile de campesinos

Dr. José Fernández Sotto

Mi participación como médico en lo que es la lucha insurreccional propiamente dicha, es decir, en el campo de la insurrección, fue breve. Estuve pocos días en esa labor.

Me fui introduciendo dentro del movimiento revolucionario a principios de 1956, cuando en Manzanillo se desarrollaba una serie de actividades preparatorias para el desembarco del *Granma*, a fines de ese año.

Durante esta fase preparatoria, visitado por algunos compañeros activos del Movimiento 26 de Julio, me solicitaban cooperación como médico y revolucionario. Una vez efectuado el desembarco, sí estuve plenamente identificado en el Movimiento y cooperaba en todo lo que podía dentro de la ciudad.

Trabajando, no en el Movimiento 26 de Julio, sino en el Movimiento de Resistencia Cívica, reunía a compañeros profesionales que dábamos nuestro apoyo a los que ya en plena Sierra luchaban y a los que dentro de la ciudad hacían su esfuerzo.

En los meses de 1957 me asignaron algunas misiones, prácticamente de poca importancia; pero siempre me parecía que podía hacer más.

Recibía pedidos de la Sierra, de diversos medicamentos, vituallas, etcétera, y trataba de conseguirlos y hacerlos llegar por medio de los mensajeros.

Ya en 1958 empecé a hacer algo más significativo en la ciudad; hasta fui detenido en compañía del doctor Aguirre. Se fue tornando un poco más difícil mi labor en la ciudad y tras la ida del comandante Vallejo y sus hermanos para la Sierra, sentí el impulso de incorporarme. Con él había estado actuando en la clandestinidad. Pero no fue hasta mucho después que el compañero médico también, doctor Humberto Guida, y yo tomamos el camino de la Sierra. Subimos a fines de 1958.

Recuerdo la víspera de la partida, cuando preparábamos las pocas cosas que íbamos a llevar. Decidimos emprender el viaje en el propio automóvil de Guida, el cual pudo llegar hasta bien avanzada la Sierra. El contacto con el primer campamento rebelde lo tuvimos en Puercas Gordas. Un poco más adelante dejamos el carro, ya los caminos no permitían el tránsito de este tipo de vehículos.

Allí donde dejamos el auto, el entonces teniente Villegas, que a la sazón trabajaba con el comandante René Vallejo en el hospital de Pozo Azul, nos sirvió de guía y nos fue a esperar a Puercas Gordas. Nos llevó hasta el hospital del comandante Vallejo y el compañero Calafell, médico de Manzanillo que también se había ido unos días antes.

Desfile de campesinos

Ya la lucha armada en esta zona era poca. Nos dedicamos a la atención de los campesinos, a ayudar a Vallejo y Calafell en esa asistencia, pues ya, prácticamente, Vallejo no estaba, había avanzado con la Columna No. 1, al lado de Fidel. Entonces quedamos Calafell, Guida y yo, atendiendo a los campesinos.

Recuerdo el desfile de los campesinos. Desde horas tempranas de la mañana venían a consultarse, ya consideraban como algo propio el hospital y veían en nosotros la única ayuda médica de toda aquella zona, por años olvidada. Nunca habían recibido asistencia médica y acudían con sus hijos en brazos en busca de esa ayuda. Nosotros también salíamos a los bohíos para resolver sus problemas médicos.

El hospitalito de Pozo Azul estaba bien surtido de medicinas; había una farmacia bien organizada, con bastantes medicamentos que se recibían de distintas zonas.

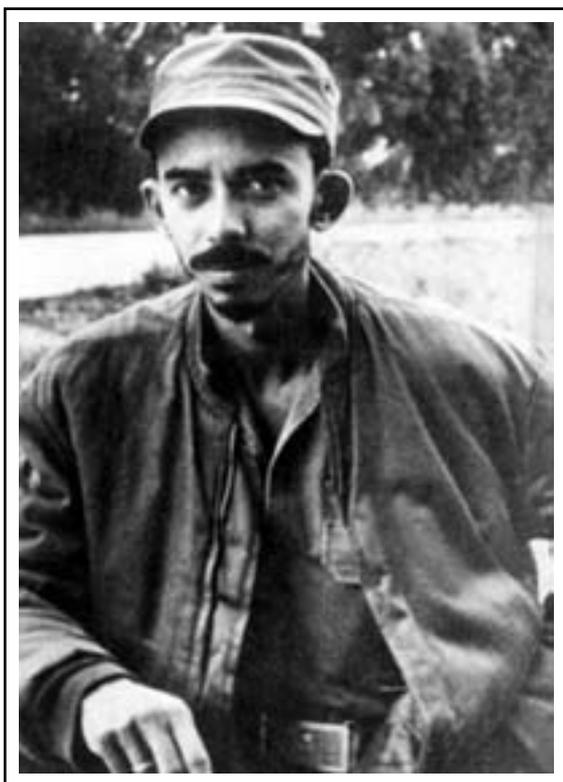
Como la actividad de la lucha era nula, no había heridos en ese momento. No obstante, tuvimos la oportunidad de atender a un compañero que habían traído de Manzanillo el día anterior o dos días antes. Luchando cuerpo a cuerpo con un guardia a quien logró desarmar, fue herido con un cuchillo. Esa noche se escondió en Manzanillo. Después lo llevaron para Pozo Azul y lo atendimos Guida, Calafell y yo.

Presté servicio en una farmacia rural

Como el día 22 o 23 de diciembre, más o menos, estuvo en el hospital el compañero comandante Piti Fajardo. Vino a una entrevista con Vallejo que, en aquel momento, estaba allí. Entonces decidieron que el doctor Guida y yo fuéramos con Piti Fajardo para el frente donde él operaba, en la zona del Cauto, próxima a Victoria de las Tunas y Bayamo.

El tránsito hacia donde definitivamente nos ubicaron tuvo sus peripecias. Recuerdo que pasamos por el central Bartolomé Masó, en aquel entonces Estrada Palma. Ya estaba en poder de los rebeldes, tuvimos que tomar serias precauciones al cruzar la carretera que va de Bayamo a Manzanillo, lo hicimos cerca del poblado de Veguitas, y en este lugar sí había soldados de Batista.

Después seguimos por todas las arroceras de esa zona hasta el central Río Cauto, también en poder del Ejército Rebelde. Allí acampamos esa noche, yo dormí en casa de mi hermano que vivía en Río Cauto. Al día siguiente continué la marcha. El doctor Guida quedó con el doctor Argimiro de los Reyes y Piti Fajardo, yo seguí con el capitán Lalo Sardiñas hasta las proximidades de Victoria de las Tunas.



Manuel *Piti* Fajardo
Rivero

Pasamos por Las Arenas y definitivamente nos ubicamos en un pobladito que se llama Mejías, entre Jobabo y Victoria de las Tunas. Me situaron como médico en el puesto de atención que existía. Era una farmacia rural donde un compañero técnico de farmacia o práctico, si mal no recuerdo de apellido Salgado, prestaba atención a los heridos y campesinos de la zona.

Salgado se sintió satisfecho de que fuera un médico a ayudarlo, y me buscó alojamiento en su propia casa, al lado de la farmacia.

Tuvimos la oportunidad de atender a algunos heridos cuando el ataque al central Jobabo, creo que fue por el 30 de diciembre más o menos. Hubo heridos leves y fueron atendidos allí, en aquella farmacia rural, por Salgado y por mí.

Para el 31 de diciembre se planeaba el ataque al cuartel de Victoria de Las Tunas por varias columnas, entre ellas la Columna No. 12 Simón Bolívar, donde yo estaba trabajando como médico. En eso nos encontrábamos cuando nos sorprendió la caída de la dictadura el primero de enero.

Esa mañana temprano fuimos al central Jobabo, que dos días antes había sido tomado por las fuerzas nuestras. Allí nos enteramos de que Batista se había ido. El regocijo era enorme en aquel central; todo el pueblo expresaba su alegría en la calle. Nosotros decidimos ir hacia Victoria de las Tunas para entrevistarnos con Piti Fajardo, que sabíamos que habían ido él y Sardiñas con otros compañeros a concertar la rendición de aquel cuartel.

Pudimos ver a Piti en el pueblo. Allí se decidió que ellos se incorporaran a la marcha triunfante de la Revolución que venía de Santiago hacia La Habana y yo regresé a Manzanillo. Recuerdo que viajé en compañía de unas tías de Piti Fajardo.

En ese breve período insurreccional en el que participé no era cirujano ni ortopédico, tampoco lo soy. Fui con el mejor deseo de prestar ayuda dentro de la medicina general y la cardiología, que ejercía en aquellos años en Manzanillo. Reconozco el esfuerzo de otros médicos que fue muy superior al mío, sobre todo en circunstancias difíciles, ante dificultades técnico-operatorias, dificultades con locales y dificultades con medicamentos.

Aquel clavo lo pasé con un martillo



Dr. Ramón Alemán López

Yo terminé Medicina en 1955. Entonces me quedé un tiempo aquí en La Habana, y posteriormente me fui a trabajar a Sancti Spíritus. Hasta esa época no me incliné por la política; vivía un poco indiferente, de cierto modo, a estas cosas.

En estas condiciones seguía trabajando y me fui comprometiéndome cada vez más. En mayo de 1958, uno del grupo del 26 de Julio, Pompilio Viciado, trabajaba en el Escambray. Ya su hermano conocía de mis relaciones con el 26. Entonces se le infectó una herida a Pompilio y al hermano le dijeron que tenía gangrena en el brazo. Con ciertos temores me planteó que quería que yo fuera a ver al hermano. Yo accedí enseguida. Aquello era comprometerme, pero fui a verlo.

Preparamos las condiciones y salimos por la mañana por la carretera que conduce a Trinidad. Cuando habíamos andado cinco o seis kilómetros, un yipi en sentido contrario nos desvió, porque estaban registrando y había que identificarse. Un médico, la situación del momento, los antecedentes de que uno simpatizaba con el 26 de Julio, tornaban la situación un poco difícil.

A mí me dijeron que nadie sabría nada, solo el que me iba a recoger en el yipi y yo, que éramos las únicas personas que sabíamos el destino que yo iba a tener. Entonces nos desviaron. A las ocho de la noche, yo creo que cincuenta personas sabían a lo que yo iba y en lo que yo estaba. Por fin, aquella noche no pudimos llegar al lugar. Regresamos a Sancti Spíritus a preparar nuevas condiciones. Mientras, les di instrucciones de lo que debían hacerle al herido, más o menos, a las personas que podían llegar adonde estaba él. En un segundo intento, a los dos días, nos sucedió algo por el estilo, al extremo de que no caminamos nada más que dos kilómetros y tuvimos que ocultarnos en un bohío. Allí pasamos el día y recibimos la noticia de que el herido estaba mejor. Entonces nos lo trasladaron hasta donde estábamos nosotros. Al regresar a la ciudad, la cosa se puso fea y cada día peor. Prácticamente no podía estar en Sancti Spíritus. Vivía en una zozobra tremenda, estaba ya quemado.

Tenía que dejar Sancti Spíritus

Vine para La Habana, estuve aquí un tiempo, y cuando llegó el Che en la invasión, decidí dejar la ciudad definitivamente y me incorporé a la guerrilla.

Al principio fue un poco difícil porque, incluso, a pesar de estar el Che en el Escambray, que tenía aquello organizado, todavía existía, para uno contactar y llegar, la tirantez entre ciertos grupos del Escambray. La llegada de nosotros fue difícil. Finalmente lo logramos a través de un hermano de Faustino Pérez; él nos condujo a otro compañero y a mí hasta el campamento del Che.

Todos más o menos sabemos las anécdotas de la guerra, de los heridos. Me situaron allá en un hospital, en El Pedrero, atendiendo a heridos. Recuerdo al campesino herido por una bomba en un muslo. Aquellas heridas, quizás por error, se suturaron y

entonces tuvo gangrena y falleció. Desde luego que es una desagradable experiencia, pero la tuvimos en definitiva.

Vino la toma de Fomento después de ciertas escaramuzas que se hacían en los llanos, como cuando se tumbó el puente de Calabaza y ahí nos adentramos más en la situación, porque a veces uno, al principio, está dedicado nada más que a los hospitales. Después de la toma de Fomento ya no alcanzábamos, era para Cabaiguán, Sancti Spíritus, para todos los lugares.

Hay anécdotas curiosas de las cosas que suceden, que uno siente duda en lo que va a hacer. Un día, en el hospital de El Pedrero, recibí una nota del doctor Fernández Mell para que fuera hasta Gavilanes a atender a un compañero que tenía fractura de fémur, por proyectil. Este caso había sido herido en una escaramuza próxima a Cabaiguán.

Llegamos adonde estaba el herido y procedimos a efectuar una transfijión. Esta operación consiste en pasar un clavo a través del hueso para hacer tracción. Normalmente se hace con un transfixor, que es una especie de berbiquí modificado, pero no lo había y tuve que pasar el clavo con un martillo. A mí me acompañaba un enfermero y cuando estaba en medio de la operación sentí un estruendo grandísimo, miré y era el enfermero que se había desmayado. En ese instante yo no sabía qué hacer: si continuar la operación o atender al desmayado. En resumen, todo se resolvió favorablemente y ese paciente terminó su curación después de la liberación en el hospital militar Finlay.

Otro día, cuando fue herido el comandante José Ramón Silva en la toma de Cabaiguán, el comandante Guevara fue a buscarme al hospital de El Pedrero. Regresábamos en el yipi. Al acercarse una avioneta, le manifesté mis temores. Vi su despreocupación aún más al responderme que, de acuerdo con cálculos matemáticos, a la velocidad que íbamos y a la que venía disparando la avioneta con una ametralladora, no había que temerle a las posibilidades de hacer blanco.

Entre los datos curiosos de las demostraciones de valentía de nuestros soldados recuerdo a uno que le decíamos Patriota. Él fue alcanzado por fragmentos de una granada cuando la toma de Fomento y se limitó a mostrar las heridas que tenía visibles — cara y manos—, ocultándonos las peores, en el tórax y abdomen, para que lo dejáramos ir nuevamente al combate.

Del hospital de El Pedrero también recuerdo que el temor a las inyecciones era muy marcado, como el caso de uno de los compañeros que siempre se destacaba por su coraje y cuando le fuimos a poner la primera inyección hubo que aguantarlo entre dos o tres. En esa oportunidad le dijimos que de haber sabido tal cosa, los casquitos lo hubieran vencido armados con jeringuillas, y él seguramente no hubiera formado parte, como lo hizo, de la tropa de choque de la invasión. Tranquilamente respondió que le temía más a uno con una jeringuilla que con una ametralladora.

Otro compañero con unas heridas a colgajos, de una pierna, prefirió que lo operáramos sin anestesia a dejarse inyectar. Hubo casos en que si el dolor no se aliviaba con analgésicos por vía oral, preferían soportarlo antes de permitir que se les inyectara un calmante.

En la Sierra también corrían bolas. Sucede que un día se comentaba en el hospital que por un lugar conocido por Cariblanca se habían visto tropas del ejército de Batista, lo cual hacía suponer una posible ofensiva. Ese mediodía llegó un campesino al hospital para que un médico, de ser posible, fuera a visitar a su hija que desde hacía cuatro o cinco días mantenía fiebre muy alta y no era posible su traslado. Viendo esa situación, decidí visitarla. Se había advertido por el campesino que la distancia era larga, por lo que hice el trayecto a caballo. De las personas que estaban allí se brindó un guía.

Iniciamos el viaje y como a las doce de la noche, llegamos a la casa del campesino. El caso resultó una amigdalitis aguda. Impusimos el tratamiento adecuado y regresamos. Como a las cinco

de la mañana, aproximadamente, le comuniqué al guía que con el tiempo que llevábamos caminando, aquellos lugares debían resultar conocidos y, por el contrario, cada vez veía cosas más raras —bohíos, caminos muy transitados—. Me respondió que él creía que se había perdido. Tocamos en la casa de un campesino. Estábamos llegando a Cariblanca. Cuál no sería nuestra sorpresa al no ver por todo aquello a ningún soldado de la tiranía. Así, la bola que se había estado corriendo en el hospital quedó desmentida, no obstante haber pasado un tremendo sofocón.

Continuamos la lucha hasta la toma de Santa Clara, la famosa toma de Santa Clara.

Cuando yo llegué, posteriormente, a La Cabaña, pensé licenciarme, tuve una entrevista con el Che. Cuando hicieron la primera comunicación que él fue a firmar, el mecanógrafo había puesto: “Tengo el gusto de recomendarle...” y dijo el Che: “No, no, el gusto de presentarle”.

Yo traje la comunicación, está firmada por él, la conservaba; pero como están coleccionando todo lo de él, la entregué.



Decidí echar mi suerte con los rebeldes

Dr. Eduardo Reyes Cos

Yo desperté en la vida política del país en 1934, a raíz de la caída de Machado. Antes de eso participaba de una forma sentimental, en grupos, como estudiante.

Los acontecimientos masivos que se sucedieron después de la caída de Machado me desarrollaron e influyeron en mis posteriores concepciones. En esa época comencé a leer por primera vez literatura marxista-leninista, literatura revolucionaria que nunca antes había visto.

En 1937, cuando me gradué de médico, fui aceptado en el Partido Unión Revolucionaria Comunista. Y entonces, hasta que recientemente se modificó nuestra estructura política, pertenecí a aquel partido. Durante los años que estuve en Santiago de Cuba, que es el pueblo donde yo nací, participé de forma organizada en las cuestiones fundamentales del partido.

Cuando comenzó la fase nueva del movimiento insurreccional, del Movimiento 26 de Julio, yo estaba en Santiago y, en concordancia con solicitudes que se hacían por compañeros del partido y amigos del 26, ayudaba principalmente con muestras de medicina y propaganda.

En 1958, el doctor Vicente Cot, miembro del partido, fue a mi consulta y me manifestó que le habían dicho los compañeros del 26 de Julio, con quienes él tenía contacto, que necesitaban un médico, un cirujano, para ir a ver a un herido. Y me preguntó si yo estaba en disposición de hacer esa función. Le dije que sí. Yo simpatizaba con el Movimiento.

Después de burlar la vigilancia esa noche, salimos en una lancha de la bahía de Santiago. Como a la hora u hora y media de dar vueltas en dirección oeste, por la costa sur, mar afuera, llegamos a una pequeña ensenada donde existían elementos rebeldes. Allí nos montamos en un yipi y, al cabo de otra hora y media de subir lomas, llegamos a la finca de una familia de Santiago de Cuba, la finca Manacal en Nima Nima.

Al herido le habían dado un tiro en el pecho, lo examinamos y comprobamos que no había perforado, no había atravesado el tórax. Afortunadamente rozó una costilla, la partió, lesionó la pleura, tuvo un poco de derrame de sangre en la cavidad pleural y salió.

Esa noche me quedé en el campamento, en el hospitalito. Había unas cuantas camas y un médico que no era cirujano.

Regresamos en la lancha a Santiago. Ya yo había recomendado la posibilidad de llevar al herido un poco más abajo, hacia La Socapa, para ver si podíamos utilizar el equipo de rayos X portátil que tenía en Santiago, pero no fue posible, y por suerte el diagnóstico fue acertado.

Esta fue la segunda vez que yo penetraba en una zona dominada por los rebeldes. Anteriormente había ido a otra, pero no como médico. Había acompañado a mi esposa, que participaba en el Movimiento 26 de Julio, a hacer una ronda por la zona rebelde, donde tenía un sobrino, el comandante Joel Chaveco. Aquella vez, ella y yo fuimos adonde él estaba, a El Candil, una de las lomas limítrofes de Santiago.

La última ocasión ya fue para quedarme, porque así lo habíamos decidido ella y yo y, además, ya había consultado con el partido.

Mis compañeros estuvieron de acuerdo e, incluso, me ayudaron para que yo pudiera penetrar. Yo fui como cirujano, en Santiago de Cuba ejercía cirugía torácica y neurocirugía desde 1949.

Un médico en la guerrilla

Me alcé con la señora, el chiquito de seis meses, y me llevé conmigo la mayor cantidad de mis instrumentos quirúrgicos personales. Me incorporé por Boniato y El Cristo, por la carretera de Boniato; viajé en el pisicorre de un compañero. Por otra vía mandé los instrumentos quirúrgicos en previsión de registros en el camino.

Cuando llegamos al lugar entre Boniato y El Cristo, entramos rápido en una zona dominada por los rebeldes. Yo le manifesté a un teniente que estaba al mando de aquella fuerza, no recuerdo su nombre, mi propósito, y entonces nos dirigimos por la carretera de Matayegua hasta El Escandel. Hicimos contacto con la Columna 9.

Dos o tres días después llegó el comandante Raúl Castro a esa zona. Me presentaron a él. Entonces me dieron una nota para que fuera a Songo y la entregara al comandante Machado que estaba al frente de los servicios médicos.

De allí salimos, me encontré en Songo con Machado. Este me orientó y me envió hasta Dos Caminos de San Luis, a construir un hospitalito. Se esperaba que hubiera un combate cerca. Ya, prácticamente, la ciudad estaba rodeada por la tropa rebelde.

Mi intervención desde el punto de vista quirúrgico, realmente, durante la etapa tan pequeña de la insurrección en que yo me alcé, fue poca.

En Songo trabajé en el buró de una escuela. Un médico solo, con pocos instrumentos, puede hacer poco en realidad; pero la situación se presentaba así y tuve que suturar una herida abdominal a

un civil que tenía una porción del epiplón haciendo saliencia por fuera de la herida, en la región del flanco derecho. Ya hacía varios días que estaba así. Le cosí la herida, con anestesia local, lo mejor que pude y salió bien; no tuvo dificultades. Era una herida que no había perforado ninguna víscera importante, y eso determinó, naturalmente, el triunfo del procedimiento.

Cuando llegamos a El Escandel había un estudiante de Medicina, que hoy es médico, ortopédico, el compañero Juan Vidal Ramos. En un hospitalito que él tenía organizado, pudimos hacer curas, sobre todo a soldados del ejército batistiano que estaban heridos. Hicimos algunas curas y una pequeña intervención a una muchacha.

Me viene a la memoria, hablando de esto, que en la primera guerra mundial, la cirugía de la época recomendaba en las heridas abdominales no intervenir, sino esperar, dejar que aquel proceso se manifestara de una forma espontánea y luego tratar la secuela. Eso fue en la primera guerra mundial. Y me acuerdo de que en el ejército francés las orientaciones que tenían los cirujanos era esa. Hoy en día la cosa cambió totalmente, incluso, las heridas de bala en la cabeza se pueden operar y se deben operar cerca del campo de batalla, en condiciones, como es natural, que le ofrezcan las garantías al herido. También consulté a la población campesina, que fue de mucha utilidad, no solo por la salud del enfermo.

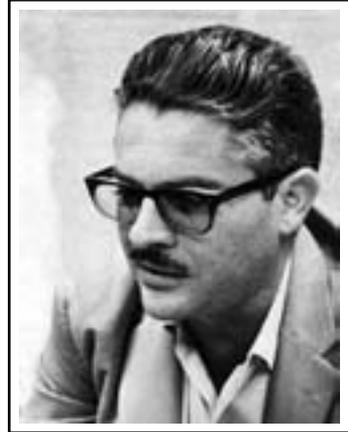
PERIODISTA: ¿Usted tuvo oportunidad de realizar servicios allí, a la población civil, en ese sentido?

DR. REYES COS: Bueno, en esos días sí, pero pocas oportunidades realmente. Mi calificación era más bien de cirugía. Yo había ido con mi instrumental. Yo sabía que no eran condiciones perfectas las que iba a encontrar; pero así y todo decidí echar mi suerte con los rebeldes. Sabía perfectamente las limitaciones que había, pero estaba dispuesto a hacer lo que pudiera, en las condiciones en que aquello se desarrollaba.

Para una guerrilla, un médico es de gran utilidad, porque por mucho desprecio que se tenga en una guerrilla a la vida, no se puede olvidar que la persistencia del combatiente es absolutamente necesaria. La presencia de un médico da seguridad. El guerrillero se siente protegido, se siente resguardado de cualquier eventualidad. En caso de que reciba un tiro, una lesión, inmediatamente hay manera de resolver el problema.

Mi labor quirúrgica se desarrolló, sobre todo, después del triunfo de la Revolución, en el hospital militar de Santiago, me hice cargo de este hospital. El primero de enero bajé por todas esas lomas, llegué a Santiago, y de una forma espontánea, nadie me dijo nada, llevé a los heridos, los trasladé para el hospital militar, uno de los tantos lugares adonde se iban llevando a los heridos. Y permanecí en este hospital de Santiago hasta 1961.

Mi maletín iba en el pico de la montura



Dr. Benito Pérez Maza

Cuando se produjo el golpe del 10 de marzo de 1952 yo estaba estudiando Medicina. Recuerdo que ese mismo día iba a asistir a un examen y fui sorprendido por la noticia.

Fui a la universidad, hubo algunas reuniones de grupos, algunos compromisos de que se iba a hacer algo; pero en realidad aquello fue solo el momento inicial de reacción contra el golpe de Estado.

Durante los primeros tiempos del batistato, lógicamente, había dentro de la universidad una serie de movimientos entre los estudiantes, en los que participé: huelgas y otras actividades conocidas. Pero en realidad nuestra actividad no era organizada, al menos la nuestra.

Terminé la carrera en 1954 y fui para Santa Clara con mi familia. En esta ciudad, con las mismas relaciones que fui estableciendo, mi trabajo dentro de la clandestinidad se fue organizando y formé parte del Directorio Revolucionario en Santa Clara. Mi consulta médica era buena fachada para muchos trabajos de contacto, orientaciones, reparto, venta de bonos. Ya había hecho una buena combinación con Ramón Pando Ferrer, que era viajante

de medicina y, lógicamente, a través de las profesiones de ambos establecíamos contactos sin despertar sospechas. Así fui trabajando, haciendo relaciones, por nuestro propio trabajo, dentro de las clínicas y con otros compañeros médicos y técnicos de laboratorio que integraban el 26 de Julio, como Rodríguez del Pozo, que muchas veces nos ayudábamos en las diferentes actividades de nuestras organizaciones.

Se puso la cosa un poco difícil cuando la desaparición de Pando Ferrer que, tras cumplir una misión en el Escambray, fue sorprendido cuando bajaba y asesinado. Ya estaba organizado el Frente Escambray, se ayudaba enviando medicinas, manteniendo contactos, subiendo a algunos compañeros que se quedaban algunas veces en mi casa, porque llamaba mucho la atención en la consulta.

En el mes de agosto, más o menos, recibí una información de que se estaba confeccionando una lista por las fuerzas represivas de Santa Clara, con miras a apresar a los compañeros que tenían actividad reconocida dentro de la clandestinidad; querían asegurar un clima de tranquilidad para la farsa electoral de noviembre. Con conocimiento de esto, informé a muchos compañeros, incluso del Movimiento 26 de Julio.

Tuve que dejar la ciudad

Partí para el Escambray, vía Cienfuegos, por El Jobero, un entronque cerca de Cumanayagua, y fui al contacto con quienes formaban el Frente Escambray ya había ocurrido el desprendimiento del Directorio Revolucionario. Mi recorrido fue de El Nicho a Nuevo Mundo y de ahí a Dos Arroyos.

Al principio traté de buscar contacto con los jefes de la organización, para ver dónde se me ubicaba. Desde mi llegada, como me acompañaba mi maletín, dondequiera aparecían mujeres y

niños que necesitaban a un médico. Yo los atendía, y les repartía la poquita medicina que llevaba.

Ya en contacto con los jefes del frente, fui designado en El Mamey. Allí fui ascendido a capitán de ese frente. Encontré, organizado por un enfermero y un practicante, como una enfermería. Había bastante medicina que llegaba del llano, que estaba cerca de El Mamey. Entonces, como médico, reorganicé aquello. La situación era bastante buena, había una construcción muy buena: dos casas de vivienda de las familias dueñas de una planta despulpadora y secadora de café, hasta con luz eléctrica.

Aumentó el número de camas. Se mantuvieron unas consultas que estaban casi formadas, a las que iban los vecinos en busca de la ayuda del enfermero. Después creamos una consulta médica que funcionaba mañana y tarde. Era prácticamente un hospitalito rural con todas las de la ley.

Frecuentemente nos llamaban los vecinos de la zona que, por su estado y tipo de enfermedad, no podían llegar al hospital, y salíamos hasta cerca del poblado de Cumanayagua. Ya algunos de los vecinos de la zona que ayudaban al grupo de los rebeldes confiaban más en nosotros que en los hospitales de la ciudad.

Acudimos una vez a curar a los heridos de un tiroteo que hubo en Hoyo de Padilla, donde un grupo de compañeros nuestros fueron sorprendidos por el ejército. Ese fue, prácticamente, mi primer contacto con heridos de guerra. Vimos un caso que nos preocupó mucho, porque tenía un balazo que tocaba la zona lumbar y daba la impresión de que la bala había tocado la médula. Además, la forma en que traían al enfermo nos hizo sospechar un daño grave. Pero después de examinarlo, vimos que no. Era un compañero alto, de una recia musculatura; en realidad el balazo había tocado en la esquina posterior de una de las vértebras nada más y se había desviado, y lo que aparentaba ser mucho, resultó bastante poco. Lo dejamos allí, en su campamento, con orientaciones de cómo curarlo y nada más.

Estando en el hospitalito de El Mamey, hice un viaje a Gavilanes, a ver al amigo, el doctor Vicente de la O, que había llegado en la columna del Che.

Durante todo este recorrido me ponía mucho más en contacto con los problemas reales de la población de aquella zona, pues iba en mi mulo y con el maletín cruzado en el pico de la montura. Era el anuncio de que iba un médico. Dondequiera me detenían enfermos que nunca habían podido ser asistidos, niños y mujeres escuálidas. Y, en realidad, vi una cantidad de población enorme en ese viaje que duró once días. Por la zona de Charco Azul atendí a un compañero nuestro que hacía unos meses, en un intento de ataque al cuartel de Manicaragua, se había quemado con fósforo vivo. Estaba la casita en la punta de una loma, subí y me encontré a Pluto, así lo llamaban, con unas quemaduras extensísimas por todo el cuerpo, yo no me podía imaginar cómo estaba vivo. Este compañero pudo sobrevivir.

Importante conversación con el Che

Después de los once días de camino, llegué adonde se encontraba el comandante Ernesto Guevara. La conversación que sostuve con él me dejó muy impresionado. Creo que allí fue cuando, por primera vez, pude ver la verdad de lo que era una revolución, la forma de discusión, los problemas planteados, el tratamiento que recibí. Al final del intercambio, el Che me preguntó:

—Doctor, ¿usted tiene valor para acompañarnos a Cabaiguán?

—Bueno, no he podido probar todavía el valor en ninguna acción —le contesté sorprendido.

Y con esa característica suya, me precisó:

—No, no, no le digo lo de valor por si le teme al combate o no, sino porque vamos en yipi. Lo invito a ir en el yipi conmigo, y yo hace poco que aprendí a manejar. No sé lo que podrá pasar.

En ese campamento atendí a un compañero que había sufrido una herida en una rodilla. Trabajé junto al doctor Oscar Fernández Mell.



Al regresar también aparecían muchos casos por el camino y yo iba todo el tiempo viendo pacientes. Era una medicina ambulatoria la que practicábamos, así nos sucedía a todos. Después volví a cumplir con mi deber en el hospital de El Mamey.

Un día recibimos a unos compañeros de Ranchuelo que, mientras trataban de alzarse, fueron sorprendidos por soldados del ejército y tiroteados. Presentaban heridas en las pantorrillas. Eso lo solucionamos bien.

Otro día un compañero se hirió una mano. Mal que bien, le hice una sutura de tendones, de acuerdo con lo que había visto en los cuerpos de guardia de los hospitales, puesto que yo había estado trabajando de clínico. Le restructuré la mano todo lo que pude, aquello que estaba destrozado, extrayendo la parte ósea y haciéndole una curación diaria. La mano se fue arreglando poco

a poco, aunque nunca quedó con toda su función. Salvé gran parte de una mano que parecía destrozada totalmente y aquello me dio un poquito más de confianza.

Pasados algunos días me trajeron por la noche a un compañero, al que una rueda de yipi le había pasado por arriba de la pierna derecha y tenía una fractura completa en el tercio medio, una fractura abierta; venía en unas condiciones bastante desastrosas, porque lo habían movido mucho durante tres horas de camino. Esa noche estaba Roger Rodríguez allí, que era estudiante de Medicina; él me decía que tenía alguna experiencia en anestesia con Surital en vena, que teníamos y algo de hipnosis, que él sabía manejar. Por fin se le dio anestesia y con la ayuda de los enfermeros pudimos reducir la fractura. Le pusimos una bota de yeso y por lo que yo había visto algunas veces en el cuerpo de guardia del hospital de Santa Clara le dejé su ventana en la parte de la herida para curarlo.

Con la curación diaria y la atención que le estábamos dando, se recuperó bastante, en el sentido de que la fractura quedó reducida a pesar de que yo no era ortopédico tampoco. La herida fue sanando e, incluso, pudimos bajar al compañero a Cumanayagua, al triunfo de la Revolución; pero ya estaba bastante bien. Cuando se le quitó el yeso, la fractura había quedado bien consolidada.

A cada rato se producían ingresos de los compañeros rebeldes por algún tipo de enfermedad, dolores, etcétera; pero no se me olvida la cantidad de pacientes que venía diariamente al hospitalito: niños, mujeres, viejos, gente de todas edades. Ya en la zona era conocido aquel hospitalito. Y atendí hasta casos de nuestra especialidad que habían sido tratados en Santa Clara. Fue un fenómeno aquello de que hubiera alguien que supiera un poquito de cardiología, que era lo que yo sabía, y casos propios de cardiólogos traté allá arriba con algunos recursos que teníamos.

Aquella parte de mi vida como médico en el Escambray me dio una visión de la necesidad de la medicina rural, aunque no tenía el concepto claro de ella; pero sí palpé perfectamente la urgencia de que el médico se incorporara a trabajar en las zonas campesinas, para asistir a un campesinado como aquel que ayudaba sin límites a las fuerzas rebeldes.

Por eso comprendimos tan fácilmente, después de la creación por el gobierno revolucionario, el Servicio Médico Rural. A la hora de partir hubo nostalgia: dejamos el hospitalito con un poco de sentimiento, por aquel lugar, por la gente y por lo que habíamos aprendido allí.

Después de que el ejército de Batista abandonó Cumanayagua, bajamos a todos los pacientes que teníamos en El Mamey. Luego fui para Santa Clara. Pedí un yipi, tenía gran deseo de llegar a Santa Clara, ya conocía que estaba liberada. No es necesario describir el júbilo del pueblo en aquellos momentos.

Mi posición en la última etapa, ya como médico rebelde, fue presentarme en la comandancia, de nuevo al comandante Ernesto Guevara, para explicarle que estaba a la disposición de lo que él ordenara. Me planteó que me quedara en Santa Clara para que formara parte del gobierno civil.

Entonces vine a La Habana, estuve aquí dos o tres días y regresé. Los compañeros del 26 de Julio me plantearon que debía hacerme cargo de la jefatura de Salubridad en Santa Clara.



Hasta heridos se levantaban a tirar tiros

Dr. Omar Fernández Cañizares

Al producirse el fatídico día del 10 de marzo me encontraba en la universidad, en la Escuela de Medicina. cursaba el segundo año de la carrera. Desde mi ingreso al Alma Mater, estuve ligado a la lucha estudiantil dentro de la Federación Universitaria. Entonces era simplemente delegado de asignatura.

Después del 10 de marzo me relacioné más con la FEU. En todas las actividades de la organización juvenil contra Batista participé: primero como estudiante y después, en 1956, como presidente de los estudiantes de Medicina.

En 1957 tuve que exiliarme en Miami, como resultado de aquella lucha. Al poco tiempo me puse en contacto con la compañera Haydée Santamaría. A ella le planteé mi deseo de ir para la Sierra.

Meses después vine en un avión del Movimiento, con armas que mandaba Haydée, hasta Cieneguilla. Allí nos esperaba un grupo de compañeros del Ejército Rebelde, entre otros el comandante Pedro Miret, el capitán Coronaux y Felipe Guerra Matos.

Nuestra llegada a la Sierra fue alrededor de las seis y treinta de la tarde. Cuando subimos al avión, no sabíamos cómo podía ti-

rarse en una loma. En la medida en que íbamos llegando a tierra cubana, nos dábamos cuenta del método: los rebeldes ponían botellas con mecheros y así iluminaban el campo de aterrizaje. Se tiró el avión, se descargó inmediatamente, y de ahí nos trasladamos en unos vehículos hasta el campamento de Guerrita.

Dormimos esa noche ahí. Fue la primera experiencia que tuve en la Sierra. Dormimos en hamacas que nos dieron los compañeros del Ejército Rebelde. Por la mañana, tras el desayuno, salimos con el compañero César Suárez como guía. Íbamos Fontanills, Juan Nuiry y yo por la FEU de La Habana. Temprano en la mañana empezamos la caminata rumbo a La Plata para presentarnos al Comandante en Jefe como simples soldados del Ejército Rebelde que queríamos pelear a su lado, que éramos dirigentes estudiantiles, pero creíamos que la solución del problema cubano era la toma de las armas y ahí, en el Movimiento 26 de Julio, con el Ejército Rebelde.

Médico de la Columna 32

Nosotros, cuando salimos en el avión, cuando llegamos a la Sierra y mientras estuvimos hablando con Fidel durante varias horas, no estábamos conscientes de desempeñar el papel de médicos ni nada de eso, sino íbamos como simples soldados en busca de que el Comandante en Jefe nos asignara la tarea que estimara apropiada. Nunca pensé que iba a necesitar mi carrera. Mi carrera durante los años que ya tenía cursados había sido un poco agitada, porque habían sido los años de plena tiranía, estábamos como todos los estudiantes de vanguardia, presos y escondidos muchos.

Entonces llegamos a La Plata. Fue una enorme experiencia. Nunca habíamos sido buenos deportistas, porque en nuestra juventud, en el Instituto de Santiago de Cuba, lo único que

habíamos practicado era baloncesto, pero no habíamos hecho nunca semejantes caminatas.

Nos entrevistamos con Fidel, e inmediatamente él planteó: “Fíjense, hay una columna que dentro de dos días bajará. Yo creo que podemos ponerle el nombre de José Antonio Echeverría”. Estuvimos de acuerdo y la nombró Columna 32 José Antonio Echeverría. Se decidió que yo me incorporara a esa columna como médico por estar en sexto año de Medicina.

Mi recorrido hacia el llano incluyó Pueblo Nuevo, Rancho Claro, La Estrella y las Peñas. Luego atravesé la Carretera Central por Peralejo, muy cerca de Bayamo, por el cementerio, hasta Cauto el Paso y El Jardín.

De allí pasé a La Tasajera, después al central Maceo, a Mir, donde establecimos contacto con el compañero Arsenio García que se encontraba por la zona. También por Monte Alto, Las Arenas, Limones. El trayecto se extendió hasta un lugar donde debíamos esperar información.

La jefatura de la columna recibió noticias de que iba a pasar un convoy de los guardias de Batista por la carretera. Entonces, en Arroyo Muerto, se pidieron unos voluntarios de la columna para ir al combate. Yo planteé que quería ir. Me dijeron que no, y me hicieron recordar que antes de la salida de la Sierra me habían planteado mi papel como médico. Acepté, debo ser sincero: hoy lo hubiera visto como algo normal, pero entonces no, porque no tenía disciplina militar. Hoy, como es lógico, lo hubiera aceptado como una cosa normal.

Definitivamente fueron diez o doce compañeros de la Columna 32 con el capitán Roberto Fajardo. Tuvimos un herido: el compañero Arístides Aguilar fue herido en el muslo. Y esa fue mi primera participación como médico. Aquello era un corral de vacas, de ordeño de vacas. Yo tenía una pequeña mochila, algunos medicamentos, los instrumentos de rutina, entre ellos una pinza. La herida era en el tercio medio del muslo, bastante profunda, le

extraje el plomo, pero no tenía con qué suturar un vasito que estaba sangrando, incluso por la noche seguía sangrando.

Ya habíamos hecho contacto con Piti Fajardo, quien tenía bien organizados algunos hospitales en lugares estratégicos y, por la noche, Fajardo, otro compañero y yo trasladamos a Arístides a uno de los hospitales. Lo dejamos allí tranquilo. Le expliqué a Piti lo que se le había hecho y me dijo: “Perfecto, lo que tiene que hacer ahora es un poco de reposo y creo que no debemos suturar nada. Es correcto lo que se hizo”.

Nuestra tropa no estuvo ni una semana en un solo lugar. Esa fue una de las causas por las cuales no pudimos organizar nunca un hospital. Teníamos que servirnos del hospital que tenía Piti, de los compañeros que estaban en el Cuarto Frente: Guida, Argimiro, los mellizos de Holguín, y algún enfermero que nos ayudaba.

Nosotros practicábamos la medicina preventiva. Me acuerdo de que a San Agustín de Aguarás llegamos cansados, muertos; pero, cuando los campesinos se enteraban de que en la tropa iba un médico, venía la campesina con la hijita, con el niño que tenía afección de la piel, en fin... Por lo regular los campesinos siempre tienen muchos hongos, parásitos. No había medios para hacerles un examen y determinar de qué tipo de parásitos se trataba, pero como llevábamos algunos medicamentos antiparasitarios, se los dábamos. La consulta era constante, aparte de la columna, en todos los pueblos: en San Agustín de Aguarás, Vázquez, Velasco, Los Alfonsos...

En el combate de La Cadena tuvimos un muerto y dos heridos. Cuando nos retiramos, a las nueve o diez de la mañana, enterramos al fallecido. A uno de los heridos allí se le resolvió su problema. El otro tenía doce perforaciones en el intestino y lo llevamos para El Pital. El cirujano que estaba allí era un compañero que Suñol había llevado de Holguín, al que le decíamos Mellizo.

Allí no había nada preparado, pero como los hospitales estaban un poco lejos, decidimos operarlo ahí mismo. Preparamos

una mesa de la casa de un campesino. Era un poco estrecha, entonces cogimos la mesa de la cocina, unas sábanas y unos guantes del Mellizo.

Empezamos a lavarnos las manos, a prepararnos. Empezamos a hervir los paños para esterilizarlos y la ropa con la que nosotros nos íbamos a vestir. Había guantes, y recuerdo que no había batas de mangas largas. Entonces cogimos las sábanas y las envolvimos como pudimos, para poder trabajar. Nos lavamos bien los brazos como se los lavan todos los cirujanos, pero tratamos de esmerarnos más, pues había jabón, agua y alcohol.

Como en el pelotón femenino Mariana Grajales, que formaba parte de la columna, estaba la compañera Isabel Rielo, el Mellizo me dijo: “Chico, si Isabel es farmacéutica, lo lógico es que nos ayude”. Y efectivamente, ella conocía de esterilización, de asepsia, y preparamos el caso. Le pusimos anestesia por la vena y empezamos la operación. Eran como las diez y media o las diez y cuarenta y cinco de la noche y acabamos a las dos y media de la madrugada. Cuando abrimos el epiplón, empezamos a ver todas las asas intestinales, le contamos doce perforaciones. Seguía respirando. Se cortó un tramo de intestino y cerramos. Nos alumbramos con una chismosa y con la linterna de un compañero. Al herido se le pasó suero rápidamente, se le pasó sangre y estuvo vivo hasta las cinco de la mañana.

Esa fue la primera operación grande en la cual intervine, porque los demás casos eran heridas que uno le extraía el plomo y demás.

PERIODISTA: La sangre cómo se la pasaron, ¿directamente o ustedes tenían?

DR. FERNÁNDEZ: No. Cuando nosotros regresamos con el compañero del combate, inmediatamente se cogió un yipi y se mandó a pedir sangre. Se trajo un frasco de sangre. Yo creo que lo trajeron, no recuerdo si de Chaparra, a través de los compañeros del Movimiento o de Holguín. No recuerdo bien.

En el combate de las afueras de San Andrés nosotros tuvimos tres muertos y cuatro heridos. Fue el 29 de noviembre. Para enfrentar a Sosa Blanco estaban las columnas 14 y 32. El combate fue largo y cruento, para nosotros y para el enemigo. Después nos enteramos de que ellos habían tenido como veinte bajas. Los muertos nuestros fueron de la Columna 32: Daniel León, de Perico, Matanzas; Onelio Corrás, Barbarroja, y Santiago Pater-son. Entre los heridos se encontraban el capitán Félix Mendoza y Reinaldo Borges. A Mendoza se mandó para el hospital de La Plata, donde estaban Martínez Páez y Ordaz.

Cuando en La Plata me dijeron que iría en la columna como médico, fui a ver a Martínez Páez y le dije: “Oye, Martínez, explícame más o menos los problemas de fractura, lo que se me puede presentar”. Entonces me dio una clase de dos horas. Me dijo: “Resuelve con una yagua en esta forma, con un pañuelo, con esto, con lo otro”. Es decir, la cosa práctica de la guerra.

Y eso hacía ante cualquier caso. Este mismo compañero Borges tuvo un tiro de Springfield que le interesó el omóplato, me parece que el derecho, y el brazo en la región del bíceps, del músculo, entonces parece que tuvo una ligera luxación. Rápidamente lo inmovilicé.

Este combate duró muchas horas, hasta el anochecer. Empezamos a recoger a los heridos rápidamente. ¿Y qué hicimos? En vez de curarlos allí, hacerles la primera asistencia en lo que se podía, los mandábamos para Gibara, donde el comandante Suñol había indicado hacer un hospitalito y había un cirujano.

También estaba como enfermera la hermana de Suñol, Nelda, otro enfermero llamado Oscar, Lourdes y dos o tres más como el doctor Sainz de la Peña, de Buenaventura. Dejamos a los compañeros allí, como había un médico cirujano, no hubo que hacer ningún tipo de indicaciones ni nada. Entonces yo me turnaba, cuando los heridos estaban solos, iba por la mañana a pasarles visita, a ver cómo evolucionaban y demás.

Lo de Félix Mendoza sí era más serio, era una fractura y creímos oportuno trasladarlo para el hospital de La Plata: no iba a tener problemas con el ortopédico que había allá.

El caso de Amador Cordero, otro de los heridos en el combate, fue más grave todavía. La bala le atravesó la región glútea y perdió muchísima sangre. Creo, pues yo no estaba, que a varios compañeros les extrajeron sangre para poder pasársela a Amador.

En Gibara formé un campamento

De aquí en adelante la tesis mía, como yo decía anteriormente, triunfó. Yo les planteé a los compañeros jefes que había suficientes médicos y que yo estaba deseoso por tirar tiros, y efectivamente, de ahí no fui para el hospital ni para ningún campamento nuestro, sino para Gibara donde formé mi campamento. Se empezó a preparar entre los jefes de las columnas una buena emboscada a Sosa Blanco, para tratar de agarrarlo.

Sin embargo, Sosa Blanco arrancó por el mismo camino de Auras, a pasar por frente a los campamentos nuestros, en las faldas de la sierra de Gibara. Yo me había quedado en el campamento, teníamos a varios compañeros enfermos: uno tenía fiebre de 40, otro infección en la orina, a otro en el combate de San Andrés le habían dado un tiro en el pie y había luxado la articulación del pie. Entre los enfermos y heridos, eran como diez o doce compañeros. Me acuerdo de que habíamos almorzado a la una y media y, a eso de las dos y cuarto, vino corriendo un compañero:

—Oigan, que toda la gente aguante a Sosa Blanco aquí.

—¿Pero cómo es eso de que aguanten a Sosa Blanco aquí? ¿Sosa Blanco viene solo o en un yipi?

—No, no, viene con su gente.

Venía con toda la gente que tenía, un batallón, con tanquetas, morteros y las avionetas.

—Aquí no hay nadie enfermo ni herido, todo el mundo que coja su fusil.

Entre todos éramos doce. Salimos al platanal y cavamos unas cuantas trincheras en el platanal. Pero detrás de nosotros había una cañada.

Teníamos la gente ahí mismo, y decidimos ir para la cañada. Nos unimos y empezamos a disparar contra un solo objetivo. En eso llegó el teniente Lizardo Proenza, lo vi al lado mío y respiré, porque yo no tenía experiencia para dirigir aquello.

A las cinco y media, Proenza me dijo: “No ha llegado el refuerzo nuestro”. Entonces empezamos a retirarnos, porque la aviación ya estaba encima de nosotros.

Nos fuimos corriendo por toda la cañada. Por cierto que allí a Proenza le faltó el aire. Cuando le vi el color, le tomé el pulso y ante su estado, le dije:

—Acuéstate.

—No, no, podemos irnos de aquí.

—Ya las dos avionetas pasaron. Vamos a descansar aquí, y después tú vas, pero no camines.

Esperamos como quince minutos.

Más adelante le planteé al comandante Suñol:

—Mire, a este compañero hay que mandarle a buscar un cardiólogo para que lo atienda. Necesita reposo y, además, hay que hacerle un electro.

Pero al otro día, Proenza andaba con una columna de veinticinco hombres tirándole tiros a Sosa Blanco. Se había olvidado de su problema de salud. Ese es el espíritu que aprendimos con los compañeros viejos de la Sierra Maestra. Allí la verdad es que había que hacer la medicina sobre el herido grave, porque si había un herido que más o menos podía levantarse, se levantaba a tirar tiros.

Por eso el dicho ese de que los hombres de la Sierra valían por mil es verdad. Cada uno valía por mil. Nadie se enfermaba allí, no

había problemas de dolor de barriga, “que tengo esto, que tengo lo otro”, eso no existía.

En esta última etapa ya era combatiente, un combatiente más, directamente, como soldado de fila, y después de este combate que tuvimos con Sosa Blanco nos dirigimos para Vázquez, para ultimar la toma de Puerto Padre. Ya no como médico sino como combatiente estuve en la toma de Puerto Padre.

De Puerto Padre fui para Holguín, lo rodeamos todas las columna que formaron parte del Cuarto Frente y allí nos sorprendió el primero de enero, el triunfo de la Revolución.

Pedimos permiso a la comandancia para reunirnos con la Columna No. 1. Cuando entró el Ejército Rebelde en Santiago de Cuba, nosotros entramos con él. Y después hasta la universidad de nuevo, a acabar la carrera.

**Él era negro, ella blanca.
Yo vi esa pureza**



Dr. Pablo Jiménez Riverí

Yo quiero significar que mi contacto más íntimo con la Revolución partió de un 19 de mayo, que me visitó la compañera Melba Hernández; ella andaba en trajines económicos para el Movimiento 26 de Julio. Me sorprendió notablemente su visita en la consulta, en horas de la mañana. La había llevado un dirigente de ese Movimiento en la localidad, el compañero Zelaya. Me llamó también mucho la atención el valor de los dos en esa gestión, a una cuadra de la estación de policía. La compañera Melba Hernández iba a visitar a otra doctora, cuyo nombre no recuerdo ahora.

Precisamente todos los 19 de mayo, yo los dedico al recuento y recordación martiana y, ese día, aniversario de la muerte del Apóstol, llegó a mi consulta la conocida compañera revolucionaria. Recuerdo que me dijo: “Doctor, done como para una transfusión de sangre”.

Yo políticamente militaba en el autenticismo, y tenía una postura política muy errónea, una postura golpista. Nosotros pensábamos darle a Batista un golpe como él nos había dado a nosotros. Es decir, estaba muy lejos de los verdaderos conceptos revolucionarios.

Sin embargo, yo era el único auténtico en el término de Mayarí cuando este partido triunfó. Nunca tuve cargos públicos. Incluso rechacé la jefatura de Sanidad que se me ofreció, por el hecho de no sustituir a un compañero. Me dolía, me molestaba sustituir a un compañero, y además porque me iba a convertir en sargento político del jefe político del autenticismo de la zona. Resultado: que el jefe político tuvo que irse a Santa Clara y traer a un médico de allá e instalarlo en la jefatura de Sanidad.

Yo vivía en un pueblito muy hospitalario, muy progresista, donde se me quería bastante y donde devengaba el diario vivir, modesto, de mi familia. No me atraía el hecho de ser jefe de Sanidad ni que se me ofrecieran las prebendas de los ingenios y comercios. No. Y sobre todo me molestaba sustituir a un compañero. Después de la visita de Melba, me vinculé al Movimiento 26 de Julio.

Amanecemos territorio libre de Cuba

Un día el Ejército Rebelde tomó Cueto. Un día inolvidable. Como a las diez de la noche empezó el ataque, y amanecemos territorio libre de Cuba transitoriamente. El Ejército Rebelde estuvo allí una semana aproximadamente. Al retirarse, muchas familias decidieron seguirlo, y yo entre ellas. Llegué hasta un lugar llamado Santa Isabel, allí me dieron buena cama, buen alojamiento; y en la madrugada, como a las cuatro, tocaron a la puerta, nos preparamos bien y era el teniente Isaías Camacho que venía a conducirnos al corazón del campo insurrecto. Magnífico.

Tomamos un yipi a esa hora, todo el mundo muy contento, con mucho ánimo; con el teniente Tamayo en el volante, fuimos a parar a un campamento que se llamaba Guamuta. Amanecemos. Allí había un botiquín muy bien surtido, incluso, había una mesa de reconocimiento de esas de madera, pero con un buen hule. Había una esterilizadora y, sobre todo, muchas medicinas.

Mientras estuve en este campamento el botiquín fue surtido dos veces.

La Columna 16 Enrique Hart estaba al mando del comandante Carlos Iglesias, Nicaragua. Y Nicaragua vino, me fue presentado y le impresioné muy mal, muy mal. Cincuentaiocho años. Su zona era una candela, estaba en el llano. Entonces parece que él vio a este viejo, y dijo: “No me sirve”. A mí me dijo: “No se mueva de aquí”. Días después llegó el capitán Abelardo Colomé, también tan joven así como Nicaragua, una cosa increíble. Cuando yo vi a aquel capitán joven, lampiño y escaso de carnes, dije: “Qué cosa, qué juventud tenemos”. Y yo, desde la altura de mis años, lo miraba como lo que era: un niño.

Bueno, estando allí me citó Machado para la comandancia. Me dije: “Ya esto se está poniendo bueno”. Pero yo quiero significar que en aquellos quince o veinte días que estuve en Guamuta, hice mucha medicina rural. A iniciativa —quiero ser justo— de una compañera llamada Dimas Cid, refugiada también. Esa muchacha fue quien me impulsó. Yo acepté y entonces empezó a llenarse. Hay un detalle: donde trabajé después había menos subdesarrollo sanitario que en Guamuta. Aquello estaba bastante mal, la población mal vestida y muy poco acostumbrada al médico. Había que ir a sus casas, y para que se pusieran una inyección... había que librar una batalla para que dejaran inyectar a esos niños. Estaba bien marcado el subdesarrollo sanitario. Claro, junto con ese subdesarrollo sanitario iba todo lo demás: las viviendas eran chiqueros. Una cosa mala era Guamuta, que ya no es así. Ya yo sé que allí llegó la Revolución.

Entonces nos vimos el comandante Machado y yo en la comandancia, a principios de diciembre. Yo recuerdo que el Día del Médico yo dormí en la comandancia.

Debo mencionar al doctor Eduardo Ruiz Magariño, que llevó para la Sierra su aparato de radiografía. Yo llevé muchos instrumentos y muchas medicinas. Tenía un pequeño aparato de

radiografía de quince mil amperios; pero el de Ruiz Magariño sí era bueno, era de cien mil amperios. Y él lo llevó a la Sierra, al hospital de El Paraíso. De Cueto también estaba el doctor Mino González Serrano.

El doctor Víctor Castillo no se fue, pero la noche del ataque a Cueto se atendieron a muchos heridos en su consulta, incluso al capitán Furry, que le estalló cerca una granada de M-26 y le produjo heridas en la cara. Y González Serrano, precisamente, y el doctor Castillo, atendieron a Furry.

La lucha era por no cobrar

Bueno, me vio Machado. Recuerdo que en la oscuridad de la noche yo bajaba una pendiente y él subía acompañado de otras personas, y en la oscuridad, dijo:

—Usted es el doctor Jiménez Riverí.

—¿Cómo usted lo sabe, doctor, porque usted es el doctor Machado?

Y dijo algo muy elogioso para mi persona. Entonces hablamos. Me planteó que me necesitaba en Puriales, allá en la remota Baracoa.

—¡A la orden, comandante! —le contesté.

—Vuelva a Guamuta, prepare todo ese instrumental que usted tiene y todas esas medicinas, y espere un yipi que le vamos a dar para ir a Puriales.

Y no me lo dieron, lo llevó él mismo. Hicimos juntos el viaje. Entonces, al llegar a un lugar llamado Palenque, me dijo:

—Riverí, usted tiene que quedarse aquí; ya no va a Puriales, porque el médico de aquí está enfermo.

Ese hospital estaba en la casa del doctor Martínez Mejía, una casa amplia, muy grande, incluso había laboratorio, salón de operaciones, material aséptico, instrumental y muchos libros.

Aquello fue muy distinto a Guamuta, era una zona cafetalera, de gente rica. La lucha era por no cobrar. El comandante Machado me había dicho:

—Ni un centavo a nadie.

Ahí llegaban millonarios del café que querían pagar. Entonces yo les decía:

—Mire, compañero —le enseñaba una bandera del 26 de Julio que tenía detrás de mí—, este es un servicio social del Movimiento 26 de Julio, y no podemos hacer distinciones entre ricos y pobres.

Entonces todos aquellos cafetaleros traían a sus mujeres, a sus hijos.

Yo no pasé las fatigas que pasaron otros compañeros. Yo tuve de todo, y creo que se lo debo al comandante Machado, que me situó en un lugar alejado del tiroteo y del campo de batalla, porque Puriales estaba lejos. Allí cerca hubo el combate de Imías, y después nada más, porque aquello fue enseguida territorio libre de Cuba, y Puriales era un sitio tranquilo. Allí estaba mi esposa.

PERIODISTA: ¿Su esposa era médica también?

DR. JIMÉNEZ RIVERÍ: No, qué va. Era una compañera que no me quiso dejar. “Si tú te vas, yo me voy”. Entonces ella fue. Allí trabajé como si estuviera en mi consulta, exactamente como si estuviera en mi consulta, dando consultas de todo tipo.

Tenía hospitalizados soldados rebeldes. Pero realmente yo hice servicio social en Guamuta, intenso, con aquella compañera, Dimas Cid. En Palenque el servicio social era más bien para las personas necesitadas, y allí iban también terratenientes. Yo hice una consulta muy bonita, muy cómoda. Las camas estaban todas ocupadas, porque los soldados rebeldes me los traían para su convalecencia.

PERIODISTA: ¿Casos graves llegaban?

DR. JIMÉNEZ RIVERÍ: Sí, casos graves. Aquel hospital es inolvidable, porque yo creía que me lo sabía todo. El doctor Jiménez

Riverí, cincuentaiocho años de edad, con una biblioteca, con una formación. Yo creía que tenía la verdad en mi mano y allí aprendí que no sabía nada. Vi una noche a un compañero quejándose mucho porque tenía fiebre, dolor y escalofríos, tenía un proceso séptico, y se quejaba mucho, muy molesto, y vi a una compañerita echársele encima con una frazada para darle calor. Él era negro y ella blanca. Yo vi esa pureza.

Recuerdo el caso de una parturienta primeriza de quince años, una guajirita fuerte, muy dura, pero de quince años. Ya yo la había examinado y aseguraba un parto fácil, y a la hora de ponerla en la mesa, rotas las aguas, con la cabeza ya palpable y mi mujer con un candilito, porque no había gasolina para la planta y estábamos sin luz eléctrica en el hospital, empecé el trabajo. Hubo un momento que me alejé un poco, fumé un cigarro, volví, animé a la muchacha, y de pronto... mi mujer: "Pablo, coge el candil, que me voy a desmayar". Mi mujer es una criolla dura, fuerte, no anda con desmayitos ni con boberías. Cogí el candil y se lo di a otra persona.

Claro, en el trabajo de parto, con la contracción asoma el occipucio; pasa la contracción y se relajan los músculos, ya no se ve el occipucio. Viene la otra y se vuelve a ver, y en ese vaivén mi mujer no pudo resistir.

Y el caso más grave fue el de una bronquitis capilar, un caso durísimo, una criatura de unos seis meses con bronquitis capilar. Me la trajeron de noche, de madrugada me levanté y en cuanto vi el aleteo de la nariz, dije: "Es bronquitis capilar, qué cosa más grave". La hospitalicé, y entre Joseíto, el farmacéutico de Palenque, y yo, conseguimos toda la medicación que necesitaba. Sanó. ¡Qué satisfacción que un niño salvara la vida!, que un niño cubano salvara la vida con mis atenciones.

Teníamos hospitalizados casos de ortopedia, y venía el doctor Cervantes, venía periódicamente a atender esos casos de ortopedia. Y teníamos también hombres de la Revolución que se

habían sacrificado, que habían sido correos y demás, esperando que los ubicáramos en algún lugar, porque no podían ir a sus pueblos, ya que los asesinos los esperaban, y casi todos eran viejos. Entonces les dábamos muy buena dieta a esos viejos y muy buena medicación. Compañeros viejos que habían servido a la Revolución.

Hacíamos un promedio de quince o veinte consultas nada más. Nunca el trabajó allí fue intensivo, nunca, nunca. Yo oigo a los compañeros que han pasado tantas vicisitudes, los compañeros que han tenido por hospital su maletín, los compañeros que han trabajado en condiciones desastrosas, que han inventado, y los saludo efusivamente con mucho respeto, porque yo no tuve dificultades.

En una ocasión me vinieron a buscar urgentemente de Felicidad de Yateras. “¿Qué pasó?”. “Estalló una bomba”. Marchamos a Felicidad de Yateras la jefa de personal del hospital, esa que fungía de comadrona, y yo. Había estallado un boniato. ¿Ustedes saben lo que es un boniato? El Ejército Rebelde sembraba bombas en el camino, y a eso le llamaban boniato. Y en esa ocasión, sacando esas bombas, porque ya aquello era territorio libre de Cuba, con un pico, la bomba estalló.

Un compañero fue gravemente herido. Tenía que morir. De todas maneras se le insertó un suero, y mandé a que lo lavaran para que muriera limpio. No había remedio, ya estaba frío, sin pulso. Los demás tenían heridas leves o menos graves, y eso se pudo resolver.

Yo no olvido que vi muy emocionado, lo conocí ese día, al capitán que era jefe de la zona, Manuel Fajardo. Este era un guajiro rudo, serio, muy revolucionario, muy honesto, de Niquero. Lo vi sentado en una silla, con los brazos así, como se sientan los asmáticos. Que me perdone Fajardo si me lee: estaba llorando a sus muchachos. Esa fue otra cosa que yo aprendí. Un hombre, capitán entonces, y esos pobres soldados que una bomba había

traumatizado, y él lo sentía tanto, los lloraba. “Qué distinto es esto. Qué estoy viendo yo”, me dije entonces. Aquello para mí fue una escuela. Cuando yo bajé era otro, yo era otro hombre, tenía otros conceptos de las cosas, a pesar de mis cincuentaiocho años.

Yo tenía una consulta privada. Entonces abandoné la consulta privada y vinimos mi mujer y yo para La Habana, y me incorporé a las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Me hicieron primer teniente y me pusieron a servir a la Fuerza Aérea Rebelde.

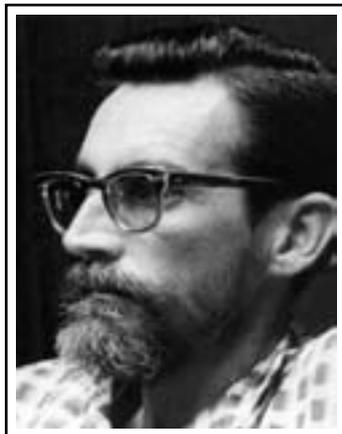
En la Fuerza Aérea Rebelde pasé por Playa Girón, el bombardeo de San Antonio de los Baños, después al frente de un batallón en la Crisis de Octubre, estuve en un lugar de Cuba. Luego, durante cuatro años, presté servicio como médico del Ministerio del Interior.

Quiero añadir, acerca de mi estancia en aquellos días en la Sierra, que vi la enseñanza rural, vi a los compañeros en yipi, a caballo o a pie, atendiendo el analfabetismo. Son cosas conmovedoras. Vi el servicio de obras públicas, al capitán Oriente Fernández haciendo carreteras en el Segundo Frente. Donde sirvió el Che Guevara, serví yo; donde Fidel Castro era jefe, yo también serví; donde Camilo Cienfuegos se cubrió de heroísmo, yo también serví. Ese es un orgullo que me acompañará hasta el momento de morir.

Nada más.



Hasta dentista y consultorio dental



Cmdte. Luis Borges Alducín

En la etapa de la lucha armada participaron muchos estomatólogos, fundamentalmente en el Segundo Frente Oriental Frank País. Allí laboraron los compañeros Benjamín de Zayas, Vázquez Turró, Severino López, Oscar Medina, Pedro Valdés, entre otros. Con algunos de ellos he establecido contacto después de que triunfara la Revolución y hemos podido intercambiar experiencias en la actividad dental en las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Durante los primeros meses de la lucha de guerrilla en la Sierra Maestra ejercieron funciones como dentista algunos médicos. Tal es el caso de los comandantes Ernesto Che Guevara, Sergio del Valle y Oscar Fernández Mell. Ellos realizaron extracciones dentarias a miembros de la tropa y al campesinado de las zonas en que operaban.

Me trasladé a La Habana después del levantamiento de Cienfuegos el 5 de septiembre de 1957. Aquí permanecí hasta mediados de 1958 cuando, a través del Movimiento 26 de Julio, se me planteó la necesidad de trasladarme a la Sierra Maestra, donde sería más útil.

De inmediato me encaminé a Oriente. Esta provincia no la conocía. Me acompañó, simulando un viaje de novio, la compañera Lila León. Después de no pocos sustos en el camino, por una serie de registros que nos hicieron, pudimos llegar a la zona de Barrancas. Permanecemos ahí muy poco tiempo. Pronto nos dirigimos a una finca de su familia. Era una pequeña finquita donde esperamos a un guía que nos habría de llevar a la Sierra. El Chino Rodríguez Paneque demoró dos días en llegar.

Cuando emprendimos la marcha ya nos sentíamos más tranquilos, pues la vida en el llano era un martirio al sentirse uno perseguido y acosado. Ahora estábamos felices, porque íbamos a entrar a territorio libre.

El ascenso fue verdaderamente penoso, ya que no estaba acostumbrado a la montaña ni a los zapatos que me consiguieron, ¡cómo me apretaban! Demoramos en llegar a La Plata aproximadamente dos días, no puedo precisar bien; me quedan recuerdos vagos de haber dormido en el camino una sola noche.

Al fin llegamos a La Plata. Hacía poco tiempo que se había obtenido el triunfo de la batalla de El Jigüe. En la casita de La Plata, la primera comandancia, nos recibió cariñosamente el compañero Paco Cabrera.*

Justo al momento de nuestra llegada, los compañeros comían un arroz con chorizo. Nosotros traíamos un hambre tremenda porque en el camino no habíamos probado bocado alguno. Ante la invitación, creo que respondieron los ojos.

Aquella noche Paco Cabrera me preguntó qué haría yo con los soldados y oficiales de la dictadura que cayeran prisioneros en nuestras manos. La pregunta me sorprendió, pero bueno, le contesté: "Habría que analizar muy bien qué tipo de oficiales y qué

* Comandante Francisco Cabrera Pupo, Paco, combatiente de la Sierra Maestra. En el viaje que realizó el jefe de la Revolución cubana Fidel Castro Ruz a Venezuela, fue alcanzado por una de las hélices del avión en que viajaba. Pereció el 27 de enero de 1959 en el aeropuerto de Maiquetía.

tipo de soldados. Porque hay muchos soldados que por circunstancias especiales, por necesidad de supervivencias, están en el ejército. No deja de haber gente buena allí también, que por profesión no les queda otro remedio u otro modo de vida”.

De buenas a primeras todos los presentes se echaron a reír. Y era que estaba el comandante Quevedo* con otro compañero más y de haber dicho que los ahorcaran o fusilaran me hubiera puesto en una situación un poquito embarazosa.

Fui atendido muy bien. El compañero Paco me estuvo haciendo referencia de todas las armas que se habían capturado en la batalla de El Jigüe. Me enseñó hasta algún material de guerra que habían capturado. Estuve aproximadamente dos días en La Plata.

Había un compañero estudiante de Estomatología, el compañero Luis Biosca, creo que de la tropa de Sergio del Valle o del Che, al cual tuvimos oportunidad de conocer después. Él me entregó pequeñas cantidades de anestesia y algún material e instrumental muy limitado. Luego se solicitó a Santiago de Cuba una serie de materiales con los cuales atender los problemas que se podían presentar en nuestra especialidad.

Importancia de un libro viejo

Ya en ese momento me trasladé hacia La Plata. Comencé a darles asistencia a los compañeros del Ejército Rebelde al principio. Establecido el pequeño consultorio cerca de la casita de Faustino, en la casita de Ñico, el campesino, pude hacer no solo extracciones, sino tratamientos de canales sin recursos de radiografías como científicamente se requiere. Recurrí para esos casos a libros muy viejos.

* Se refiere a José Quevedo, prisionero de los rebeldes en la batalla de El Jigüe que pasó a las filas revolucionarias. Posteriormente abandonó el país.

Aquí recibí la visita de muchos campesinos de la zona que a diario llenaban la sala de espera del improvisado consultorio. A pesar de que las condiciones de trabajo no eran las mejores en cuanto a comodidad del paciente se refiere, se hacía una buena esterilización; todo el instrumental y materiales eran manejados asépticamente.

Se practicó la anestesia conductiva, infraorbitaria, etcétera. Yo pude realizar extracciones complejas; pero muchas veces las hacía con cierto temor. En primer lugar, porque llegaban campesinos con su dentadura completa, nunca se habían hecho una extracción siquiera, y temíamos que pudiera surgir algún caso hemofílico. Les preguntábamos que si en alguna oportunidad había sufrido alguna herida, si había manado mucha sangre, en fin, les hacíamos una serie de investigaciones previas para evitarles un mal mayor a esos campesinos; pero la mayoría de ellos ni se acordaban si alguna vez se habían hecho una herida. Entonces decíamos: “Bueno, si hubo herida y no te moriste quiere decir que no eres hemofílico”.

Llegábamos a esa conclusión y practicaba las extracciones. Un dato curioso de los campesinos de la región es que sus caries dentales no eran tan profundas. Supongo que sea por la riqueza en sales del agua de aquella zona. Un campesino venía a hacerse una extracción, pero el resto de su dentadura era muy fuerte, los dientes muy sanos. En cambio, las caries en los compañeros del llano que estaban allí proliferaban con bastante regularidad. De ahí que, para las intervenciones operatorias, la mayoría de los clientes eran del llano.

Nosotros no tuvimos que enfrentar con frecuencia casos de tétanos ni de gangrena en la montaña. El último día nos fuimos pensando que cabía la posibilidad de que, siendo el vector de la transmisión del tétanos, el aire y el polvo —en la montaña, una zona tan húmeda y donde permanentemente está mojado—, era posible que fuera difícil el traslado de las esporas tetánicas. Por

eso cabe la posibilidad de que los médicos hayan confrontado tan pocos casos de tétanos, a pesar de la complejidad de muchas intervenciones quirúrgicas que realizaron, en aquel medio ambiental tan hostil y desfavorable para la cirugía.

Ocurrencias del Che y Camilo

Por nuestra profesión, tuvimos la oportunidad de conocer a compañeros muy valiosos y guardamos recuerdos imborrables, como es el caso de Che Guevara. Lo conocí mientras yo trabajaba, lo vi llegar en una mula. Venía a entrevistarse con el compañero Fidel, y de buenas a primeras se detuvo a mi lado y dijo: “Caramba, cómo hemos prosperado por aquí, si hasta tenemos dentista y consultorio dental”.

En otra oportunidad, previa a la invasión a Las Villas, el comandante Camilo Cienfuegos tenía un problema muy serio en una pieza. En la casita de Faustino, cariñosamente se me acercó y me preguntó: “¿Así que tú eres el dentista?”. Y agregó: “Yo tengo una muela que sacarme, pero qué va, no me la saco. Me está doliendo enormemente”.

William Gálvez en aquel momento tenía un problema similar, pero él se decidió a hacerse la extracción. No le dolió nada. Le pusimos una conductiva para extraerle un molar inferior y no le dolió nada. Entonces le comentó a Camilo:

—No, no, si no dolió nada.

Incrédulo preguntó Camilo:

—Pero ¿verdad? ¿Tú no me estás engañando?

—No, no me dolió nada —le respondió William.

Finalmente el compañero Camilo se decidió, y le hicimos la extracción de la pieza. Como él todavía demoraba en el campamento dos o tres días, le dijimos que no convenía que en ese momento saliera de marcha, que estuviera en reposo esos días.

Efectivamente, no tuvo problemas de ningún tipo. Salió en la invasión hacia Las Villas.

Allá en la Sierra Maestra desarrollamos una labor social importante con todo el campesinado. Al principio no teníamos muchos clientes, pero pronto fueron afluyendo, y diariamente atendíamos gran cantidad de pacientes.

En una ocasión que se tuvo conocimiento de que iban a bombardear la Comandancia de La Plata, hubo necesidad de destruir la casita de Ñico y camuflar aquella región. Tuvimos que hacer un varaentierra, un poco más abajo, en el camino del hospital, y trasladamos nuestra consulta. Allí atendíamos a los campesinos y a nuestros compañeros.



Mi primera experiencia militar

Ya con posterioridad, en la etapa en que la ofensiva rebelde se dirigía hacia el llano, solamente transportábamos material e instrumental imprescindible para los casos que se presentaran en la marcha. Cuando llegó el ataque a Cerro Pelado, el 27 de septiembre de 1958, uno de esos momentos en que uno siente que puede ser útil también en la batalla, decidí formar parte del grupo que iba al ataque. Le planteé a Fidel que quería ayudar a Fidel Vargas con la 50. Y me autorizó.

En aquella primera acción tuve mi bautizo de fuego. Emplazamos la 50 con unas pocas piedras que habíamos conseguido allí. Yo no imaginaba cómo aquel artefacto podía hacer tanto ruido. Estuve como tres días sordo. Cada vez que disparábamos una ráfaga, Fidel Vargas —con más experiencia que yo— me decía: “Agáchate ahora”. Me agachaba y sentía cómo en aquella trincherita, que apenas levantaba dos pies del suelo, las balas de los guardias rebotaban. Era un momento bastante crítico para mí, mi primera experiencia militar.

Con la bajada al llano, mi actuación en el frente profesional fue disminuyendo gradualmente. Entonces ocupé el cargo de cuartelmaestre de la Columna No. 1. Me hice cargo de todo el parque, los obuses, las minas y armas hasta el triunfo de la Revolución. Volví a mi profesión en el hospital militar Carlos J. Finlay. Aquí participé en la organización de la primera clínica dental, ya hoy diseminadas por todo el territorio nacional.



Odontólogos en el Segundo Frente Oriental

Tte. Oscar Medina Dumas

Mi inicio en la Revolución, aunque ya sentía cierta aversión por los distintos gobiernos anteriores, fue en pleno poder de Batista, cuando la situación se agravaba más y más.

Después del 26 de julio de 1953 conocí en la prisión de Boniato a Fidel Castro y a los demás revolucionarios que participaron en esa contienda histórica del ataque al cuartel Moncada.

Entonces era dentista de la prisión, atendía a los presos. Mi trabajo era asistir por la mañana, hacerles extracciones a los presos e irme para la casa. Pero cuando los esbirros capturaron a nuestros compañeros, nos situaron en una posición difícil, es decir, no podíamos permanecer en el salón donde ellos estaban, mucho menos conversar con ellos. Es más, como éramos profesionales ajenos a los cuerpos de seguridad de allí, teníamos siempre una especie de vigilancia.

No obstante llegó a existir alguna relación entre nosotros. Había atendido a heridos, como fue el caso del compañero Reynaldo Benítez. Yo me acuerdo del médico, era el doctor Juan Martorell. A veces me pedía ayuda para anestesiar cuando iba a hacer una extracción de bala, etcétera. Así fue como comencé a tener verdadero

intercambio con aquellos presos y como pedí a modo de auxiliar en las labores dentales al doctor Pedro Aguilera, asaltante del Moncada que es dentista. Me lo concedieron. Ya en estas condiciones, pude sacar ideas hacia la calle y traer noticias al penal.

Cuando a los moncadistas los trasladaron para la prisión de Isla de Pinos, perdí el contacto con ellos.

Años después, el 30 de noviembre de 1956, se produjo el alzamiento de Santiago de Cuba, y en Boniato estaba todavía, pero metido de lleno en el Movimiento. Por aquellos días me habían pedido que permaneciera en el penal definitivamente. Me negué. Yo no era militar, sino un civil contratado.

Pero ese mismo 30 de noviembre me mandaron a buscar a la prisión de Boniato para acuartelarme, yo estaba comprometido en todo aquello, pero como no se sabía... Entonces pedí permiso para ir a la casa y no volví a la prisión. Me escapé a la montaña y, posteriormente, establecí contacto con la tropa de Tomassevich, que ya operaba en la zona donde se abriría el Segundo Frente Oriental y por la región de Songo.

A Tomassevich lo había conocido también en la cárcel de Boniato, de donde se escapó el 30 de noviembre con Nicaragua, Coroneaux y otros compañeros. Yo les presté asistencia médica y dentaria y les suministraba medicinas. Entonces yo no estaba completamente alzado, sino clandestino. En mi primer intento de alzamiento tuve que regresar a Santiago de Cuba, porque en una caída se me rompieron los espejuelos.

Por equipaje mis instrumentos dentales

Finalmente salí con el doctor Gilberto González Pérez hacia el Segundo Frente por Dos Caminos de San Luis. Llevábamos bastante medicina, pero no suficiente para un mes. Conmigo iban los instrumentos dentales.

Llegamos a Bombí, un lugar entre las zona de Guantánamo y Sagua de Tánamo. La familia Casas estaba integrada, todos eran del Movimiento y nos proporcionaron los medios para contactarnos con Tomassevich o con Demetrio Montseny que ya estaban en aquella zona, igual que Samuel Rodiles.

Resulta ser que cuando llegamos a El Aguacate, que era donde radicaba la comandancia, conocimos a Villa, a Samuel Rodiles y otros compañeros; les hablamos de nuestras intenciones y nos dijeron: “Bueno, quédense aquí”.

Combate de Soledad

El trabajo más intenso fue con la población campesina; parecía que nunca habían visto a un médico ni un dentista, entonces bajaban en grandes cantidades. Nosotros atendíamos en El Aguacate a cincuenta o sesenta casos diarios de extracción dentaria, en unas condiciones adversas, porque nuestro instrumental era escaso y el sistema de esterilización de instrumentos, nulo. El comandante Raúl Castro ordenó que el hospital se situara en un punto más avanzado para dar mejor asistencia no solo a los campesinos, sino a los posibles heridos que íbamos a tener, ya que se planteaban ataques a Soledad, Jamaica y otros pueblos.

Situamos el hospital en un punto de Monte Ruz. Nuestro director era el doctor Machado Ventura, que al mismo tiempo era jefe del arsenal militar.

Sucedió el primer combate. Se recibieron los primeros heridos procedentes de Soledad, y después los del ataque a Caimanera. Para entonces nuestro hospital tomó otros caracteres. Había movimiento hospitalario. Las muchachitas se habían adiestrado como enfermeras, los médicos habían llegado y engrosado el personal auxiliar.

Medicina rural y militar

El hospital, aunque estaba muy bien situado, se cambiaba constantemente. ¿Por qué? Porque convenía a la estrategia impuesta en aquel caso. Así pasamos a un lugar donde estaba la casa de Erbella. Allí la cantidad de heridos era grande, muchos heridos, muchos movimientos. La población campesina seguía recibiendo nuestros beneficios.

Hubo necesidad de hacer distintos hospitales para ir dando atención a los campesinos y para especializarse en los casos de heridos. Iban llegando más médicos, más dentistas, íbamos extendiendo nuestros servicios de medicina, se puede decir, rural y militar.

Este hospital central tenía otras dependencias, otros hospitales que se subordinaban al principal. A este llegaban las medicinas y se distribuían después equitativamente. Machado, en la distribución de los medicamentos y del personal, tenía un cuidado celoso.

Como siempre he sentido gran amor por la medicina, atendía al personal desde el punto de vista médico y otras veces desde el punto de vista estomatológico.

¿Experiencia estomatológica? Una vez la fractura de un maxilar de un muchacho. Me mandaron a buscar a Majimiana. Yo no sabía cómo operar el maxilofacial, pero bueno, estábamos en guerra y había que hacerlo. La verdad que estaba bastante complicado; sin placas radiográficas, sin nada, metí mano a aquello. Me acuerdo que como equipo para resolver, una lámpara de cualquier cuartel de por ahí; con eso hicimos una férula y para mantener puntos de fijación buscamos una cincha de una montura, la apliqué, hice un casquete y lo inmovilicé con ese sistema. No tenía otra cosa y para guiarme cómo andaba aquello, ni placas radiográficas ni mucho menos. Pero lo cierto es que el individuo a los cinco o seis días ya podía hablar y, a los dos meses, comía

mejor que yo. Aquel individuo quedó casi perfecto. Nadie puede decir que sufrió una fractura de importancia.

Tuve otro caso semejante, pero ya lo manejé con más seguridad.

Lo evacué todo

Un pasaje importante es la evacuación de un hospital. Yo creo que eso es lo más triste que hay, evacuar un hospital en un momento de dificultad. En una ocasión recibí la orden militar de trasladar el hospital que estaba en la casa de Erbella con urgencia y que hiciera lo que tenía que hacer, porque los guardias estaban cerca, en La Lima. Aquello era difícil, porque fue en los días que Machado estaba herido.

Yo me había quedado, porque teníamos varios heridos nuestros allí, tenía un grupo de mujeres enfermeras y auxiliares, y mover aquello era engorroso, no teníamos medio para moverlos ni teníamos yipi ni nada. Disponía de una hora y la situación no era para pensar. No comuniqué a nadie nada, preparé a los enfermos y dije: “Vamos a trasladar el hospital a un punto más interno”. Conseguimos un guía, no muy claro del territorio, y nos metió prácticamente en unas cuevas, con nuestros enfermos en camillas, debajo de mucha lluvia, se perdió medicina y se descontroló todo aquello. La orden era estricta, decía así, si mal no recuerdo: “Las mujeres las dejas en las casas de los campesinos de mayor confianza. Los heridos muy graves los sitúas en puntos donde tú creas que no puedan verlos, y llévate los documentos y demás cosas hacia esta dirección”.

Entonces yo no sé si desobedecí, pero la intuición fue no dejar a nadie, me dolía dejar a las compañeras en las casas de las personas de más confianza y a los heridos en otros lugares. Y yo dije: “Vamos a ver qué se puede hacer, vamos a ver si podemos salvar toda esta cosa”.

Y llegamos a unas cuevas que se llaman El Muerto, un lugar lúgubre, tenebroso; pero bueno, yo creía que allí estaba seguro todo. Al día siguiente, por la madrugada, me levanté al ruido de unos tiros. Le pregunté al guía:

—¿En qué lugar estamos?

—No, estamos aquí cerquita.

—Bueno, estamos desgraciados, porque los guardias están en La Lima y de aquí a La Lima nada más que hay cinco kilómetros. Y aquel batey, qué cosa es.

—Allí hay una casa muy importante.

—Bueno, hay que salir inmediatamente y no por el batey, sino por este farallón. Había un derrisco inmenso, y para poder pasar, porque yo me imaginaba que los guardias estaban en el batey —ellos lo primero que hacían era capturar los lugares donde estaban los víveres y posibilidades de mantenerse—, salimos por el farallón.

—Oye, pero eso es difícil —me decía el guía.

—Tenemos que ir por ahí.

Y por ahí subimos. Yo no sé cómo. Fuimos con los heridos y con las cosas que todavía nos quedaban hasta que hicimos contacto con los lugares más seguros. Posteriormente Machado, ya recuperado, dio la orden para hacer el traslado a otro sitio donde se estableció un nuevo hospital distante y seguro.

Alrededor de una mata de coco

En cuanto a cómo se desarrollaron los servicios dentales... muchas extracciones, muchas, muchas. Hubo días de hacer cincuenta o sesenta. Pero teníamos suerte, porque no sé por qué, no se explica que con tantas extracciones no hubiera hemorragias, ni infecciones. Hoy uno se sorprende de que, haciendo esa cirugía en estudios y salones especiales, se presenten casos de

hemorragias e infecciones. En el monte, sin esterilización, sin nada, no se presentaban aquellas cosas.

DR. LINARES WILSON: No... y la primera que yo hice, la hice a campo libre.

DR. MEDINA: A campo raso, se hacían a campo raso y ni se infectaban.

DR. LINARES WILSON: Cuando mejoró el servicio dental fue cuando llegué al Segundo Frente, a la Columna 6, que fue con Medina.

DR. MEDINA: En una ocasión, recuerdo que estando en Calabaza de Sagua, el compañero Lussón me planteó:

—Mi tropa tiene cuatro compañeros con dolor de muelas.

—Compañero, pero tengo que ir urgente para el hospital de Majimiana.

—Bueno, vamos a hacer alguna cosa.

Entonces sentamos a los cuatro compañeros alrededor de una mata de coco. A los cuatro allí sentados como si se fueran a recrear los inyectamos y a los cuatro les sacamos las muelas en un espacio de media hora.

—La verdad es que tú eres un bravo —dijo Lussón—. Pero eso lo haces aquí, porque en Santiago de Cuba tú no lo harías.

—No, en Santiago yo no podría hacerlo jamás. Imagínate, está en contra de la ética.

Pero estábamos en revolución, no teníamos los medios, había que inventarlos y había que resolver. Y así se hacían las cosas.

DR. LINARES WILSON: No, y el tiempo tan corto para cuatro extracciones.

DR. MEDINA: El problema era justo. Yo tenía que partir inmediatamente para un hospital, mandado a buscar, y había que atender a aquellos compañeros que no se podían quedar con dolor de muelas.

Fue feliz, todo el mundo quedó contento. Ellos preferían ver al dentista, porque eso les daba mucho aliento. A veces en una

tropa los combatientes se pasaban cinco o seis días con dolor de muelas, y si no había dentista se desesperaban. Uno llegaba y lo recibían como si uno fuera un rey. “¡Llegó el dentista!, ¡llegó el dentista!”. Se situaban cinco o seis: “¡Yo primero!, ¡yo primero!”, para eliminar su dolor de muelas. Ellos decían que era duro pelear, pero era más duro hacerlo con dolor de muelas.

DR. LINARES WILSON: No, y el trabajo que tú tenías en ese tiempo antes de que yo llegara era demasiado. Medina solo allí, aquello era espantoso.

DR. MEDINA: Después, estando los dos, fue mejor, sobre todo, la atención a la población campesina, eran caravanas criollas. Allí se reunían doscientos campesinos para recibir servicios tanto médicos como dentales e, inclusive, recibían charlas que apreciaban y se convertían en protectores del hospital, porque en ocasiones nos traían calabazas, naranjas, frutas, viandas, pollos, y nos decían: “Miren, para el hospital, para los enfermos, para los heridos”.

DR. LINARES WILSON: Para lavar la ropa.

DR. MEDINA: Hasta se brindaban para lavar la ropa del hospital, invitaban a almorzar y todo lo hacían con un desinterés extraordinario.

Actitud de una campesina

Recuerdo a una señora campesina que estaba en muy malas condiciones económicas y yo le quise hacer un regalo, dos pesos, porque había lavado todas las sábanas del hospital ese día y quería estimularla. Cuando le fui a dar los dos pesos, me dijo: “No, doctor, no. Eso no. ¿Qué otra cosa hay que hacer aquí?”. Quería ayudar a cocinar. Esas actitudes a uno lo llenaban de orgullo.

DR. LINARES WILSON: Hay algo que tú debes recordar, me refiero a cuando tenías la clínica dental en Bayate —nosotros teníamos

allí como si fuera una clínica—, había casos de extracciones que los hospitalizábamos hasta que se repusiera el combatiente o el campesino. Lo acostábamos en la camita de la cocinita y algunos se quedaban hasta por la tarde hospitalizados.

DR. MEDINA: Cuando venían casos de muy lejos y no podían irse, hasta les dábamos las comidas. A veces estábamos bien apretados con la alimentación, pero compartíamos.

PERIODISTA: Una cosa, doctor, que me estaba preguntando yo ahora, porque las extracciones más o menos se resolvían con esterilización; pero el caso de la atención preventiva, o sea, el caso de caries, etc., ¿cómo podían resolverlo ustedes?

DR. MEDINA: Al principio no podíamos brindar esa atención. Además, en la vida campesina hay dos posibilidades: o tiene una buena dentadura o está totalmente destruida. Entonces si estaba destruida, le hacíamos la extracción. A nosotros iban más por dolor que por otra cosa. A ellos no les interesaba una obturación, ¡no!, les interesaba resolver el dolor. Por eso al principio no hacíamos obturaciones.

Ya al finalizar, hicimos la clínica y tratábamos de hacer obturaciones.

Desde luego, este trabajo era largo y complicado; era preferible resolver problemas de extracciones sin obturaciones.

Hospitales en una maleta

DR. LINARES WILSON: Es que el tiempo que tenía que dedicársele a un paciente para ser un tratamiento largo no existía. No se podía ir al gabinete dental a esperar turno por dos horas, porque el enemigo estaba siempre ahí, no se podía dilatar el tiempo.

PERIODISTA: No, yo pensaba en la falta de electricidad, en toda una serie de factores que imposibilitaban la comodidad para trabajar.

DR. MEDINA: Si nuestros hospitales hubieran permanecido estables, sí. Pero nuestros hospitales eran muy móviles. Nosotros, por ejemplo, en el hospital de Majimiana, teníamos cuarto de esterilización, luz eléctrica porque había planta, y distribución de agua potable en el interior. Pero cuando estábamos en Majimiana de lo más contentos, se aparecía un cambio y teníamos que trasladarnos para un lugar sin condiciones y aquello se perdía. Cierto es que había lugares maravillosos. Había lugares para hacer un hospital que todavía están y lugares donde se hicieron después. Están ahí porque eran lugares perfectos; pero es que era un constante movimiento de acuerdo al de las tropas, y eso no permitía estabilidad.

El hospital de Soledad fue uno de los más estables y con unas condiciones extraordinarias. Teníamos fluoroscopio, una salita para hacer algún tipo de cirugía, agua potable, piso de cemento, buen techo, bien forrado todo aquello, buenas camas. Pero otros, por ejemplo, los primeros que se hicieron, se mudaban. En diez días tenían que trasladarse a otro sitio, había mucha movilidad; teníamos comodidades, plantas eléctricas, pero no las usábamos. A veces teníamos que utilizar una lámpara de keroseno y no encender la planta.

DR. LINARES WILSON: Sí, era preferible. Imagínate. Tú sabes que yo conservo todavía el maletincito ese que había ajustado. ¿Te acuerdas? Un maletincito negro que tenía y con ese me alcé y con ese estuve en la montaña todo el tiempo, y lo tengo ahí bajo llave, no lo uso para nada.

DR. MEDINA: Se llevaban los hospitales dentro de una maleta.

DR. LINARES WILSON: Dentro del maletincito yo llevaba los instrumentos de limpieza y todo.

DR. MEDINA: Yo no quería dejar de hablar de la organización política. El Segundo Frente parecía un Estado dentro de otro. Se creó una familiaridad y una gran preocupación por el campesinado y los guerrilleros. Se creó un departamento de Obras Públicas,

que facilitaba al departamento de Sanidad los movimientos. Se creó el departamento de Finanzas, que constantemente abastecía y daba prioridad a los hospitales.

DR. LINARES WILSON: Julito Casas estuvo ahí, en el departamento de Intendencia.

DR. MEDINA: Intendencia lo primero que hacía era mandar la carne a los heridos y a los hospitales. Después se repartía una parte a la población campesina y otra quedaba para las tropas. Esa era la forma de distribución.

DR. LINARES WILSON: A nosotros nos sorprendió el triunfo en Ermita, ¿no? Ya teníamos las condiciones establecidas para atacar Guantánamo y Santiago de Cuba. Estaba planificado todo para el mes de enero y estábamos situando nuestros hospitales en la avanzada. Ya teníamos un hospital en un lugar próximo a Santiago, que era Boniato, ahí en Dos Bocas, en una casa suntuosa habíamos hecho un maravilloso hospital. Y estábamos allí en Santiago mismo. Es decir que nuestros hospitales iban con la tropa.

La policía se llevaba al paciente y al dentista



Tte. Mario Linares Wilson

Algunos compañeros míos, enrolados en la lucha, el teniente Miguel Medina y otro de apellido Rubio visitaban mi casa en Guantánamo; ellos me hicieron ver con claridad el proceso político de la tiranía. Así me fui enrolando en la actividad revolucionaria e, indirectamente, asumiendo determinadas responsabilidades.

Medina me daba a guardar paquetes: “Mira, guárdame estos zapatos, guárdame este uniforme”. Iba comprendiendo lo que sucedía. Me presentó al jefe de la zona de Guantánamo, el compañero Iván Rodríguez, asesinado después por la tiranía.

Nos fuimos acostumbrando a reunirnos en mi casa para planear los sabotajes, la recolección de medicamentos y ropas para enviar a la Sierra.

PERIODISTA: ¿Eso era en el año 1957?

DR. MARIO LINARES: Sí, a finales de 1957.

Ya en todos estos procesos, la casa y mi persona se fueron complicando. Con una compañera que hoy es médico, Hilda Benítez, acostumbraba a salir de la ciudad para ver al teniente Armando Castro que tenía un campamento en San Román, cerca de Guantánamo.

Una vez recuerdo que cuando salíamos Hilda y yo del campamento nos encontramos con un camión de casquitos. Nos detuvieron. “¿Y usted de dónde viene?”. Yo siempre viajaba con un maletincito en el que llevaba los instrumentales dentales y les expliqué: “No, yo trabajo por aquí como dentista...”. Y me dejaron pasar.

Perdí la clientela

Otro día tenía concertada en la casa una reunión-almuerzo para ayudar a los guerrilleros. Antes de que se efectuara el encuentro, llegaron los guardias y me detuvieron. No se pudo hacer nada.

Esta no fue la única vez. En dos o tres ocasiones caí preso; en una de ellas trataron de sacarme en libertad, a través de la esposa de un compañero de la ciudad que era dentista —un político fuerte—; pero yo dije: “No. No me van a sacar de aquí a mí solo, y los cuatro compañeros, ¿por qué no van a salir conmigo? O nos ponen en libertad a todos o me dejan con ellos”. Con esa presión nos soltaron a los cinco.

En otra de esas detenciones tuve que comerme unos bonos que tenía en el bolsillo. Por suerte el día antes, como padezco del hígado, me había tomado dos pastillas de Beracolate que me hacían de colagogo. Los bonos no resistieron el Beracolate y tuvieron que salir.

Cuando me cogían preso, yo volvía loco a los dentistas. El Colegio Estomatológico se reunía y buscaba palanca por aquí, influencia por allá, para sacarme del cuartel.

Mi jefe, Iván Rodríguez, un día me planteó: “¿Qué tú haces aquí? Tienes que irte inmediatamente para la Sierra”.

En realidad yo no me había ido, porque creía que lograba mejores resultados en la ciudad. Ya yo había perdido la clientela desde la segunda vez que me habían llevado preso, no iba nadie a

arreglarse conmigo. En cuanto entraba la policía, se llevaba al paciente, se llevaba al dentista y se llevaba a todo el mundo. Perdí la consulta, perdí la clientela.

Entonces me dijo Iván:

—No te puedes quedar en Guantánamo, ahora sí te tienes que ir para la Sierra.

—Bueno, está bien —le contesté—. Pero como yo era muy católico, le añadí: Vamos a mandar a buscar al padre Alonso para confesarme y comulgarme con todos los rituales de la ley de ese tiempo.

Vino el padre, me comulgó, me regaló como cincuenta postales y cien estampitas para llevarlas. Al otro día, a la una de la tarde, Iván Rodríguez y Hugo Oslé me sacaron por Caimanera. Por allí penetré a territorio libre.

... y salió la muela

La zona adonde llegué pertenecía a Filipinas, al oeste de Caimanera. En este lugar conocí a los doctores Menchero y Zayas. Ellos se pusieron contentísimos. El doctor Zayas era el único dentista. Rápido me dijo: “Pues ahora te vamos a llevar para el hospital de San Román”. Ya se sintió más descansado.

De allí son dos anécdotas: nos bombardeaban mucho en ese tiempo, amanecía y anocheaba con bombas.

Yo estaba sacando una muela, trataba de sacarla, estaba ya anestesiada. Agarré la muela, vino el primer bombazo y sin hacer movimiento de tracción salió la muela. Es un sistema nuevo de sacar muelas, porque el dentista no hace esfuerzo ninguno. Otro día, se presentó una señora con una barriga no muy grande, pero con unos dolores tremendos; la acompañaba una parienta, otra señora, algo mayor. Yo le pregunté:

—¿Y esta mujer, qué tiene?

—Parece que va a parir.

—El doctor Menchero está de recorrido y yo soy dentista, señora.

—Bien, pero ella va a parir.

—Bueno, ¿qué hacemos? —le pregunté.

—Nada, que para.

—¿Usted sabe algo de eso?

—Yo sé un poco.

Y en lo que discutíamos, acostamos a la mujer... De pronto, ¡un varón!

Mi trabajo como dentista era interminable: una caravana se formaba. Esa gente tenía la boca destrozada completamente, había centenares de casos hasta por la noche. En tratamientos atendíamos a todos los campesinos.

Entonces de ahí, de San Román, el doctor Machado Ventura me mandó a buscar para la zona norte, hacía falta para ayudar al teniente Oscar Medina, que era dentista también. El compañero Medina tenía demasiado trabajo. La zona donde estaba era demasiado grande, toda la zona norte para él solo.

Medina era mi jefe. Me llevó a una casa que convertimos en una especie de policlínico, de clínica dental. Se habilitó con cuanto estuvo al alcance. Medina salía de recorrido a todas las horas para atender a los campesinos y las tropas de distintas unidades. Yo me quedaba fijo en la zona esta, que pertenecía al hospital central de Majimiana. El jefe militar era el comandante Efigenio Ameijeiras.

Sin tiempo para el cansancio

Después Medina me mandó para Songó. Atendía también a La Maya. Conocí al doctor Meneses. Así hasta que el tirano cayó.

PERIODISTA: Hay una cosa interesante, y es que era grande el volumen de campesinos que asistía a la consulta de los médicos rebeldes.

DR. LINARES: Eran centenares de campesinos diarios, nunca nos sentíamos cansados. En aquella época había miles de campesinos que no sabían lo que era un dentista. Aquello era tremendo, iba de un lugar para otro, bajo el bombardeo de la metralla, a atender casos de diarreas u otras enfermedades campesinas. El campesino se enfermaba demasiado, entonces el dentista asumía sus funciones y muchas veces las del médico. Aunque yo siempre trataba de ejercer mi especialidad. Muchos casos de medicina que llegaban, yo decía: “Doctor Medina, aquí hay una enferma o un enfermo, que tiene esto”. Aunque también era dentista.

PERIODISTA: ¡El médico rebelde tenía que hacer de todo!

DR. LINARES: De todo, de todo. Esas cosas se le olvidan a uno, pero uno las recuerda cuando se encuentra con compañeros, como hoy, que me encontré con Medina y hemos recordado. Pero no nos encontramos con los compañeros guerrilleros fácilmente. Estamos regados: uno por aquí y otro por allá. Yo sigo siendo guerrillero porque me gusta trabajar con las tropas, me gusta trabajar en el campo, y todavía no me siento cómodo trabajando en las ciudades. Me siento cómodo trabajando con el campesino.

Yo quisiera no dejar de trabajar en el campo nunca. A veces me dicen:

—Ven para La Habana, ven para la ciudad, que estarás bien.

—No, no. Yo estoy bien donde haga más falta. Yo veo que hago más falta en el campo que en la ciudad. He vuelto a ser joven ahora. Yo me siento con tal entusiasmo que si me tengo que volver guerrillero otra vez, me vuelvo tan fuerte y tan decidido como antes. Claro, queriendo tener siempre a compañeros como Medina, que fue un gran estímulo en la Sierra.



Una extracción en medio de las balas

1^{er} Tte. Luis Biosca Adam

Mi incorporación al proceso revolucionario empezó en la universidad. En las manifestaciones uno iba de número e iba adquiriendo conciencia de lo que estaba sucediendo.

PERIODISTA: ¿Usted era estudiante de Estomatología?

DR. BIOSCA: Sí, yo era estudiante de Estomatología. Eso fue en 1955 aproximadamente.

Después de cerrada la universidad a principios de 1958, me propusieron ir a la Sierra como morterista, de lo cual sabía muy poco, aunque había aprendido algo con un oficial que habían expulsado de las fuerzas de Batista. Estaba un compañero que se mató con Cepero Bonilla en el accidente aéreo en Lima, Armando Valdés de Quesada, y otro, Orlando Gómez, que se graduó de Economía en Checoslovaquia y ahora está aquí.

Fuimos a Santiago de Cuba y estuvimos escondidos en varias casas. Allí fraccionaron el grupo. A Armando Valdés lo mandaron al Segundo Frente, y Orlando Gómez y yo fuimos para la Sierra Maestra.

Antes de continuar yo quería hacer una referencia un poco más amplia sobre Santiago, porque realmente me impresionó la

actitud de este pueblo. Allí todo el mundo era revolucionario, y uno se sentía rodeado de revolucionarios por dondequiera. El cuidado que las mujeres de Santiago tenían con uno, porque las mujeres eran las que trabajaban directamente en el traslado y el movimiento de uno, y cada hombre revolucionario de Santiago siempre tenía la cooperación de las mujeres.

Como anécdota de ese ambiente y espíritu revolucionario puedo contar que un día, ya con la fecha de partida para la Sierra, una compañera me llevó a la tienda para comprarme las botas; buscó a un dependiente y le dijo: “Mira, hazme el favor, busca un par de botas buenas a este compañero, que va a subir a la Sierra y necesita buenas botas”.

PERIODISTA: El alzamiento se hacía casi públicamente, ¿no?

DR. BIOSCA: Sí, públicamente, en el medio de la tienda, con una tranquilidad pasmosa, y el que no estaba tranquilo era yo. Así eran las cosas en Santiago, y uno apreciaba que la revolución dominaba en el pueblo ese. Santiago era fidelista, así era la cosa. Toda la población estaba integrada a la revolución de una manera amplia y desconocida para quien llegaba.

De Santiago de Cuba nos enviaron a Manzanillo. Una compañera fue la responsable de este movimiento. Allí pasamos una noche en la casa de una gente muy humilde. Al otro día nos fueron a buscar en un carro, nos trasladaron a unas colonias cañeras por donde pasaban tirando caña para la zafra, eso fue en marzo de 1958. Nos llamó la atención que el último compartimiento de los carros de caña iba lleno de sacos de arena, con ocho o diez soldados, ametralladoras, y el “copón divino”. Esa era la única manera que tenían para poder hacer la zafra.

De ahí nos llevaron en un yipi, que lo manejaba si mal no recuerdo, Aguilera, el capitán Arturo Aguilera. Nos dejaron en una casa al pie de la Sierra, cerca de Barrancas. Recuerdo que tenía algunos corrales de ganado negro, muy grandes los animales, y ahí estaban el Vaquerito y Abelardo el zapatero. El Vaquerito acababa

de llegar de Manzanillo, y llevaba unos sacos de zapatos para allá. En ese grupo iba Chago, el caricaturista.

PERIODISTA: El caricaturista nuestro, Santiago Armada. ¿Subieron juntos?

DR. BIOSCA: Sí. Y Otto Suárez, que se graduó de Medicina hará un año o dos. Era un muchacho estudiante de bachillerato, y el padre de él también subió.

Y ahí estaba Chago, subiendo la Sierra y pasando apuros por las lomas aquellas los primeros días. Eso era terrible. Sobre todo viendo uno al Vaquerito y a Abelardo subir con los sacos de zapatos aquellos, sus mochilas y las nuestras, y nosotros no podíamos ni con nuestros huesos; ellos subían y se ponían a conversar allá arriba esperando hasta una hora a que nosotros llegáramos.

Yo estaba en primer año

La primera parada fue en Santo Domingo, donde estaba el comandante Luis Crespo, que tenía un taller allí. Luego continuamos a Las Vegas, a Las Mercedes, y por El Jíbaro nos tropezamos con la tropa donde estaba la comandancia. Allí estaban Fidel, Celia y una serie de compañeros. Un poco más arriba estuvimos por El Berraco, siempre con la comandancia, y a los pocos días llegaron Piti Fajardo y Vallejo, que venían de Manzanillo. Después fuimos a recibir el avión en que llegó Pedro Miret, Pedrito. En ese tiempo yo empecé a ser morterista.

Al regreso de recibir el avión con las armas, por La Habanita, fue cuando le dije a Celia que era estudiante de Estomatología, de cirugía dental. Lo que no le aclaré bien fue que estaba en primer año de la carrera. Ella sí me preguntó que si podía hacerle extracciones a la tropa. Le contesté que sí, porque durante 1957, que había estado cerrada la universidad, había ido a practicar a consultas de dentistas y había visto más o menos cómo se hacían

las extracciones. Ya, por conocimiento de los planos anatómicos, sabía cómo poner anestesia, que es algo fundamental. Con ello, por lo menos, le evitábamos el dolor al paciente, independientemente de otra labor que pudiera hacer.

PERIODISTA: Biosca, para situarnos en el tiempo, ¿en qué momento era eso?, ¿cuándo usted llegó a la Sierra Maestra? y ¿en qué momento se desarrollaron esos acontecimientos?

DR. BIOSCA: Yo llegué en marzo. Eso debe haber sido en abril o mayo, me imagino que a principios de mayo, porque más tarde comenzó el movimiento de los batallones del ejército de Batista, para la ofensiva.

PERIODISTA: Antes de la ofensiva y con posterioridad a la conversación con la compañera Celia Sánchez, ¿usted ejerció la profesión de dentista en la Sierra Maestra?

DR. BIOSCA: Sí. Después de aquella conversación que tuve con Celia, ella me consiguió algún instrumental y anestesia para hacer extracciones. Como el instrumental era poco, lo sometía a una buena esterilización en un jarro que ponía a la candela. De esta manera hice algunas extracciones, por lo menos en mi opinión, bastante buenas.

Yo estaba asombrado de la cantidad de soldados rebeldes que venían a atenderse conmigo. Más que eso me impresionaban los campesinos, porque el dentista más próximo estaba a días de camino y se les dificultaba ir, incluso por su nivel de vida. Para ellos era difícil ir allá y pagar dos o tres pesos que les cobraba por la extracción cualquier dentista.

Al comienzo de la ofensiva, cuando llegó el compañero Luis Borges, yo estaba en las Vegas de Jibacoa, en ese momento hacía una extracción. Le dije que me permitiera terminarla; después le di el instrumental y la anestesia que tenía y no hice más labor de dentista en la Sierra.

Poco antes de eso, había pasado el Che por Las Vegas —este lugar era casi la capital de la Sierra Maestra—, entonces me dijo

que fuera a Minas del Frío a hacer extracciones, en la escuela de reclutas que ya él había comenzado a formar allá.

Yo no estaba muy embullado, porque no creía que mi labor era esa, sino la de combatir como morterista, hasta que el Che me convenció ampliamente de que también éramos útiles haciendo extracciones. Fui a Minas del Frío con él. Estuve dos o tres días por allá, atendiendo a los reclutas, y volví otra vez a Las Vegas.

Creo que la extracción más importante que hice fue cuando la ofensiva enemiga contra las Vegas de Jibacoa, que venían subiendo los soldados por Las Mercedes, y un capitán, me parece que de apellido Olivera, posteriormente uno de los capitanes de la tropa de Lalo Sardiñas, había estado combatiendo con mucho dolor de muelas y fue a verme.

PERIODISTA: ¿Un dolor de muelas en medio del combate?

DR. BIOSCA: En medio del combate.

PERIODISTA: ¿Y tan fuerte que no pudo seguir combatiendo?

DR. BIOSCA: No pudo seguir combatiendo, tuvo que dejar el combate y hacer un paréntesis. Él es un capitán sumamente bravo, se distinguió ampliamente en la ofensiva después. Manejaba una 30 de trípode. Y fue a verme. Yo recuerdo que llegó arrebatado, tenía una melena larga y una barba grandísima también. Le hice una extracción que me costó bastante trabajo. Sin embargo, al momento de haberle hecho la extracción, regresó a la línea de fuego y siguió combatiendo. Fue una extracción entre las balas y debajo de una aviación que siempre estaba tirando. La aviación lo hacía sentir a uno sumamente incómodo por no tener con qué responderle a sus ataques.

Ya casi abandonando Las Vegas, se hirió el capitán Orlando Lara, Larita. En el primer contacto que tuve con él, estaba todavía en la hamaca en que lo traían, con la pierna en muy mal estado, fracturada. Unas heridas grandes en la espalda, otras creo que en el brazo. Entonces le dije que mis conocimientos de medicina eran muy reducidos; le apliqué algún tratamiento: antibióticos,

suero antitetánico y sedante. Después, con los estudios militares y demás, comprobé que ese, más o menos, sería el tratamiento en un puesto médico de batallón para remitirlo a un hospital divisionario. Y esa función fue la que pude hacer hasta que llegó el comandante Vicente de la O, quien lo remitió al hospital de La Plata.



Yo también fui asistido

Estuve un tiempo por diferentes lugares en algunos combates, en San Ramón fue el primero. De regreso de El Jigüe pasé por el hospital de Martínez Páez, ya lo había visto en alguna ocasión. Él sabía que yo era estudiante y que, por lo menos, tenía algunos conocimientos de anatomía y medicina. Me pidió que lo ayudara a hacerle la amputación a un soldado del Ejército Rebelde que había recibido un tiro, creo que por la rodilla; tenía gangrena en la pierna. Muy embullado le dije que sí. Cuando comenzó la intervención, que se hacía con anestesia local, como que indiscutiblemente es desagradable la amputación de una pierna, por la

fetidez y las molestias que de todas maneras sentía el paciente, fui yo quien tuve que ser atendido con urgencia; por poco me desmayo allí. Creía que iba a ofrecer una gran ayuda y no fue así. No obstante fue una experiencia muy interesante.

Después, al final de la ofensiva, yo estaba con la tropa del comandante Lalo Sardiñas, con Piti Fajardo y Marta Cartón. De ahí Piti comenzó a hacer el hospitalito de El Frío, que no es Minas del Frío, es una zona que le llaman El Frío, un poco lejos de donde estábamos.

Luego me incorporé a una tropa que iba para Camagüey, la Columna No. 11 Cándido González, hasta que cerca del Cauto dejé la tropa y me dirigí por carretera a Camagüey; posteriormente a Miami, en cumplimiento de una misión y a someterme a un tratamiento médico. Allá me sorprendió el triunfo de la Revolución.

Ahora, hablando con muchachos estudiantes de la universidad, les insisto sobre lo importante que es aprender bien lo que tiene oportunidad de aprenderse en cada momento, porque uno no sabe cuándo tendrá que utilizar esos conocimientos, sin contar con un libro siquiera para consultar, ni con alguien que sepa más que uno.

Y hubo que quedarse bajo aquel bombardeo



Dr. Pedro Vázquez Turró

Mi participación en el Movimiento 26 de Julio comenzó en los meses en que Fidel estaba en México. Mi labor consistía en recoger dinero y entregarlo por los canales habituales para que llegara a su destino.

El primer contacto que tuve con la guerrilla fue cuando me plantearon que hacía falta hacerles unas extracciones a algunos rebeldes. Yo no sabía quiénes eran, no tenía la más ligera idea. Recogí los implementos necesarios y me sirvió de práctico un hermano mío. En el llano me encontré con la tropa comandada por Camilo Cienfuegos. Ese fue mi primer contacto con el Ejército Rebelde. Era mayo de 1958. Camilo había bajado para el respaldo de la huelga de abril y se había mantenido por allí hasta el momento en que volvió a la Sierra para rechazar la ofensiva del ejército de la tiranía.

Aquel día yo estuve haciendo extracciones a la tropa. De entonces tengo una anécdota: Camilo me enseñó un molar y me preguntó que si yo consideraba que aquello era fácil. Yo le dije que sí, y rápido salió con una de las suyas: “¡Qué va! ¿Tú eres bobo? ¿Tú lo ves cómo está? Ese fue el Che tratando de sacármelo y yo

no me dejé”. Después de aquello seguí en mi casa, en mi trabajo habitual; pero las conspiraciones pasaron de recoger dinero a la compra de algunas armas y del movimiento que hacíamos por toda la ciudad.

En el mes de septiembre, me pasaron un mensaje de la Sierra para que subiera, porque la situación se me estaba poniendo muy difícil. Entonces, el día 22 me fui para el Segundo Frente Oriental Frank País.

Mi primer encuentro, en esta ocasión, con el Ejército Rebelde fue en el pueblo de Levisa, cerca de Nicaro, que luego fue quemado por el ejército. Allí me encontré a dos compañeros que yo conocía y me dieron un salvoconducto. Seguí y llegué hasta el primer campamento revolucionario, que estaba en Jobo su jefe era Francisco González.

Debí llegar sobre las nueve de la mañana y estuve como hasta la una de la tarde, hasta que el capitán Villa, luego comandante Villa, hizo una entrevista a un grupo de compañeros que estábamos allí. Seleccionó a ocho o diez para subir con él para la Sierra.

Recuerdo que yo llevaba un pantalón blanco y me preguntó: “¿Usted no tiene otro pantalón?”. Yo le contesté que no. Entonces me miró, movió la cabeza... Yo no comprendí el gesto hasta que después de ganar cierta experiencia en la Sierra me di cuenta de que si hubiera habido un bombardeo aquel día, probablemente mi pantalón hubiera sido el blanco perfecto para los aviones. Seguí con ese compañero hasta Los Gallegos, donde Villa tuvo que quedarse.

Al día siguiente, continuamos hasta llegar como al mediodía, más o menos, al departamento de Justicia del frente. Allí estaban las personas que me habían mandado a decir que subiera.

Permanecí en ese lugar esperando a hacer contacto con el comandante Machado, el encargado de mi ubicación.

Ni siquiera cojean

Como a los dos días, pasó por ese lugar la compañera Enid Fernández Vázquez, una muchacha farmacéutica que estaba en el hospital de Soledad. Por la noche, me planteó la necesidad de que me fuera con ella, que en su hospital yo hacía falta. Entonces se acordó que yo fuera para Soledad y que luego se le explicaría a Machado. A los dos o tres días llegó el comandante Machado y me asignó, precisamente, a ese hospital. En él permanecí todo el tiempo de la guerra. Primero estuvo dirigido por el compañero Gilberto González Pérez. Después, a Gilberto lo trasladaron y el compañero Font D'Escoubet quedó al frente hasta que todo terminó.

Nuestro hospital estaba bastante en el corazón del Segundo Frente, muy lejos de las líneas de combate; nos enterábamos de la guerra por los bombardeos que eran frecuentes y con bastante intensidad. Hubo uno intenso cuando destruyeron a Mayarí Arriba —el hospital estaba cerca de este lugar—. Nosotros sabíamos de antemano que se iba a bombardear, nos lo habían dicho dos o tres veces. Habíamos, incluso, una de esas veces, desalojado el hospital y situado a los enfermos en la manigua. Pero a pesar de todo, ese día nos cogió de improviso y el director nos planteó la necesidad de no salir del hospital, que había que aguantar el bombardeo. Allí nos quedamos todos, muy intranquilos, porque teníamos muchos enfermos, sobre todo con fracturas de piernas, que no se podían mover. Es lógico que nos mantuviéramos dándonos aliento durante el bombardeo.

La gente nos llegaba más bien con fracturas y como nosotros no teníamos ortopédico, el doctor Font nos indicaba cómo enyesar una pierna y un técnico de laboratorio y yo hacíamos ese trabajo. No teníamos radiografía tampoco para comprobar lo que hacíamos y esos compañeros hoy están caminando y ni siquiera tienen una cojera.



Yo vivo en el Cerro

Recuerdo un día que llevamos a dos heridos nuestros al hospital de Majimiana, donde había un cuarto de operaciones con algunas condiciones y Machado operaba allí. Nosotros íbamos con dos casos: a uno se le había hecho la amputación de una pierna y había quedado mal; era necesario volverlo a operar, y el otro era un campesino con una hernia que queríamos resolver.

Estando en el hospital trajeron a dos prisioneros heridos: uno en la cara y el otro en una mano. Habían resultado heridos en una emboscada en la carretera de Guantánamo, mientras se combatía en el poblado de La Maya. José Ramón Machado los estuvo interrogando y ellos daban direcciones falsas de La Habana. Me acuerdo que uno decía que vivía en El Vedado, y daba una dirección que de ninguna manera podía ser: Quinta Avenida entre tercera y segunda. Después de curados, se trasladaron

para la sala. Los rebeldes que estaban heridos le decían al de la herida en la cara que consideraban que iba a perder un ojo: “Mira que perder un ojo por Batista...”, y el muchacho ni hablaba siquiera.

A la hora de almuerzo, a ellos se les sirvió primero. Después empezaron a conversar con los muchachos del Ejército Rebelde y luego llamaron a Machado. El que le había dado mal la dirección, le dijo: “Yo no vivo en El Vedado, yo vivo en el Cerro, en tal dirección, pero tengo miedo de que tomen represalias con mi familia”. Machado le estuvo explicando el ideario de la Revolución, cómo era y cómo se comportaba el Ejército Rebelde con el de Batista.

Después continuamos trabajando en nuestro hospital, allí nos sorprendió el triunfo de la Revolución, el primero de enero. Más o menos como a eso de las diez de la mañana llegó alguien con la buena nueva.

Hacia unos días que habíamos recibido una comunicación de Machado en la que se nos informaba que, en caso de que se produjera un colapso del gobierno, no nos podíamos mover hasta que recibiéramos noticias concretas. Nosotros estuvimos allí hasta que, como a los cinco días, apareció la Cruz Roja. Sacamos a algunos de los heridos y nos mantuvimos hasta el 15 de enero en aquel hospital. Entonces yo salí para Santiago.



Las mariposas volando... y el pulmón abierto

Dr. Benjamín de Zayas García

Yo me encontraba en Holguín en el año 1958. Estando en la ciudad una compañera, animadamente me avisó que en el Segundo Frente Oriental Frank País, hacía falta médicos y estomatólogos. En marzo el comandante Raúl Castro recién había abierto ese frente guerrillero. Con el doctor González Menchero, salí a esta nueva empresa que me imponía la patria. En máquina fuimos hasta Santa Isabel de Nipe. Luego un guía nos llevó a La Española, donde nos encontramos con dos compañeros que también iban a subir las lomas.

Atravesamos la sierra de Nipe, llegamos a El Paraíso y de ahí nos fuimos en yipi hasta el campamento de Los Moreiros, ya en la sierra Cristal. Aquí nos quedamos hasta que llegó el compañero Julio Pérez. Con él nos trasladamos para El Lirial, un lugar cerca de Cananova, entre los pueblos de Sagua de Tánamo y Moa. Era un movimiento constante de tramo en tramo. Un trabajo intenso como dentistas tuvimos que enfrentar allá, porque además de atender a la tropa, le brindábamos asistencia sistemática a la población civil, a un campesinado que desconocía la asistencia médica.

Sucedió un Día de las Madres

Mi primera experiencia de guerra fue el 13 de mayo de 1958 en este lugar. No se me olvida, porque era Día de las Madres. Subió el ejército y participé por primera vez en un combate.

De El Lirial hay un relato del compañero González Menchero, sobre la enucleación del ojo del compañero Jotor Cisneros que siempre que uno recuerda es inevitable la sonrisa. Él fue muy valiente. No tuvo ni un quejido durante la operación ni en el posoperatorio. Sin embargo, varios días después se le siguió un tratamiento de antibióticos y yo fui a inyectarle una penicilina, pero era potásica, y los gritos de aquel combatiente tan aguerrido nadie los concebía.

Luego pasé para el campamento de Los Indios, cerca de Sagua de Tánamo, donde conocí al comandante Machado Ventura. Allí me ordenó que prestara servicios como estomatólogo en el hospital de Soledad. En este lugar conocí a los doctores Font D'Escoubet y Pedro Vázquez Turró.

Con una columna que iba a operar entre Guantánamo y Santiago de Cuba me fui. Hicimos campamento en las lomas de San Román. Era la Columna 20 Gustavo Fraga; también montamos un hospitalito. La compañera Migdalia Jacobo nos ayudó mucho. Luego pasé a otro que teníamos en Casimba. En esa región permanecí aproximadamente desde el 12 de agosto hasta principios de diciembre, cuando le pedí al comandante Machado que me dejara ir para un frente que se había abierto cerca de mi zona, o sea, en el lugar donde vivía, que era Holguín.

En Marcané no fue diferente

El comandante Machado me dijo que necesitaba un médico y un dentista para poder liberarnos al doctor González Menchero que

tenía igual intención y a mí. Conseguimos lo que queríamos, y el día primero de diciembre pasamos para la zona de Marcané.

Acá participé en el ataque de Cueto, en el cerco que se le hizo a Sosa Blanco en un lugar de la carretera de Holguín a San Germán, en Los Palacios.

PERIODISTA: Doctor Zayas, después de esa síntesis histórica de su trayecto por el Segundo Frente, ¿usted quisiera profundizar un poco en la cuestión profesional, en sus experiencias como estomatólogo en esa zona, algunos casos interesantes, la labor social con los campesinos, etcétera?

DR. BENJAMÍN DE ZAYAS GARCÍA: Sí. La realidad es que lo vivido fue una gran experiencia, sobre todo para el que nunca había estado en la Sierra y nunca había estado en contacto con el campesino y con la miseria con que se vivía en nuestros campos.

Nuestra profesión en sí, únicamente se limitaba a hacer las extracciones de urgencia, porque casi no teníamos medios para poder resolver los demás casos operatorios, etc., de nuestra especialidad. Veíamos la gran miseria con que vivía el campesinado, veíamos a niños que morían vomitando las lombrices, es decir, un estado de miseria que uno no se podía imaginar. El abandono por parte de los gobiernos que habían existido en la república era total. Tanto es así que, en toda la zona esa, entre Sagua y Moa, donde nosotros desarrollamos por primera vez nuestra actividad en la Sierra, no había ni un solo estomatólogo o dentista que le brindara atención a esa población. Sin embargo, hoy [1967] en Salud Pública, al norte de la provincia de Oriente, tenemos siete compañeros posgraduados que le están prestando servicio a esa población y siete compañeros estomatólogos, sin contar los hospitales que se han abierto: el hospital de Sagua, el de Moa, el de Cananova, que es un hospital rural nuevo, el de El Paraíso, que se hizo luego del triunfo de la Revolución, el de Arroyo Seco, donde existen postas sanitarias, Calabaza de Sagua, etc. Era una zona que estaba abandonada por completo y hoy tiene una perfecta asistencia médica.

Además de practicar la estomatología o la dentistería, ayudaba al doctor González Menchero en la anestesia de los casos que se presentaban. Intervine en la operación de un compañero, al que le decían el Bomberito, también cuando murió el compañero Pedrín Soto Alba en el ataque a Moa, es decir, estuve siempre colaborando en su labor con el compañero González Menchero. A Pedrín Soto Alba, prácticamente no se le hizo tratamiento, porque cuando llegó adonde estábamos, ya se encontraba en los últimos momentos de su vida; no se le pudo hacer nada. Al Bomberito lo habían herido cuando trataba de auxiliar a Pedrín Soto.

Yo recuerdo que uno de los actos que decía el comandante Aníbal, que le maravillaba de Pedrín, era que ya no podía caminar y entregó el Garand para que no se perdiera el arma; que lo dejaran a él, pero que se llevaran el Garand.

Y el Bomberito estaba allí defendiendo a Pedrín Soto y lo hirieron con un M-1 que le atravesó el pulmón. Se lo llevaron al doctor González Menchero, él lo intervino. Había faroles con buena luz, pero estaban las mariposas que siempre rodean la luz, y el pulmón abierto. Se le puso una manguera de gasolina como drenaje. El compañero González Menchero le picó las costillas con una tenaza, porque no había instrumental ninguno, había que inventar.

El instrumental que yo utilizaba lo había mandado a buscar a Holguín, a la consulta mía. A mi esposa le había mandado a pedir los fórceps nada más, lo único que tenía era fórceps para hacer extracciones.

Mi disposición para lo que la Revolución me necesite sigue en pie.

Momentos de la entrevista a médicos que integraron la sanidad militar rebelde. La Habana, 1967











Índice

Prólogo / 7

Surgimiento de la sanidad militar en el Ejército Rebelde / 11

Un testimonio que no podía faltar

Cmdte. Ernesto Guevara de la Serna / 29

Se me acercó con la receta que yo le había hecho

Cmdte. Faustino Pérez Hernández / 39

Hospitales que comienzan en una mochila

Cmdte. Julio Martínez Páez / 46

¡El médico! ¡Soy el médico!

Cmdte. Sergio del Valle Jiménez / 59

Allí las ambulancias eran los mulos

Cmdte. José Ramón Machado Ventura / 64

La Sierra... la invasión... Las Villas

Cmdte. Oscar Fernández Mell / 81

Los campesinos acudían al hospital rebelde

Cmdte. José Ramón Balaguer Cabrera / 94

Organizamos el hospital de La Plata

Cmdte. Bernabé Ordaz Ducunge / 99

Como si un radio diera la noticia...

Cmdte. Alberto Ibieta-Torremendía / 109

De la Sierra a la invasión de Las Villas

Cmdte. Vicente de la O Gutiérrez / 118

Con tablas... improvisamos la mesa de parto

Cmdte. Humberto Castelló Aldanás / 121

En La Anita bombardeaban a todas horas

Cmdte. Juan Páez Incháustegui / 130

Hidratábamos con miel de la tierra

Cmdte. Gilberto Cervantes Núñez / 135

Hasta tuve que sacar muelas

1^{er} capitán Manuel Bravo Yáñez / 147

Una toma de conciencia revolucionaria

Capitán Gilberto González Pérez / 157

Médico, dentista... y hasta barbero

Capitán Enrique Font D'Escoubet / 167

Médico, usted no nos va a abandonar. ¿No?

Capitán Eduardo Sarría Vidal / 172

El médico rebelde tuvo que hacer de todo

Capitán Ángel Meneses García / 183

El médico guerrillero es guerrillero siempre

1^{er} Tte. Miguel R. González Corona / 193

La operación fue en una mesa de billar

1^{er} Tte. Juan Luis Vidal Ramos / 201

Todo el mundo nos consideraba médicos

1^{er} Tte. Rómulo Soler Vaillant / 214

Un hospitalito menudo pero funcional

Tte. Luis Matos Gilbert / 219

Me alcé con los equipos de oxigenoterapia

Tte. Nicolás Limonta Ferrer / 224

Usamos hasta una manguera de gasolina

Dr. Horacio González Menchero / 231

- Tifoidea con síntomas de apendicitis**
Dr. Ángel Luis Rodríguez Torres / 234
- Un hospital cuyas salas eran los potreros**
Dr. Argimiro de los Reyes Acuña / 242
- Con el Che en la batalla de Santa Clara**
Dr. Adolfo Rodríguez de la Vega / 250
- Tomé mi maletín y partí**
Dr. Marcelino González Serrano / 255
- Operaciones en las casas de Guantánamo**
Dr. José Antonio Gutiérrez Muñiz / 259
- Introducían su brazo para dar la sangre**
Dr. Orlando Fernández Adán / 264
- La consulta a campesinos fue siempre activa**
Dr. Wilson Soto Planas / 271
- Y las heridas no se infectaban...**
Dr. Néstor Calafell Vázquez / 275
- Recuerdo aquel desfile de campesinos**
Dr. José Fernández Sotto / 278
- Aquel clavo lo pasé con un martillo**
Dr. Ramón Alemán López / 283
- Decidí echar mi suerte con los rebeldes**
Dr. Eduardo Reyes Cos / 288
- Mi maletín iba en el pico de la montura**
Dr. Benito Pérez Maza / 293
- Hasta heridos se levantaban a tirar tiros**
Dr. Omar Fernández Cañizares / 300
- Él era negro, ella blanca. Yo vi esa pureza**
Dr. Pablo Jiménez Riverí / 309
- Hasta dentista y consultorio dental**
Cmdte. Luis Borges Alducín / 319
- Odontólogos en el Segundo Frente Oriental**
Tte. Oscar Medina Dumas / 326

La policía se llevaba al paciente y al dentista

Tte. Mario Linares Wilson / 337

Una extracción en medio de las balas

1^{er} Tte. Luis Biosca Adam / 342

Y hubo que quedarse bajo aquel bombardeo

Dr. Pedro Vázquez Turró / 349

Las mariposas volando... y el pulmón abierto

Dr. Benjamín de Zayas García / 354



*... que esta Oficina de Asuntos Históricos
sea siempre un monumento vivo
a la obra fecunda y la imperecedera
memoria de Celia.*

Sidbark

Estimado lector:

La Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado fue creada por Celia Sánchez en 1964, como culminación institucional a la labor que inició durante la guerra para el rescate y conservación del patrimonio documental de la Revolución cubana.

Atesora gran cantidad de originales: fotos, documentos, grabaciones, objetos y prensa clandestina fundamentalmente de la etapa 1952-1959; manuscritos de José Martí, su iconografía y la más numerosa colección de las ediciones Príncipe de su obra. Además, brinda servicios de consulta en diferentes soportes, referencias, asesoramiento histórico, información a distancia, préstamos bibliotecarios y hemerográficos, edición y venta de libros, así como visitas para apreciar las pinturas murales del artista danés Asger Jorn, preservadas en sus paredes.

A nombre del sello editorial **Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado** publica libros y folletos sobre la lucha revolucionaria con una amplísima producción del pensamiento político del Comandante en Jefe, y títulos a partir de investigaciones de la institución y de otros autores. Cuenta, igualmente, con la emisión electrónica mensual del *Boletín Revolución* y la revista impresa *Cinco Palmas*, de frecuencia anual.

Nuestro colectivo acoge con interés sus criterios y sugerencias, y agradece las donaciones de documentos y objetos relacionadas con el fondo patrimonial que conservamos.

Muchas gracias.

Últimas publicaciones

- *Reflexiones del Comandante en Jefe*. Colección 2009, 2010, 2011, 2012 y 2013
- *La Victoria Estratégica. Por todos los caminos de la Sierra*. Fidel Castro Ruz, 2010
- *La Contraofensiva Estratégica. De la Sierra Maestra a Santiago de Cuba*. Fidel Castro Ruz, 2010
- *Diario de la guerra 1*. Pedro Álvarez Tabío, 2010
- *Diario de la guerra 2*. Heberto Norman Acosta y Pedro Álvarez Tabío, 2010
- *Fidel y la religión*. Frei Betto, Colección ALBA Bicentenario, 2010
- *Misioneros del ALBA*. Pedro de la Hoz y Alberto Núñez, 2010
- *Celia alas y raíces*. Nelsy Babel Gutiérrez y María del Carmen Remigio (compiladoras), 2011
- *De mi alma un instante. Poemas y dibujos de Frank País*. Armando Gómez Carballo e Ileana Guzmán Cruz (compiladores), 2011
- *Lucharemos hasta el final. Cronología 1955*. Rolando Dávila Rodríguez, 2011
- *Fidel Castro ante los desastres naturales. Pensamiento y acción*. Luis Enrique Ramos Guadalupe, 2011
- *El retorno anunciado*. Heberto Norman Acosta, 2011
- *La lección del Maestro*. Carmen Castro Porta, 2011
- *Mártires del Granma*. Juan José Soto Valdespino, 2012
- *De cara al sol y en lo alto del Turquino*. Carlos M. Marchante Castellanos, 2012
- *Collar de piedras*. Tomás Cárdenas García y Naida Orozco Sánchez, 2012
- *Lucharemos hasta el final. Cronología 1956*. Rolando Dávila Rodríguez, 2012
- *El Moncada, la respuesta necesaria. Versión ampliada y modificada*. Mario Mencía Cobas (Premio Nacional de Historia 2011), 2013
- *Quinteto Rebelde*. Norberto Escalona Rodríguez, 2013
- *Guisa: estrategia y coraje*. Juan José Soto Valdespino, 2013
- *Lucharemos hasta el final. Cronología 1957*. Rolando Dávila Rodríguez, 2013
- *Revista Cinco Palmas*, 2014
- *Camilo eternamente presente*. Edimirta Ortega Guzmán (compiladora), 2014